

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her eyes and lips. She has dark hair and is wearing red lipstick. A branch with small pink flowers and a bee is visible in the foreground, partially obscuring her face.

CRISTINA CABONI

El
lenguaje
de las
abejas

Por la autora de
La estela de los perfumes



MAEVA

CRISTINA CABONI

El
lenguaje
de las
abejas

Traducción:

ISABEL GONZÁLEZ-GALLARZA



MAEVA

Índice

El lenguaje de las abejas

Índice

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo. Un año después

Cuaderno de la miel

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

*Una abeja se posa
en un capullo de rosa:
la chupa y se va...
la felicidad, a fin de cuentas,
es bien poca cosa.*

Trilussa

Este libro es para mi marido, Roberto,
y para mi hijo, Davide.
Porque tienen un corazón bueno.
Y saben ver la belleza de las abejas.

*Abejitas de oro
buscaban la miel.
¿Dónde estará
la miel?
Está en la flor azul,
Isabel.
En la flor
del romero aquel.*

Federico García Lorca

Prólogo

Denso en salobridad, preñado de humedad y de recuerdos, el viento marino sube desde la escollera. Margherita Senes abre los ojos y contempla el azul brillante del cielo.

Está cansada.

Desde hace unos meses, se le para la respiración con frecuencia, igual que los latidos de su corazón.

–Ya casi estamos –murmura, con la vista fija en el horizonte.

Y después sonrío.

Su falda resbala ligera sobre el escalón y se sienta despacio. Es blanca, porque a las abejas les gustan los colores del día y del sol. Su mano, en tiempos fuerte y decidida, aferra un sombrero de paja con velo. Hace años que ya no se lo pone, aunque lo lleva siempre consigo.

Sus abejas son mansas, y ella trabaja con paciencia y ternura, limitándose a recoger lo que la colmena no consume. Las abejas lo saben, por eso han llegado a un acuerdo. Ese trato que hicieron se pierde en el tiempo, ella era apenas una niña.

La nueva guardiana.

El tenue zumbido la envuelve y la relaja. Es como una melodía que a ratos se hace más intensa. De vez en cuando el agua del manantial se une a ese sonido, contándole historias de tiempos lejanos.

Se pone de pie.

Ahora su respiración es más regular, también el corazón le parece más ligero.

–Vamos –susurra. Vuelve junto al hoyo que protege a las abejas de la violencia del mistral. Las observa un instante, absorta en el vuelo de las obreras que vuelven al nido cargadas de polen. Sonríe, y su mirada se desliza

hacia el fondo del bosque.

Allí está, alcanza a verlo aunque esté lejos. Un olivo milenario, forjado por soles cegadores y noches de esplendorosa luna. Un viejo rey, rodeado por su corte de esmeralda y musgo, con las raíces hundidas en el agua más pura. Sus ramas poderosas parecen acariciar el cielo. Alarga la mano como para rozarlas.

Es solo un instante. Enseguida se vuelve hacia el sendero. Se siente alegre mientras lo recorre.

–La bajada siempre es más fácil –dice bajito.

Solo le queda una última cosa que hacer. Ahora está preparada, ahora puede hacerlo porque lo siente en su corazón. Ahora tiene que hacerlo. Para que quede memoria de ella y de las demás.

Ese pensamiento la acompaña durante todo el camino a casa, y también después, mientras escribe una carta, la cierra y la deja en la mesa, sobre el mantel de encaje. Junto al sobre de papel hay un plato de porcelana, contiene un panal nacarado que expande a su alrededor el aroma de la cera nueva y la miel de primavera.

1.

Miel de romero (Rosmarinus officinalis)

Fina, aromática y delicada, es la miel del despertar y la claridad. Propicia el cambio. Recuerda al perfume de las flores azules de las que se obtiene.

Casi blanca, su cristalización es cremosa.

Era el amanecer, su momento preferido. Por los colores, el silencio y el aroma. Y por la promesa inherente a ese nuevo día que apenas comenzaba.

Y amaneceres, Angelica Senes había visto muchos. Idénticos todos, pero muy distintos a la vez. Los españoles, por ejemplo, incendiaban el cielo límpido y sabían a lágrimas, pero también a libertad y a infinito. Los nórdicos, en cambio, eran opalescentes y gélidos, racionales y eficientes. Más al sur, en Grecia, la aurora se presentaba de improviso, centelleante como un castillo de fuegos artificiales.

Y el amanecer de sus recuerdos. Estaba hecho de cristal fino, y en ese azul sin límites se podía ver reflejada la propia alma.

Bajó de la autocaravana con paso ligero, en los ojos tenía el poso de una noche sin descanso y, entre las manos, una pequeña palanca de metal. Se adaptaba perfectamente a la palma de su mano, de la que conocía cada curva. Era lisa y fina en el extremo, pero tan sólida que podía levantar un panal lleno de miel. Era también la prolongación de su brazo.

En los momentos en que se sentía más propensa a la melancolía, a Angelica le gustaba pensar que ese objeto tan particular la identificaba. Lo había construido para ella Miguel López, el artífice de la explotación apícola española en la que había vivido sus primeros años lejos de casa, en una finca donde se cultivaba el romero de hojas plateadas, el cielo era azul, y las colinas, de tierra roja. En aquellos tiempos, a Angelica no le gustaba mucho hablar, una cualidad que el anciano apicultor había apreciado. Por esa razón

empezó a llevársela consigo cuando visitaba los colmenares, o cuando partía a pie en busca de nuevos emplazamientos.

Miguel se dio cuenta enseguida de que hablaba el lenguaje de las abejas. Algo muy poco frecuente. En toda su vida jamás había visto a nadie como Angelica Senes. Esa muchacha tenía algo especial. Algo arcaico.

Ella había observado a escondidas y había descubierto que no solo sabía hablar con las abejas, sino que *cantaba*. Cantaba para ellas. Mientras la voz clara de la muchacha se elevaba sobre el campo de flores azules, Miguel sintió que su viejo corazón se aceleraba. Una emoción profunda le devolvió a la memoria cosas adormecidas por el tiempo y los años transcurridos. Y, como no podía donarle su saber, pues en materia de abejas Angelica sabía más que nadie, decidió fabricarle algo especial, algo que no poseía: una palanca.

Su fuerza.

La construyó aprovechando una herradura a la que dio forma con paciencia, golpe a golpe. De apariencia delicada, era ligera, forjada a medida para una mano pequeña. Una mano de mujer.

Desde ese día, Angelica nunca se había separado de ella. También en esta ocasión la llevaba consigo, ahora que llegaba a otro campo de romero. No necesitaba nada más para manejar una colmena.

La finca se extendía hasta donde alcanzaba la vista, rodeada por un mar verde y azul. Las finas hojas de las plantas, incrustadas de rocío, reflejaban la luz aún incierta de la mañana, mientras la brisa ligera se llevaba su intenso aroma.

Romero: del néctar de sus flores se obtenía una miel clara, casi blanca, que cristalizaba deprisa y con delicadeza. Aromática, dulce y cremosa. Su preferida.

La humedad se elevaba del campo, una nube opalescente que apenas empezaba a deshilacharse. Un gran mastín color chocolate se había quedado esperándola en la vieja autocaravana, que era su casa desde hacía años. Sus ojos, alerta y oscuros, seguían los movimientos de su dueña. Cuando ella le hizo un gesto con la mano, el enorme animal corrió a su encuentro.

—Ven, *Lorenzo*, es hora de irnos —le dijo, acariciándole la cabeza.

Empezaría por ahí, decidió mientras bajaba el sendero. De vez en cuando miraba a su alrededor, reparando en cada detalle y sobre todo olisqueando, pues las peores trampas se ocultaban en el aire. Hasta que no viera las colmenas con sus propios ojos, no sabría decir qué les pasaba a las abejas de

François Dupont, el hombre que la había contratado hacía una semana.

Ese era su oficio: apicultora itinerante.

Conocía bien a las abejas, su zumbido era su melodía favorita, un lenguaje que comprendía íntimamente, hecho de perfumes, de sonidos y de sabiduría. Resolvía los problemas que aquejaban a las colmenas, y después se marchaba.

Era una guardiana. La última guardiana de las abejas, depositaria de un arte antiguo que se transmitía solo de mujer a mujer.

De repente se encontró delante del corredor de vuelo. Sus pensamientos se disolvieron, como cada vez que entraba en ese mundo, *su* mundo. Todo lo demás sencillamente se desvaneció. Las abejas volaban como flechas y desaparecían a toda velocidad, acompañadas del zumbido de la cosecha. Las siguió con la mirada y vio las colmenas. Se disponían a lo largo de los límites del campo, al abrigo de los vientos. ¡Bien, por fin una decisión que aprobaba! Nada podía dañar tanto una colmena como el ímpetu del viento. Y allí, en esa parte de Francia, el mistral podía llegar a arrancar un árbol de cuajo.

Se acercó, examinando cada detalle. Cuando su mirada se posó sobre las cajas azules, alineadas y perfectamente idénticas, frunció el ceño.

–Ni una sola señal, ni tan siquiera un pequeño dibujo en toda la colmena. La deriva debe de ser tremenda –refunfuñó. Tomó nota de todo con meticulosidad y sacudió la cabeza en un gesto de desaprobación–. ¿Cómo cree Dupont que deberían orientarse estas pobres abejas? ¿Con la referencia catastral de las colmenas? –le preguntó a *Lorenzo*, que trotaba detrás de ella–. ¡Basta una pequeña señal, tampoco es que tenga que pintar encima la capilla Sixtina! –protestó, volviendo a sacudir la cabeza.

Se había abierto camino entre las ramas y había llegado a la parte posterior de las colmenas. Vio de reojo que su perro se había tumbado debajo de un arbusto y sonrió. Siempre hacía lo mismo, estaba a su lado hasta que se disponía a abrir las colmenas, y entonces corría a refugiarse.

–Vaya un perro apicultor estás hecho, debería darte vergüenza –le reprochó con una sonrisa.

Tras levantar la colmena, metió la palanca entre la caja de madera y la entretapa. Con un gesto ágil de la muñeca levantó la tapa y esperó a que salieran las abejas. Se pasearon entre sus dedos, y ella las observó con atención. Eran brillantes y rollizas. Eran bellísimas, con sus colores amarillo oro y ocre. Con las dos manos y sin dejar de sujetar con firmeza la palanca, destapó la caja por completo.

Entonces empezó a cantar. Sobre el campo se elevaron las palabras moduladas y límpidas de ese antiguo canto melancólico. Cerró los ojos, mientras las notas fluían en su interior antes de salir por sus labios. Sentía en la lengua su ritmo y su dulzura. Notaba cómo se propagaba su poder desde su corazón hasta la punta protegida de sus dedos y más allá. Siguió cantando y, cuando en respuesta llegó hasta ella el zumbido alegre de las abejas, le pareció volar con ellas.

Lo primero que sintió, mientras el corazón le latía con fuerza, fue el calor. Provenía del interior de la colmena, como una corriente de aire sobre la piel, agradable y reconfortante. Con sumo cuidado, apoyó la tapa de lado, mordiéndose el labio inferior, concentrada y silenciosa. Un segundo después, exhaló y reanudó su canto.

El nido parecía en orden, intensamente poblado de abejas que, confusas, yacían en masa en la primera colmena de la fila a causa de la deriva y se amontonaban unas sobre otras, intrigadas por la intrusión. Los puentes creados por los cuadros estaban exuberantes. El aroma de la cera nacarada, henchida de miel, se propagaba por el aire junto al del humo utilizado por un visitante anterior, disuelto ya en la madera.

Levantó los primeros cuadros con cuidado, calibrando las reservas de las que disponían, hasta llegar al nido. El cuadro que había elegido pesaba, las abejas nodrizas se paseaban por las exuvias operculadas –las celdillas que componían el panal– para recibir a las larvas. Las abejas jóvenes, después de abrir la fina capa de cera que sellaba las celdas, semejantes a cunas, salían despacio, cubiertas por una delicada pelusilla. Las nodrizas las acogían enseguida, acariciándolas con las antenas y las patas, mientras sus alas se desplegaban por primera vez.

Ese instante tenía algo mágico. El nacimiento de una criatura era siempre un acontecimiento especial. Angelica las miró, fascinada, y le pareció ver lo que ellas veían, oír lo que oían ellas.

Seguía con los ojos los movimientos circulares de las obreras que, de regreso en la colmena, señalaban con su danza la posición de las flores a sus compañeras, mientras otras recogían las semillas de polen caídas o chupaban las gotas de néctar y las transferían a las celdillas.

Eran organizadas, perfectas, y todas tenían una tarea preestablecida. Cada una sabía perfectamente cuál era su lugar en el mundo.

Entonces le vino a la mente una idea y sintió un nudo en la garganta. Entornó

los párpados e inspiró hondo, ahuyentándola. Se concentró en la colmena y levantó el panal siguiente y el otro, hasta llegar al último. Trabajaba con cuidado, rodeada por el zumbido intenso de las abejas, a la sombra de grandes matorrales de jara que delimitaban el campo de romero. A su alrededor el mundo ya había despertado. A las abejas obreras se unieron los jilgueros con sus trinos agudos, las mariposas blancas... ¿Cómo se llamaban? Blanquitas de la col, pensó mientras seguía su vuelo con la mirada. Y ahí venían otras, persiguiéndose hacia las flores.

Cuanto más miraba, más veía. Era como si al observar ese universo hecho de sonidos, de insectos variopintos y de tiempo robado, se entrase en una dimensión paralela. Allí podías perderte en la contemplación o simplemente detenerte bajo un rayo de sol por el mero placer de sentirlo en la piel. Así sin más, solo por gusto, sin ninguna razón que justificase tu gesto.

Para Angelica era un momento de libertad absoluta en el que podía ser ella misma. Un momento que la llenaba de alegría. Un instante suspendido en el tiempo, un instante perfecto.

Ese era el mundo de las abejas.

–Vuela, vuela, reina de las flores. Vuela, vuela, abeja de oro. Guardianiana de la vida, guardianiana del porvenir...

Una vez terminada la comprobación de la primera colmena se sintió bastante satisfecha, las condiciones le parecían óptimas. Las abejas estaban brillantes y volaban alegremente, cargadas de polen y de néctar. Las reservas eran abundantes, más que suficientes. No había visto nada que pudiera indicar una situación de sufrimiento o de orfandad, aparte de la deriva. La abeja reina era joven y había puesto los huevos de manera regular en los panales destinados a la cría. Un semicírculo de celdillas llenas de miel los delimitaba, separándolos de la madera del cuadro.

Abrió con atención todas las alzas una tras otra, repitiendo los mismos gestos, despacio, con los ojos alerta y una expresión intensa. No se detuvo hasta la hora del almuerzo, esperó a que las abejas que tenía encima se decidieran a marcharse y subió el sendero, seguida de *Lorenzo*. Paró cerca de un abrevadero para el ganado. El perro hundió el hocico dentro y se puso a beber. Angelica se refrescó a su vez. Mientras el agua le resbalaba por la piel, sus pensamientos revoloteaban de aquí para allá, como las abejas. El sol pegaba fuerte, pronto tendría que trabajar con sombrero.

Entonces una idea tomó forma en su cabeza: Margherita, su Jaja, la mujer

que le había enseñado ese canto, nunca se separaba de su sombrero.

Se detuvo un instante, pensativa, con los ojos fijos en el horizonte, antes de reanudar la subida.

Tenía tiempo aún de visitar otro colmenar, pensó poco después, mientras observaba la zona. Más abajo, hacia el mar, había otro emplazamiento. Mejor sería empezar por ahí.

Una vez a bordo de la autocaravana, guardó el equipo y se sentó al volante. La vieja tartana carraspeó, Angelica entornó los párpados y musitó una oración. Volvió a girar la llave y lanzó una ojeada a *Pepita*, su gata atigrada, el nuevo miembro de esa extraña familia, que se había acurrucado sobre el salpicadero.

–Agárrate fuerte, bonita.

La gata se limitó a lanzarle una mirada indiferente, bostezó y cerró los ojos. Cuando el motor arrancó con una sacudida hacia delante, Angelica dejó escapar un suspiro de alivio.

2.

Miel de acacia (Robinia)

Huele a flores blancas, a vainilla y a hierba fresca. Si cierras los ojos, te parece ver un prado florido. Es la miel de la sonrisa y da vitalidad. Su sabor es fino y delicado, y delgados sus cristales.

A la mañana siguiente, Angelica abandonó muy pronto la finca de *monsieur* Dupont. Le había dado indicaciones y consejos y ella había recibido la remuneración por su visita. Sobre todo le había instado a que pintara las colmenas con diferentes dibujos y de los colores que más gustaban a las abejas –amarillo, azul y verde–, alternándolos: siempre volvían a las colmenas, pero era determinante ayudarlas a orientarse, especialmente en regiones ventosas como aquella. Después se había marchado, su labor había concluido. Sin embargo, no se sentía en absoluto satisfecha, no veía ningún motivo para estar alegre ni tampoco melancólica. Nada de nada.

Con expresión ausente, fijó la mirada en los vehículos que tenía delante.

La noche anterior había vuelto a tener ese sueño en el que Jaja, la mujer que la había criado como una madre, la llamaba; ella corría a su encuentro, pero nunca conseguía alcanzarla. Su Jaja tenía que decirle algo, se lo repetía una y otra vez. Pero ¿el qué?

Cerró los ojos un instante y después se concentró en la carretera. La sensación de frustración y dolor seguía siendo tan aguda que le hacía daño físicamente. ¡Era absurdo! Suspiró. Empezaba a estar verdaderamente harta.

–Ten cuidado con los sueños del alba –susurró, recordando una frase que solía repetir su madre. Y sus pensamientos volvieron a Jaja.

–Las abejas son las guardianas de las flores, hija mía. Y son sabias. Lo saben todo de nosotros. Nos alimentan, nos sanan, nos dan su conocimiento. Basta saber escucharlas. No debes tenerles miedo.

–Sí, Jaja.

–Bien. Ahora puedes empezar a cantar. ¿Recuerdas las palabras?

Angelica levanta la mirada y asiente. Claro que las recuerda. Las tiene grabadas en la mente. Sencillas, claras y límpidas.

–Sí, sí. Vuela, vuela, reina...

Después se concentra en la colmena abierta delante de ella. Hay diez colmenas alineadas en el prado, junto al campo de asfódelos. Las flores ondean ligeras, mecidas por el viento, un manto blanco del que se eleva un aroma silvestre, intensamente vegetal. Angelica está fascinada con las colmenas, siente su calor y su olor, y escucha su rumor. Sabe que debe observar, esa es la primera regla que Jaja le ha enseñado. Y no tiene miedo. Pero el perfume del veneno aletea a su alrededor como una advertencia. Le gusta, es dulce, aunque le encoge la boca del estómago. En invierno ha visto el mar tempestuoso, las olas altas y oscuras, rugientes, surcadas de tirabuzones de blanca espuma. Magnífico y espantoso a la vez. Ahora, delante de la colmena, le parece sentir la misma emoción. Traga saliva, tiene la garganta seca y los labios agrietados, pero no quiere renunciar. Solo tiene que ser prudente y mostrar respeto. Se quita despacio el velo de la cabeza. Ya está, ya nada se interpone entre ella y las abejas. Las palabras de su canto se elevan de nuevo, hermosas y delicadas. A su voz de niña se une en un momento dado la voz profunda y melódica de la mujer inmóvil a su lado, que la exhorta a continuar.

Ella extiende la manita con gracia, exactamente como Jaja le ha enseñado.

–Ahora puedes tocar el panal.

Angelica abre mucho los ojos. Una gota de oro resbala por la cera blanca. Las abejas se afanan alrededor, pasan unos segundos, y la gota desaparece, chupada. Después se retiran, dejándole el espacio que necesita.

Despacio, la niña presiona la cera con la punta del dedo índice. Está blanda, caliente y perfumada. La miel lo envuelve hasta cubrirle el dedito. Ella se lo lleva a la boca y la prueba. Dulce y aromática, se deshace en la lengua. Sonríe ensimismada y repite el gesto, después deja que la miel le llene la palma de la mano, como en una copa.

–¿Estás lista? Ahí vienen...

Ya están ahí. Una tras otra, con delicadeza, las abejas se posan en su mano. Es un instante de pura alegría. Sus patitas bailan sobre la piel delicada de Angelica, haciéndole cosquillas. El sonido de su risa se propaga

a su alrededor, alegra la campiña y llega hasta el mar, que responde salpicando hacia lo alto su agua color esmeralda. Y las palabras fluyen en la mente de Angelica.

Vuela, vuela, abeja de oro.

Vuela, vuela, reina de los prados.

Guardiana de la vida, guardiana del porvenir.

Haces dulces las aguas, las palabras y el canto...

–¿Ves? Te han aceptado. Ahora tú también eres una guardiana, hija mía.

–¿Una guardiana?

–Sí. Ahora, Angelica Senes, eres una guardiana de las abejas.

–¿Como tú, Jaja?

Silencio, y después una leve risita, casi un suspiro del viento.

–Sí, como yo.

Mientras conducía, el campo se iba llenando de vida. A los coches que la adelantaban se unieron grandes tractores con ruedas enormes, carros y alguna carreta tirada por caballos o burros embridados de rojo. A ambos lados de la carretera, los árboles no habían tardado en dejar paso a distintas edificaciones: cabañas, granjas y alguna que otra casa solariega.

Le sonó el móvil, alargó la mano para activar el altavoz:

–¿Sí?

–Hola, soy yo.

Angelica no apartó los ojos de la carretera.

–Hola.

–¿Te pillo en mal momento?

Apretó los labios.

–¿Cómo estás, mamá?

Una pausa y, por fin, una risita.

–Evitar una pregunta con otra pregunta, eso te lo he enseñado yo, ¿recuerdas?

Angelica no contestó, pero una sonrisa floreció en sus labios.

–Sí, mamá.

–Bueno, ¿y ahora dónde estás? –La voz de Maria era aterciopelada y ligera.

–En Francia. ¿No te lo puse en el correo?

–No suelo ver mi correo electrónico, deberías saberlo. –Una pausa más, un largo silencio más–. ¿Tienes planes de volver a Italia? –le preguntó de repente, como si hubiera retenido esas palabras en la boca demasiado tiempo.

Angelica frunció el ceño.

–El mes que viene, como estaba previsto. ¿Por qué?

–Estaba pensando en hacer un viaje.

Qué extraño. Su madre odiaba la sola idea de subir a un tren. Y el avión le daba pánico.

–¿Adónde?

De nuevo un silencio, como si estuviese escogiendo las palabras.

–Aún no lo he decidido. Es solo que hace tanto tiempo desde que Gennaro... Demasiado. –Su voz se hizo añicos.

Habían pasado dos años desde la muerte de Gennaro Petri, su segundo marido, pero Maria Florinas seguía llorándolo con la misma desesperación del primer día. Esa confidencia sorprendió a Angelica. No era propio de su madre.

–Anda, mamá, dime qué te ocurre. ¿Tengo que preocuparme?

–No, qué va. Es que ha llegado un nuevo cura a la parroquia, don Pietro, y quiere organizar viajes. A conventos, iglesias... –Hizo otra pausa–. Eso hasta tiene nombre, ¿te lo puedes creer? Turismo sacro. Y, nada, he decidido apuntarme. Te llamo para decírtelo...

Pensativa, Angelica sopesó esas palabras. Eso también se lo había enseñado su madre. A ir más allá, a rebuscar en el tono, en la cadencia, en lo que se decía y lo que se callaba. Con frecuencia era en el silencio donde se ocultaban la verdad y las intenciones de la gente. Lo sabía, lo sabía muy bien. Igual que sabía que su madre le estaba mintiendo. Por un instante tuvo la tentación de detener la autocaravana y acosarla a preguntas. Pero, tras aminorar la velocidad instintivamente, siguió su camino. Si Maria había tomado una decisión, no había nada que ella pudiera decir o hacer. Solo quedaba esperar.

–¿Estás segura?

–Sí, sí. Bueno, y tampoco es que me vaya a marchar ya mismo. Antes tengo que arreglar unas cuantas cosas.

–¿Qué cosas?

–Nada de lo que tengas que preocuparte, tonterías.

–En otras palabras, nada que me incumba...

–Tú estate tranquila, ya te llamaré yo, ¿de acuerdo? Tú no me llames.

Angelica frunció el ceño.

–¿Qué? ¿Por qué no?

Era típico de su madre imponer barreras en su relación. A estas alturas, Angelica ya debería estar acostumbrada. En el fondo, siempre había sido así. Su madre por un lado, estableciendo y decidiendo el cómo y el porqué. Y ella por otro, adaptándose a ello, o al menos intentándolo. Sin embargo, esa imposición formulada así, a quemarropa, le pareció extraña. Después de la primera reacción inmediata de malestar, se dio cuenta de que algo no iba bien.

–No quiero que te gastes el dinero inútilmente.

La respuesta, rápida y brusca, la tranquilizó. Eso sí era típico de su madre. Angelica sacudió la cabeza, y una sonrisita le suavizó el semblante. Poco se podía hacer, su madre era una mujer llena de absurdas contradicciones que, vistas en su conjunto, se armonizaban como una de esas melodías extrañas creadas por tambores y violines. Ásperas, agudas y atormentadas a la vez.

–Vale, entonces espero tu llamada, ¿de acuerdo? –Estaba a punto de colgar cuando de pronto una frase tomó forma en su mente, y las palabras recorrieron ellas solas el camino hasta sus labios–: Te quiero.

El silencio entre ellas se transformó en una cuerda tensa; Angelica se arrepintió de sus palabras, dictadas por la emoción. No debería haberlas pronunciado. A su madre no le gustaban, le hacían sentirse incómoda. Estaba a punto de decirle que lo sentía, que se había dejado llevar, que desde hacía un tiempo se sentía extraña, que no dormía por las noches, cuando inesperadamente Maria ahogó un sollozo.

–¿Qué te pasa? –La voz se redujo a un susurro. Angelica apretó tan fuerte el móvil que los dedos se le pusieron blancos.

–Yo..., es tan difícil, tan difícil.

–¿El qué, mamá?

–¿Sabes? A veces me pregunto si he hecho mal las cosas contigo, si hubiera podido hacerlo mejor.

Siguió un largo silencio lleno de sombras y de rincones oscuros que Angelica se obligó a ignorar.

–No empieces otra vez, mamá. Basta. Me gusta mi vida.

–Sí..., pero ¿por qué has tenido que marcharte?

–¿Tenido? No empieces otra vez, por favor. –Se mostró más brusca de lo

que pretendía, pero no estaba acostumbrada a ese tono lacrimoso. Su madre siempre se había mostrado firme y dura como una piedra.

–Yo también te quiero, hija mía. Recuerda siempre una cosa, Angelica – susurró Maria–. Las palabras llegan cuando pueden. Lo que de verdad importa son los hechos. No tardaré. Te llamo en cuanto vuelva a casa. Tú espera, todo irá bien, ya lo verás.

Angelica quiso decir algo, pero la comunicación se interrumpió. Miró el móvil y, tras aparcar en un área de servicio, apagó el motor y marcó el número de su madre. Un tono, otro, los contó impaciente.

De repente, la pantalla se apagó. ¡Maldita sea! Intentó volver a encender el móvil, pero no había manera. Con un gesto seco lo puso a cargar. La llamaría más tarde, decidió. La llamaría precisamente porque le había dicho que no lo hiciera. La llamaría porque quería saber qué se ocultaba detrás de la última frase que le había dicho su madre. ¿Qué palabras? ¿A qué hechos se refería? ¿Adónde demonios se marchaba? Y, sobre todo, ¿qué era lo que iba a ir bien?

Se dio cuenta de lo fuera de lugar que estaban todos esos interrogantes. Su madre podía hacer lo que quisiera, como ella misma, por otro lado. Cada una vivía su propia vida de manera independiente.

Maria nunca había aceptado que ella viviera como una gitana. Nunca había entendido su inquietud. Gennaro, en cambio, su padre –o, mejor, su padrastro– sí la había comprendido y apoyado siempre.

«Si no ve mundo ahora que es joven...», decía, tratando de apaciguarlas a ambas.

Durante un tiempo, Angelica había intentado explicarle a su madre su necesidad de libertad, pero ella no la había entendido, al contrario, se había resentido profundamente. «Tienes todo cuanto alguien puede desear.» Y esas palabras ponían fin a cualquier discusión.

Pero eso no significaba que Angelica no hiciera exactamente lo que quería. Nuevos amaneceres, nuevos atardeceres, lugares siempre distintos. Le gustaba organizar viajes, meter su mundo en una mochila y marcharse. No necesitaba a nadie. Ya no.

Volvió a pensar en su madre, en lo que le había dicho. ¿Qué tenía en mente esta vez? Esa mujer era realmente difícil de entender. Respiró hondo hasta que sintió que se aligeraba el peso que sentía en el pecho. También era típico de su madre excluirla de sus decisiones.

Sonrió con amargura. En el fondo era un milagro que la hubiera informado

de ese viaje.

Bueno, que hiciese lo que le diera la gana. En lo que a ella respectaba, seguiría como siempre.

Tenía a las abejas, tenía a *Pepita* y a *Lorenzo*. Y nuevos amaneceres por conocer.

Se acarició el cabello. Su rostro recuperó una expresión de determinación.

Se reincorporó a la carretera, dejando tras de sí una nube de polvo. En su mente se agitaba un remolino de pensamientos. Eran frenéticos, espantosos. Trató de ordenarlos, pero eran puro caos, miedo y sufrimiento. Eran la oscuridad de una noche sin luna, mientras el viento golpeaba contra los postigos y ella temblaba.

3.

Miel de madroño (Arbutus unedo)

Amarga y preciada, es la miel de la fuerza y las decisiones difíciles. Sabe a almendras amargas y a madera noble, pero su corazón es dulce, con notas de café tostado y cacao. De color avellana, su cristalización es finísima.

Angelica tenía seis años.

Una señora de labios finos, vestida con una falda larga de color celeste llena de conchas blancas y mariposas rojas fue a buscarla. ¡Y se lo dijo! Blandiendo el dedo y con voz grave, como si tener seis años fuera algo horrible.

–Soy la señorita Pintus, Clelia Pintus, y soy la directora del colegio.

–¿Colegio?

–Sí, eso es. El colegio. –La mujer avanzó unos pasos y apretó los labios–. ¿Dónde está tu madre?

Angelica la miró con los ojos muy abiertos. No sabía nada del colegio. Alarmada, pasó revista a sus recuerdos, a todo lo que le había dicho su madre, hasta la más mínima recomendación.

«No salgas de casa. No vayas a pedirle limosna a Margherita. Haz la cama, lava el plato después de usarlo. Péinate dos veces al día. Lávate bien la cara y los dientes, que los dentistas cuestan un riñón, y yo ya me deslomo bastante. Barre el suelo y quita el polvo. Riega la albahaca, los tomates y el romero. Cuando enciendas el hornillo, ten cuidado con la llama, porque te puedes quemar. Y no hables con nadie.»

Y ella siempre había respetado todas las reglas, salvo la de no ir a casa de Jaja, pero eso era una excepción. *Excepción* era una palabra mágica. Quería decir que una cosa determinada no valía. Y a ella le gustaban mucho las excepciones.

La directora se había puesto a hablar otra vez, por lo que Angelica tuvo que

concentrarse en lo que decía, y de nuevo en las reglas de su madre.

No. No le había dicho nada de ningún colegio.

Aquella mujer con los labios pintados y de ojos claros había seguido mirándola de una manera que le cerraba el estómago. Angelica miró el café con leche que tenía delante, el pan que había tostado sobre la chimenea y la miel que le había regalado Jaja. Y se dio cuenta de que ya no tenía hambre.

—¿Qué? ¿Quieres contestarme? ¡Eres una maleducada! —exclamó la señorita Pintus, llevándose las manos regordetas a las caderas. Su mirada se había vuelto amenazadora.

En ese momento, además de los escalofríos, Angelica empezó a sentir un miedo tremendo. El miedo era frío, era la oscuridad de una noche sin luna y sin estrellas, cuando su madre no estaba y ella se escondía debajo de la cama.

Entonces le vino a la mente una palabra extraña que su madre le repetía siempre: consecuencia. *Consecuencia* quería decir que uno hacía una cosa y, justo porque la había hecho, ocurría otra. Casi siempre mala.

No debería haber salido de casa a beberse la leche. Si se hubiera quedado dentro, como le había ordenado Maria, esa señora no la habría encontrado.

—Mi madre no está —susurró, mientras sentía que la embargaba la desesperación. Tenía que hacer algo, tenía que echar a esa señora que la miraba igual que miraba su madre a las lagartijas y a las salamanquesas que corrían veloces por el techo—. Volverá pronto. Está haciendo la compra —añadió, tratando de mostrarse convincente.

Pero aquella señora parecía saber que era mentira. Las mentiras eran cosas inventadas. Servían para mantener lejos a los pesados. Eso también se lo había enseñado su madre. Los pesados y los entrometidos eran mala gente. Podían causar muchísimos problemas y encerrarla en un sitio horrible donde llevaban a los niños que no tenían padre y cuyas madres, como la suya, tenían que trabajar.

Entonces calló. «No hables con extraños, que si no te llevan con ellos.» La advertencia resonaba áspera en sus oídos, como aquella vez en que Maria Florinas le había advertido de cuál sería su destino si las instituciones descubrían su condición.

Angelica no sabía lo que eran las instituciones. No porque Maria no se lo hubiese explicado, su madre siempre le explicaba a fondo el significado de las palabras, pero las *instituciones* eran demasiadas cosas juntas y ella no lo había entendido. Solo sabía que, en el mejor de los casos, acabaría en un

centro y, en el peor, en un orfanato.

Centro, orfanato. Eran palabras terribles. Maria le había dicho que eran como un agujero lleno de fango: una vez que entrabas, era casi imposible escapar. Y aunque consiguieras escapar, el fango se te quedaba pegado. No había nada en el mundo que aterrorizase más a Angelica. Ni siquiera el viento que soplaba del mar ni el rayo que partía en dos la noche.

–Mi madre volverá enseguida –repitió, tratando de mostrarse más convincente. Pero la señorita Pintus no parecía escucharla. Desesperada, Angelica miró a su alrededor, ¿qué podía hacer?

La directora entró en la casa. Nadie debía entrar en casa, esa era otra regla.

¿Cómo podía haberla olvidado? Mordiéndose el labio, con las lágrimas cosquilleándole en la garganta, corrió tras ella.

–Eso no se toca. Mi madre no quiere.

¿Por qué aquella mujer no quería entenderlo? Angelica se pasó el rato arrancándole objetos de las manos para devolverlos a su lugar.

Recordó que una vez, en la playa, había visto un perro grande de color amarillo. Le dieron tanto miedo sus dientes largos y el gruñido que le salió de la garganta que cerró los ojos y se hizo pequeña, pequeña. Cuando volvió a abrirlos, el perro ya no estaba. Quién sabe, quizá pudiera hacer lo mismo con la señorita. Entonces cerró los ojos, apretándolos con fuerza, y luego volvió a abrirlos. Pero allí seguía la directora, tenía en las manos el cubo y el cepillo que acababa de usar para barrer el suelo. Corrió hacia ella y se los arrebató.

–¡Son de mi madre! –le gritó. Y después los metió con cuidado en el armarito donde Maria solía guardarlos.

–¡Tranquila, que no te los iba a robar! –exclamó la mujer, indignada.

Angelica la miró con recelo y volvió a sentarse en su sitio. La señorita Pintus se la quedó mirando un momento y luego se sentó a su lado. Angelica no alcanzaba a determinar si la directora le daba más miedo ahora que le sonreía o cuando le había gritado a su llegada.

–Bueno, pequeña, ¿adónde ha ido tu madre? A mí me lo puedes decir. No tengas miedo.

Pero Angelica sí tenía miedo, y mucho. Tanto, que le castañeteaban los dientes y le temblaban los labios. No le gustaba esa mujer. Sentía el peso de su mirada sobre ella. Sabía lo que estaba haciendo: controlar. *Controlar* significaba mirar una cosa con las manos, con los ojos y con la cabeza. Controlar era una cosa grave. También su madre lo hacía siempre cuando

volvía a casa. Y si le encontraba un arañazo, o un cardenal, se metía en un lío.

–Mi madre ha salido. Pero vuelve pronto. –Otra mentira. Y esta vez le salió natural, hija del miedo.

La señorita Pintus la miró fijamente, como si hubiera oído el tono falso del embuste, y luego le dijo que se levantara. Primero le miró el vestido, después la palpó e hizo una mueca.

–Estás en los huesos.

Angelica se quedó callada. No pudo hacer nada mientras esa señora le apretaba los brazos y los hombros con dedos malvados. Cuando después la obligó a abrir la boca, intentó morderla. Eso lo sabía hacer muy bien, pero la señorita Pintus se apartó a tiempo y, después de darle una colleja, la agarró del pelo con las dos manos y tiró hasta que asomaron las lágrimas. Pero no llegó a llorar ni gritó. Se mordió los labios y aguantó.

–Bueno, al menos vas peinada como Dios manda.

Angelica abrió los ojos de par en par, indignada. Por supuesto que iba bien peinada. Llevaba raya en medio y dos trenzas. Su madre le había enseñado a trenzarse el pelo ese verano. Y ella estaba muy orgullosa de saber hacerlo todo sola. Pero eso no debía decírselo a nadie. Después la señorita Pintus le agarró la cara, apretándosela y volviéndosela a un lado y a otro. Por suerte se había bañado la noche anterior, pensó mientras la señora le doblaba las orejas para mirar por detrás. En cuanto al vestido, era nuevo. Le estaba un poco grande, pero era nuevo.

–Pareces limpia, eso está bien. En cuanto vuelva tu madre, dile que ha empezado el colegio. Y que si no te veo allí dentro de un par de días, vuelvo con los carabineros.

¿Carabineros? El corazón le martilleaba en el pecho. Esa palabra no la conocía. ¿Qué eran los *carabineros*? La palabra se le enroscó en la lengua y en los labios. Cuando por fin consiguió pronunciarla en su cabeza, miró fijamente a la directora.

–¿Entendido?

Asintió porque no sabía qué otra cosa podía hacer. No tenía ni idea de lo que eran los carabineros, pero seguro que eran malos. Malos y espantosos. Como los entrometidos y los extraños.

Por fin la señorita salió de la casa. Angelica esperó, conteniendo la respiración, hasta que la directora desapareció al doblar la esquina, y luego corrió dentro de casa. Cerró la puerta con llave y se fue a la cama que

compartía con Maria. Se escondió debajo, en el rincón más alejado, con el corazón latiéndole sordo contra las costillas y muchas ganas de llorar.

¿Y ahora qué? ¿Qué podía hacer? Su madre tardaría en volver. Había hecho la compra antes de irse y eso, Angelica lo sabía bien, significaba que estaría fuera una semana por lo menos. Iba a trabajar, se lo había explicado, porque solo trabajando se gana dinero, y con el dinero se puede comprar comida.

Jaja. El nombre se materializó en su cabeza. Tenía que ir enseguida a casa de Jaja, ella sabría qué hacer. Apenas tardó un segundo en bajar la escalera y salir. Descalza, corrió con todo el aire que tenía en los pulmones por el callejón empedrado que llevaba a casa de su tía.

–¡Jaja! ¡Jaja!

Llamó a la puerta de su casa, pero nadie abrió. ¡No estaba, no estaba! ¿Quizá también Jaja se hubiera marchado como Maria? Un terror ciego se apoderó de ella. La desesperación la llevó a llamar a todas las puertas, gritando cada vez más.

Los ojos llenos de lágrimas de Angelica se abrieron de par en par de pronto. Las abejas, seguro que Jaja estaba con las abejas, las de allá abajo, en el bosque. Entonces echó a correr, la hierba seca crujía bajo sus pies. Estaba amarilla, tan alta que tapaba la vista. Con la respiración arañándole la garganta, se detuvo, cerró los ojos y se concentró para escuchar. ¡Sí! El zumbido de las abejas y el murmullo del riachuelo le indicarían el camino. Echó a correr de nuevo hasta que desembocó en un claro en el que crecía un viejo olivo. Debajo del árbol, de espaldas, estaba Jaja.

–¡Socorro, socorro! –gritó.

–*Ite dimoni.* ¿Qué pasa?

Margherita Senes, su Jaja, volvió la cabeza y, cuando vio a la niña, corrió hacia ella, pero Angelica se le adelantó. Las abejas levantaron entonces el vuelo, como una nube negra y amenazadora.

–Estate quieta, ya voy yo. No te muevas.

El grito de advertencia de la mujer no detuvo a la niña. Las abejas en cambio se agitaron, congregándose. Angelica, ajena al zumbido ominoso, llegó hasta Jaja y se le tiró encima, estallando en sollozos. Sus dedos aferraron la tela de su falda para cerrarse en pequeños puños desesperados.

–Los carabineros. La directora del colegio. Me lleva lejos...

Margherita avanzó unos pasos y la tomó en brazos. En ese momento se abrió el enjambre. Las abejas siguieron volando como flechas a su alrededor, pero

en lugar de atacar a la niña la incluyeron en el enjambre, protegiéndola. Protegiéndolas a ambas.

Margherita las observó atónita. En su rostro se dibujó entonces una especie de sonrisa misteriosa, una mezcla de satisfacción y orgullo. La anciana acarició la cabecita oscura de Angelica. Lanzó una última mirada al enjambre dorado que seguía volando alrededor y estrechó a la niña contra su pecho.

–Cálmate, deja de llorar, que no sirve de nada, *filla* mía.

Angelica se pasó una manita por la cara. Con la otra seguía aferrando la tela de la larga falda blanca. Los sollozos no cesaron, solo se hicieron más hondos.

–Muy bien, ahora volvamos a casa.

Angelica se agarró a la mano de Jaja. No se fijó en que las abejas habían formado un pasillo que ellas atravesaban. Una vez ante la puerta de su casa, Margherita la cerró a su espalda y los insectos se dispersaron y volvieron a su casa excavada en el tronco del olivo.

–He hecho galletas, galletas de miel. ¿Te gustan?

–Sí, me gusta la miel.

–Ven, vamos a la cocina.

Empujó a la niña con suavidad hacia delante, con una expresión tensa. Sus labios, apretados, formaban una fina línea. Sabía que ocurriría tarde o temprano, se lo había dicho a la cabezota de Maria. Había tratado de convencerla de que le dejara a la niña. Que así se arriesgaban a que alguien se la llevara. Pero ella no había querido escucharla. Orgullo, inconsciencia y necesidad: Maria Florinas estaba hecha de esas tres cosas.

Pero si con ella Margherita había fracasado, con Angelica no sucedería lo mismo.

–Mientras yo viva, a ti nadie te tocará, *ninnia*. Niña, no tienes que tener miedo. Yo me ocuparé de ti.

Y lo hizo. Jaja le compró cuadernos, libros y también un delantal con su lazo y todo. Era rosa. Angelica lo miró con los ojos muy abiertos. Tenía volantes y era de un color que le recordaba a los pétalos de las rosas y al cielo del amanecer, cuando estaba a punto de salir el sol. Era precioso. La cosa más bonita que había tenido nunca. Angelica lo olió y, con los ojos cerrados, se lo llevó a los labios.

Al día siguiente salieron temprano. Jaja le enseñó el colegio. No era feo y dentro había muchos niños. Angelica los miró boquiabierta. Jaja se entretuvo hablando con la señorita Pintus y juntas la acompañaron hasta su clase. La

maestra era joven y guapa como su madre, solo que Maria tenía el cabello oscuro, mientras que el de la señorita Adele era castaño, como el suyo. Angelica no se enteró de lo que Jaja les dijo a las dos, pero en un momento dado, durante la conversación, la señorita Pintus se puso roja como los tomates de su madre, y la maestra Adele corrió a abrazar a la niña.

Desde ese momento, todos fueron más amables con ella. La vieja Jaja fue a recogerla. Le dio la mano todo el camino. Le preparó una cama en la habitación de la torre, la más bonita del caserón en el que vivía.

–Esta será siempre tu casa, *ninnia*. Recuérdalo.

Desde allí, en las noches más límpidas se veían las estrellas y el mar. Y para Angelica no había nada más bonito que hablar con ellas mientras contemplaba la aurora incendiar el cielo turquesa.

4.

Miel de lavanda (Lavandula spp.)

Suave y balsámica. Es la miel de la calma, ayuda a recuperar el equilibrio. Huele a flores y a hierbas aromáticas. Una tenue nota de incienso persiste en el regusto amargo que la caracteriza. De un purísimo color marfil, su cristalización es delicada.

«**V**enga, contesta», masculló Angelica, contando los timbrazos.

«Este es el contestador automático...»

Finalizó la llamada y arrojó el móvil sobre el salpicadero. Era la tercera vez que llamaba a su madre. ¿Por qué demonios no contestaba? Trató de zafarse de ese hilo de angustia que se le había enredado en el cuerpo inexplicablemente desde la última vez que había hablado con ella. «Lo intentaré más tarde», susurró, con los ojos fijos en el móvil.

Miró a su alrededor. Había llegado a Agda. La pequeña ciudad era una joya rodeada de vegetación y bañada por aguas color esmeralda. Angelica conducía despacio, sin apartar la mirada del tráfico. Otra carretera, otra aventura. Echaría una cabezadita en Aviñón, y luego seguiría hasta Arles. Allí asistiría a un congreso y se marcharía de nuevo.

Siguió preparando el recorrido, estudiando las etapas, organizándose. Con la mirada puesta en la carretera, buscó su botellita de agua, pero entonces se dio cuenta de que no tenía sed y la dejó. Al rato vio una plazuela y se detuvo.

Miró a su alrededor. Mar, mar por todas partes. De un azul profundo, en algunos puntos incluso violeta. Angelica lo contempló unos minutos. El sol se ocultó tras una nube pasajera, y el mar volvió a cambiar de color. Ahora era una extensión de plata líquida. Bajó la cabeza y fijó la vista en la tierra seca. No era ese el mar que tenía en el corazón. No era ese...

Su mar era azul como el corazón de un zafiro y, cuando el sol estaba alto, no se distinguía del cielo. Su mar era verde también, jaspeado de turquesa y del

oro y el naranja del crepúsculo. Su mar sabía a sal y a risa.

Primero Jaja, luego el mar de Abbadulche, el pueblecito de la pequeña isla sarda en la que había crecido, se abrieron camino hasta sus recuerdos, apropiándose con fuerza de sus pensamientos.

Cuando reparó en que deseaba ese mar con todo su ser, se puso rígida. Era como si su infancia de pronto la llamara a gritos. Y eso no era posible, no era aceptable. Ya no había nada para ella en ese lugar. Hacía mucho tiempo que se había resignado.

Lorenzo estaba tumbado sobre la alfombrilla y la miraba a los ojos.

–Deja de mirarme así. No sé qué me pasa, ¿vale?

Siguió pensando mientras volvía a poner en marcha el motor. No era propio de ella abandonarse a sentimentalismos tontos. Se pasó la mano por el pelo. Había trabajado mucho últimamente. La culpa la tenía el cansancio acumulado, nada más. Por eso, desde hacía un tiempo había empezado a pesarle la soledad.

–Es cansancio, nada más –volvió a mascullar.

Quizá debiera haber aceptado el ofrecimiento de *monsieur* Dupont. Su propuesta de quedarse unos días más había sido tan clara como sus intenciones. Su beso había sido fantástico. En el fondo los dos eran libres. Era un hombre interesante, demasiado atractivo incluso. Angelica no quería ningún compromiso excesivo.

Agitó una mano para rechazar la idea. No se había quedado, no había compartido su cama, no había aceptado ese sucedáneo de consuelo que le había ofrecido. Había regresado a su caravana, a dar vueltas en la cama toda la noche.

¿Por qué? La pregunta volvió a presentársele, sencilla y directa. También la respuesta era sencilla. Unos pocos instantes de pasión consumados en una cama que no era la suya no era lo que necesitaba ni lo que deseaba. Lo había entendido por fin, necesitaba pertenecer de verdad a alguien.

Siguió conduciendo, con esa sensación de cansancio extremo que la abrumaba cada vez más a menudo en ese último mes. Desalentada, cayó en la cuenta de que cansancio no era el término adecuado. Ella no estaba cansada, sino vacía. Estaba dolorosamente vacía.

Al final llegó la certeza y, con ella, el temor. Un miedo tan profundo que la hizo temblar. ¿Cuándo había empezado a dejar que la vida pasara por su lado sin participar en ella? Buscó a *Lorenzo* con la mano, estaba ahí mismo.

Aunque el tacto del pelo de su amigo le procurase el consuelo habitual, comprendió que esa vez no le serviría para ahuyentar el frío que de nuevo le serpenteaba bajo la piel.

El perro gimió y le lamió la mano. Ella le dirigió una sonrisa fugaz, casi como si quisiera tranquilizarlo. También *Pepita* se materializó a su lado.

–Estoy bien. De verdad. No os preocupéis.

Se concentró en el cartel que había a un lado de la carretera. Parpadeó varias veces. Esos malditos letreros no se veían bien. Se frotó los ojos. Aminoró la velocidad y tomó el desvío.

–Se me pasará –dijo–. Se me pasará.

¿Cuándo había sido la última vez que había dormido en una casa de verdad? Lo pensó un momento, y una sonrisa amarga le torció los labios. Ni siquiera se acordaba. Su casa era la caravana, desde hacía tanto tiempo que no era capaz siquiera de pensar en un alojamiento distinto. O en un lugar estable.

En realidad, la caravana era algo muy distinto: su solución para todo. Era lo que le permitía evitar todo aquello que no le gustaba y dejarlo atrás. No dar explicaciones. Y ella estaba a gusto así, ¿no? Con pocas personas que de verdad le importaran, y que quizá no fueran amistades propiamente dichas. La soledad tenía sus ventajas.

Se concentró en lo que debía hacer, decidida a ahuyentar esa melancolía que la asaltaba a traición. Era eso lo que la atormentaba, la melancolía y los sueños. Jaja, que le enseñaba a extraer la miel de los panales sin dañarlos, a colocar las celdas de la abeja reina en las colmenas huérfanas. Jaja, que le daba la mano mientras cantaban juntas y las abejas se elevaban por encima de ellas, uniéndose a la melodía con su alegre zumbido. Jaja, que se la llevaba consigo cada vez que llegaba el atardecer al pequeño embarcadero en el que Omero, el pastor, esperaba junto a una mujer de espalda chepuda y expresión derrotada. Las mujeres eran todas distintas, todas desconocidas. A veces con ellas había uno o dos niños. Jaja los abrazaba, los besaba en las mejillas uno a uno y los bendecía, santiguándolos en la frente. Les daba un tarro de miel y, cuando la barca empezaba a alejarse, los seguía con la mirada hasta que desaparecían en el horizonte. Después regresaba despacio.

–¿Esa también era tu hermana, Jaja?

–Todas, ninnia. Todas son mis hermanas.

–¿Y esos niños?

–Mis hijos. Los hijos de todas las mujeres.

–¿Hermanas como las abejas?

–Como las abejas.

El recuerdo se deshilachó y Angelica volvió a la realidad. La embargó una profunda nostalgia por ese mundo encantado en el que había vivido de niña, pero la ahuyentó. ¿Por qué seguía pensando en Jaja? ¿Por qué seguía soñando con ella con esa intensidad? Y, sobre todo, ¿qué era lo que tenía que decirle?

Cuando sonó el móvil, se precipitó a contestar.

–¡Eh, vagabunda! –La voz delicada de su amiga Sofia compensó en parte la decepción que sintió al ver que no era su madre.

–Hola.

–¿Adónde vas ahora?

–A Aviñón.

–¡Cariño! –exclamó Sofia—. ¿Vienes a verme? ¿Querías darme una sorpresa?

Angelica se mordió el labio. En realidad no había pensado quedarse en casa de Sofia, pero no encontró las palabras adecuadas para decírselo. No quería darle un disgusto. La alegría de su amiga le llegaba límpida y contagiosa. Se dio cuenta de que estaba sonriendo.

–Yo...

–Anda, venga, mi casa es tu casa. En realidad, probablemente es más tuya que mía.

–No empieces otra vez, por favor, no estoy de humor –contestó Angelica a la vez que tomaba el desvío hacia el área de servicio.

–Nunca estás de humor cuando se trata de que te devuelva el dinero que me prestaste. Y eso me molesta mucho, francamente.

–Quédatelo. Yo no lo necesito. Ya me lo devolverás cuando puedas.

Sofia estaba a punto de replicar, pero decidió que no tenía sentido discutir con Angelica por teléfono. Le tendería una bonita emboscada ante una botella de vino blanco y un plato de lasaña, pensó. Aunque era griega hasta la médula, había aprendido de la madre de Angelica a cocinar la pasta. Maria era una excelente cocinera. Nadie podía resistirse a sus lasañas, pensó con una sonrisa satisfecha.

–Vale, ¿cuándo llegas?

–Esta noche.

–Perfecto.

–No me hagas lasaña. Y nada de vino. Y la respuesta es no.

–¿A qué? –preguntó Sofia con tono inocente.

–A lo que sea que tengas en la cabeza.

–¿No puedo tener la esperanza de convencerte de ninguna manera? ¿Ni siquiera con un buen postre?

Angelica se rio:

–Eres la tentación.

–Solo soy una gran cocinera.

Otra risa.

–Y una excelente amiga, por eso siempre estaré ahí para ti. No me debes nada. –Un suspiro, y su sonrisa se desvaneció un poco.

–¿Qué te pasa, Angelica?

–No lo sé, no lo sé. –El tono alegre desapareció de pronto, y con él las ganas de bromear.

Sofia se preocupó.

–Luego me lo cuentas con calma. Voy a comprar el vino, una caja debería bastar. Date prisa, pero no corras, por favor. Ese trasto tuyo se cae a pedazos, parece unido solo por las oraciones de tu madre y un poco de cinta aislante.

–Acaba de pasar la revisión, el mecánico me ha dicho que todavía me durará un par de años por lo menos.

–No me digas –contestó Sofia, levantando los ojos al cielo–. ¡Cuánto me tranquiliza oír eso! Te preparo la habitación, y no me vengas con tonterías esta vez. Te quedas a dormir en mi casa. Un beso. Hasta luego.

–¿Lo oyes? Aquí llega. Agárrate fuerte.

Angelica contiene la respiración y aprieta la mano de Jaja. Su larga falda se infla como un enorme globo y se levanta. Ella enseguida se la agarra y la retiene, y ahora se ríe. También Angelica se ríe. Algo le golpea en la cara, pero la niña no siente dolor. Al contrario, ese sople frío le hace cosquillas. Se llama mistral, es un viento. Hay que tener mucho cuidado con los vientos. Si estás en el mar y no los escuchas, puedes tener problemas, problemas gordos.

La cueva está a su espalda. Pero para escuchar el viento hay que estar ahí, en el promontorio que domina la playa. Abajo las olas encrespan con su espuma el mar azul, que hoy parece de plata. Eso también es una señal. Hay

que estar atento al mar cuando está gris. Esas olas te arrastran. Te llevan lejos, a alta mar.

–No debes tener miedo del viento, nos habla de los lugares lejanos que ha visitado. Escucha lo que tiene que decir.

Angelica cierra los ojos y los aprieta con fuerza. Se concentra y se esfuerza, pero al cabo de un rato pierde la paciencia.

–Perdona, Jaja, pero yo las palabras del viento no las entiendo.

Una risita, y la mano amable de la mujer se cierra sobre la de la niña.

–Alarga los dedos, siente el viento, huélelo. El viento no habla como las personas, sería absurdo, ¿no te parece? El viento está hecho de aire, y las palabras del aire son los olores. De modo que, si quieres entender lo que te dice, solo tienes que olerlo.

Angelica abre de par en par los ojos, levanta la cara e inspira hondo. Una vez, dos, y sonrío. El viento ha bajado hasta el vivero.

–Sí, así, muy bien. Ahora ve allí, siéntate y sigue hablando con el viento.

Mientras la anciana se dirige a las colmenas que hay detrás de la roca, Angelica corre a guarecerse. Siente un escalofrío y cruza los brazos sobre el pecho. Qué frío es ese viento que se le engancha en los pasos y le hace retroceder. Le entra la risa, avanza y retrocede varias veces. Su risa llega hasta Margherita, que, tras una ojeada indulgente, reanuda su tarea.

Ahí está la entrada de la cueva. No le gusta la oscuridad que se ve al fondo, así que se queda junto a la entrada. Ahora se siente más estable. Le gusta esa palabra, le da seguridad. Estable es una palabra difícil, tiene muchos significados. Estabilidad es cuando Jaja le sonrío, cuando la cena está en la mesa y la manta en la cama. También cuando le enseña el agua del río que corre sobre los guijarros y murmura, desvelando los secretos del bosque. Ella nunca ha entendido lo que cuenta el riachuelo, pero Jaja sí.

Angelica piensa un poco en ello, y se le ilumina la mirada. Las palabras del agua son las del viento, como las de las abejas. Y del sol, los gatos, los perros y las ovejas.

Satisfecha, Angelica se levanta y corre hacia Jaja, enseguida las abejas la acogen volando a su alrededor, y ella canturrea y da saltitos. Después alcanza a la anciana.

–Pero ¿qué tengo que hacer para entender?

Margherita levanta la mirada.

–Solo tienes que escuchar, ninnia.

Buzón de voz.

–¡Contesta, mamá!

Cortó la comunicación con un gesto seco y se quedó mirando el móvil fijamente.

¿Y si simplemente ya se ha marchado?, pensó. Podía estar de viaje o en una iglesia, o en un convento: paredes gruesas, zonas aisladas... Eso podría explicar el silencio de su madre. Y no se entra en una iglesia con el móvil encendido. Maria no lo habría hecho nunca. Se mordisqueó el labio y dejó el teléfono en el salpicadero.

Ella había visto muchos lugares en su vida, unos aislados y otros no. Y había conocido sus aspectos más auténticos. La tierra, las plantas, la comida, los habitantes. Y las abejas.

Las abejas para ella eran el espejo del lugar al que pertenecían y del que cuidaban. Recolectaban el polen y el néctar y los devolvían en forma de miel. Se aseguraban de que cada flor produjera un fruto. Incluso cuando morían eran útiles para la comunidad, pues señalaban desequilibrios y, cada vez más, contaminación. Eran centinelas, las centinelas del medio ambiente.

Angelica se preguntaba con frecuencia los motivos que empujaban a las personas a envenenarse a sí mismas y a la naturaleza en nombre de un provecho, de una aparente riqueza. ¿Qué beneficios podían tener para la humanidad los cursos de agua inservibles, los frutos que, para hacerse grandes y bellos, habían sido rociados con un pesticida letal que seguían conservando en su interior? Recordaba aún con precisión el olor de un apiario completamente destruido por el polen de un campo de girasoles. Cuando el dueño descubrió que era él mismo el culpable de la muerte de las abejas, estalló en sollozos. No sabía, en el momento de sembrar el campo, que las semillas habían sido elaboradas con un pesticida de nueva generación que se había quedado en la planta y después en la flor, transmitiendo su carga letal a los insectos, que nada sabían de todo eso.

Angelica no era una tonta, conocía el mundo. Escogía siempre con cuidado sus batallas. Sabía que el problema era la ilusión de poder resolver los problemas recurriendo a un producto que se vendía como milagroso. Un gesto, y ya tenías la solución. Era fácil, tan fácil que resultaba irresistible. Tanto

como para disolver toda duda, toda objeción. La gente ya no tenía tiempo ni paciencia; lo quería todo y enseguida. Nada de tomarse el tiempo de recorrer un camino, solo interesaba lograr objetivos.

Cada vez que visitaba un apiario, Angelica observaba con atención el entorno y, si encontraba señales de contaminación, instruía a los apicultores, enseñándoles métodos de lucha biológica contra enfermedades y parásitos. Nunca los dejaba con dudas, les ofrecía siempre una solución y una alternativa válida a la utilización de venenos. Su licenciatura en ciencias zootécnicas y su especialización en etología y bienestar animal, que había conseguido con la máxima nota, le habían resultado muy útiles.

Desde hacía tiempo, la naturaleza, la tierra, el viento y el agua eran sus compañeros de viaje. Y ahora ya solo se sentía a gusto en su compañía. Con el paso de los años, Angelica Senes se había convertido en parte de ese mundo que la había acogido tanto tiempo atrás. El mundo de las abejas.

Le gustaba ir de un sitio a otro ocupándose de las colmenas. Le gustaba no tener ataduras, ninguna obligación a largo plazo. Ningún hombre al que rendir cuentas de sus decisiones, ninguno tampoco que pudiera inmiscuirse o influir en sus intenciones. Ninguno que pudiera juzgarla.

Se concentró en la carretera.

–Ya casi estamos –dijo.

Siguió con la mirada los senderos plateados que se extendían más abajo. La lavanda lo cubría casi todo. Largos surcos que transformaban los campos, reblandeciéndolos, y que en verano se convertirían en paisajes de ensueño. De color cobalto y zafiro con matices lila. ¿Cuántos había visitado durante la floración? La miel de lavanda era una de las más delicadas y aromáticas.

Le sentaría bien hablar con Sofia. Sonrió. Sofia lo curaba todo con la miel. No había conocido nunca a nadie más apasionado que ella. Aparte de Jaja.

No tenía ninguna gana de pensar en Jaja, no en ese momento. Prefería pensar en Sofia, en su risa alegre y tan contagiosa que ahuyentaba todos los pensamientos dolorosos. Su amiga era la persona más positiva que conocía. Los griegos eran un pueblo aparte. Capaz de soñar y de vivir intensamente cada instante.

Hacía un par de años, Sofia había descubierto un viejo molino destartado y se había enamorado de ese lugar. Se lo había alquilado al propietario, Martin, y lo había ido reformando poco a poco. Al principio le había servido de vivienda, después se había convertido en el punto de referencia de todo

aquel que quisiera una miel especial.

Sofía importaba miel de todo el mundo, incluida la miel neozelandesa de manuka. La milagrosa, como la llamaban. La manuka es una planta de la familia de las mirtáceas cuyo néctar recolectan las abejas, una florecita de pétalos blancos y corazón rojo que crece en Nueva Zelanda. Angelica recordaba bien las extensiones blancas que caían a pico sobre el mar más azul que había visto nunca. Recordaba con precisión el olor, los matices de los pétalos de las flores que, según el lugar y el terreno, eran más o menos rosados. Sabía que en realidad todas las mieles recolectadas con cuidado y trabajadas en frío poseen las mismas cualidades, pero sabía también que las plantas tienen una esencia especial y que, a través del néctar, las abejas extraen una pequeña cantidad de esa esencia. Así, cada miel conserva esas valiosas características, tan singulares.

De lugares como Nueva Zelanda y Australia, a los que había ido al terminar sus estudios, cuando la necesidad de horizontes lejanos era una profunda exigencia y la caravana solo un proyecto, Angelica recordaba a todas las personas con las que había trabajado y también a todas las demás, aquellas a las que simplemente había dejado atrás.

Su nombre era conocido en todo el mundo apícola. Probablemente fuera el trabajo que hacía lo que la convertía en un recuerdo indeleble para las personas con las que había tratado. O quizá fuera su aire de niña, su mirada melancólica, su belleza delicada, su desapego, la desconfianza con la que contemplaba cuanto la rodeaba. Muchos se habían quedado con su sonrisa, que nunca se transformaba en risa, con su amabilidad, su manera franca y decidida de exponer los problemas.

Angelica Senes era una persona que sabía percibir los matices y que nunca traspasaba las fronteras.

Independientemente de la naturaleza del vínculo que se hubiera instaurado, cada cual recordaba cómo trabajaba con las abejas, cómo estas se posaban sobre ella cuando empezaba a cantar. Su fama se extendió por todas partes. En voz baja, sin embargo, pues la apicultura no es magia sino ciencia.

Nadie habría querido admitir en un congreso que ella conocía mejor a las abejas que un entomólogo, pero Angelica Senes era el nombre que iba de boca en boca. Era su correo electrónico el que los amigos compartían cuando el problema que afligía a sus colmenas les quitaba el sueño. Por eso nunca le había faltado trabajo ni un sitio donde estar durante los largos años que había

pasado recorriendo el mundo. Y era su nombre el que le abría las puertas a Sofia y le permitía encontrar las mejores mieles que ofrecer a sus clientes.

–Enseguida llegamos –le dijo a *Lorenzo*, recorriendo el sendero que llevaba a la finca de su amiga. Le gustaba ese lugar tanto como la compañía de Sofia. *Lorenzo* se puso delante de la puerta de la caravana, aullando. Un momento después, Angelica aparcó en la plaza empedrada y se bajó de la caravana. Sofia fue a su encuentro.

–¡Por fin! –le dijo, y le dio un abrazo.

Angelica cerró los ojos mientras su amiga la estrechaba con fuerza, luego se apartó, zafándose del abrazo. Se quedaron un instante en silencio, mirándose.

–¡Pareces mi madre! ¿Seguro que no escondes una lupa en alguna parte? Te juro que no tengo ni un rasguño.

Sofia sacudió la cabeza, haciendo caso omiso de sus palabras.

–¡Me alegro tanto de verte! Ven, entremos. Bueno, qué, ¿cómo era ese francés?

Angelica se esforzó por sonreír.

–Pelo largo y mirada asesina. Uno de esos que gustan muchísimo a las mujeres.

–¿Como los de las películas?

–¡Exactamente! Una relación con él habría sido un infierno.

–Esa es una de las cosas que me gustan de ti, tu visión de conjunto. Y de futuro.

Angelica la sopesó con la mirada.

–Me lo tomaré como un cumplido.

Se rieron y siguieron charlando alegremente. Sofia le puso al día de su negocio y de Martin, de lo insoportable que era ese hombre. Una gran cortapisa para sus proyectos. Angelica la escuchaba sonriendo, serena después de tanto tiempo. Pero Sofia reparó en las sombras bajo sus grandes ojos castaños, así como en la melancolía que los hacía aún más profundos y misteriosos. Sus rasgos estaban más marcados que la última vez. Había vuelto a adelgazar, pero seguía siendo muy guapa, de esa manera casi oculta que requiere de una mirada distinta y de la capacidad de ir más allá de las apariencias. Su secreto era la boca: suave y delicada, como todo en ella. Cuando se abría en una sonrisa, regalaba alegría a quien tuviera cerca.

–¿Por qué llevas siempre el pelo recogido? –le preguntó su amiga, frunciendo el ceño.

–Ya sabes que me gusta estar cómoda.

Sofía resopló.

–Cuando te conocí, siempre lo llevabas suelto. Te queda mejor.

Angelica se encogió de hombros. Lo llevaba así porque un día se lo había prometido a alguien. Pero después el tiempo se lo había llevado todo, también el recuerdo de esa promesa susurrada. Le sorprendió ese pensamiento. Y más aún la emoción que había sentido por dentro de repente. Se había esforzado en olvidar. Era absurda esa intensidad, no venía a cuento. Pero esos días todo parecía desprovisto de sentido.

Sofía esperó una respuesta que no llegó.

–Estás muy callada –dijo al cabo de un rato.

Una sonrisita floreció en los labios de Angelica.

–Siempre lo estoy. Por eso precisamente me quieres.

Sofía entrecerró los párpados.

–Tienes razón. Anda, ven, vamos dentro, la cena está lista. –La precedió por el sendero. No le gustaba nada ese tono ligero. Las palabras de Angelica parecían flotar en el aire, como sus sonrisas vacías.

–Es precioso.

Sofía se detuvo, con los ojos en los altos muros de la fachada.

–Sí, desde luego que sí.

Angelica alzó la mirada y se concedió un instante para observar cuanto la rodeaba. Aquella extraña construcción se remontaba al siglo XVI. Un antiguo molino cuya rueda, que aún funcionaba, descansaba sobre la corriente del canal verde y denso como el petróleo, construido alrededor de una roca que parecía haber sido arrojada directamente desde el cielo; lo rodeaba un bosque de nogales, lavanda silvestre y acacias.

Un pasillo excavado en la piedra de la pendiente rocosa englobada en el edificio unía los dos reinos de Sofía. Se accedía a él por la puerta de entrada y luego se dividía en dos direcciones opuestas. La tienda constaba de una única habitación. El techo era de vigas y tablas sostenidas por arcos y columnas de piedra. Sofía había hecho pequeñas reformas, pero el resto, incluidas las toscas paredes, lo había dejado tal cual. No había más decoración que un largo banco de piedra y una serie de estantes. En cuanto a la habitación, era luminosa, con los postigos pintados de amarillo y los muros muy blancos. También el interior era blanco, como los muebles y adornos. Parecía que la luz

habitara el lugar. Sobre los muros, entre las hojas color esmeralda de las buganvillas, asomaban las flores de tonalidad morada y fucsia.

También entonces, mientras el sol incendiaba el cielo con su despedida, a Angelica la casa le pareció un lugar lleno de luz y de paz. Suspiró y se dejó arrastrar al interior.

5.

Miel de eucalipto (Eucalyptus spp.)

Balsámica e intensa, es la miel de la respiración y aclara la mente. Huele a bosque, a setas y a azúcar quemado. Ligeramente salada, es de color ámbar y forma gruesos cristales.

—Bueno, ¿qué te pasa?

Angelica levantó la cabeza de golpe.

—Nada, ¿por qué me lo preguntas?

—Llevo hablándote casi media hora..., y parecías en otro planeta.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Perdona.

—No quiero que te disculpes. Quiero saber qué te pasa. A mí me lo puedes contar.

Sus miradas se cruzaron un instante.

—Nada, está todo muy rico.

Sofía golpeó con el índice en la mesa.

—Entonces, ¿por qué no comes?

¿Cómo hacía para tener ese timbre de voz tan aterciopelado incluso cuando estaba irritada? Angelica sonrió. Esa amabilidad era una de las cosas que más le gustaban de su amiga. Estar a su lado era verdaderamente fácil. En ese momento se percató del silencio que reinaba en la cocina.

—¿Has conseguido convencer a Martín de que te venda el molino? — preguntó, cambiando de tema.

—No, elude el tema. Un día parece dispuesto, y al siguiente cambia de idea.

—Todavía tienes unos meses para convencerlo.

—Ya, pero no creo que lo consiga. Prefiero volver a empezar de cero en otra

parte, en Aviñón, por ejemplo. Un sitio especial, con un bonito escaparate decorado. Miel para todos los gustos..., ¿qué te parece?

–No hables así. La tienda, la casa... Has trabajado mucho.

Sofía entrecerró los párpados e inclinó la cabeza hacia un lado.

–Me resulta extraño que me digas eso precisamente tú.

El silencio que a ratos había acompañado su velada de pronto le pesó.

–Me gusta mi vida. No creas que yo..., que no estoy satisfecha. Pero tú eres distinta.

Sofía resopló. Dejó el tenedor sobre el mantel y la miró a los ojos.

–¿En serio? A ver, cuéntame lo feliz que eres y lo satisfecha que estás.

Angelica abrió la boca y volvió a cerrarla, antes de apartar la mirada.

–No puedes, ¿verdad?

–No es como tú crees...

–¡Venga, hombre! No has hecho más que mover la lasaña en el plato. Mírate, estás nerviosa, intranquila. No puedes ni estarte quieta de tantas ganas como tienes de volver a tu maldita caravana y escaparte otra vez.

–Solo estoy cansada y algo desganada, nada más.

Suavizó el tono, con la esperanza de que Sofía la dejara en paz, pero cuando alzó la mirada, comprendió que su amiga solo estaba afilando las armas antes de volver a la carga.

–¿Qué te atormenta? A mí me lo puedes contar, ¿sabes?

La irritó su tono paciente, le hizo sentirse malvada y desagradecida. ¡A la mierda! Apartó el plato y se levantó. Fue hasta la ventana y corrió la cortina. Se había levantado viento. Las fresias del sendero se agitaban. Entrecerró los ojos y abrió el puño. La tela de la cortina ondeó delante de ella, tapando los cristales.

–No lo sé...

–Alguna idea tendrás.

En efecto. Algo confusa quizá, pero una idea sí que tenía. Lo que pasaba era que no quería hablar de ello. Se alejó de la ventana y se puso a quitar la mesa. Sentía la mirada de Sofía sobre ella. Probablemente fuera la única persona capaz de comprenderla y de ayudarla. Pero aun así las palabras se negaron a salir.

Podía arreglárselas sola, no necesitaba a nadie.

La frase rebotó dentro de ella, provocándole una punzada de dolor. Levantó la cabeza. Sofía estaba totalmente inmóvil, con los ojos sonrientes y una

expresión de confianza en el rostro.

Los vasos tintinearón sobre la mesa. Pero ninguna de las dos les prestó atención.

Angelica llevó la mano a la jarra de agua. Tenía la boca seca y el estómago revuelto. Beber, sin embargo, no le serviría de nada. Beber no ahuyentaría el miedo que sentía.

Porque lo que se agitaba en su interior, lo que sellaba sus labios, era un terror antiguo, hecho de omisiones, silencios, conocimiento y soledad. Sincerarse habría significado abrir su alma. Exponerla al juicio de su amiga. Y eso era algo que hacía mucho tiempo que Angelica no había hecho. No sabía si quería arriesgarse a hacerlo. Miró hacia la entrada.

—¿De verdad es tan terrible lo que te ha ocurrido para que tengas esas ganas de salir huyendo de una simple pregunta?

Angelica se volvió de golpe.

—No. No me ha ocurrido nada. No es lo que tú piensas.

—Pues entonces explícame.

—No es tan sencillo.

—¿De verdad hay algo sencillo cuando nos enfrentamos a lo que nos preocupa? No, no lo creo. Lo único seguro es que si nos lo guardamos todo dentro, nunca conseguiremos ver el problema tal y como es. Lo guardaremos celosamente, lo custodiaremos, y este se alimentará de nuestros miedos, haciéndose siempre más grande y más aterrador.

Era verdad. Era una de esas cosas obvias de las que uno se da cuenta de repente. Mientras Angelica reflexionaba sobre las palabras de Sofia, el instinto se impuso sobre el orgullo y el miedo.

Buscó en su interior, excavó con esperanza. Y, mientras reflexionaba, sus pensamientos se desplegaron, amplios y lineales. De pronto vio claro aquello que antes solo había intuido.

¿De verdad podía contar cómo los recuerdos de un pasado muerto y enterrado la asaltaban cada vez más a menudo, imponiéndose a la realidad, sin darle tregua? Los había rechazado. Rehuido incluso. Eran demasiado intensos. Demasiado conmovedores. La seguían atormentando, como si el tiempo no hubiera dejado sobre ellos capas y capas de olvido.

La dejaban sin respiración.

Los recuerdos no deberían ser así. Ella tenía toda una vida por delante, no tenía tiempo para el pasado. No los quería en su vida, en ese futuro que tanto

esfuerzo le estaba costando construirse.

¿Por eso se habían apoderado los recuerdos de sus sueños?

Esa reflexión la sorprendió.

Se llevó la mano a los ojos y luego se frotó la nariz.

–Estoy teniendo sueños.

Sofía frunció el ceño.

–¿Pesadillas?

Angelica negó con la cabeza.

–No, no.

Si al menos hubieran sido pesadillas... Eso habría podido contarle, era algo normal. Pero no, ella soñaba con campos de oro cubiertos de flores moradas, abejas, y un mar turquesa en el que nadaba feliz. Y Jaja, su Jaja que olía a miel y a limón y cantaba bellísimas canciones, la llamaba. Le hablaba, pero ella no conseguía oírla, no entendía lo que le decía. Y por más que intentaba ir a su encuentro, por más que trataba de alcanzarla, nunca lo lograba.

Y no habría sido posible: Jaja había muerto cuando ella era niña.

Rechazó el dolor que le oprimía la garganta y le llenaba los ojos de lágrimas. Había pasado mucho tiempo ya, no era normal seguir sufriendo de ese modo.

Un suspiro, una sonrisa llena de nostalgia. Sintió llegar el recuerdo hasta ella. La arrolló como una ola. Dejó de oponer resistencia, estaba cansada.

Primero vio las imágenes y los colores, después sintió los aromas y oyó los sonidos. Era el azul del mar, el olor de enebro en el viento, el fuego del cielo. Llevaba dentro de sí esa tierra, había crecido en su interior día a día. Y, cuando la abandonó, esta se quedó con un pedazo de su alma.

Era Cerdeña.

A un primer recuerdo siguió otro, y así sucesivamente. Y luego fueron las emociones.

Había sido tan feliz... El mar, su mar, que la acunaba, en el que nadaba largo rato y navegaba con su barquita. Le gustaba llegar hasta los pequeños escollos frente a la costa. Le gustaba también desafiar la marea y llegar más allá, donde el verde esmeralda se volvía azul profundo y le retorció el estómago con una mezcla de terror y fascinación.

Nunca le había hablado a Margherita de sus excursiones. Aunque su Jaja se lo permitía casi todo, Angelica sabía que alejarse mar adentro era algo que ni

siquiera ella hubiera aprobado.

Por eso no le había contado a nadie su secreto.

Salvo a él, claro. A Nicola Grimaldi. A él sí se lo había dicho. Incluso un par de veces habían ido juntos.

Instintivamente se puso rígida. Trató de concentrarse en otra cosa, pero Nicola seguía allí, en el centro de sus pensamientos.

En aquel tiempo él lo era todo para ella. Amigo, amor. No había diferencia entre esas dos palabras. Quizá no sea exacto llamarlo así, puesto que los dos eran poco más que unos niños. Pero ¿cuál era la palabra exacta para definir lo que habían compartido? Al fin y al cabo, ella nunca se había sentido tan comprendida ni tan querida como durante el tiempo que había pasado con él, cuando los dedos entrelazados bastaban para hacerle estallar de alegría el corazón, o cuando él la abrazaba porque de pronto sentía frío, y juntos ponían nombre a las olas que rompían en la bahía bajo la casa de Jaja y se echaban a reír como locos sin motivo. Solo porque eran felices.

El recuerdo la llenó de emoción. Había sido magnífico vivir el mar con esa libertad, buceando hasta aferrar la arena con las manos para después subir a la superficie gritando y riendo. Había sido liberador, como poseer el destino en un puño.

También había habido otras cosas. Promesas, labios rozados apenas, el corazón que estallaba en el pecho en ese pequeño mundo en el que solo existían ellos dos... Pero Angelica no quería pensar en eso. Había dejado de hacerlo cuando decidió que existía una clara línea entre pasado y futuro. Entre el antes y el después.

Y que todo tenía un final.

Su mirada se ensombreció.

–Sueños, sueños preciosos. Despertarme se ha convertido en un problema.

–A menudo los sueños son necesidades disfrazadas, o sea, señales a las que hay que estar atento –dijo Sofia, poniéndose seria–. Una vez leí que son la manera que tiene nuestra mente de hacer realidad sus deseos, los deseos de verdad importantes.

Angelica volvió a ensombrecerse, con la mirada perdida en un punto lejano.

–Cuando despierto, solo siento ganas de llorar. Y los sueños se mezclan con los recuerdos.

–Recuerdos ¿de qué?

No le habló de Nicola, no sabía cómo explicarle aquel amor tan lejano,

separado de la realidad.

–Muros de piedra, una mujer..., mi Jaja, ¿la recuerdas?

–¿Esa pariente de tu padre que te cuidó cuando eras niña? Claro que la recuerdo.

Angelica asintió. En realidad, para ella Jaja había sido una madre, exactamente como Maria, bueno, quizá más incluso. Aún le quedaba por saber por qué su madre nunca había querido o podido ofrecerle la misma ternura. Maria era una mujer brusca y áspera. Hecha de gestos. Iba directa a lo esencial.

–Sí. Sueño que canta y me llama. Pero yo no entiendo lo que me dice. Y sueño con abejas, muchas abejas que zumban a mi alrededor, que se posan sobre mí. Y experimento un profundo sentimiento de pérdida. Es como si de pronto ya no tuviera nada, ni siquiera un sitio donde estar. Y me parece no conocerme ya, no saber quién soy.

–Jaja, qué nombre más raro.

–En realidad se llamaba Margherita.

–¿Y de dónde venía lo de Jaja entonces?

Angelica se encogió de hombros.

–No lo sé. Mi madre a veces la llamaba así. Murió justo después de que yo me trasladara a Roma.

Sofía se la quedó mirando pensativa, luego se sentó a su lado y le sirvió un vaso de vino.

–Tienes que cambiar la realidad. Los sueños son una válvula, una espita, una tenue frontera entre fantasía y deseo.

Angelica suspiró y esbozó una frágil sonrisa.

–Ya. Pero es confuso, no hay ni pizca de lógica en todo esto. Pensarás que estoy loca.

–¿Por tan poco? ¡Venga ya!

Se rieron, y después Sofía sirvió el postre.

Era la tercera vez que Angelica consultaba su móvil. No era propio de ella, pensó. No acostumbraba siquiera a llevarlo encima.

–¿Estás esperando una llamada importante?

–¿Qué? No, no. Es que mi madre me ha llamado para decirme que se iba de viaje. La he encontrado un poco más extraña que de costumbre, más esquiva. No ha querido decirme exactamente dónde ni cuándo se marchaba, ni cuándo volvería. La he llamado varias veces, pero siempre me salta el buzón de voz.

–Es un poco raro.

–Eso creo yo.

–¿Vuestra relación sigue siendo complicada?

Angelica apartó la mirada.

–Sigue igual que siempre, diría yo.

–Las cosas nunca son fáciles si cada cual se atrinchera en sus posiciones, ya lo sabes. –Sofía la miró, entrecerrando los párpados.

Angelica se puso nerviosa. No le gustaba el giro que estaba dando la conversación.

–No, no lo son. Pero no se puede estar siempre pasivo. Llega un momento en que hay que elegir, y eso significa renunciar a algo, porque o se va en una dirección o se va en otra. No se puede estar a la vez un poco aquí y un poco allí. Y yo ya he elegido.

En ese momento sonó el móvil. Angelica se precipitó a contestar.

–¡Mamá!

–Hola, Angelica.

Suspiró, pero pronto el alivio dejó paso a la irritación.

–Te he llamado cien veces. Podrías haberme contestado.

–¿Sigues en Francia? –La réplica seca de su madre la descolocó. Igual que su voz. Era extraña. Angelica se concentró en ella y en los sonidos que percibía de fondo. Le pareció oír un canto y un tañido de campanas.

–Sí. ¿Va todo bien?

Hubo un silencio, y luego Angelica oyó claramente un sollozo ahogado.

–Mamá, ¿qué pasa?

Silencio, sonidos y ruidos que no logró identificar. Pero la respiración trabajosa de su madre se le quedó grabada.

–Mamá, contéstame –le dijo entonces con infinita dulzura–. ¿Estás bien?

–Escucha, *filla* mía..., escúchame bien.

–Dime. –El corazón le martilleaba en el pecho.

–Tienes que volver a casa.

Angelica abrió los ojos de par en par.

–Dios mío, mamá, ¿qué pasa? ¿Estás enferma?

–No, no. Tengo que decirte una cosa, una cosa importante.

–¡Salgo ahora mismo!

–No. Ahora no. Ven este fin de semana. El domingo está bien. Te preparo raviolis y *caschettas*[1], si es que encuentro una miel como Dios manda.

–Dime qué pasa.

–No insistas. Por una vez, haz lo que te digo.

Angelica se apretó el móvil contra el oído, y lo oyó claramente.

–Mamá, ¿por qué lloras?

Maria tardó en contestar. Y, durante esos minutos, los miedos de Angelica tuvieron todo el tiempo del mundo para crecer y aterrarla.

–Te quiero, *filla* mía.

[1] Dulce tradicional sardo típico de la festividad de Todos los Santos. (*N. de la T.*)

6.

Miel de brezo (Erica arborea)

Sabe a flores, a manzana y a pera. Es la miel de la belleza y ayuda a encontrar la serenidad. Fresca y embriagadora, su color es de un ámbar rico y oscuro, y cristaliza rápidamente.

Lo primero que notó Angelica al entrar en casa de su madre en Roma fue el olor acre e intenso de la lejía. Flotaba por todas partes.

Había decidido volver a los pocos días, desobedeciendo a Maria, porque su tono, sus largas pausas y esos sollozos ahogados la habían dejado preocupada.

–Mamá, ya estoy en casa –gritó, a la vez que cerraba la puerta tras de sí. *Lorenzo* se acurrucó sobre la alfombra de la entrada. *Pepita* se puso a maullar. Enseguida la liberó de su jaula de transporte, acariciándola.

No le gustaba ese olor. Le recordaba los días en que Maria dejaba de hablar y se pasaba el tiempo limpiando la casa. Y cuando terminaba, cuando cada superficie estaba resplandeciente, volvía a empezar desde el principio.

Además del olor, la otra cosa que le llamó la atención fue el silencio. No se oía nada aparte de su respiración y el tictac del reloj. Miró un momento a su alrededor, después dejó su bolsa de viaje e inspeccionó las habitaciones una a una.

–¡Mamá, he vuelto!

Nada, todo en orden, todo frío. Encontró una silla y se dejó caer sobre ella. Sus ojos vagaban aquí y allá como sus pensamientos, y se puso a acariciarse el cabello. Así no encontraría respuestas a sus preguntas. Volvió al saloncito donde había dejado sus cosas y las llevó a la que en tiempos había sido su habitación. Llevaba muchísimo tiempo sin estar allí. No sabía siquiera si Maria la había conservado tal cual era. Se detuvo ante la puerta y la

entreabrió. Un rayo de sol se posó en el suelo, iluminando una jarapa. Se quedó inmóvil, con los ojos fijos en todos los matices de colores pastel.

Esa habitación siempre la había impresionado un poco. Sobre todo las muñecas. Alzó la cabeza y miró a la pared. Dispuestos en fila sobre una consola, ahí seguían sus juguetes, guardados en sus cajas de siempre. Encerrados en sus guardianes de cartón y plástico, parecían observarla con sus ojos fijos y sus sonrisas relucientes.

Maria había limpiado toda la casa con mimo y había vaciado la nevera, la ropa estaba planchada y doblada. Había regado incluso las plantas de interior y las había sacado al rellano, para que la vecina pudiera hacerse cargo de ellas.

Después de llenar los cuencos de *Lorenzo* y de *Pepita*, fue a la cocina y calentó agua. Cuando oyó el silbido del hervidor, puso en la mesa la taza más colorida y alegre que encontró. Se sentó, como había hecho innumerables veces en el pasado, y en ese momento se dio cuenta de que sentía exactamente el mismo antiguo deseo de escapar de allí.

Mientras aspiraba el vapor perfumado del té, se concentró en la voz de su madre y en lo que le había dicho. ¿Se podía amar y odiar a la vez a alguien?

Sí, se podía. Bien lo sabía ella. El odio, el rencor y el amor eran sentimientos muy cercanos y muy fuertes. De pronto volvió a sentirse como cuando era niña y cada noche se quedaba mirando la puerta de la casa, esperando que su madre la abriera, que fuera el día especial, el día de suerte en que Maria por fin volvía a casa. Durante esas horas de espera inútil, la esperanza se iba apagando. Entonces la embargaban la rabia y el resentimiento. Se pasó la mano por el rostro, como si quisiera ahuyentar esas imágenes de su mente.

Una vez Jaja le pidió que fuera buena con ella.

«El dolor mata, *ninnia*. Y tu madre ha estado cerca de morir demasiadas veces. El dolor cambia a la gente, la vuelve dura como la piedra. Y no hagas caso de lo que dice don Piludu. Él no sabe nada de la desesperación que siente quien sabe que está solo. Tu madre nunca se ha rendido. Ha hecho cosas..., ha hecho cuanto ha podido para tenerte con ella, para darte de comer y vestirte. No digo que haya sido justo, pero tienes que entenderla, Angelica. Es demasiado fácil juzgar. Recuerda siempre que los demás somos nosotros. Y que una mujer siempre tiene que ayudar a otra mujer, porque es su hermana.»

Angelica nunca lo había entendido. Al menos no del todo. Nunca había

entendido a su madre. Se había limitado a quererla. Un poco a su manera, a decir verdad. Había demasiadas cosas entre ellas, demasiados obstáculos. Angelica nunca había sido capaz de mentir. Y Maria tenía una capacidad extraordinaria para leer en el interior de las personas, sobre todo de su hija. Así, esas palabras nunca pronunciadas y los secretos que cada una ocultaba dentro de sí habían crecido, convirtiéndose en finas fisuras que con el paso del tiempo se habían agrandado, creando una auténtica fractura. Hasta entonces, lo que las había mantenido unidas era esa especie de amor instintivo que une a los hijos con los padres y viceversa. Algo atávico. Sin demasiados razonamientos.

Cuando terminó de beberse el té, abrió la cristalera.

La pequeña terraza estaba tal y como la recordaba. Rodeada por altas vallas de madera, con una mesa en el centro, un sillón de jardín en un rincón y dos limoneros. De las plantas trepadoras colgaban pequeñas flores blancas semejantes al jazmín. Su perfume era intenso y contenía, cristalizados, los recuerdos. Angelica fue hasta el sillón, se sentó con las rodillas dobladas y apoyó encima la barbilla.

Ese era su rincón favorito. Maria lo había conservado exactamente como ella lo había dejado.

Volvió a entrar en la casa, recogió la cocina y lavó la taza. Deshizo sin prisa el equipaje. Colgó sus pocas prendas en el armario y después se tumbó sobre la que había sido su cama, mirando al techo. Siempre había odiado esa habitación. Parecía la de una muñeca, con una decoración excesiva: el papel de pared, los cojines, las cortinas, la colcha. La primera vez que la vio le pareció una tarta enorme, de esas llenas de azúcar empalagoso que se te queda pegado al paladar. Maria se le adelantó, abriendo de par en par las puertas del armario.

—Mira este vestido, ¿no es precioso? Te lo ha comprado tu padre. Los ha comprado todos él.

—Gennaro no es mi padre —susurró ella.

—Maria se puso tensa.

—Ya sé que tu padre murió cuando eras muy pequeña. Pero Gennaro es un buen hombre.

—Angelica estaba a punto de contestar cuando Maria se dulcificó y le sonrió.

—Te acostumbrarás, hija mía. Es fácil acostumbrarse a la belleza y a la felicidad.

Siguió enseñándole la ropa, los accesorios y los zapatos comprados especialmente para ella. Todo nuevo, le dijo con un dejo de orgullo en la voz.

–Nadie los ha llevado antes que tú.

Para Angelica, el hecho de que no fuera ropa usada no tenía la más mínima importancia. Una vez lavada y planchada, no podía interesarle menos. Pero para Maria era distinto. Angelica nunca había visto a su madre tan feliz ni tan sonriente.

Por eso se esforzó, trató de ser feliz ella también. Lo intentó de veras. Eran de verdad bonitas todas esas cosas que Maria le había comprado. Eran preciosas. Pero aunque nunca hubiera tenido nada así, cuanto más las miraba y las tocaba, más consciente era de que no sentía el más mínimo placer. Al contrario, el sentimiento de pánico que la había embargado al abandonar Cerdeña había ido a más.

Y echaba mucho de menos a Jaja, sus carreras por el espigón, la sensación de libertad que experimentaba volando contra el viento, mientras con la boca abierta se bebía los aromas penetrantes de la jara y el enebro. Echaba en falta el agua espumeante que le cubría la cabeza cuando se zambullía en el mar. El sabor de la sal en la lengua y en la piel. El mundo que se abría ante ella en sus largas inmersiones, cuando todo se volvía silencioso. Y mágico. Pero también le faltaba otra cosa. Algo que se asemejaba a una promesa, labios suaves, un suspiro, un dulce dolor en el corazón. Los besos y las miradas de Nicola Grimaldi. Lo echaba de menos a él. Lo echaba de menos pese a sus últimas palabras, las que él le había gritado. Y si antes sus peleas los habían unido más, después de esa no habían vuelto a hacer las paces, nadie había dicho «lo siento», no había habido ningún abrazo, ninguna lágrima, ninguna sonrisa y ninguna promesa. Un instante antes él lo había sido todo para ella, un instante después ya no quedaba nada.

Cuando sintió que se le humedecían los ojos, se levantó de golpe. ¿Qué estaba haciendo? ¡No le faltaba más que ponerse a llorar por una historia de chiquillos! Su mirada vagabundeó a su alrededor, pero no veía lo que la rodeaba. Eran recuerdos, era su pasado, que no quería dejarla en paz.

¿Cómo era posible que esas sensaciones siguieran siendo tan intensas, tan vivas? Quizá fuera por esa habitación, pensó. Era como si ese ambiente estuviera impregnado de recuerdos, de dolor. Lo ahuyentó todo. Tenía cosas mejores que hacer que dejarse arrastrar por la autocompasión.

La que siguió fue una larga noche en la que los interrogantes de Angelica

parecieron sumarse unos a otros hasta volverse insoportables. No hizo más que pensar y pensar, con los ojos fijos en el techo.

A la mañana siguiente fue a la parroquia. No tenía ni idea de a qué hora se decía la primera misa. Esperó en una esquina de la calle, pendiente de la puerta de entrada. Cuando un sacerdote la abrió y se asomó a mirar el cielo, se armó de valor y corrió a su encuentro.

–Buenos días, padre, ¿sabe decirme a qué hora vuelve a Roma el grupo de don Pietro?

El hombre le dirigió una mirada curiosa y luego le sonrió.

–No sabía que me hubiera marchado a ninguna parte.

Angelica abrió unos ojos como platos.

–¿Cómo? No lo entiendo.

–Yo soy don Pietro. ¿En qué puedo ayudarla?

Angelica se había quedado de piedra. Se humedeció los labios y sacudió la cabeza.

–Mi madre, Maria Florinas, tenía previsto marcharse de viaje con la parroquia. Turismo sacro –murmuró.

–¡Ah! –El hombre se alisó los pliegues de la sotana y luego miró a su alrededor–. Su madre es una señora muy amable. Apreciamos mucho lo que hace por los niños de la parroquia. –Su sonrisa se ensanchó–. En realidad, sus fábulas gustan mucho también a los adultos. Cerdeña es una tierra rica en mitos y en leyendas fascinantes.

–¿Cerdeña?

–Sí. Viene por aquí una vez a la semana y les cuenta a los niños unos cuentos preciosos. De gigantes, hadas y torres de piedra.

Angelica no se habría quedado más atónita si don Pietro le hubiera dicho que Maria enseñaba danza contemporánea.

–¿Ha dicho que no ha habido ningún viaje? –susurró.

–Eso he dicho –le contestó el sacerdote, y señaló la iglesia–. ¿Por qué no entra? Podremos hablar con más tranquilidad.

Era casi la hora de comer cuando Angelica volvió a casa. Trasladó la caravana a un aparcamiento más cercano, llevó a *Lorenzo* a dar un paseo y se ocupó de *Pepita*. Dejó en la mesa las bolsas de la compra. Su conversación con don Pietro le había dado una imagen nueva de su madre, distinta. Y ya no sabía qué pensar.

La única certeza era que le había mentado con respecto al viaje. Se había

marchado, sí, pero no con un grupo de la parroquia. Se sentó, con los ojos fijos en el suelo. Cuando oyó el móvil lo agarró y, tras leer en la pantalla el número de quien llamaba, contestó.

–Hola, Sofia.

–Hola, ¿y bien?

–En la parroquia no saben nada, no han organizado ningún viaje. O, mejor dicho, lo harán, y ella se ha apuntado, pero será en verano.

–Entonces, ¿dónde crees que ha ido?

–No tengo ni idea. Acabo de descubrir que pasa una tarde a la semana en los locales de la parroquia, contando cuentos a los niños. ¡Increíble!

–Su pasado... podría ser un indicio, piénsalo. Quizá haya vuelto a Cerdeña.

–¿Lo dices de broma? Ella odia Cerdeña. No, no es posible. –Sin embargo, mientras pronunciaba esas palabras, se dio cuenta de que no tenían sentido. Si Maria de verdad odiaba Cerdeña, ¿por qué les contaba sus leyendas a los niños?

–Razona, Angelica. Tu madre ha nacido allí y allí ha pasado la mitad de su vida. En mi opinión, es posible que haya regresado. Quizá haya ido a visitar a alguien.

–¿A quién? Sus únicos seres queridos eran mi padre y Jaja. Y hace tiempo que murieron –dijo–. Si quedó alguien de la familia, la odiaban. Nunca la aceptaron.

–Y ¿alguna otra persona?

Angelica pasó revista a sus recuerdos, buscó los rostros de las personas, sus nombres, pero no encontró a nadie entre los conocidos de su madre que pudiese dar una explicación a su comportamiento.

Las horas transcurrieron despacio. Angelica se levantó del sillón, que había empezado a tomar la forma de su cuerpo, fue a la cocina y sacó cazuelas, recipientes y los alimentos que había comprado. Tardó una hora en preparar la pasta y dedicó otra al relleno. Trabajó sin detenerse un segundo.

Miró la mesa puesta de la cocina. A un lado, su plato, al otro, el de su madre. Había puesto la vajilla buena, los vasos que tanto le gustaban a Maria. Le había hecho la cena, sus platos preferidos.

No era verdad que no supiera nada de ella.

Sabía, por ejemplo, lo mucho que le gustaban las cosas hermosas, las vajillas delicadas, con pequeños ramilletes de flores dibujados, o el cristal más fino, los bordados y la plata labrada. Platos, tacitas, cubiertos y hasta

estatuillas. Las guardaba dentro de una cristalera y las custodiaba con veneración. Eran lo que a menudo había definido como su riqueza. Lo que había deseado durante años y después de su segundo matrimonio por fin se había podido permitir. Todo ello regalos de Gennaro, su tesoro.

Desde pequeña, Angelica no había hecho otra cosa que observar a su madre. Había retenido cada instante y lo había encerrado en su corazón. Por eso lo había preparado todo como le gustaba a ella. Era una manera de sentirla cercana.

Estaba todo listo. A su alrededor solo había silencio. *Lorenzo y Pepita* estaban en la terraza. Inclino la cabeza hacia el plato y dirigió los ojos a la comida, con un nudo en la garganta y un sentimiento de profunda soledad.

Se sirvió y empezó a comer despacio.

Al sonido metálico de la cuchara que tintineaba en el plato se unió otro, más tenue.

Angelica abrió los ojos de par en par, se levantó y corrió a la puerta de entrada.

Cuando Maria abrió, sus miradas se encontraron. Un instante después, Angelica se arrojó a sus brazos.

—¡Mamá!

Maria la agarró de los brazos y la observó sorprendida.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? —Miró a su alrededor, y luego de nuevo a su hija.

Angelica estaba tan estupefacta que no alcanzaba a pronunciar una frase con sentido. Seguía mirando a su madre, aún incrédula y desorientada.

—¿Qué te ha pasado? —Estaba pálida y tenía profundas ojeras. A ambos lados de su boca las arrugas eran surcos.

Maria frunció el entrecejo y sacudió la cabeza.

—Tonta, niña tonta —dijo al cabo de un momento—. Deberías estar por ahí viendo mundo. Habíamos quedado el domingo, ¿es que ya no te acuerdas? —Le soltó los brazos y se dirigió arrastrando los pies hasta el pequeño armario de la entrada. Después se quitó el abrigo y lo colgó con cuidado.

—Estás enfadada. ¿Por qué? ¿Tanto te molesta verme?

Maria abrió mucho los ojos y luego se volvió, alejándose de pronto.

—No digas tonterías. —Se alisó las arrugas de la falda, rebuscando con la mirada—. Y no estoy enfadada. Te equivocas... Solo estoy sorprendida. No pensaba encontrarte en casa. Estoy muy sorprendida, nada más.

Angelica bajó la mirada. En su fuero interno, los pensamientos se habían mezclado con las emociones y ahora la turbaban. Y había otra cosa, un dolor agudo, profundo. Un dolor lejano, antiguo. Era como volver a ser una niña, cuando su mayor temor era no ver más a su madre. Años después había afrontado ese miedo, y lo había hecho yendo a la raíz del problema: marchándose, buscando un lugar propio. Su lugar en el mundo.

No lo había encontrado nunca.

Se alejó unos pasos, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo. Después levantó la cabeza, buscando a su madre.

–Te ibas siempre al anochecer, después de acostarme. Nada de oraciones, porque por aquel entonces lo odiabas todo, incluidos los ángeles y los santos.

Maria se puso tensa. Fue en silencio hasta una silla y apoyó despacio la mano en el respaldo.

–Una noche oí gritos. Tus gritos, mamá. –Silencio–. Cuando llegué hasta ti, estabas arrodillada en la arena. Con la cabeza entre las manos, llorabas y te balanceabas de atrás hacia delante.

Maria se humedeció los labios.

–Pensaba que estabas dormida.

Angelica negó con la cabeza.

–No, mamá, no estaba dormida.

Una sonrisita floreció en los labios de Maria.

–Ya entonces hacías lo que te daba la gana...

–¿Por qué, mamá, por qué?

El silencio fue la única respuesta. Angelica la miró: en su mente, aunque deshilachado por el tiempo, el recuerdo de aquella noche seguía haciéndola temblar. Se levantó de la cama aterrorizada por esos gritos. Bajó corriendo, descalza sobre la tierra del sendero. Pero cuando la vio, Maria estaba sola. Se balanceaba de atrás hacia delante, como si acunara algo. Jaja le explicó al día siguiente que muchas veces aferrarse a lo que más daño nos hace es la única manera de seguir viviendo. Pero ella no la entendió. ¿Por qué debería uno aferrarse a algo que le hace daño? Y había otra cosa más que no había alcanzado a entender. Si a su padre se lo había llevado el mar, ¿por qué su madre la había tomado con Dios?

–Es inútil desenterrar el pasado. –Maria se volvió. Parecía serena, decidida. Hasta sonreía–. Bueno, dime, ¿cuándo has llegado? ¿Cómo estás? ¿Has visto a Sofia?

–Mamá, ¿dónde has estado? No hagas como si nada, no me ignores hablando de cosas sin importancia. ¿Por qué llorabas cuando hablamos por teléfono?

Maria no le contestó, se limitó a mirarla fijamente. Angelica, sin embargo, reparó en el temblor de sus labios y en la desesperación de su mirada.

Su madre y ella tenían la misma complexión, y los mismos ojos, aunque de distinto color. Pero el cabello Angelica lo había heredado de la familia de su padre. No recordaba bien a ese hombre. Pocos detalles, una sonrisa, una barca, el agua del mar centelleando bajo el sol de mediodía. Para ella su padre era Gennaro Pietri. Maria se había casado con él cuando ella era pequeña. Ese hombre amable la había recogido en su casa y la había querido con toda la ternura que no había podido recibir de su verdadero padre.

–¿Y bien?

Maria negó con la cabeza.

–Pero ¿qué dices? –Apartó la mirada–. Ya te dije que me marchaba. Te llamé para decírtelo.

–¿Te refieres al viaje con la parroquia, del que nadie sabía nada, incluido el cura, que no tenía ni la más remota idea? He estado allí. –La voz de Angelica era un susurro lleno de rabia.

Su madre la miró un momento y luego se encogió de hombros.

–Tampoco es para ponerse así. Sé lo que me hago –replicó–. Te dije que tenía cosas que arreglar... Bueno, qué más da ahora, aquí estoy. –Hizo una pausa y señaló el salón–. Necesito sentarme un momento.

Angelica la siguió.

–¿Qué has ido a hacer en Cerdeña? –le preguntó en un susurro–. Porque es ahí donde has estado, ¿verdad? –No tenía ni idea de qué la había empujado a hacerle esa pregunta a su madre, había actuado movida por la emoción y la intuición.

Maria hizo un gesto de exasperación, y luego desvió la atención hacia un punto impreciso situado a su espalda.

–Ven a la cocina, te preparo un café.

Angelica la siguió porque no sabía qué otra cosa hacer. Se sentó enfrente de su madre y la miró mientras la mujer recorría con el dedo el borde de sus platos preferidos, los del hilo de oro.

–Qué bien. Tiene todo muy buena pinta. No sabía que hubieras aprendido a hacer raviolis.

–Tú los hacías siempre. Yo te observaba...

Pensativa, Maria miró a su hija. Después se puso a preparar el café. Mientras contaba las cucharaditas, sacudió la cabeza.

–Me pregunto por qué nunca me haces caso... –masculló—. Tenía que arreglar unos asuntos personales. No quería preocuparte.

–No me engañes, mamá. Te llamé. Podrías haber contestado, deberías haberlo hecho.

Maria le señaló el café con el dedo.

–¡Ahora cálmate! ¿Cómo crees que me siento cuando desapareces durante días en lugares donde ni siquiera hay teléfono?

Angelica apretó los dientes.

–Es mi trabajo.

–¿En serio? Bueno, pues por trabajo o no, ahora ya sabes lo que se siente cuando eres el que espera. –Maria siguió mirándola, y luego su expresión se suavizó—. No debes enfadarte, no sirve de nada. –Le acarició la mano—. Lo hacías de pequeña, también entonces me abrazabas cada vez que volvía a casa, y luego chillabas y llorabas hasta que te prometía que me quedaría siempre contigo. Pero yo no podía, no podía...

Angelica levantó la cabeza de golpe y miró a Maria.

–Mentira. Eran solo mentiras. Solo sabías contar mentiras. –Las palabras escaparon de su boca antes de que pudiera retenerlas. Cuando vio que su madre se ponía pálida y tensa, deseó no haberlas dicho. Pero siguió mirándola, desafiante.

–Tenía que trabajar. Tu padre había muerto y su familia se quedó hasta con la casa. Ya no nos quedaba nada. Y tú te portabas bien, eras una niña juiciosa. Sabías cuidar de ti misma.

Angelica lo sabía. Conocía la respuesta, la justificación de Maria. Pero eso no atenuaba el dolor que la había roído por dentro durante años y que le había dejado agujeros en el alma.

–Una vez me caí de las rocas en la playa. Cuando desperté, estaba toda ensangrentada y el sol me había quemado la cara. Te llamé, te llamé una y otra vez hasta que me dolió la garganta. Si no llega a ser por Omero... –No terminó la frase, no hacía falta.

Un silencio de plomo cayó sobre la pequeña habitación que era el reino de Maria en ese apartamento que Gennaro había comprado para su joven esposa. Era la primera vez que Angelica la acusaba abiertamente de haber sido una

pésima madre.

–Lo sé. Y lo siento mucho.

Angelica se obligó a permanecer inmóvil, con los puños apretados. Su expresión había perdido todo rastro de vulnerabilidad y de dulzura. Ahora era fría, y sus ojos, dos pedazos de hielo.

–Mamá, ¿dónde has estado?

Maria no apartó la mirada del mantel, mientras con la yema del dedo acariciaba la tela. De nuevo se había puesto muy pálida.

–Pensaba decírtelo, ¿sabes? –murmuró–. Solo quería encontrar la mejor manera de hacerlo. Necesitaba un poco más de tiempo –dijo, levantando la cabeza–. No sé cómo has podido adivinarlo, pero es verdad. He vuelto a Cerdeña. He ido a un funeral.

Angelica entrecerró los párpados.

–No entiendo. ¿Qué funeral?

Los segundos se convirtieron en minutos, y el tiempo pareció dilatarse hasta el infinito. Al final perdió la paciencia.

–¿Y bien? Venga, mamá, contesta. ¿Quién se ha muerto?

Maria se miró las manos y luego levantó la cabeza.

–Margherita Senes.

Por un instante Angelica pensó que no había oído bien. Frunció el ceño y miró a su madre, buscando en su expresión algo que pudiera dar sentido a esa extraña respuesta.

–Te refieres a esas ceremonias que se celebran en los aniversarios de difuntos, ¿no?

Maria apartó la mirada.

–No lo entiendo. Jaja murió hace... ¿cuánto hace? –Calculó mentalmente los años que habían pasado desde su fallecimiento. ¿Diez, doce? Ella era aún pequeña, de eso sí se acordaba bien. Miró a su madre y luego movió la cabeza. No conseguía dar sentido a esas palabras.

Maria siguió con la vista fija en un punto indefinido de la pared. Después pareció despertar. Se humedeció los labios y la miró.

–Yo... Tuve que decirte eso. Por tu bien –añadió–. Pensamos que era lo mejor para ti.

–¿Quiénes? –No alcanzaba a entender–. ¿Quiénes?

–Margherita y yo.

Angelica la miró sin comprender. Se levantó de un salto, mientras un

pensamiento, un pensamiento horrible, tomaba forma en su mente.

–¿Me has mentido? –susurró.

–Margherita murió hace tres días. He ido a Cerdeña para estar a su lado en sus últimos momentos y para acompañarla al cementerio. –Alargó la mano y alcanzó su bolso. Después de rebuscar en él, le entregó una carta–. Esta carta es para ti, de su parte. También ha redactado un testamento. Ya me he ocupado de todo, solo hace falta que vayas al notario a firmar. Eres su heredera, te lo ha dejado todo.

7.

Miel de castaño (Castanea sativa)

De sabor poderoso, ligeramente agrio, es la miel de la constancia e infunde valor en las situaciones de cambio. Intensamente vegetal, sabe a madera fresca y a manzanilla. Casi negra, su cristalización es compacta.

Situado en la costa meridional de la isla de Cerdeña, el pueblo de Sant'Antioco asoma entre verdes encinas y rocas blancas pulidas por el mistral y el siroco. Se dice que sus primeros habitantes fueron los propios nurágicos, los constructores de las gigantescas torres de piedra que constelan toda la isla de Cerdeña. La ciudad fue fundada por los fenicios, pueblo de navegantes y viajeros. Fascinados por la belleza salvaje de esa tierra, decidieron compartir parte de sus secretos. Los hombres eligieron la lectura del cielo y las estrellas, que hacía segura la navegación, y el arte de soplar el vidrio. En cuanto a las princesas, donaron a las mujeres de ojos negros y mirada profunda que se habían unido a su corte el encanto de los matices de la seda de mar y de la púrpura. Desde entonces, ese saber se transmite en línea matriarcal, de madres a hijas. De mujer a mujer.

En ese pueblecito que se asomaba al golfo de Palmas nació el padre de Angelica, y el mar, que le había permitido crecer y prosperar, se lo llevó una tarde de septiembre, dejando a Maria Florinas, su jovencísima esposa, desesperada y con una hija pequeña a la que criar sola.

El chillido agudo de un gavián sobresaltó a Angelica. Siguió el vuelo del ave sobre la bahía y luego volvió a contemplar el perfil del pueblecito que se recortaba sobre el horizonte. Lo miraba con un *crescendo* de sensaciones que no sabía bien cómo definir. Era turbación y curiosidad, pero sobre todo aprensión. Esas emociones se propagaban en su interior, la intranquilizaban e impacientaban. Sin embargo, pronto esos pensamientos se disolvieron, sustituidos por la necesidad de reparar en cada detalle de ese lugar.

El camino era largo, en ese momento veía el mar a ambos lados. Por un instante los contornos se difuminaron y a esas imágenes las sustituyeron otras. Todo estaba como lo recordaba, y al mismo tiempo distinto. Los edificios eran más altos, el color de las fachadas, más vivo. Como ese mar azul y violeta.

Desde que había desembarcado en Cagliari, le había parecido vivir toda una serie de situaciones que rozaban la parte más íntima de sí misma. Tras cumplir con los trámites necesarios en la notaría, sintió que la embargaban recuerdos que ignoraba tener y que le llenaban la mente, tumultuosos, arrogantes, sin la más mínima dulzura. La dejaban perpleja, aumentaban su confusión y, con ella, una rabia que nunca antes había sentido.

Mientras se acercaba al pueblo en su autocaravana, las construcciones se iban volviendo más nítidas y grandes. Angelica no habría sabido decir qué le llamaba más la atención, se limitaba a mirarlo todo, como si temiese perderse algún detalle. Casas modernas al lado de otras construidas enteramente con piedras de basalto negras. Cúpulas cubiertas de tejas rojas, cumbreras y claraboyas. Los muros que delimitaban las viviendas eran todos de piedra, semejantes a los que había visto durante el viaje, diseminados en los campos, pero mucho más altos. Era lo moderno yuxtapuesto a lo antiguo más arcaico que había visto en su vida. Porque en otros lugares los colores del paisaje eran distintos, así como los materiales y las formas. Allí, en cambio, la piedra estaba presente en todas partes. Y todo era descarnado, esencial. No es que estuviera descuidado, al contrario, el cuidado puesto en las construcciones quedaba de manifiesto en edificios que aún se tenían en pie después de siglos. Era como si quien los había erigido no tuviera tiempo que perder y hubiera dado preferencia a la solidez más que a la apariencia. Mientras Angelica observaba cuanto la rodeaba, el corazón no dejaba ni un instante de latirle con fuerza en el pecho, martilleándole cada respiración.

La casa de Margherita, el destino de Angelica, no estaba en Sant'Antioco sino en una pequeña isla cercana, comunicada por un transbordador que solo efectuaba dos viajes al día. La aldea en la que había vivido tenía un nombre sugerente, Abbadulche, que significaba «agua dulce». Se asomaba a la playa, y a su espalda se erguía una montaña que parecía custodiar campos y edificaciones, protegiéndolos del mistral.

Angelica se agitó nerviosa en el asiento y abrió la ventanilla. El aire fresco y lleno de sal disolvió el calor matinal. Volvió a consultar el plano.

Margherita Senes. Pero ella siempre la había llamado Jaja.

El dolor sordo del fondo de su corazón empezó a latir como una herida. Hacía tiempo que creía muerta a su Jaja, la mujer que le había enseñado que el mundo era un lugar lleno de colores y de alegría. Una punzada de desesperación destacó entre el tumulto de sentimientos que se agitaba en su interior.

–Le prometí que le escribiría, le prometí que la llamaría todos los días...

Pero nunca lo hizo.

No había habido nada bonito que contarle a Jaja en aquellos primeros meses en Roma. Nada que hubiera podido expresar con palabras. Tan solo un hondo sentimiento de pérdida, de alienación. El nuevo colegio, la cómica entonación del habla de los romanos. Hasta Maria pronunciaba las palabras de manera distinta. Había vivido cada momento esperando el siguiente, y luego otro, y otro más, en una sucesión de instantes que no la saciaban nunca, desprovistos de sentido. Lo que la perturbó no fue la fría acogida que sintió a su llegada a esa ciudad. Salvo alguna excepción, y Nicola, nadie había querido nunca tener nada que ver con ella en Abbadulche, por lo que no le sorprendió en absoluto que ocurriera lo mismo en el colegio donde la había inscrito su madre.

No era eso lo que le importaba.

Era la gente, que siempre iba con prisa. Era el olor del aire, tan distinto, y la luz y el sol. Y ni siquiera había abejas.

En Abbadulche siempre había sido libre de obrar a su antojo. Si le apetecía bajar por la escollera y nadar un rato en el mar, lo hacía. Podía estar con Omero y acompañarlo al pastizal todas las veces que quería. Podía utilizar la barca y llegar hasta sus rocas. En realidad, eso solo podía hacerlo cuando se marchaba Maria, pues su madre temblaba de terror solo de verla acercarse al mar.

Roma, en cambio, había marcado el principio del fin de todo su mundo. Incluida la relación con su viejo amigo, pues Nicola nunca le había devuelto las llamadas ni le había escrito.

Y aquello que en un principio había sido sorpresa, decepción, pronto se unió a todo lo demás, convirtiéndose en un dolor profundo que la había arrollado, distanciándola de todo.

De repente tenía todo lo que una chica de su edad podía desear, pero había perdido lo que de verdad le importaba en la vida. Y pese a lo mucho que Maria y Gennaro se esforzaron en que fuera feliz, ella no había conseguido

adaptarse.

Y entonces había empezado a trazar un plan.

Su madre se sentía bien en Roma. Nunca la había visto sonreír tanto, y estaba guapísima. Su marido era un hombre bueno. Se le veía en los ojos, en su forma de hablar, en su amabilidad. Era muy afable también con ella. Así que no había motivo para que no pudiera recuperar su vida de antes. Ella volvería con Jaja, y Maria la visitaría de vez en cuando. Vería de nuevo a Nicola, y todo seguiría tal y como lo habían dejado.

Solo tenía que encontrar el momento adecuado para decírselo a su madre. Durante un tiempo acarició esa idea. La pensó hasta en sus más mínimos detalles, y luego decidió que la única manera de llevar a cabo su plan era hablar con ella.

–¿Por qué no comes? Mírate, estás en los huesos –le había dicho Maria. Estaban cenando, su madre se había afanado mucho en la cocina esa noche.

Cada día le preparaba uno de sus platos preferidos. Había hasta flores en el centro de la mesa. Rosas, rosas rojas. Pero no eran como las de Jaja, que exhalaban todo su perfume alrededor. Desde su llegada a Roma, Maria la había tratado como a una princesa. Salían juntas cada día y, si no podía acompañarla ella, lo hacía Gennaro. A menudo su madre insistía en cepillarle el pelo y le hacía trenzas, aunque ella supiera hacérselas sola desde hacía mucho tiempo. Le prodigaba continuos mimos, le había comprado vestidos nuevos, blusas, pantalones y hasta un perfume.

–Ya eres una señorita –le había dicho, entregándoselo.

También los libros y los cuadernos eran los más bonitos que Angelica había visto nunca. Pero nada había podido quitarle el nudo que le cerraba la garganta.

–Me vuelvo a casa, con Jaja. –Lo dijo con los ojos fijos en los raviolis dulces rellenos de requesón, que no había tocado. Después miró a su madre. A Gennaro no, porque por muy bueno y simpático que fuera, él no tenía nada que ver en eso.

Maria palideció y tensó tanto los labios que se le redujeron a una fina línea. Con los dedos aferraba el mantel.

–No puedes.

–Sí que puedo. Yo me vuelvo a vivir con Jaja, y tú puedes venir a verme cuando quieras.

Maria negó con la cabeza.

–Ha muerto. Margherita ha muerto. Ya no hay nadie para ti en Abbadulche – le dijo precipitadamente.

Angelica volvió al presente, parpadeó varias veces, inspiró y se concentró en la carretera. Le había mentido, la había mirado a la cara y le había mentido.

–¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste decir algo tan horrible? Nunca te he importado. Me abandonaste durante años, y de no haber sido por Jaja..., de no haber sido por ella, ¡yo me habría muerto mil veces! –gritó, presa de la furia, arrollada por un dolor terrible. Porque Maria le había mentido, y Angelica había confiado en ella. No lo había comprobado. Jaja nunca había tenido teléfono, pero sí una dirección. ¡Ojalá le hubiese escrito, ojalá se hubiese fiado de su instinto!

Las emociones llegaban por oleadas: dolor, decepción, rabia. Y un profundo sentimiento de pérdida y de tristeza. Pero no era su madre la persona a la que más culpaba. Era ella misma quien no había cumplido su palabra. No era mejor que Maria.

–Fue una decisión que tomamos en común Margherita y yo. No conseguías adaptarte. Y tu vida, tu futuro, estaban aquí.

–¡Mentira! ¡Mentira!

Maria la agarró de los hombros y la sacudió violentamente.

–Deja de comportarte como una niña. Sabes bien que tengo razón. Has estudiado, has hecho una carrera. Eres licenciada. Vives como quieres vivir. ¡Tú has podido elegir! –le gritó–. En Cerdeña, en ese pueblo perdido, habrías acabado como yo.

–¿Cómo has acabado tú, mamá? –susurró, mientras las fuerzas la abandonaban, sustituidas por un cansancio infinito. No había dicho esa palabra, no había pronunciado el insulto con el que la gente de Abbadulche acompañaba el nombre de su madre. No lo haría jamás.

Su madre nunca le había explicado nada, nunca había disipado sus dudas ni contestado a sus preguntas. Así, los interrogantes de Angelica habían crecido y se habían multiplicado, convirtiéndose en obstáculos insuperables.

Esperó un instante a que Maria se decidiera a contestar, y luego entendió que eso no ocurriría. Entonces simplemente se alejó. Le hacía daño, el nudo que le atenazaba la garganta le hacía muchísimo daño.

–Una carrera, un trabajo que me gusta. ¿De verdad son estas las cosas importantes? Tengo todo eso que dices. Mírame, mamá, ¿acaso soy feliz?

Maria apretó los labios, ya no eran sino una fina línea de indignación, y la rabia le coloreó el rostro.

–Deberías dar gracias a Dios por lo que tienes. Tú no sabes..., tú no tienes ni idea...

–¿De qué? ¿Qué es lo que no sé?

No le contestó, por enésima vez Maria se limitó a mirarla como si le hubiera faltado al respeto, con los ojos gélidos y la expresión tan dura que los rasgos de su rostro parecían esculpidos en piedra.

–Tuve que hacer ciertas cosas porque no me quedó más remedio. Cosas de las que me avergüenzo profundamente. Tú en cambio has tenido la posibilidad de elegir, recuérdalo, *filla* mía. Tú has elegido. Para mí está bien así.

Angelica negó con la cabeza.

–No, mamá, tú no me has dejado elección.

Agarró la maleta, arrojó dentro sus pocas pertenencias y salió de casa de su madre con su perro y su gato, su familia.

Desde ese momento dejó de responder a sus llamadas.

Angelica tomó la bifurcación, pronto llegaría. Mientras conducía por la carretera, que de vez en cuando se reducía a un solo carril, tuvo que detenerse. Un rebaño de ovejas invadió la calzada y avanzó despacio hacia ella. Eran un río blanco, como la corriente de sus pensamientos.

Se llevó la mano al bolsillo, tomó la carta de Margherita y la apretó con fuerza.

–Estoy llegando, Jaja.

De repente el mundo perdió sus contornos y se hizo líquido. Se pasó la mano por los ojos con rabia y reanudó el camino.

–*Mira, observa el color. Cada miel es distinta, igual que su sabor.*

Angelica asiente y se arrodilla junto al extractor. El flujo de miel cae como una cinta de oro y llena el recipiente de cristal. La tentación es fuerte, por eso alarga rápidamente un dedo y lo moja en el preciado líquido. Cuando lo prueba, siente muchas cosas. La miel tiene de verdad mucho que

decir.

–¿Cómo sale de los panales?

Margherita le señala el cilindro de acero sobre el que ha apoyado los cuadros de miel.

–*Cuando se acciona la centrifugadora, se extrae la miel de los alvéolos, ¿recuerdas lo que son?*

Angelica entrecierra los párpados.

–*Claro, las exuvias son las celdillas.*

–*Muy bien. Entonces la miel sale de las celdillas y se deposita en el fondo del extractor. Después se recoge en un contendedor y se decanta. ¿Recuerdas lo que quiere decir esa palabra?*

–*Claro. Es cuando la cera sube y la miel se queda donde está.*

Margherita sonrío:

–*Eso es.*

–*Después se envasa en los tarros, y toda la gente de Abbadulche viene a comprarla. Pero como casi nunca tiene dinero, la gente da a cambio todas las cosas que tú guardas en el cobertizo. Ya eso se le llama trueque.*

Angelica conocía esos lugares. Mejor dicho, los reconocía. Las tapias bajas, hechas de piedras cubiertas de agujeritos como las esponjas. Los olores, arroyuelos de una memoria que presionaba para reunirse con el flujo del recuerdo. Y, al hacerlo, Angelica recobraba la conciencia de las cosas.

Solía decirse que Cerdeña era una extensión árida, pero ella había visto algo muy distinto. Montañas abruptas, con las rocas blancas que centelleaban al sol, y árboles que crecían en la cima, manchas oscuras inclinadas hacia un lado, porque el mistral era un viento que forjaba la naturaleza. Había arbustos rojos, otros amarillo ocre, otros color esmeralda, y, más allá, el mar, con el largo puente que unía la isla de Sant'Antioco con tierra firme. Así, al verde se unió el azul.

Los colores de ese lugar eran tan vivos que quitaban el hipo. Angelica siempre había sido muy sensible a los colores que la rodeaban, y allí parecían más luminosos, a ratos violentos, desprovistos de delicadeza, salvajes. Poco a poco su curiosidad había ido en aumento, se preguntaba una y otra vez qué encontraría al término de su viaje. ¿Estaría muy cambiada la casa de Jaja?, ¿existía todavía la que había sido su habitación? ¿Y las abejas?

Hacía mucho calor, y se había levantado un viento húmedo cargado de

salitre que a ratos la dejaba sin respiración.

En aquel lugar había tenido cuanto pudiese desear, con Jaja. Y con Nicola. En Roma siempre había estado sola. No quería ese mundo, nunca lo había querido de verdad.

Un día Maria se presentó en casa de Margherita y se la llevó consigo.

Eso era lo que todos pensaban. Pero la realidad era otra. Porque por un instante, un único instante terrible, Angelica había deseado ardientemente seguir a su madre.

Y esa debilidad le había costado cara. Le había costado su mundo encantado, le había costado el único amigo que había tenido nunca.

En Roma los libros fueron sus amigos, y también las abejas. Cuando empezó sus estudios de agronomía en el instituto, descubrió cuatro colmenas destartadas. Y, desde ese momento, pasó todo su tiempo libre en ese lugar, en un rincón de la finca propiedad de la escuela, hasta que el profesor de zootecnia la descubrió un día mientras cantaba, rodeada de abejas.

—¿Qué narices estás haciendo, Senes? ¿Te has vuelto loca? Te van a picar.

Se volvió hacia él y bajó los brazos.

—No, no me pican. Yo canto para ellas, para que me reconozcan.

El profesor sacudió la cabeza.

—No seas boba. Solo son insectos, no tienen inteligencia. Solo se reconocen entre sí y a la abeja reina.

Angelica se encogió de hombros. Las abejas empezaron a posársele encima con delicadeza, algunas en el pelo y otras en los hombros. En pocos instantes la cubrieron entera. El profesor no sabía qué hacer. Callado, pálido, no tenía valor para moverse. Entonces Angelica levantó una mano, hizo un gesto, cantó otra estrofa en voz baja, y las abejas levantaron el vuelo y regresaron a sus quehaceres.

—Dios mío, ¿cómo lo has hecho?

Angelica pensó decirle que era una guardiana, pero cambió de idea. No lo habría entendido. La gente solo entendía lo que conocía. La racionalidad había arrasado con todo lo demás. En ese mundo de lógica no había espacio para otras cosas. Y si hasta en Abbadulche la tomaban por loca, pese a conocer la magia de la tradición sarda, ¿qué pensarían de ella en la cosmopolita Roma? No, como le había aconsejado la propia Jaja, algunas cosas solo se comparten con quien puede entenderlas. Por eso decidió darle una explicación aceptable.

—Es un truco, algo que me enseñó Ja..., una anciana. Una apicultora. Basta

usar un poco de feromonas reales, y listo.

–Impresionante –dijo el hombre–. Oye, ya que conoces tan bien a las abejas, ¿qué te parece ocuparte tú del apiario? Yo no tengo tiempo, y está claro que a ninguno de tus compañeros le apetece. Si lo haces bien, lo tendré en cuenta para la nota, naturalmente.

Angelica hizo un gesto de incredulidad. Sentía alegría y ganas de bailar.

–Está bien. Yo me ocuparé.

Y eso hizo. Angelica Senes se ocupó del apiario del instituto. Después fue a la universidad, estudió la carrera, la especialización y el máster. Luego se marchó a España y a Francia, países donde la apicultura era una institución. A continuación viajó a Australia y a Nueva Zelanda. Carrera, trabajo, Angelica eligió esa vida. Pudo elegir, estudió, hizo lo que quiso.

Pero ¿había sido feliz de verdad alguna vez?

Lo único que sabía con certeza era que siempre había estado sola.

Como una abeja solitaria.

8.

Miel de cardo (Galactites tomentosa)

Especiada y a la vez floral, es la miel de la purificación y, como tal, regenera y fortalece. Su aroma recuerda a la canela, el curry y los crisantemos. De color ámbar claro, tarda menos de un año en cristalizar.

No conseguiría sacar la barca del agua. Con las piernas bien apuntaladas sobre el embarcadero de madera del pequeño puerto pesquero, Nicola Grimaldi observaba el mar. Las olas, del color del plomo líquido, rugían. Se elevaban, cubriéndose de espuma blanca, antes de romper sobre las tablas de madera. Sentía la vibración subirle por las piernas, mientras las violentas salpicaduras golpeaban contra su chubasquero. El salitre le picaba en la garganta, y el estruendo del mar era una advertencia ominosa.

Hubo un tiempo en el que se olvidó del mar. Su mundo pasó a ser de acero, cristal, altos edificios, reuniones y trabajo. En esos años oscuros ni siquiera se le habría pasado por la cabeza acercarse al mar en plena borrasca para asegurar una barca. Se habría limitado a comprarse una nueva. Pero eso era antes. Ahora las cosas habían cambiado, él había cambiado, también sus prioridades y su forma de ver las cosas y el mundo. Y su relación con el mar.

Ahora la tempestad no lo detendría. Porque por fin el mar había vuelto a formar parte de su vida. Al final, lo que de niño había sido su juego preferido había resultado ser un maestro, lo que lo había convertido en hombre.

Calculó rápidamente los tiempos y saltó a la escalerilla. El catamarán ondeaba, empujado por las olas. Se aferró a la borda y notó cómo la ola levantaba la embarcación. Esperó a que rompiera y, con un gesto rápido, aseguró un grueso cabo a la base del mástil y otro al timón, y los amarró al noray del muelle, reforzando el arribo. Debería haber escuchado al viejo Omero, pensó. La embarcación estaba demasiado expuesta, y ese era un mar que no perdonaba.

Levantó la cabeza, dirigiendo los ojos al cielo, que por fin se estaba abriendo. Un temporal de verano, tan rápido como violento. Las gotas de agua salada resbalaban por su piel. Había dejado de llover, por lo que se quitó el chubasquero y lo metió en una mochila.

Estaba a punto de volverse y bajar, cuando reparó en la niña en cuclillas sobre las rocas, a su izquierda. Su camiseta amarilla resaltaba sobre el azul amenazador del mar. Se puso tenso. Un instante después estaba en el muelle y corría hacia ella. En esa postura tan precaria una ola podía derribarla en cualquier momento.

—¡Inconsciente!

La niña se puso de pie. La ola se encrespó, amenazadora.

Nicola sintió que las venas se le vaciaban de sangre. Tardó unos segundos en darse cuenta, deseó poder llegar a tiempo. La conciencia de que no lo lograría lo llevó al límite. Un instante antes de que la inmensa masa de agua se derrumbara sobre ella, la niña volvió de un salto detrás del parapeto, llegó hasta la playa y desapareció.

—Maldita niña —masculló jadeante, doblado en dos, con los brazos sobre las rodillas, mientras la seguía con la mirada.

Se secó la cara con la manga del jersey y volvió atrás. «¡Mierda!», imprecó. El embarcadero era una extensión de espuma blanca, la mochila con el chubasquero había desaparecido.

La luz cansada del crepúsculo se filtraba entre las nubes que se iban deshilachando. Por un momento a Nicola se le ensombreció el semblante, sobre sus rasgos decididos se dibujó una mueca. Se encogió de hombros y se dirigió al coche que tenía aparcado no muy lejos de allí. Volvería más tarde. Fondearía el catamarán en la bahía. Allí estaría a salvo de la tempestad.

Movió la cabeza a un lado y a otro para relajar los músculos del cuello. Después suspiró; seguía teniendo el corazón alterado por el susto. ¡A saber quién demonios era esa niña! Maniobró y condujo su Land Rover al otro lado de la duna que lo separaba de la carretera.

De repente un recuerdo lejano emergió de su memoria. Otra niña, un canto, el mar que la acunaba y la acogía. Y una sonrisa y un beso. Una emoción tan tenue como la caricia del viento lo embargó de repente. Sorprendido, desenfocó la mirada y sacudió la cabeza.

Aminoró la velocidad y tomó la curva. El chirrido de los neumáticos sobre el asfalto se mezcló con el del mar.

Angelica esperó a que el transbordador concluyese las maniobras de atraque. El viaje había durado menos de media hora, y ella lo había pasado entero en el puente. Mientras el viento le alborotaba el pelo, no había apartado los ojos de la montaña, buscando aquello que un día, tantos años antes, había dejado atrás. Se metió en la autocaravana presa de un sentimiento de urgencia que no conseguía dominar. Una vez en el puerto, condujo hacia la aldea, evitando las callejuelas del centro, demasiado estrechas para recorrerlas con un vehículo como el suyo, mirando a su alrededor para fijarse en los puntos de referencia que le evitaran perderse. Entonces se dio cuenta de lo inútil que era esa precaución que había desarrollado en años de viajes: sabía bien dónde tenía que ir.

Estaba impaciente por llegar a casa de Jaja, y al mismo tiempo esa perspectiva la asustaba.

Cuando al final de la carretera dejó atrás un grupo de casas bajas exhaló un suspiro de alivio. Eran viejas, pequeñas, cubiertas de cañas y tejas. Pero cuanto más se aproximaba a ellas, más reparaba en que estaban recién pintadas y que en los alféizares y en la base de las paredes había macetas de geranios rojos, albahaca y romero.

Y, cuando la vio, sintió que le daba un vuelco el corazón. Sí, esa era la casa de la viuda Murru. El poyete de piedra sobre el que la anciana se sentaba a bordar seguía en el mismo sitio, debajo de la ventana. Y el siguiente era el patio de Anselmo Aru, junto a una construcción de adobe. Más adelante, la verja de la señora Adelina Montis. En primavera florecían las rosas blancas, enormes y orgullosas como todas las flores que crecían en Abbadulche. Ese recuerdo, surgido de la nada, la sorprendió. Lo había olvidado, pero ahora estaba ahí, en su memoria, tan vivo como el perfume de las flores cuya imagen conservaba.

Mientras miraba a su alrededor, Angelica sentía una mezcla de alivio y expectación. Le habría gustado avanzar más deprisa, pisar el acelerador, pero en lugar de eso mantuvo una cadencia regular y prudente. Había un gran árbol justo en el centro de una placita empedrada; junto a un banco de hierro brotaba el agua de una fuente que manaba de la piedra y caía sobre una especie de tinaja.

–Es hermoso –susurró, mirando lo que la rodeaba con una pizca de estupor–. Es de verdad hermoso este pueblo.

No había cambiado.

Empezó a fijarse en los viandantes. Escrutaba sus rostros, estudiaba su manera de andar y de moverse en busca de un detalle, de algo que le resultara familiar. Los rostros de las personas a las que había conocido y que habían formado parte de su vida.

Había un continuo ir y venir de gente. Muchos turistas, con sus cámaras de fotos en ristre, se paraban en los escaparates de las tiendas de recuerdos, de alimentación y de ropa, y, desde donde estaba sentada, Angelica alcanzó a ver hasta la joyería de Giannella. Instintivamente se llevó la mano al cuello, donde colgaba la pesada piedra de ónix ensartada en la filigrana. Esa joya la llevaba desde niña, se la había regalado Margherita en su décimo cumpleaños. La protegería, le había dicho, poniéndosela al cuello. La había encontrado entre las cosas que había dejado en Roma. Jugueteeó un poco con ella, mientras los gritos de unos niños que corrían detrás de un balón se alternaban con las bocinas y la música que provenía de un coche aparcado no muy lejos. Aromas de cocina se mezclaban con el salitre, la jara y el romero, y ese olor tan familiar arraigó en su mente. Se paró en un paso de cebra para dejar pasar a una señora y, cuando su mirada se cruzó con la suya, se esforzó por recordar quién era; por la expresión de la mujer, comprendió que ella estaba haciendo lo mismo. Le dedicó un gesto de saludo con la mano, al que Angelica respondió de manera instintiva. Mientras avanzaba, se cruzó con otras miradas que la seguían. Había varias personas a ambos lados de la calle. Angelica se percató de que algunas la miraban fijamente. ¿Podía ser que la hubieran reconocido? Esa idea la incomodó. Se esforzó por contestar a los saludos y siguió su camino.

Era un día soleado. El azul del cielo caía sobre los tejados de las casas, iluminándolos. Había demasiadas cosas hermosas que contemplar. Con el corazón henchido de emoción, tomó conciencia de lo mucho que había añorado ese lugar.

Abandonó la calzada asfaltada y se adentró por una bifurcación lateral. No había ningún cartel, pero era por ahí. Lo sabía, y ya está.

—¿Por qué se van?

De pie ante las colmenas, Margherita y Angelica observaban el enjambre que alzaba el vuelo. La primavera las ha pillado por sorpresa. Muchas flores han empujado a las abejas a anticipar la enjambrazón. Margherita ha

preparado las nuevas cajas, las ha cubierto con hojas de limón y hierbas silvestres. Después ha cantado. Está confiada, muchos de esos enjambres elegirán quedarse, los demás en cambio se alejarán volando.

–¿Se han peleado? –La voz de Angelica suena triste. Margherita le acaricia el cabello.

–No, no se han peleado. ¿Sabes?, este enjambre es el hijo de esa familia de abejas. Como un corderito es el hijo de la oveja, y el pollito es el hijo de la gallina.

Angelica frunce el ceño, observa el enjambre y luego a Jaja.

–¿Estás segura?

Margherita se ríe.

–Pues claro.

–Pero está hecho de miles y miles de abejas. ¿Cómo puede ser un hijo?

–Tienes que imaginarlo así. Un hijo, hecho de muchos. Inténtalo, no es tan difícil.

Angelica reflexiona sobre ello y recuerda que hace unos días la maestra le enseñó unas células vistas con el microscopio. Le dijo que todos estábamos compuestos por millones de esas células. Ah, ahora sí le parece entenderlo. Las abejas son como las células. Todas juntas forman algo.

Resopló impaciente cuando tuvo que frenar por enésima vez. El viejo Citroën que tenía delante avanzaba a paso de tortuga. Habría llegado antes andando, pensó con una pizca de irritación. Ya no estaba acostumbrada a ese ritmo, había olvidado que allí, en Abbadulche, la gente rara vez tenía prisa.

Su respiración cambió, recuperando poco a poco la normalidad, como el latido de su corazón, que durante toda la mañana había elegido su garganta en lugar de su pecho. Y, por primera vez desde que se había marchado de Roma, sintió algo distinto a la ardiente amargura que la había acompañado durante todo el viaje. A ambos lados de la calzada, las casas empezaron a espaciarse. Más allá de los muros y las verjas de hierro, los naranjales y los olivares iban ganando terreno. Formaban largas extensiones verdes entre casas.

–Hemos llegado –le dijo a *Lorenzo*, disminuyendo la velocidad. Como siempre, *Pepita* dormía acurrucada en un rincón.

A su derecha se alzaba un alto muro rojo y, delante de este, un arbusto de espinas y cardos tan alto como un hombre. De la cima de esos delgados tallos espinosos y dorados asomaba un penacho morado, tan brillante que, por un

momento, Angelica estuvo tentada de entornar los párpados.

Se agarró al volante con las dos manos, inclinada hacia delante, con los ojos fijos en esas paredes de piedra y tierra, mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho. De repente frenó y, tras aparcar delante de la verja, salió de la caravana.

El Citroën que la había precedido todo el trayecto estaba aparcado un poco más adelante, junto a la valla de la finca. Angelica le lanzó un vistazo distraída, y luego se concentró en el manojito de llaves que tenía en las manos, las mismas que Maria le había entregado junto con la carta de Margherita.

Abbadulche, 8 de mayo de 2013

Querida Angelica, hija de mi corazón y de mi alma.

Todo lo que me ha sido dado, todo lo que yo he comprado y poseo: casa, tierras y pertenencias, todo, sin excepción alguna, ahora es tuyo. Te lo lego, para que hagas buen uso de ello.

Para que lo custodies.

Tus ojos y tu alma son los adecuados. Los necesarios.

Con ellos puedes ver el árbol antiguo, porque eres un brote florido. Y puedes escuchar las palabras del manantial, conoces su lenguaje.

Búscalos ambos, ese es el término de tu camino. Ese es tu fin último, tu propósito.

Recuerda mis palabras, porque un día, cuando llegue tu momento, tendrás que hacer lo mismo.

Como Elodia, mi madre, hizo antes que yo.

Custodia el saber, cultívalo en todas sus formas, y después compártelo.

La respuesta está en la colmena.

La respuesta está dentro de ti.

Todo lo que necesitabas saber yo ya te lo he dicho, y lo demás, lo que crees no saber, te lo he enseñado. En la casa encontrarás lo necesario.

Cuida del árbol. Has de saber que él te protegerá. Sacia tu sed con el agua del manantial del que nosotras, guardianas, procedemos.

Recibe mi legado, Angelica Senes, y custódialo con celo, con sabiduría y con amor.

Te bendigo, hija mía.

Esas llaves abrían la casa, el granero y todas las dependencias de la enorme propiedad en la que había vivido de niña.

Respiró hondo varias veces y, una tras otra, fue metiendo las llaves en la cerradura. Cuando notó que la verja se abría, le entraron ganas de reír, una de esas risas nerviosas sin más sentido que el de no llorar. Apoyó la frente en el hierro cubierto de herrumbre y cerró los ojos un instante.

–Estoy aquí, Jaja –susurró despacio, tratando de contener el temblor de las manos.

–¿Busca a alguien?

Sobresaltada, Angelica se volvió. El hombre del Citroën estaba a su lado. Su voz era brusca y su expresión, irritada. Tenía la piel oscura de quien acepta el sol, como todo lo demás, sin cuestionarlo, y apenas se le veían los ojos entre los párpados semicerrados. Eran verdes y brillantes. Y había algo más en esa mirada, algo que puso nerviosa a Angelica. Instintivamente se pasó las manos por los pantalones.

–Yo..., en realidad a nadie.

Él frunció el ceño. Sus ojos se posaron descaradamente sobre ella, haciéndose casi insolentes. Después los entrecerró.

–¿Quién es usted?

Por un instante, Angelica pensó en hacer caso omiso de él. Miró detrás de ella. No se veía a nadie, y *Lorenzo* se había quedado dentro de la caravana. Lo oyó ladrar y se puso tensa.

–Me llamo Angelica Senes, ¿y usted?

–¿Qué está haciendo aquí?

En realidad, no era asunto suyo. Angelica pensó en decírselo, pero al final optó por una respuesta más suave.

–Mi tía vivía aquí.

El hombre hizo un gesto de incredulidad, miró hacia la casa y luego de nuevo a ella.

–¿Margherita? –Su voz era apenas audible, parecía que le hubiera costado pronunciar ese nombre.

–Sí, ella, Margherita Senes –contestó Angelica.

El hombre sacudió la cabeza.

–La enterramos la semana pasada.

–Lo sé. –Había dolor en esa respuesta, había lo que las palabras no acertaban a expresar.

El hombre retrocedió de repente, como si solo entonces hubiera comprendido que la presencia de Angelica no era una casualidad.

–¿Cómo se ha enterado? De la muerte de Margherita, me refiero –aclaró ante su expresión atónita–. ¿La ha llamado alguien?

–¿Alguien? ¿Qué quiere decir? –¿Qué clase de pregunta era esa?, se sorprendió Angelica.

–No es usted de por aquí. –Más que una pregunta, era una afirmación–. ¿Cómo ha sabido que Margherita había muerto?

–Mi madre ha estado aquí con ella.

El hombre la miró con más atención.

–¿Su nombre?

Pero ¿qué quería ese tipo? ¿A qué venía ese interrogatorio? Vale que estaban en Abbadulche y allí el concepto de discreción tenía otras connotaciones, pero incluso para los estándares del pueblo, la curiosidad de ese desconocido rozaba la insolencia. Fue entonces cuando Angelica se dio cuenta de que el hombre estaba profundamente turbado.

–Maria Florinas –susurró.

–¿Cómo? –El hombre sacudió la cabeza y lanzó una ojeada a la casa. Cerró los puños y se los metió en los bolsillos.

–Pues al parecer somos parientes –masculló de repente, esforzándose por sonreír.

Angelica arrugó el ceño.

–No entiendo.

–Me llamo Giuseppe Fenu, soy un primo lejano tuyo.

No le tendió la mano, y la suya no era exactamente una mirada de bienvenida. Angelica nunca había frecuentado a la familia de su padre, ninguno de ellos había querido nunca tener nada que ver con su madre y con ella. Salvo Jaja.

Debía de ser el hijo de una pariente de su padre. Recordaba vagamente el rostro de la mujer.

–Ah. Entiendo.

–Esas llaves –le dijo, señalándole el manojito que sostenía entre los dedos–, ¿quién te las ha dado?

No le gustaba cómo la miraba ese primo –o tío, o sobrino o lo que fuera–, y

menos aún el tono de su voz. Angelica sintió que se iba poniendo cada vez más nerviosa.

–Margherita.

Giuseppe se quedó quieto.

–Pero ¿qué diablos estás diciendo?

Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no retroceder ante la expresión amenazadora del hombre. Estaba a punto de sacar la carta de Margherita para enseñársela, cuando de repente cambió de idea.

–Perdona, pero ¿cuál es el problema? –le preguntó. No alcanzaba a comprender lo que ocurría, pero desconfiaba de él instintivamente—. ¿Se me escapa algo? ¿Hay algo que yo no sepa?

Giuseppe no le contestó, pero, tras una última mirada asesina, dio media vuelta y la dejó ahí plantada. Fue hasta su coche, se subió y, cerrando de un portazo, arrancó sin hacer el más mínimo gesto de despedida y dejando un rastro de neumáticos sobre el asfalto.

–Esto es increíble –masculló Angelica, que se había quedado con la boca abierta. Siguió al Citroën con la mirada hasta que desapareció y volvió a concentrarse en la cerradura.

Y todo pareció perder importancia.

Giuseppe Fenu se esfumó de su mente y con él todo lo demás.

Ahí estaba la casa de Jaja, tan hermosa como la recordaba. O más incluso. Se dio cuenta de que estaba sonriendo, incapaz de dejar de mirarlo todo, con el corazón latiéndole muy fuerte en el pecho.

La casa ocupaba una sola planta, salvo la parte de la torre que se erguía hacia el cielo. Paredes de ladrillo, enlucido blanco que resplandecía al sol de la tarde, la hiedra se insinuaba entre las pequeñas grietas de las fachadas. Y, unas al lado de las otras, toda una serie de cristaleras y postigos de aspecto envejecido que en tiempos habían sido azules, y que de aquellos años conservaban solo una vaga impresión de ese color, un celeste claro que, junto al verde de los arriates, el rojo de las amapolas y el amarillo de las margaritas, suavizaba la apariencia del antiguo e imponente caserón. Y la vieja glicinia. ¿Cuántas veces se había escondido entre sus ramas? ¿Cuántas guirnaldas había trenzado con sus flores? Era como si acariciara la casa, como si la protegiera con sus largas ramas nudosas y oscuras. De repente se levantó viento e hizo ondear ligeramente el mar violeta, llevándose consigo el intenso perfume. Por un instante, Angelica sintió la caricia de los pétalos en la piel y

le pareció que la vieja glicinia la abrazaba también a ella.

Agarró los barrotes de hierro forjado de la verja con las dos manos. Sintió una emoción creciente. ¿Era posible que fuera todo como entonces? ¿Que nada hubiera cambiado de verdad?

Cuando el deseo de tocar esas paredes, de sentir las bajo los dedos, se convirtió en necesidad, abrió las pesadas puertas de la verja, primero una y después la otra.

Estaba impaciente por entrar en la casa.

Volvió corriendo a la caravana; sus ojos, infatigables, corrían como flechas de un lado a otro, incapaces de saciarse con todos los detalles, con lo que era nuevo y con lo que su memoria volvía a ofrecerle para que comprobase los cambios que el tiempo había traído consigo.

–Ya hemos llegado –les dijo a *Lorenzo* y a *Pepita*. El susurro estaba preñado de emoción, al igual que sus ojos.

Condujo con prudencia, recorriendo el sendero que llevaba a los campos. Aparcó la caravana, puso el freno de mano y bajó. ¡La casa estaba ahí, delante de ella, y nunca le había parecido tan hermosa!

Tenía que calmarse o no conseguiría ni abrir la puerta.

9.

Miel de almendro (Prunus dulcis)

Recuerda a las flores blancas y la hierba fresca. De intenso aroma, es la miel de la alegría, anima la mente y el espíritu. Muy clara, forma finos cristales.

—Aquí estoy, Jaja —susurró Angelica.

Con los ojos fijos en la gran puerta azul de madera taraceada, abrió el puño en el que aferraba las llaves. Le temblaban las manos cuando introdujo una de ellas en la cerradura. Apretó los párpados un momento, giró la llave y rezó. Un segundo después, oyó un chasquido seco.

Apoyó ambas palmas sobre la puerta y la empujó.

Giuseppe Fenu pisó el acelerador. Las ruedas del Citroën patinaron un par de veces. Con gestos rápidos y medidos, recuperó el control, mantuvo el coche en la carretera bordeando peligrosamente la roca que acababa a pico sobre el mar. Apretaba con fuerza el volante, con los ojos fijos al frente. Entonces giró de pronto por una callejuela, levantando a su paso una nube de polvo.

Cuando llegó a la casa al final del callejón, su mirada seguía mostrando la misma dureza, y sus labios parecían un corte limpio en su rostro. Aparcó y fue hasta un portón macizo que, pese a su apariencia imponente, mostraba las señales del paso del tiempo. Cuando se dio cuenta de que había olvidado las llaves, llamó, golpeando más fuerte de lo necesario. Su puño cerrado se abatía feroz sobre la madera. Siguió golpeando incluso cuando oyó al otro lado de la puerta la voz de una mujer que corría jadeante a descorrer el cerrojo.

—¡Virgen santa! ¿Qué te ha pasado? —exclamó Mirta Fenu, su madre, nada

más abrir la puerta—. Estás pálido como un muerto. Entra —dijo, agarrándolo de la manga de la camisa—. ¿Se puede saber qué te ocurre?

—He ido a casa de Margherita.

Mirta resopló y sacudió la cabeza.

—Mira que te he dicho que era mejor que fuera yo contigo. Pero tú, nada, terco como una mula. Apuesto a que cuando has visto todo lo que hay que tirar ahí dentro te has asustado...

Giuseppe se zafó.

—Ni siquiera he llegado a entrar.

—*E ite dimoniu?* ¿Y por qué demonios? Mira que tenemos que decidir qué conservar y qué dejar para decírselo a los de la mudanza. Y tenemos que hacerlo hoy. En cuanto firmemos los papeles de la sucesión, el empresario quiere demolerlo todo.

—Había una mujer delante de la verja.

—¿Y quién era? —la voz de Mirta sonó irritada.

—Angelica Senes. Sabes quién es, ¿verdad?

—¿Qué? —Mirta abrió la boca, y luego retrocedió. Unos segundos después pareció recuperar el habla—. Vi a su madre en el funeral de Margherita. Maria Florinas siempre nos ha traído problemas.

Giuseppe se mesó el cabello.

—¿Por qué diantre no me lo habías dicho? —estalló.

Mirta se encogió de hombros.

—¿Qué tenía que decirte, hijo mío? Ella no tiene nada que ver con nosotros. —Hizo una pausa e inspiró hondo—. No hemos de preocuparnos. Esa se habrá enterado de la muerte de Margherita por su madre y habrá venido a echar un vistazo. —Una mueca de desprecio le retorció el rostro—. Cuervos, buitres. Ahora asoma, la muy sinvergüenza. Hace años que nadie sabe nada de ella. Seguramente querrá ver si le ha tocado algo.

—¿Qué pasa, es que nosotros no estamos haciendo lo mismo?

Mirta abrió mucho los ojos.

—¡Recuerda con quién estás hablando! —exclamó entre dientes—. Soy tu madre, a mí tú no me hablas así, ¿estamos?

Giuseppe apretó los labios y la miró con frialdad. Su enfado era palpable, así como su indiferencia ante la advertencia de su madre.

Mirta rozó el brazo del hijo.

—No te pongas así, y recuerda que la razón está de nuestra parte. Somos los

parientes más cercanos. Y esa no se sabe siquiera si de verdad es hija de Francesco, que Dios lo tenga en su gloria. Ya sabes quién es su madre. Todos lo sabían, pero él, nada. Aun así se quiso casar con ella. Cosa *maccosu*... Una cosa de locos. Así que no tiene ningún derecho. Estaba fuera de la familia. Esa no hereda nada, hazme caso.

–Pero ¿y si resulta que hay un testamento? Supongamos que Margherita se lo haya dejado todo...

La mujer negó con la cabeza.

–Y si, y si... Deja de decir esas cosas. No lo sabes, no sabes nada. Es igual que su madre. *Fraulancia*, una mentirosa. La llave además la tengo yo.

–Sí, la llave nos la han dado a nosotros –murmuró Giuseppe–. Pero ella también tenía un manojo de llaves. Dice que se lo dio Margherita.

–Margherita no tenía otros herederos –replicó Mirta–. Y aunque fuera verdad que esa es una Senes, tú eres el sobrino más próximo. Ella es de un grado de parentesco más lejano.

–No me ha parecido que fuera una loca –susurró Giuseppe. Volvió a mesarse el cabello con expresión tensa. Recorrió el pasillo–. El anticipo que hemos aceptado para vender... ¿Sabes lo que significa eso? Si ella tiene razón, si hay algo, aunque solo sea un trozo de papel en el que diga que Margherita se lo ha dejado todo a ella, estamos acabados.

Mirta tensó los labios en una mueca, enseñando los dientes.

–Esa no se queda aquí. Te lo garantizo.

Giuseppe abrió la boca y la volvió a cerrar de pronto.

–¿Y qué vas a hacer para echarla? –le preguntó, escarneciéndola.

La mujer se quedó un momento callada, y luego alargó la mano y le acarició el hombro al hijo.

–Ya veremos. Y la sucesión la hemos puesto en marcha nosotros. Sea como sea, ha llegado tarde.

Él sacudió la cabeza y apartó la mirada, dirigiéndola hacia la aldea.

–¡Sí, claro! Y a lo mejor, cuando mandemos echar abajo la casa, esa nos para las obras y nos lo quita todo. –Se pasó la mano por la cara–. Tenemos que decirlo. Hay que poner al corriente a los demás. No hay más remedio. –Negó con la cabeza–. No les va a gustar. No le va a gustar a nadie. Ya está todo listo, y ahora aparece esta...

–No pierdas la calma. Piénsalo..., no ha dado señales de vida durante años, seguramente quiere ganar algún dinero para luego volverse por donde ha

venido.

Giuseppe miró a su madre y negó con la cabeza.

–Ojalá sea así, o estaremos metidos en un buen lío.

No esperó respuesta, ni obedeció cuando la madre le dijo que volviera. Salió andando a grandes zancadas, con paso decidido. Llegó hasta su coche y, tras sentarse al volante, pegó un puñetazo en el salpicadero. Su imprecación se perdió en el sollozo del motor al encenderse.

Si Margherita había dejado un testamento, no había nada que su madre o él pudieran decir o hacer.

Lo primero que llamó la atención de Angelica fue el frescor en la piel. Cerró los ojos, saboreando el momento. Cuando volvió a abrirlos, la embargó una cálida sensación de bienestar. La penumbra lo cubría todo y parecía acariciar y proteger la casa. Y tuvo la sensación de entrar en un lugar detenido en el tiempo.

Parpadeó para acostumbrar los ojos a la oscuridad, e instintivamente inspiró. Percibió un tenue aroma, a hierbas y cera de abejas, antiguo y terroso. Un sople de aire le acarició el rostro. Se le aceleró el corazón, de repente la inundó una sensación de placer que duró apenas un instante. Volvió a parpadear y aguzó la mirada, obligándose a avanzar unos pasos.

Angelica miró a su alrededor, presa de un sentimiento de felicidad intensa. Se encontraba en un amplio salón de techos altos. Por encima de su cabeza, gruesas vigas de madera sostenían un enorme artesonado. A su alrededor, muebles cubiertos por sábanas blancas. La luz se filtraba por los postigos cerrados, iluminando el polvo centelleante que revoloteaba empujado por una corriente invisible.

¿Cuánto había imaginado ese momento? Entonces sus emociones se liberaron, escapando a su control: temor, alegría, orgullo, añoranza. Sobre ella cayó una lluvia de imágenes. Eran instantes, recuerdos de momentos vividos en ese salón.

Y, después, una carta, un testamento y un manojó de llaves.

Eso era lo que le quedaba de Jaja. Palabras, frases.

Apenas había reconocido su letra, y eso la desesperaba. ¿Había sufrido? ¿Había estado enferma? No lo sabía, no sabía nada de ella.

Las emociones se transformaron, haciéndose enormes, insoportables. Entonces le pareció que no era capaz de contenerlas todas. Eran demasiadas. Y no quería ver, no quería sentir. Se obligó a estirar los brazos a ambos lados del cuerpo y rozó el tejido de sus pantalones vaqueros. Metió las manos en los bolsillos, esperando con eso poder dominar el temblor de manos, y respiró hondo y despacio, varias veces, hasta que le pareció que recuperaba la calma.

Detrás de ella la puerta estaba abierta de par en par. Los rayos del sol le acariciaban la espalda, disolviendo los escalofríos que la habían asaltado de repente. Movida por no sabía qué, se volvió hacia la derecha, con los ojos fijos en esa semioscuridad que terminaba en una puerta de madera al final de un largo pasillo. Ahí estaba la habitación de Jaja. Se dirigió a ella, paso a paso. Apoyó la frente en el quicio de la puerta. Tragó saliva para aliviar el nudo de emoción que le cerraba la garganta. Despacio, con la punta de los dedos, la entreabrió.

Ahí estaba: el olor a limón. Lo sintió sobre sí, como cada vez que Jaja la abrazaba. Se quedó así un instante, con los ojos llenos de lágrimas.

–No lo sabía, Jaja, no lo sabía –murmuró.

El dolor ocupó el espacio del llanto encerrado en la garganta. Entonces un soplo de aire le alborotó el cabello, y *Lorenzo* irrumpió en la casa, ladrando.

–Estoy aquí –le dijo, secándose las lágrimas–. Estoy aquí, vamos.

Dirigió una última mirada a la habitación de Margherita. Volvería más tarde.

Recorrió el pasillo y llegó a la cocina. La larga mesa seguía donde siempre, así como los armarios y el arquibanco, y hasta las tazas del desayuno. Acarició el borde de la silla. Allí encima, como olvidado, estaba uno de los trapos de cocina de Margherita. Lo había bordado ella misma, como todo lo demás. Angelica sonrió. Sentía a Margherita, casi podía percibir su presencia. Todo estaba tal y como ella lo había dejado, hasta su chal, colgado del gancho de siempre. Alargó la mano y agarró un borde para llevárselo a la cara. Su perfume, su casa, su esencia. Jaja estaba ahí, en ese lugar. Tomó el chal con ambas manos y hundió el rostro en él.

Y por fin dio rienda suelta a su dolor, mientras *Lorenzo* seguía ladrando y *Pepita* la miraba atónita.

10.

Miel de jara (Cistus spp.)

Sabe a fruta madura, a frutos rojos y a mermelada de tomate. Es la miel del amor y de las emociones, libera el corazón. Muy sabrosa, ligeramente salada. De tonalidades ambarinas, oscuras y misteriosas, cristaliza rápidamente.

Un barco no es de verdad tuyo si no te has manchado las manos con él. Si no lo has pulido, cepillado y pintado hasta desollarte los dedos. Habían cambiado mucho las cosas desde la época en que Nicola Grimaldi vivía en Milán, cuando simplemente habría comprado el barco más lujoso que hubiese podido encontrar. Ese catamarán era suyo, hasta la última astilla.

Había elegido ese bimotor para el mar, que se convertiría en su mundo, y para el viento, que le marcaría el rumbo.

Salió cuando ya era noche cerrada. Le gustaba esa soledad, el cielo negro y brillante, las estrellas y los reflejos cambiantes alrededor de la quilla. Le gustaba por encima de todo poner su vida en juego, confiársela a sus propias manos, a su capacidad de afrontar cualquier problema. Y le gustaba el perfume que transportaba el viento.

Cuando el alba ya no era sino un recuerdo, corrió al puente, aseguró la vela mayor, sujetó el mástil y lascó el foque. La madera bajo sus pies era lisa y húmeda. La vela emitió un violento chasquido, pero sus protestas disminuyeron, ahogadas por las escotas que empezaron a envolverla. Sonrió, volviéndose hacia el sol. Sus ojos eran del mismo tono cobalto del agua que rompía contra la quilla y le salpicaba la piel morena. Se quitó el jersey, arrojándolo a un lado. El viento era casi un ser vivo, que le azotaba la piel, los vaqueros empapados de agua y salitre y el cabello mojado. Pese a todo, estaba en su elemento. Libre, como solo se sentía cuando gobernaba su catamarán, y sobre todo vivo. Cada uno de sus gestos era medido y preciso.

Sabía qué hacer y cómo, y se sentía orgulloso de ello.

Pronto llegaría a Cagliari.

Calculó mentalmente la distancia que le quedaba aún por recorrer e inspiró con calma ese aire frío y salado que siempre había tenido el poder de serenarlo. Después repasó los planes del día. En ese momento se dio cuenta de lo nervioso que estaba. No había dejado de pensar en lo que le había pedido su hermano Claudio.

–Tienes que asumir tus responsabilidades, Nicola. Te necesito. Tienes que decidirte: o entras en la sociedad y empiezas a ocuparte de ella, o cedes tu parte.

No le había dado una respuesta enseguida. No era tan sencillo. Había cosas que tenía que meditar. «Lo pensaré», había dicho

Sin embargo, desde ese momento había empezado a ofrecerse a desempeñar ciertas tareas. Pequeños encargos, pero de responsabilidad.

Esa mañana tenía que entregar en el banco unos documentos que requerían una firma inmediata. Debería haberlo acompañado Claudio, pero le había surgido un imprevisto de última hora.

Nicola echó una ojeada al mástil y a la vela, y volvió al camarote. La documentación estaba sobre la mesa. Abrió la cartera y empezó a leer. Al cabo de unos minutos cerró la carpeta, con expresión pensativa. ¿Qué quería hacer Claudio con la cantidad que estaba pidiendo prestada al banco? Por lo que había podido ver Nicola, no se trataba de un solo préstamo, sino de una serie de operaciones a largo plazo. Se pasó una mano por la frente, poniendo freno a sus pensamientos. La sensación de contrariedad que había experimentado mientras leía la documentación se convirtió en malestar.

Fijó la mirada en un punto remoto de la pared. Siempre había tenido un sexto sentido para ciertas cosas, y el comportamiento de Claudio le daba mala espina.

Bajó y puso en marcha los motores. Ya había ajustado el rumbo con el timón, pero antes de atracar quería comprobar una última cosa.

Después de ducharse se vistió con esmero. Por un momento, mientras se miraba distraídamente al espejo, le pareció haber vuelto atrás en el tiempo, a cuando las reuniones y la competitividad extrema formaban parte de su día a día. Vaciló, y luego se esforzó por hacer caso omiso de la punzada que le había atenazado el estómago, y entornó los párpados. Inspiró despacio. En cuanto le pareció haber recuperado la calma, salió a la cubierta. Un segundo

después, marcó un número en el móvil.

–¿Greta?

–Hola, Nicola. ¿Cómo estás?

–Bien, ¿y tú?

La mujer tardó unos segundos en responder.

–¿Te reservas alguna pregunta?

Nicola guiñó los ojos.

–¿Más problemas?

–Define la palabra problema. Bueno, mejor no, déjalo.

Permaneció callado un momento y luego apretó las mandíbulas.

–Ya sabes lo que pienso. Es mi hermano y lo quiero, pero a veces...

Podrías tener a cualquier otro, ¿por qué te empeñas en estar con él?

Greta suspiró.

–¿Sabes?, muchas veces pienso que me he equivocado de Grimaldi, debería haberme concentrado en ti. Habría sido una jugada mejor.

No, no lo habría sido, pero eso Greta no podía saberlo.

–Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme.

–Sí, lo sé.

–Y a cualquier hora, ¿de acuerdo?

–Vale. –Un largo suspiro–. No imaginaba que te dejarías involucrar en esto.

Nicola entrecerró los párpados. Por un instante trató de entender a qué se refería la novia de su hermano, que era también su secretaria. El instinto lo llevó a prestar atención, algo en esa pregunta lo puso alerta.

–¿No?

–Este no es tu terreno. Quiero decir, nunca has querido saber nada del mundo de la construcción.

Y no había cambiado.

–Es verdad... –No quiso decir nada más. Esperó a que ella llenase los vacíos de la conversación, a que le diera algún indicio.

–Supongo que si has decidido participar será por la particularidad del proyecto. Tu padre nunca construyó nada en Abbadulche. Será una bonita novedad. Sobre todo por las dimensiones de la inversión.

Pero ¿de qué demonios estaba hablando? ¿Construir en Abbadulche? La imagen del pueblo en el que había crecido y al que había regresado para afincarse se materializó ante sus ojos. Y no le gustó en absoluto la idea de cambiarlo. Su hermano debería habérselo explicado, y con detalle.

–¿Me mandas los planos? Y el estudio del impacto medioambiental –le pidió a Greta. Lo mejor sería disponer de toda la información posible.

–¿No los tienes ya?

–Acabo de llegar.

–La reunión es hoy.

–He quedado con los del banco a las diez –la cortó.

–¡Ah! Entonces mando al chófer a recogerte.

Nicola colgó y se guardó el móvil en el bolsillo. «¿Qué demonios estás tramando, Claudio?», masculló entre dientes. Y se puso a pensar en otra cosa. Ya volvería sobre ese tema más tarde.

Mientras atracaba, volvió a asombrarse de lo azules y, a la vez, lo transparentes que podían ser esas aguas.

Bajó la escalerilla y saltó al muelle. Se llevó las manos a los bolsillos en busca de un cigarrillo. Sacó el paquete y lo agitó como solía, antes de devolverlo a su lugar.

Los cigarrillos estaban ahí, de haber querido uno no habría tenido más que encenderlo, y eso significaba que de momento podía prescindir de ello. Un día se liberaría del tabaco para siempre, decidió.

El chófer aún tardaría diez minutos en llegar. Consultó su reloj, repasó mentalmente los planes del día y volvió a preguntarse qué demonios tendría su hermano en la cabeza.

Después se quedó absorto en la contemplación de la ciudad.

Se erguía toda ella sobre el mar, al que se asomaban una serie de edificios que conservaban intactos su encanto algo decadente, propio de una ciudad portuaria. La basílica de Bonaria, con sus arcos y su escalinata a un lado, los altos muros del castillo y las agujas de las iglesias al otro. A continuación los edificios de vidrio y acero, y los yates modernos de casco alargado. Una serie de elementos en aparente contraste entre sí, pero que para un sardo –y él se sentía orgulloso de serlo– narraba una larga historia de tradición e innovación.

Las palabras de Greta volvieron a resonar en sus oídos. No le gustaba lo que le había dicho. ¿Por qué su hermano no lo había puesto al corriente de sus intenciones? La irritación le hizo alargar el paso. Fuera como fuera, construir en Abbadulche estaba fuera de toda discusión. Ni siquiera su padre lo había hecho.

El resol era cegador. Se puso las gafas y dirigió la mirada a la carretera. Cagliari no era distinta al resto de las grandes ciudades en las que había

vivido. Era solo más hermosa. La contempló un instante más, y luego se dirigió a la salida.

Durante años, después de la muerte de sus padres, había vivido solo. Un perro vagabundo, así lo llamaba Claudio, aunque con cierto tono indulgente. No le molestaba el sobrenombre, de verdad había sido un solitario.

Un coche se detuvo delante de él.

Nicola precedió al chófer, que había bajado a abrirle la portezuela, y subió al Mercedes negro.

–Déjelo, ya lo hago yo.

–Como prefiera, señor.

Dios, cómo odiaba esas formalidades. Dejó vagar la mirada al otro lado de la ventanilla y se preguntó si estaba preparado para volver al campo de juego, para retomar su papel en la empresa familiar. Se pasó la mano por la cara y apoyó la cabeza en el respaldo, con expresión tensa.

Otra punzada, esta vez menos fuerte. Inspiró para contenerla. Entonces se fijó en el chófer. Manipulaba nervioso con el cinturón de seguridad, era poco más que un muchacho. Quién sabe lo que le habrían contado sobre él para que se mostrara tan inquieto. ¿Que podía despedirlo en cualquier momento? Soltó un taco en voz baja y se puso a mirar un punto lejano del paisaje por la ventanilla. No, no lo haría. Gracias a Dios, ese tiempo había pasado.

–Lléveme al Banco de Crédito de Cerdeña. Y háganos un favor a ambos: respire hondo y trate de relajarse.

–Desde luego, señor, enseguida.

Nicola cerró los ojos un instante, reclinándose en el asiento. A su regreso hablaría con su hermano. Solo después tomaría una decisión con respecto a la empresa familiar.

Angelica no había hecho más que mirar cuanto la rodeaba, acariciar cada cosa a su alcance, olerla e incluso hablarle. Tras ir de una habitación a otra, salió de la casa, porque el jardín siempre había significado mucho para ella y estaba impaciente por volver a verlo.

Las tinajas de barro, donde en tiempos se conservaban las reservas de aceite, ahora estaban llenas de geranios rojos. Los pelargonios colgaban en una suave cascada del mismo color. A ambos lados de la casa, en los parterres

umbríos, Jaja había plantado hortensias azules. Angelica la había ayudado a enterrar un estropajo de hierro, porque eran flores extrañas, que necesitaban alimento ferroso para mantener vivos los colores de sus pétalos. Ahí estaban todavía, pensó Angelica con un pellizco de emoción. Siempre le habían gustado esas flores opulentas de perfume fresco y delicado.

Recorrió con la mirada toda la fachada de la casa, con sus puertas y ventanas cerradas, hasta fijarse en un punto. Los iris ondeaban tras los largos tallos, las barbas de chivo moradas y amarillas creaban un curioso contraste. Siempre le habían encantado esas flores tan rústicas, sus colores y su perfume intenso. Prosiguió su exploración del jardín y, cuando llegó a las glicinias, se detuvo debajo un instante e inspiró ese aroma único a hogar y felicidad. Pero no podía demorarse, no quería hacerlo. Se dirigió al patio interior, rodeado por la tapia de la finca. Lo cruzó hasta llegar a una apertura. Mientras contemplaba los campos que se extendían ante ella, se paró, recorrió con el dedo el borde de la tapia de piedra y siguió avanzando. En silencio, con los ojos vueltos al suelo, siguió el perímetro exterior, apoyándose de vez en cuando con la punta de los dedos para evitar pincharse. La hierba le azotaba las piernas y le manchaba los pantalones, dejándole sobre el tejido finas agujas y una pelusilla picajosa.

Ahora que había salido, el corazón le latía sordo entre las costillas. Era presa de una sensación de verdad extraña, que no alcanzaba a entender. Pero estaba bien: el solo hecho de encontrarse allí, en ese lugar, la hacía feliz.

Avanzó entre el heno silvestre y los cardos, mordiéndose el labio inferior. Llegó hasta la parte trasera de la casa, semiescondida entre la vegetación, y se detuvo. Había una construcción sencilla y larga, en forma de porticado. Allí guardaba Jaja el material de apicultura.

En la parte de delante, en el centro de un espacio empedrado con losas lisas y regulares, se erguía un pozo, semejante a un monolito. Sobre una rueda de hierro, junto a la boca oscura y cerrada por una rejilla, resplandecía un jarro de barro esmaltado colocado sobre los radios de la rueda.

Inclinarse sobre el brocal del pozo fue casi necesario. En la superficie del espejo negro titilaban repentinos rayos de luz. La humedad que subía de la oscuridad le picó en la garganta, pero era agradable sentirla en el rostro. Esa agua era buena, Angelica lo sabía. Era la mejor que había bebido nunca. Límpida y fresca.

—¿Tienes sed? —le preguntó a *Lorenzo*. Un instante después agarró el cubo,

apartó la rejilla y lo dejó caer dentro del pozo.

No se imaginaba que pudiera pesar tanto, pero no se desanimó, lo intentó una y otra vez hasta que dio con el ritmo adecuado y consiguió subir el recipiente de hojalata. Lo dejó junto al perro y se quedó mirándolo beber.

Exhausta y acalorada, se puso la mano delante del rostro, a modo de visera. Cuando vio el banco excavado en la roca de granito que se erguía sobre el terreno, decidió sentarse. Un nogal de tronco nudoso proyectaba su sombra sobre ese rincón. Se desplomó sobre el banco, con *Lorenzo* a su lado. Dejó vagar la mirada en derredor, distraída, sin pensar en nada.

En un momento dado sintió un susurro y levantó la cabeza. Había un rostro entre la hierba alta. Asustada, se levantó de un salto.

–Vaya, si no es más que una niña –masculló. El corazón le latía deprisa. Se había llevado un buen susto–. Hola –dijo, agitando una mano. La niña tendría unos seis u ocho años. Iba un poco desaliñada... Tenía el cabello negro y vestía una camiseta amarilla; lo demás quedaba oculto tras la hierba.

–Hola –repitió, avanzando un paso hacia ella, con *Lorenzo* trotando a su lado.

La niña alzó la mirada, la posó sobre ella un instante y abrió mucho los ojos del susto. De repente le dio la espalda y echó a correr, desapareciendo por un agujero de la tapia.

Angelica no soltó el collar de *Lorenzo*.

–Si la sigues, se muere del susto –murmuró–. No entiendo por qué ha actuado así, no ha dicho ni una palabra. Y esa mirada... Según tú, ¿nos habrá visto siquiera? –inquirió perpleja.

Volvió sobre sus pasos, preguntándose quién sería esa niña. Miró a *Lorenzo*, inmóvil a su lado. Tenía las orejas erguidas y la expresión alerta.

–Tú también la has visto, ¿verdad? No me lo he imaginado.

El perro le lamió la mano, y Angelica se sentó junto a él. Al cabo de un rato siguió recorriendo el paisaje con la mirada, hasta que el corazón amarillo de una rosa silvestre captó su atención. Era una siempreviva, una rosa *sempervirens* recién abierta. Había varios rosales silvestres aquí y allá. A pocos pasos de ella vio otro, quizá una rosa china. Su perfume era intenso, rico y profundo. El blanco de los capullos se difuminaba en un rosa nacarado, y entre los estambres amarillos una abeja recolectaba el polen bailando en círculos. El zumbido era inconfundible, y cuando se dio cuenta de que se trataba de una obrera, Angelica estiró el cuello con curiosidad. No había visto

colmenas mientras recorría los campos, pero eso no quería decir nada. Las abejas eran capaces de cubrir un radio de varios kilómetros, por lo que las colmenas podían estar en cualquier parte. ¿Era posible que fueran las de Margherita? ¿Jaja había seguido ocupándose de ellas pese a su edad avanzada?

La abeja, saciada y con su cargamento de polen bien sujeto entre las cestillas de las patas traseras, levantó el vuelo, desapareciendo entre la hierba alta. Angelica la siguió con la mirada y el ceño fruncido, y luego volvió a las rosas. Y entonces otra abeja se posó sobre la flor, pasando enseguida a otra. El zumbido era intenso y dulce. Se concentró en esa vibración, y, despacio, el tenue sonido se impuso sobre todos los demás, monótono y relajante. Cuando la abeja levantó el vuelo, ella la siguió, con *Lorenzo* trotando detrás. Sin apartar los ojos del insecto, cargado con su provisión de néctar y polen, Angelica caminó entre la hierba.

No había nada en ese momento que le importara más que esa abeja. Nada que fuera tan esencial para ella. Su mundo parecía empezar y terminar en esa persecución bajo un sol despiadado.

Porque esa era una abeja de oro. Nunca había visto ninguna semejante, salvo en Abbadulche.

Y entonces los vio. Estaban colocados en fila, como centinelas. A la sombra de una alta higuera, tan grande como una casa, había diez cilindros de corcho ennegrecidos por el tiempo. Ese descubrimiento la dejó sin palabras. Eran las abejas de Jaja.

Se acercó despacio, sin apartar la mirada de esas colmenas rústicas – también llamadas colmenas aldeanas –, con una punzada de excitación que la empujaba a seguir avanzando. Miró revolotear a las abejas, siguió su danza, y luego alargó una mano, inmóvil, a la espera. El corazón le latía con fuerza y sentía la respiración atrapada en la garganta. Sabía qué hacer y cómo hacerlo. Con la palma dirigida hacia el cielo, aguardó a que la abeja reparara en ella, como había hecho otra vez, en el pasado, cuando era solo una niña. Mientras esperaba a que el recuerdo se volviera nítido, un canto se elevó desde los estratos más profundos de su memoria, una melodía que conocía tan bien como a sí misma.

Y el pasado se convirtió en presente. Y el sueño, en realidad.

–*E tue, filla de chini sese?*

Sobresaltada, Angelica se volvió de golpe. La abeja, que se había posado

sobre su palma, levantó el vuelo con un zumbido sordo de protesta. Entonces se dio cuenta de que *Lorenzo* estaba gruñendo.

–Ven aquí, tranquilo –le dijo, alargando la mano y agarrándolo del collar.

A pocos metros de ellos, con un vestido tan negro como el pañuelo que le cubría la cabeza, una mujer de edad indefinida y mirada penetrante la encaraba con expresión jactanciosa.

–¿Cómo dice?

La vieja entornó los párpados, avanzó un paso y, con las manos en jarras, repitió la pregunta.

–Te he preguntado de quién eres hija... ¿Es que no entiendes el sardo?

Sus palabras tenían un fuerte tono acusatorio. Angelica tardó un momento en comprender el significado de la pregunta.

–Yo soy Memma Collu –masculló la mujer–. ¿Y tú quién eres?

Esta vez se había dirigido a ella en italiano, despacio, con la expresión paciente que se adopta con un niño o con un tonto.

Angelica se pensó la respuesta con atención.

–Me llamo Angelica Senes, mi madre es Maria Florinas. Mi... una pariente me ha dejado la casa –dijo, escrutando a la mujer.

–*Abbaida...*, anda, ¡pero claro! Ese pelo y esos ojos. –La vieja alargó un dedo nudoso–. Desde luego son Senes –prosiguió–, pero eres bajita como Maria Florinas, y lo demás también lo has sacado de esa *zente*.

Angelica tenía la sensación de que la vieja desaprobaba su presencia y a su familia, y esa idea la irritó.

–Y ¿cuándo has llegado, *Angelichedda*?

–Hoy...

–¿De verdad? ¿Y por qué no me han dicho nada? –masculló, molesta.

Había indignación en su pregunta. Algo en su tono le pareció curioso.

–¿Deberían haberlo hecho?

Memma no le contestó, limitándose a lanzarle una larga mirada penetrante, antes de darle la espalda y alejarse. Era rápida, pensó Angelica, y brusca.

–No te quedes ahí de pie, o se te cocerá la piel –le dijo secamente–. El calor ha llegado temprano este año. Ven, sígueme, te prepararé un café, aunque con la cara que se te ha quedado, sería mejor algo más fuerte, *unu biculu de abba ardente*. Un chupito de aguardiente. Quizá de miel, ¡que dulce sienta mejor!

Casi sin darse cuenta, Angelica se puso a seguir a la mujer, que avanzaba

entre la hierba, y entonces reparó en que recorrían un sendero.

–Date prisa, que no llevas sombrero y por aquí el sol te achicharra el cerebro, pero ya te darás cuenta tú sola.

–¿Vive aquí cerca?

–No, vengo a pasear todos los días, y de paso le echo una ojeada a la casa. A mi edad es bueno andar. Lo sabe todo el mundo –masculló. Sacudió la cabeza y echó a andar de nuevo. De repente desapareció detrás de un arbusto junto a la tapia, la misma que rodeaba la parte trasera de la propiedad.

¿Quién era esa mujer? «No nos queda otra que seguirla», le susurró a *Lorenzo*, que se le había acercado, protector.

–Tienes su cabello. Castaño, pero lleno de sol. Tu madre no lo soportaba...

Angelica se agitó nerviosa en la silla. Tenía fijos sobre ella los ojos de Memma Collu, y la mujer la observaba sin reparos; era obvio que le traía sin cuidado su falta de discreción.

–¿De Ja..., de Margherita Senes? –preguntó, corrigiéndose justo a tiempo.

Memma dilató las fosas nasales en un gesto delicado y leve.

–¿De quién si no? ¿Es que no estamos hablando de ella?

–¿La conoció?

–No sabes nada de nada, ¿eh? –Memma la miró con una mezcla de pena y de compasión–. Claro que no sabes nada, Maria no podía ni ver a Margherita. –Suspiró y luego sonrió, pero no había ninguna alegría en la mueca que le estiró los labios–. Aunque, la verdad sea dicha, tu madre vivió con ella. Vivió gracias a ella –puntualizó.

No añadió nada más, pero a Angelica le pareció que los ojos de la mujer querían seguir hablando. Tenía la clara sensación de que la vieja despreciaba a su madre, de que la censuraba profundamente. Se preguntó qué podía haber ocurrido. Sabía poco o nada de la vida que Maria Florinas había llevado de joven en Cerdeña. Ella no hablaba nunca de ello.

No le gustó el tono de la mujer. No permitiría que nadie criticara a su madre. No importaba lo enfadada que estuviera con ella. Algunas cosas eran sencillamente inconcebibles. Empezaba a estar muy harta ya.

–¡Mi madre es buena persona! –exclamó.

No le interesaba la opinión de Memma, ni siquiera la conocía, no pensaba

quedarse escuchando sus historias. Y no le gustaba cómo le hablaba. Pero se quedó pegada a la silla, con los ojos fijos en ella.

Memma frunció el ceño.

—¿Qué pasa, he dicho lo contrario acaso?

No, no lo había dicho, pero sus ojos, sus manos y esa telaraña de arrugas que le cubría el rostro expresaban más que las palabras pronunciadas.

—A propósito, ¿qué estabas haciendo debajo del árbol, cerca de las abejas?

—Yo..., nada —mintió Angelica, apartando la mirada—. No estaba haciendo nada.

Memma se la quedó mirando.

—Por un momento he pensado que eras Margherita. Ella también hacía eso.

—¿El qué?

—Eso con la mano. —Hizo una pausa—. Y luego cantaba, ¿sabes?... Cantaba. —Su mirada se perdió, y de repente volvió a concentrarse en Angelica—. Cantaba a las abejas, ¿lo sabías? Y estas la rodeaban, como una nube, y ella se quedaba en medio, sin protegerse con un velo siquiera. ¡Bah! A decir verdad, eran las abejas quienes se ocupaban de Margherita, tanto como ella de los insectos. ¡Como si la reina fuera ella!

Esa mujer conocía bien a Jaja, y sin embargo Angelica nunca la había visto en compañía de su tía.

—Yo vivía aquí, con Margherita.

Memma se encogió de hombros.

—Sí, lo sé.

—A usted nunca la vi.

—Cuando yo vivía aquí, tú ni siquiera habías nacido, y después, cuando volví, ya te habías marchado. Te nombraba siempre, ¿sabes? Decía que eras una niña especial, que sabías ver cosas que a los demás se les escapaban. Decía que eras como ella.

Angelica contuvo el aliento y sintió que la embargaba una profunda sensación de dulzura. Era cálida, como el abrazo de Jaja.

—¿Le dijo más cosas?

—Claro que me dijo más cosas. —La mujer hizo una pausa, escrutándola con atención—. ¿Tú qué quieres saber exactamente?

La franqueza de Memma la pilló desprevenida. Durante un segundo pensó en no decirle nada. Pero era demasiado importante. Se humedeció los labios e inspiró hondo.

–La herencia. Yo no me imaginaba... –Calló antes de dar más explicaciones—. Cuando llegué, había un hombre, un tal Giuseppe Fenu. No parecía muy contento de verme.

Memma entornó los párpados.

–Margherita te ha dejado la casa y las tierras. Te ha elegido. A mí eso me basta, porque ella era de esas personas que saben bien lo que hacen. No tenía miedo de ese. Los Fenu pueden decir y hacer lo que quieran, que la ley habla claro. *Ite lastima*, qué pena que se les hayan ido al garete los planes.

Esas palabras eran lapidarias. Una sentencia. La aliviaron un poco, pero hacía falta mucho más para despejar sus dudas.

–¿Ellos cuidaron de Margherita?

–¿Es eso lo que te atormenta, bonita? –Memma se rio y le acarició una mano. Le brillaban los ojos y, por primera vez desde que se habían conocido, Angelica vio en ese rostro surcado de arrugas la sombra de una sonrisa—. A Mirta Fenu solo se la ha visto en el funeral –dijo en tono seco—. No te metas ideas raras en la cabeza, que esos nunca han querido a Margherita. Su casa y sus tierras, sí, esas sí que las querían.

–No entiendo.

Memma no contestó. Le indicó la tacita.

–Bébetelo el café, que frío no está bueno.

Angelica no sabía qué decir. Estaba a punto de rechazarlo y marcharse, cuando sonó el teléfono, quebrando el silencio y, con él, la desagradable tensión. Se levantó, pero la vieja le indicó con un gesto que se sentara.

–Será mi sobrina Giulia. No tardo nada, ¡que te sientes, te he dicho!

Memma habló brevemente, con frases rápidas que a Angelica le sonaron guturales y que no alcanzó a entender del todo, aunque el sonido le resultara familiar. Andaba sin parar de un extremo a otro de la habitación, y parecía impartir órdenes como un general. Mientras discutía, iba poniendo sobre la mesa unos dulces, y con el café le sirvió un vasito apenas más grande que un dedal, lleno hasta el borde de un líquido transparente como el agua, que Angelica no tenía la más mínima intención de probar.

–Ya estoy aquí –le dijo Memma, zanjando la conversación–, mira, te he preparado una habitación. Luego tú te lo piensas y decides si quieres ir a la casa de Margherita, que ahora es la tuya. Pero si prefieres estar conmigo un tiempo, para acostumbrarte a la idea, eres bienvenida... ¿Y ahora qué pasa, a qué viene esa cara tan larga?

Angelica inspiró hondo. La pregunta de Memma la obligaba a elegir. Había regresado a Cerdeña empujada por las emociones. Lo había hecho porque necesitaba sentir la presencia de Margherita a su lado. Pero ¿quedarse? ¿Estaba dispuesta a abandonar su vida? ¿A dejar la caravana y todo lo demás?

–No lo sé...

–¿Qué no sabes?

Angelica sacudió la cabeza y se miró las manos.

–No sé si me quedaré.

Se instaló un silencio entre ellas, y después Memma barrió el aire con un amplio gesto de la mano.

–*Tontesas*, ¡tonterías! Si has vuelto, *filla*, lo has hecho para quedarte.

11.

Miel de ailanto (Ailanthus altissima)

De intenso aroma a uva moscatel, es la miel de la resistencia y la tenacidad.

Ayuda a no perder el ánimo. Moderadamente dulce, es de color amarillo dorado. Su cristalización es regular.

Cuando el amanecer incendió el mar, Angelica ya había dado un paseo por la playa con *Lorenzo*, contestado los correos electrónicos y rechazado un par de encargos. La noche anterior, después de hablar largo y tendido con Memma, volvió a la caravana. Se sentó en los escalones, la mente concentrada en la conversación que habían mantenido y la vista en la casa de Margherita.

Y todo se disolvió.

Solo quedaron la casa y ella. No supo oponer resistencia. Sí, porque ese viejo caserón la llamaba con los recuerdos, con las sensaciones y con las emociones que le había suscitado cada rincón. El viento le trajo murmullos de días lejanos, de recuerdos y de sueños. Se sintió tan arrastrada, tan hechizada, que en un momento dado volvió al interior de la caravana, recuperó las pocas pertenencias que podía necesitar y corrió al interior de la casa.

Una vez dentro, se sintió tan bien y tan feliz que se puso a dar vueltas como hacía de niña, con los brazos estirados y la cabeza vacía.

Cuando el mundo dejó de girar, se sentó en el suelo, sacó la carta del bolsillo y volvió a leerla.

Hija de mi corazón y de mi alma, recibe mi legado...

Se la sabía de memoria. La había leído tantas veces que las palabras se le habían quedado grabadas. Le traían el amor de Margherita, su bendición. Y el dolor de la añoranza y el arrepentimiento. Eran palabras que no entendía,

hablaban de un árbol secreto del que no sabía nada; y sentía una oscura desesperación a la que no conseguía dar respuesta y a la que le costaba hacer frente.

Se quedó sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared, pensando, hasta que anocheció. Después se levantó. El cansancio era una pesada capa sobre sus hombros. Despacio, un peldaño tras otro, se encontró en lo alto de la escalera casi sin darse cuenta. Ahí estaba su habitación, en la torre. Empujó la puerta con la punta de los dedos y entró.

Era oro y fuego. Violeta y rosa. Azul y gris.

Era el crepúsculo que caía sobre la cama desde el gran ventanal y le enseñaba la parte más bella del mundo. Fue hasta la cama y se tumbó mirando al mar. Mientras los colores se aposentaban, alcanzados por la caída de la noche, por primera vez en muchos días Angelica encontró el consuelo del sueño profundo.

–Todas son iguales, todas tienen la misma importancia...

Angelica mira las abejas que trabajan en los panales y escucha la explicación de Margherita.

–Pero la reina es más importante, ¿verdad?

–No. Sin las otras abejas, la reina no sobreviviría ni tres horas. Ellas la calientan cuando tiene frío, la refrescan, le dan de beber y la alimentan. Están siempre a su lado, mira. Quién sabe lo que se estarán diciendo.

La niña sigue con la mirada a la abeja reina y a sus nodrizas, y sonríe.

–Y ella ¿qué hace por la colmena?

Conoce la respuesta, es una de las primeras cosas que le ha enseñado Margherita, pero le gusta escucharla otra vez. Le gusta cuando Jaja empieza a hablarle de las abejas, del sol y del mar.

–La reina pone huevos. De esos huevos nacen las nuevas abejas, los zánganos y otras reinas. De modo que las obreras y la reina son igual de importantes, a eso se le llama igualdad.

Angelica conoce esa palabra. Su madre le ha explicado su significado. Igualdad viene de igual.

–Eso vale solo para las abejas, ¿verdad? –Su mirada está lejos, perdida en pensamientos que le han borrado la sonrisa.

Margherita aprieta los labios.

–No, vale para todos aquellos que comprenden su importancia. Los demás..., el que se cree mejor que otro, el que cree que vale más, todos esos se equivocan.

Aunque le encantaba salir a pasear con *Lorenzo*, esa mañana *Angelica* estaba impaciente por volver a casa de *Margherita*. Y era una sensación muy curiosa, pues hacía años que no experimentaba una urgencia así.

Al cerrar la puerta a su espalda, el perfume de la casa la envolvió como un abrazo. *Lorenzo* corrió de un lado a otro, arrancándole una sonrisa.

–Pórtate bien, ¿eh?

Aún no había decidido quedarse, esa era la verdad. Pero, cuanto más pensaba en ello, menos motivos encontraba para irse. Ni siquiera su recelo por los *Fenu* le parecía ya tan serio. Quizá porque, al final, si decidía establecerse en *Abbadulche*, siempre podría compartir con ellos la herencia de *Margherita*, aunque a *Memma* le horrorizara esa posibilidad.

–Que sepas que si *Margherita* hubiera querido dejarles algo a esos, lo habría hecho, no era de las que se anda con tonterías. Así que hazme el favor de no pensar más en eso. Y déjala descansar en paz, que se lo merece.

Se lo dijo delante de la tumba de *Margherita*, cuando la acompañó al cementerio, mientras ella se despedía de su *Jaja* con un nudo de llanto en la garganta.

Angelica no quiso llevarle la contraria. Había algo que habían hecho los *Fenu* que la vieja amiga de su tía no tragaba, pero no había querido decirle nada más y a ella no le gustaba acosar a nadie a preguntas.

Aunque, claro, si al menos hubiera podido hablar con su madre... Miró el móvil, pero ahuyentó la tentación con un gesto de fastidio. No podía llamarla, aún no. Lo que le había hecho era demasiado duro de soportar, demasiado grave, aún le quemaba por dentro.

Se terminó el café y siguió poniendo orden. La casa estaba limpia, no había mucho que hacer, ni quitar el polvo ni encerar los muebles, pues estaba todo en perfectas condiciones. De modo que salió al jardín.

Siempre le había gustado mucho la glicinia de *Jaja*, que colgaba sobre el porche con sus ligeros racimos de flores. Más tarde, cuando el sol los calentara, perfumarían todo el jardín.

Fue hasta la mesa y se sentó frente al camino de entrada. Al otro lado del portón los coches pasaban deprisa, pero más de uno, al llegar a la altura de la

propiedad, aminoraba la velocidad.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

–Mira, *Lorenzo*, la noticia empieza a propagarse. Ya saben que hemos llegado.

Le sorprendía mucho que nadie se hubiera acercado aún a curiosear.

El gruñido sordo del perro la sacó de su ensimismamiento y se levantó.

–Tranquilo, ven aquí conmigo. –Lo agarró del collar, acariciándole el cuello.

–Hola.

Angelica estuvo a punto de soltar un grito cuando se encontró a la mujer delante. ¿De dónde había salido, si la verja estaba cerrada?

–Buenos días –le dijo sorprendida.

Nunca la había visto antes, era bajita y rechoncha, con el cabello gris recogido en una coleta; vestía una falda larga, una blusa y un delantal. Estrechaba contra sí un jarrón de barro que había conocido días mejores sobre el que alguien había pintado unas extrañas y preciosas espirales. Se le acercó y entonces Angelica reparó en su mirada. Penetrante, introspectiva y al mismo tiempo huidiza. Los ojos negros de la mujer nunca se posaron sobre ella, estaban en todas partes a la vez pero a ella la evitaban.

–Toma. Nosotras nos quedamos.

Angelica tuvo el tiempo justo de agarrar el jarrón que la mujer le había entregado con un gesto brusco. Atónita, la siguió con la mirada mientras daba media vuelta y se alejaba por el sendero.

–¡Eh! –la llamó, pero la mujer no aflojó el paso ni se volvió.

El jarrón pesaba. Angelica inclinó la cabeza: contenía una amarilis naranja, una de las más bonitas que había visto en su vida. Los pétalos carnosos de la flor parecían estallar entre las largas hojas verdes. Angelica frunció el ceño. Avanzó dos pasos hacia la mujer y dejó el jarrón en el suelo con cuidado.

–Espera, ¿quién eres? –le preguntó.

La mujer no respondió.

–¿Será que es sorda? –masculló antes de correr detrás de ella.

La falda plisada de la mujer rozaba los arbustos con un extraño movimiento. Observó a esa figura que parecía venir del pasado. ¿Quién podía ser?

–Pero ¿qué narices está pasando? –dijo, parándose para recuperar el aliento. Estaban aún en la finca de Jaja, pensó, mirando a su alrededor, en la parte más al norte, la que lindaba con el bosque de encinas y maquia

mediterránea. El perfume era fuerte, silvestre. Lo reconoció de inmediato y la aturdió. Empezó a latirle con fuerza el corazón. Sabía adónde iba. Ese era el sendero que llevaba a la vieja casucha en la que había vivido de niña con su madre.

Aceleró el paso; la mujer estaba ya lejos, pero no importaba, ella conocía el camino.

Cuando vio la casa tuvo que pararse un momento. El espectáculo que tenía ante sí interrumpió el flujo de recuerdos. Se quedó boquiabierta. Nunca había visto nada igual.

Había un sinfín de flores, jarrones con flores por todas partes, parterres y decenas de gatos. Los animales corrieron a su encuentro y ella se agachó a acariciarlos sin dejar de mirar los colores que decoraban los jarrones y las piedras, amarillo, azul, naranja y morado.

Lo que más le sorprendió fueron las paredes pintadas. Árboles, un atardecer y el mar. Había también flores, conchas y personas. Parecía que un niño hubiera decidido utilizar las paredes como cuaderno de dibujo y se hubiera dado un capricho con témperas y colores. Los matices eran ricos, insólitos, y combinaban armoniosamente con el paisaje de alrededor. Por todas partes estaba ese símbolo que Angelica había visto a menudo en la ropa de cama y en los mantelitos que bordaba Jaja: un árbol de enormes ramas que terminaban en una espiral.

–¡Eh! –volvió a llamar.

La extraña mujer a la que había seguido asomó la cabeza desde la puerta, le lanzó una ojeada y le indicó con un gesto que entrara, antes de desaparecer en el interior de la casa.

–Pero ¿quién es? –se preguntó Angelica una vez en el umbral. Se sintió embargada por los recuerdos. A cada paso amenazaban con enredarse en ella y arrastrarla.

–Hola. ¿Cómo te llamas? ¿Por qué quieres echarnos? –La voz era la de la extraña mujer que le había regalado la flor.

Angelica la buscó en la fresca penumbra de la habitación.

–¿Echaros? Pero ¿qué estás diciendo? ¿Por qué iba a hacerlo?

La mujer se encogió de hombros. Tenía los ojos almendrados y la boca ligeramente entreabierta; su expresión era recelosa y de alerta.

–Me llamo Angelica Senes, ¿y tú?

–Pina –le contestó, y se volvió hacia la anciana que estaba recostada sobre

unos almohadones a su lado—. Ella es Gigliola, tiene nombre de flor. Es mi madre.

Pina corrió hacia la cama, sonrió a su madre, le estrechó la mano entre las suyas y le dio un beso. Iba descalza. De un salto se subió a la cama y se acomodó de manera que pudiera balancear las piernas. Angelica se la quedó mirando. Recordó que ella también hacía lo mismo cuando vivía en esa casa y dormía en esa cama, aunque entonces estaba colocada en el altillo.

—¿Está enferma? Vamos a llamar a un médico —le dijo, cruzándose con la mirada de Gigliola, que no había apartado los ojos de ella ni un instante.

—Ese no viene nunca por aquí —contestó la vieja entre jadeos—. No tenemos adónde ir. Por favor, no nos eches —susurró, poniéndose a toser.

Pocas veces en su vida había sentido Angelica tanta compasión por alguien. En realidad, solo otra vez, y no se trataba de un ser humano, aunque a ella le gustara pensar en *Lorenzo* como tal. El sufrimiento se elevaba en oleadas de esa cama adornada con guirnaldas de flores con los pétalos algo mustios. Entonces la emoción que la embargaba cambió y se transformó en deseo de protección. Lo que se agitaba en su interior, encogiéndole el corazón, era lo que sentía cuando miraba a un niño o a un cachorrillo. Pero todo eso era absurdo, las dos mujeres eran adultas. ¿Por qué debería protegerlas? ¿Qué demonios le estaba pasando?

Se acercó a la cama ante la mirada alerta de Pina.

—¿Tiene medicinas?

Gigliola asintió.

—Ya las he tomado. Es solo un poco de gripe.

—¿Fiebre?

La mujer movió la cabeza.

—No...

—Entonces, descanse. No debe tener miedo, puede quedarse aquí el tiempo que quiera.

—No. Largo, largo de aquí. ¡Lo ha dicho esa! ¡Mentira! —La voz de Pina resonó chillona en la habitación, lastimera como la de una niña.

Angelica abrió los ojos de par en par en un gesto de sorpresa.

—¡Pero si acabo de llegar! Y antes no os había visto nunca.

—Ella ha dicho que teníamos que irnos. Han vendido la casa, Margherita ha muerto.

Angelica entornó los párpados.

–Ella, ¿quién?

La mujer se puso nerviosa. Movi6 los brazos en 6rculos, cortando el aire.

–La dueña.

–No es posible. Yo nunca he dicho nada de eso. No habr3a podido, ni siquiera sab3a que viviera alguien aqu3.

–¿Y por qu3 no lo sabes?

La pregunta, tan sencilla y tan directa, sorprendi6 a Angelica.

–Ya te lo he dicho, acabo de llegar.

Pina entrecerr6 los ojos, que parecieron desaparecer bajo sus carrillos.

–Te he dado la flor. Ahora nos quedamos.

–Claro. –Angelica mir6 a su alrededor. En la mesa hab3a un plato cubierto con un mantelito, un par de botellas de agua y unos paquetes de galletas.

–¿Eres pariente de Margherita? –Gigliola se hab3a incorporado, segu3a cost3ndole respirar.

–S3, soy su sobrina.

–¿Y no nos vas a echar?

–¡No! Ya os lo he dicho. Pod3is quedaros aqu3 todo el tiempo que quer3is. – ¿Qu3 pod3a decirle para convencerla? Gigliola parec3a no creer una palabra de lo que le hab3a dicho. De repente se dio cuenta de que las dos mujeres necesitaban tiempo para asimilar la noticia.

–Ahora me marcho, pero volver3 mañana. ¿De acuerdo?

Pina se levant6 de la cama.

–¿Para qu3 vas a volver? ¿Qu3 quieres? –Ten3a los ojos semicerrados y una expresi6n de desconfianza.

–¿No quieres que te traiga un poco de miel para tu madre?

La mujer se detuvo.

–¿Miel? S3, s3. Si traes miel, puedes volver. ¿La del 3rbol?

¿De qu3 hablaba esa mujer?

Pero Pina se hart6 de esperar la respuesta de Angelica.

–Esa especial, la que hace soñar –replic6 en tono 3spero. Antes de que Angelica pudiera contestar, la agarr6 de la mano y la arrastr6 fuera–. Nosotras nos quedamos, nosotras nos quedamos, nosotras nos quedamos. –Se hab3a puesto a canturrear y corr3a por el bosque con la misma inconsciencia feliz de los niñ6s. Solo que era una mujer adulta, al menos en apariencia. Llev6 a Angelica hasta el sendero que hab3an recorrido poco antes, el que conduc3a a la casa de Margherita.

Si la escena que había presenciado un momento antes no hubiera sido tan dramática, Angelica se habría reído de la exuberancia de aquella mujer tan singular.

–Adiós, Pina, mañana vuelvo.

–La miel.

–Claro, te traeré la miel.

La mujer la miró un momento más y luego deshizo el camino andado. Era rápida, sus pies parecían volar sobre la hierba verde.

Angelica la miró desaparecer detrás de los árboles y después volvió a casa cabizbaja. Cuando *Lorenzo* la alcanzó, lo acarició distraídamente. Alguien había intentado echar a Pina y a Gigliola. Pero ¿quién? ¿Y por qué? ¿Y qué demonios significaba que habían vendido la casa? No era posible. Ella era la heredera de Margherita. El testamento ológrafo lo dejaba bien claro.

Tenía que hablar con Memma. Ella seguro que la ayudaría a entender...

Se detuvo al pie de la gran higuera. Las abejas volaban con alegría en todas las direcciones. Se quedó inmóvil un instante, acogiendo su saludo, después alzó el brazo y esperó a que se le posaran en los dedos. Entre las amplias hojas del árbol se filtraban gotas de luz que brillaban sobre la hierba.

–Han intentado echarlas. Han dicho que la casa estaba vendida –susurró. Levantó el dedo y miró a la abejita dorada, con el polen bien sujeto entre las cestillas–. Nadie hará una cosa así, te lo garantizo.

Y era verdad. No sabía cómo ni cuándo lo había decidido, pero esas mujeres se quedarían donde estaban.

Fue entonces cuando Angelica empezó a ver las cosas de otra manera y a sentir las como nunca lo había hecho antes.

El sentimiento de desapego con el que había observado la casa, la finca, el pueblo entero e incluso el mar, había desaparecido, dejando paso al conocimiento. Un profundo y extraordinario conocimiento de sí misma y de cuanto la rodeaba.

Quería llenarse las manos y el alma de ese mundo.

Quería ser parte de él.

Y entonces se dio cuenta de que ya lo era.

La abeja hizo vibrar las alas y levantó el vuelo, mientras Angelica sentía en

los labios el sabor de lo que acababa de decir. Y era un pensamiento dulce, le traía de vuelta a la memoria los días transcurridos con Jaja escuchando a las mujeres que contaban historias. No con palabras sino con gestos, con movimientos. Pina, por ejemplo, había hablado muy poco, pero ese poco a Angelica le había bastado para entender que era una artista extraordinaria. Encerrada en esa mujer había una belleza tal que le permitía ver cosas que otros no veían. Había transformado la vieja cabaña en la que vivían en un lugar precioso. La había llenado de sol, de colores y de flores. Al verla, Angelica se había quedado estupefacta. Era increíble.

–Aquí hay algo. Este sitio es distinto al resto del mundo.

Miró a su alrededor y cada arbusto, cada flor, cada brizna de hierba le pareció especial. De todos los rincones de ese jardín se elevaba un perfume muy dulce. Pero las abejas no eran las únicas que lo percibían, porque ella también vibraba de alegría con ellas. Siguió recorriéndolo todo con la mirada, caminando entre las colmenas, rodeada de belleza, de mariposas y del zumbido de las abejas. El canto la encontró a ella y quedó suspendido en el aire, hechizando ese momento y ese lugar.

En el borde del campo, Giuseppe la observaba petrificado. Cuando Angelica lo vio, calló. Las abejas empezaron a dar vueltas, rodeándola.

–Eres como Margherita, ¿verdad?

Angelica se quedó exactamente donde estaba.

–No te entiendo.

–Eres como ella, hablas con las abejas.

No esperó una respuesta. Y, de todos modos, Angelica no se la habría dado.

Giuseppe inclinó la cabeza y se llevó las manos a la cara.

–He venido por la casa y las tierras.

–¿Qué quieres decir?

–Hay una empresa dispuesta a comprarlo todo.

Angelica sintió un nudo en el estómago. Uno después de otro, todos los hechos ocurridos desde su llegada a Abbadulche empezaron a cobrar sentido.

–¿Para hacer qué?

–Desarrollo. Puestos de trabajo, progreso.

Sintió un escalofrío y negó con la cabeza. ¿De verdad Giuseppe se creía lo que estaba diciendo? Porque ella había escuchado esas palabras miles de veces y siempre habían tenido como único objetivo justificar las tremendas heridas infligidas al territorio y al medio ambiente.

–Las abejas viven aquí.

Giuseppe avanzó un paso.

–No hay más que trasladarlas. No pasa nada porque las lleves donde están las otras.

¿A qué se refería?

–¿Qué otras?

–Las otras colmenas, las de la colina, cerca del bosque. En total hay ciento cincuenta.

–¿Cómo lo sabes?

Giuseppe apartó la mirada.

–Las he contado.

–¿Por qué?

–Creía..., creía que eran más.

Angelica se humedeció los labios.

–¿Te gusta ocuparte de las abejas?

Giuseppe asintió.

–Sí, Margherita me enseñó. Era pequeño entonces, pero todavía me acuerdo.

–¿En qué le ayudabas?

–Trasladaba los cuadros de miel en el momento de la cosecha, transportaba el material y envasaba la miel en los tarros.

Angelica se quedó un instante callada, sin dejar de mirar a su primo.

–Elige las colmenas de las que te quieras ocupar y luego me dices cuáles son.

Él se giró de golpe, con una mirada sorprendida que luego se tornó recelosa.

–¿Por qué? ¿Por qué habrías de hacer eso?

–Porque es lo justo.

Giuseppe no respondió, se limitó a lanzarle una larga ojeada, después dio media vuelta y se alejó por la carretera en dirección a la colina.

12.

Miel de níspero (Mespilus germánica)

Huele a flores, a hojas y a leche de almendras. Es la miel de la amabilidad, suave como su delicado color perla. Tranquiliza y tonifica. Muy clara, cristaliza de manera fina, tanto que resulta cremosa.

Sentada en la arena, Angelica contemplaba el mar. Se había levantado un viento tibio que sabía a sal y a humedad. A sus pies, los chipirones prisioneros en un charco transparente corrían de un lado a otro, tratando de esquivar los últimos rayos de sol del atardecer. Siguió distraída su extraña danza, absorta en sus pensamientos. Entonces rozó el agua con la punta de los dedos. *Lorenzo* se había tumbado a su lado y la miraba perplejo. Cuando oyó sonar el móvil, Angelica alargó la mano.

–Hola, Sofia.

–Hola, me tenías preocupada. ¿Cómo estás?

Suspiró y volvió a dirigir la mirada al mar.

–Hoy he conocido a una mujer... y a su madre. Me ha regalado una flor.

–Qué detalle. ¿Es una vecina?

Una sonrisa asomó a sus labios.

–En realidad, creo que quería hacer una especie de pacto. Ahora que tengo su flor no puedo echarla de la casa donde vive con su madre. Es una maravilla.

Esta vez fue Sofia quien suspiró.

–Querida, estás hablando con alguien con poca imaginación. ¿No podrías ser un poquito más clara?

La sonrisa de Angelica se ensanchó. Se puso a dibujar en la arena con la punta de los dedos.

–Margherita ha prestado la casa de la colina, aquella en la que vivía yo de niña con Maria, a una mujer y a su madre. Alguien ha intentado echarlas, y ella

ha creído que era yo. Por eso me ha traído una flor, para convencerme de que no lo hiciera.

–Qué cosas más raras pasan en ese pueblecito tuyo. ¿Qué piensas hacer?

–¿Aparte de asegurarme de que no tengan que marcharse y de que estén bien? No lo sé. Luego está la cuestión de los Fenu.

–¿Los Fenu? ¿Y esos quiénes son?

–Parientes de Margherita. Cuando llegué, uno de ellos, Giuseppe, estaba junto a la verja de la casa. Te lo comenté, ¿recuerdas? No se alegró mucho de verme.

–Sigue contándome. Te aseguro que esta historia es cada día más apasionante.

Angelica negó con la cabeza.

–Pues nada, acabo de verlo hace un rato, y me ha dicho a las claras que había creído que lo heredaría todo. Me ha parecido enfadado y desesperado. Dice que hay una empresa que quiere comprar la casa y todo lo demás.

–Hombre, supongo que es normal que esté decepcionado. ¿Qué piensas hacer?

–Por ahora no pienso, me limito a vivir el momento.

–Podrías alquilar la casa hasta que decidas qué hacer.

–No, de eso ni hablar. –Había un montón de cosas que Angelica no sabía, pero tenía clarísimo las que no pensaba hacer, y una de ellas era alquilar la casa.

O venderla.

–El caso es que no consigo quitarme de la cabeza la expresión de ese hombre. Y me asaltan un millón de preguntas. ¿Por qué Margherita me lo ha dejado todo a mí? ¿No podía dividir sus bienes?

–¿No crees que habrá tenido sus motivos?

–Sí, pero eso no cambia las cosas.

–¿Qué cosas, Angelica?

Ella suspiró y sacudió la cabeza.

–Ni siquiera le escribí nunca.

–Me parece normal, la gente no escribe cartas a las personas muertas. O igual lo hace, pero no es sano, créeme.

Sofía sabía ser de verdad terrible cuando quería. Angelica se mordió el labio. El silencio entre ellas se alargó.

–Crees no estar a la altura, no ser digna de recibir la herencia. Eso es lo que

te atormenta.

Directa al grano y sin rodeos, así era Sofia. Claro que no se sentía digna, pensó Angelica. Se sentía profundamente indigna de la consideración de Jaja.

–Es que ha ocurrido todo tan rápido...

–Escúchame, Angelica, esa herencia, eso que te está pasando, podría ser una señal. Deja de resoplar y escúchame. Ya sé que tú nunca has creído en el destino, pero piénsalo. Por una serie de motivos has vuelto a un lugar muy querido para ti, e inesperadamente tienes una casa y abejas de tu propiedad. Quizá haya llegado el momento de establecerte.

–Quizá.

–Piénsalo. Esta es una ocasión única. Es como si se te ofreciera otra oportunidad. Tienes lo que te ha hecho feliz, lo que has amado profundamente. Puedes volver a empezar de cero.

–¿Crees que no lo he pensado?

–Entonces ¿cuál es el problema?

Angelica acarició a *Lorenzo*, con la mirada en el horizonte.

–Tengo la impresión de que Margherita no me ha dejado solo su casa sino todo un mundo.

–Pues entonces descubre ese mundo. Quizá te guste muchísimo. Quizá sea ese tu destino.

Estuvieron hablando unos minutos más. Cuando colgó, Angelica siguió dando vueltas a lo que le había dicho Sofia. El sol se había transformado en oro líquido, lenguas de fuego parecían encandecer ese cielo que había sido azul hasta unos momentos antes. Alba, crepúsculo. La sucesión infinita del tiempo. Inclino la cabeza, el mar estaba ahí y la llamaba.

Empezó a quitarse la ropa. Primero la camisa, y luego todo lo demás. Los pantalones resbalaron por sus piernas. Se zafó de las sandalias de una patada y miró a su alrededor. Estaba sola, la playa era privada, un jirón de arena entre dos pendientes rocosas; frente a ella estaba el embarcadero en el que Jaja atracaba su barca.

De pie, vestida tan solo con la ropa interior, inspiró hondo. Esa era su tierra, su mar. Corrió por el embarcadero. La madera estaba fría bajo sus pies. Un salto, el aire tibio. Se zambulló en el mar.

Cuando el agua se cerró sobre ella, agitó las piernas y se impulsó hacia el fondo, más y más adentro. Y solo entonces comprendió cuánto había añorado ese mundo, cuán intensamente había echado en falta flotar, no sentir ya el peso

de su cuerpo, olvidarse de todo, pensamientos y dimensión.

Volvió a la superficie, llenó de aire los pulmones y se zambulló de nuevo. La espuma blanca la acariciaba cada vez que reemergía, haciéndole cosquillas, mimándola. Empezó a nadar a amplias brazadas que la llevaron lejos, más allá de la línea de la bahía. Entonces dejó de nadar, se puso boca arriba y, mientras pugnaba por recuperar el resuello, cerró los ojos. Era un alga en la superficie del mar, una mariposa en el cielo, una abeja sobre una flor.

Permaneció así hasta que los escalofríos empezaron a recordarle que pronto caería la noche y la orilla estaba lejos. Entonces giró sobre sí misma y, acariciando las olas, se dejó llevar por la corriente hacia su casa.

El catamarán arribó al embarcadero. Unos minutos después, Nicola terminó las maniobras y echó el ancla. Bajó la escalerilla. Tomó carrerilla y saltó, aterrizando sobre los talones, con las rodillas ligeramente flexionadas. Vestía unos pantalones negros elegantes remangados por encima de los tobillos y una camisa blanca, y llevaba una mochila al hombro. En la mano sujetaba un maletín. Sintió la aspereza de la madera en las plantas de los pies.

Esa noche resolvería la cuestión de Abbadulche con su hermano. Claudio tendría que explicarle bastantes cosas.

Apenas había dado unos pasos cuando vio a un perro grande correr hacia él.

–¡Vaya! –exclamó. Se puso tenso, pero, antes de que le diera tiempo a reaccionar, el perro lo adelantó sin dignarse mirarlo siquiera. Llegó al extremo del embarcadero y se puso a menear el rabo.

Nicola se volvió, con el ceño fruncido y los ojos fijos sobre el enorme animal. ¿De dónde había salido?

Y entonces la vio. Primero la cabeza, después el cabello pegado a los hombros, las largas piernas... y el resto del cuerpo.

–Será posible... –murmuró, perplejo–. ¿Y tú quién eres? –dijo para sus adentros.

Angelica se sacudió el agua de encima, mientras *Lorenzo* meneaba el rabo a su lado.

–Buen perro. Sí, sí, lo sé. Tienes hambre, ¿verdad? Ahora volvemos a casa y te preparo la cena. –Siguió pasándose las palmas de las manos por la piel de

los brazos y las piernas. Tenía frío. Largos estremecimientos le recorrían la espalda. ¿Dónde había dejado la ropa? La buscó con la mirada.

Entonces vio al hombre.

Estaba parado en mitad del embarcadero. Parecía sorprendido. Echó a andar hacia ella despacio.

Instintivamente, Angelica se puso tensa y retrocedió. Luego irguió los hombros y afianzó los pies sobre el suelo. El perro percibió su nerviosismo y se puso a su lado. En su gran pecho resonaba un gruñido sordo.

–Tranquilo –le dijo ella, acariciándole el pelo con los dedos.

–¿Se encuentra bien? –La voz del desconocido era fría y sin embargo cortés.

Ella sacudió la cabeza, sin tranquilizarse todavía. Después se abrazó el pecho, tratando de contener los temblores. Había sido una pésima idea dejar su ropa tan lejos.

–Sí, estoy bien.

Él siguió avanzando. De haber llevado corbata, Angelica podría haberlo confundido con un agente de bolsa extraviado. Siguió mirándolo fijamente. Era alto y fuerte, y tenía el cabello castaño. Le llamó la atención su manera de moverse, la seguridad de sus andares.

Soplaba un vientecillo ligero que le alborotaba el pelo.

Estaban solos.

Siguió observándolo y, de repente, abrió los ojos de par en par. Se le aceleró el corazón. Instintivamente dio un paso adelante, y luego otro, sin dejar de rodearse el pecho con los brazos, con *Lorenzo* a su lado.

–¿Se ha perdido?

Nicola entornó los párpados y se frotó la frente con el dorso de la mano. Siguió avanzando por el embarcadero a zancadas fluidas y decididas. Tras la sorpresa inicial, ahora sentía una irritación que le retorció los labios en una mueca. ¿Cómo había llegado esa mujer hasta el embarcadero? Era prácticamente imposible. Había varias parcelas desde allí hasta la carretera, y estaban todas valladas. No podía haber llegado volando... Volvió la cabeza, mirando por encima de los hombros de la chica hacia la colina plantada de olivos que formaba parte de la finca de la vieja Margherita.

¿Qué estaba haciendo ahí? Era peligroso. Probablemente se hubiera perdido, pensó. Estaban lejos del pueblo. Quizá debiera acompañarla. Pronto anochecería, y esa era una zona inaccesible para alguien del lugar, por no

hablar de una turista perdida.

–No puede estar aquí. ¿Cómo ha hecho para...? –No terminó la frase. Las palabras se le murieron en los labios—. ¿Angelica?

–Hola, Nicola.

Él se pasó una mano por el cabello.

–Qué sorpresa –susurró. Se le dibujó una leve sonrisa. Estaba tan atónito que no encontraba las palabras.

Angelica le devolvió la sonrisa.

–Y tanto. ¿Cómo estás? –Debería haber sabido que tarde o temprano se habrían encontrado, pensó. Los Grimaldi siempre habían utilizado ese embarcadero. Estaba en el límite de su propiedad. Se miraron un instante, en silencio, observándose el uno al otro, con los ojos ávidos de detalles.

–¿En este momento? No sabría decirte. ¿Y tú?

–Muerta de frío.

Nicola se sacó su chaqueta y, cuando llegó a su altura, se la puso sobre los hombros.

El calor la envolvió enseguida. Aquella prenda olía a mar, a sol y a hombre. Hizo ademán de quitársela, ya tenía la mano sobre el suave tejido, pero si lo hacía tendría que quedarse medio desnuda delante de él. Y no le gustaba la idea, no le gustaba en absoluto.

–Gracias.

–Perdóname, es que no esperaba encontrarme a nadie... y menos a ti. – Nicola siguió mirándola en silencio. Angelica estaba incómoda. A su pesar, se arrebujo en la chaqueta. Se sentía violenta, turbada. Y le irritaba su propia reacción.

Había pasado toda una vida desde que se habían visto por última vez. ¿Cuántos, diez, doce años? Le lanzó otra ojeada y echó a andar. Llegó hasta donde había dejado su ropa y, después de ponerse la camisa, le devolvió la chaqueta.

–Déjate la puesta.

Ella negó con la cabeza.

–No, gracias.

–Estás tiritando.

–No importa.

–Ya está empapada, mejor te la quedas.

–Gracias, pero no. –La réplica sonó seca—. No te recordaba tan insistente. –

Lo dijo en voz baja, casi como si expresara un pensamiento.

–¿No? Y ¿cómo me recordabas?

–Amable. –A Angelica le tembló la voz. Se apresuró a apartar la mirada.

Él se tomó un momento antes de contestar:

–Pues te equivocas. No he sido amable en toda mi vida. Es inútil, ser amable solo confunde a la gente.

–Mentira.

Angelica no fue capaz de tragarse su réplica. Claro que Nicola era amable, y de qué manera. Siempre lo había sido con ella. Amable, bueno y otras cosas.

En los ojos de Nicola brilló un destello. Miró la chaqueta que ella le ofrecía, pero no movió un músculo para recuperarla.

–¿Cuándo has llegado?

–Hace un par de días.

–¿Te vas a quedar?

Angelica se humedeció los labios.

–¿Por qué quieres saberlo?

–¿Tiene que haber un motivo?

No le contestó. Siguió vistiéndose en silencio, mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho.

–Has cambiado.

Angelica avanzó dos pasos y se plantó delante de él. Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

–He crecido. –No sabía por qué le respondía así. Probablemente fuera porque él ya no sonreía. Su expresión se había endurecido, y el tono de su voz sonaba seco.

–Eso ya lo veo.

Sintió el peso de su mirada. Ahora los recuerdos eran un río en su mente. Un río que la arrolló.

–Estás aquí por el fallecimiento de Margherita, ¿verdad? –le preguntó Nicola al cabo de un momento, alejándose unos pasos de ella.

Ella asintió y se pasó los dedos por el cabello para desenredarlo.

–Me ha dejado la casa y... todo lo demás.

¿Por qué narices se lo había dicho? Se arrepintió al instante de esa confidencia. No debería habérsela hecho, no le debía nada. Al poco le entraron ganas de marcharse, de escapar. No quería estar allí con él.

Nicola contempló el mar y se metió las manos en los bolsillos.

–Debería habérmelo imaginado. Ella estaba muy unida a ti. –Sacudió la cabeza y soltó una risita. Pero no había alegría en esa risa, al contrario.

Angelica se puso tensa.

Él sonrió, aunque más que una sonrisa parecía una mueca, estiró despacio los labios, con una mirada fría.

Sentía el reproche de Nicola, estaba en su mirada, en su expresión. En esas pocas palabras.

«No abandoné a Jaja, pensaba que había muerto.» La protesta le quemaba en los labios. Podía decírselo... Pero cambió de idea. No serviría de nada. Él estaba enfadado, ya había decidido de qué parte estaba. Bajo aquella apariencia, el hombre que tenía delante era idéntico al muchacho al que recordaba. Cerró los ojos un instante y lo vio como era entonces. Cuando lo miró de nuevo, la emoción fue tan intensa que se quedó sin respiración. Le dio la espalda y volvió adonde había dejado el resto de sus cosas.

–Margherita ha sido muy importante para mí.

No dijo nada más, aunque las palabras querían salir de su garganta, empujadas por la necesidad de justificarse. Y eso era una tontería. No debía hacerlo, no cambiaría nada. No le haría sentirse mejor. No le importaba que él pudiera pensar cosas horribles. Y mientras esa idea pasaba de refilón por su mente, supo que no era verdad. Claro que le importaba, y era absurdo.

–Tienes una extraña manera de querer a las personas. Nunca volviste.

–Acabo de hacerlo.

–Claro... por la herencia, ¿no?

Angelica entornó los párpados. La indignación le hervía por dentro, y sentía un sabor amargo en la lengua.

–¡No sabes nada de mí! –exclamó entre dientes, lanzándole una mirada asesina.

Seguía temblando, pero consiguió atarse los zapatos. Nicola estaba aún a su lado, y *Lorenzo* entre los dos.

–Supongo que tienes razón.

No era verdad. Él lo sabía todo de ella. Nunca nadie había sabido comprenderla como él. Su luz, sus tinieblas, su alegría y su desesperación, y la necesidad de perderse en el mar, las carreras por el bosque hasta quedarse sin aliento. Esa soledad del corazón que solo desaparecía cuando estaban juntos.

Angelica pugnó por arrancarse esos pensamientos de la mente.

La playa terminaba en un promontorio, a ambos lados las formaciones

rocosas delimitaban el acceso y marcaban los confines del terreno público que separaba la propiedad de los Grimaldi de la de los Senes. Un sendero llevaba hasta una pequeña explanada más arriba, desde la cual se entroncaba con la carretera comarcal. Terminó de reunir sus pertenencias y se despidió con un gesto.

–Nos vemos.

Él la alcanzó.

–Te acompaño a casa.

–¿Por qué? ¿Crees que no sé llegar?

–Yo no he dicho eso.

Nicola le sostuvo la mirada. La suya era fría, y su rostro, inexpresivo; esperaba una respuesta y no parecía tener prisa ni estar ofendido.

Angelica sintió que ya había tenido bastante. Estaba cansada y disgustada. Suspiró.

–No hace falta, desde aquí solo se tardan cinco minutos hasta la casa de Jaja. Y tengo a *Lorenzo*.

En pocos minutos anochecería. Así ocurría por allí, de un instante a otro sería noche cerrada.

–Te acompaño igual. No me cuesta nada. ¿*Lorenzo* es tu perro? Bonito nombre.

Angelica ya no tenía ninguna gana de discutir.

–Sí. –Podría haber dicho algo, llegar hasta él con palabras vacías, solo para mantener ese hilo que se tendía entre ellos. Pero se quedó callada, con los ojos secos fijos al frente.

Nicola le ofreció la mano y la ayudó a superar una roca.

–Siempre has tenido un don especial con los animales.

–¿Por qué dices eso?

–Nunca te he visto sin un perro o un gato cerca.

–Jaja... Eran suyos. Margherita tenía muchísimos.

–Todos los que la gente abandonaba y ella recogía en su casa.

–Ya. –Una leve sonrisa iluminó los ojos de Angelica.

Caminaron en silencio unos minutos.

–¿Sabes? No pensaba que fueras a volver.

Las palabras de Nicola la pillaron desprevenida. Una cálida sensación se extendió por su pecho y subió hasta su cara.

–¿Significa eso que has pensado en mí?

Él apretó los labios.

—¿Por qué, tú no?

Angelica inspiró despacio. Sí que lo había hecho, continuamente. Y, mientras caminaba hacia la casa de su tía, rodeada por esa noche de lobos, con Nicola a su lado, Angelica recordó con precisión lo importante que había sido él para ella. Lo mucho que lo había querido. Como todas las cosas valiosas, después se había revelado como lo que era realmente: un elemento de comparación terrible e inalcanzable.

—Ha pasado toda una vida. —Su susurro se perdió en el fragor de la resaca. Pero él lo oyó de todos modos.

—Eso no cambia nada.

13.

Miel de girasol (Helianthus annuus)

Huele a heno y a fruta dulce y exótica. Es la miel de la pasión y la sensualidad. Embriaga los sentidos y abre el corazón. Es dorada como el color con el que el sol tiñe los pétalos de la flor que le da origen. Su cristalización es fina.

Angelica empezó a cantar y, cuando oyó el zumbido suave y agudo de las abejas, sonrió.

Volaron entonces a su alrededor, posándosele en los dedos, en las palmas extendidas y en los brazos. Le hacían cosquillas, la consolaban, la aceptaban.

Esperó unos instantes más y, cuando vio que levantaban de nuevo el vuelo, se acercó a las colmenas rústicas. Las ramas de la gran higuera plateada caían sobre la corteza de los cilindros de corcho ennegrecido por el paso del tiempo, el envoltorio exterior de las moradas arcaicas de las abejas de su tía. Que ahora eran suyas.

Mientras levantaba la tapa de la primera colmena, entendió por qué Margherita había decidido alojarlas allí. El corcho era ligero y transpirable: las aislaba del calor y del frío. Observó con atención el movimiento de las nodrizas, las cereras y las limpiadoras. Y la danza de las pecoreadoras, que, de regreso en el nido, indicaban de ese modo a las demás abejas qué dirección tomar para encontrar las flores, el polen y el néctar. Su movimiento era hipnótico; el olor de la cera, el polen y la miel, el olor mismo de la colmena, se mezclaba con el que exhalaban las hojas y los frutos de la higuera. Decidió limitarse a observarlas.

Y probablemente lo hiciera más por sí misma, por la sensación de felicidad que experimentaba cada vez que se ocupaba de ellas, que por la necesidad de vigilarlas. Todo estaba bien, sus cuerpos se veían brillantes, igual que sus alas, relucientes y perfectas. Eran rollizas, y le parecieron felices. Siguió

trabajando, abriendo y cerrando las colmenas con cuidado.

–Haz que sean parte de ti. Tus amigas, tu fuerza. Míralas bien, aprende. Las abejas te conocen, te guían. Deja que te hablen.

–Pero no tienen boca.

–En tu corazón, niña. Oye en tu corazón lo que tienen que decirte.

Angelica se acerca entonces a la colmena, la hierba es suave y perfumada bajo sus pies, como el asfódelo blanco que tiene al lado.

–Mira, está bebiendo –le dice a su tía, señalando una abeja dentro del pequeño cáliz.

–¿Percibes el aroma? Esa es la señal.

–¿La señal?

–Sí, ninnia.

–¿Ellas también lo oyen en el corazón?

Margherita sonríe, acariciándole el cabello.

–No. El lenguaje de las flores es su perfume. Con él les dicen a las abejas cuándo están listas para darles el néctar.

Esa mañana, lo primero en lo que pensó fueron las abejas.

Después de en su madre y en Nicola, en Pina y en Gigliola, para ser del todo exactos.

Maria se había convertido ya en un dolor constante, en algo a lo que debería haber puesto remedio. Nicola, en cambio..., bueno, Nicola era otra historia.

Ahora que era adulta, Angelica era consciente de que lo que habían vivido los dos no era real.

Había sido el amor absoluto de dos adolescentes, el que se siente una sola vez en la vida, cuando se es muy joven y el resto del mundo no tiene la más mínima importancia. Cuando se es todo el uno para el otro, y los sueños, los tímidos besos y las caricias nunca son suficientes.

Saberlo, sin embargo, no cambiaba las cosas, solo le hacía sentirse ridícula.

Porque, pese a todos sus razonamientos, el recuerdo de aquel primer amor se había revelado espantosamente tenaz, lo tenía clavado en el corazón.

Resopló. «Es por cómo terminó todo», masculló.

Si su madre no se la hubiera llevado de Abbadulche de repente, dejándole apenas tiempo para despedirse a toda prisa, seguramente ese amor inmenso se habría redimensionado. De ello se habrían ocupado el tiempo y el mundo. Y

ellos mismos. Al crecer, habrían cambiado, habrían tomado caminos diferentes, se habrían enamorado de otras personas.

O quizá no.

Rechazó ese pensamiento. Tenía que concentrarse, tenía que ser racional. Por supuesto que ese amor habría terminado. Se lo repitió un par de veces y, cuando le pareció estar lo bastante convencida, aparcó todas esas consideraciones.

Suspiró y se enjugó la frente con el dorso de la mano. Pina y Gigliola eran un problema que resolvería en un solo día, se las ingeniaría para garantizarles un lugar donde vivir; Nicola, en cambio, era otra historia.

—¿Te apetece que vayamos a tomar algo? —le había preguntado la noche anterior, de repente, en la puerta de su casa.

No había sabido qué responder y había ido directa al grano:

—¿Por qué?

—¿Y por qué no?

Si él no le hubiera causado el efecto que le causaba, si hubiera sabido manejar la turbación que sentía, podría haberle dicho que sí.

—No creo que sea lo más oportuno.

Él había asentido.

—Como quieras. Nos vemos.

Angelica suspiró y, tras una última ojeada para asegurarse de que la colmena estaba en orden, se dirigió a casa.

Se detuvo ante la puerta. Cuando llevó la mano al picaporte, estaba sonriendo.

La sorprendió esa felicidad, esa emoción.

Era como cuando corría por los campos con *Lorenzo* o intentaba convencer a *Pepita* de que se dejara cepillar. Era como cuando era niña: reírse por nada, disfrutar de todo.

Una vez había leído en algún sitio que no hacía falta mucho para recuperar la serenidad. Bastaba recordar cómo se era de niño, cuando todo estaba lleno de magia y no había nada demasiado difícil ni imposible.

Y, por absurdo que pudiera parecer, así era de verdad. Desde que había llegado a Cerdeña, algo en ella se había transformado. La experiencia le había enseñado que todo cambiaba en función de la perspectiva.

¿Era eso lo que le estaba ocurriendo? ¿Era su perspectiva? O quizá fuera la de Jaja...

Si hasta entonces había observado el mundo de Margherita como mera espectadora, ahora era la protagonista. Y todo era igual y distinto al mismo tiempo. Como esas fotografías, por ejemplo, que la miraban desde lo alto de la artesa taraceada.

Se acercó a ellas y observó los rostros blancos, vestidos a la moda de hacía veinte años. Eran fotografías de mujeres, siempre mujeres. Dos, cinco, llegó a contar un grupo de diez. Jaja estaba siempre entre ellas. A saber quién habría sacado esa foto que ella tenía en su casa, como si fueran sus parientes.

Siguió explorando las fotografías. Ahí estaban Maria y ella. Sí, también estaba ella. Cuando vio las largas trenzas, con la raya justo en el medio, perfectamente recta, se le escapó una carcajada. ¡Qué cómica era!

Mirando aquellos retratos, imágenes de un tiempo pasado, volvió a preguntarse quiénes eran todas esas mujeres que en Jaja habían hallado a una amiga, qué habían representado para ella. Los tomó en sus manos, recorrió cada centímetro de su superficie con la punta de los dedos y, cuando le pareció que le recordaban algo, hasta los olió.

¿Eran como Pina? ¿Como Gigliola?

Mientras tocaba los objetos que habían pertenecido a su tía, la sensación de familiaridad, que había tenido en el preciso instante en que había visto la casa, se acrecentó.

Cuando seguía con el dedo un bordado en la funda de un cojín, sintió que ya lo había visto antes. O, mejor dicho, su memoria le trajo la imagen desenfocada de una anciana sonriente vestida de blanco.

Estaba sentada en el cono de luz que iluminaba el salón, ocupada en bordar un paño de lino verde como aquel. Y, mientras decoraba el tejido, le hablaba.

La imagen de Jaja tomó forma en su mente. Bajo el pañuelo blanco que le cubría la cabeza resaltaban sobre la piel ambarina dos ojos vivos, brillantes, y una expresión dulce, como su sonrisa cuando le enseñaba lo que había elaborado en su telar.

Angelica volvió a la cocina, puso a calentar el agua para el té y, cuando oyó el silbido del hervidor, se dio cuenta de que tenía hambre. Memma le había dejado unas galletas. Ahí estaban. Las había guardado en el último estante de la despensa. Se puso de puntillas, con el brazo estirado. En ese movimiento desgarbado y torpe se condensaba toda la tensión que había acumulado esos días. Se estiró un poco más y, con la punta de los dedos, sacó el paquete. Apenas lo había agarrado cuando se dio cuenta de que había algo enganchado.

–Maldita sea –imprecó. Se le cayó encima un paño, y un objeto pesado le golpeó la cabeza. Angelica dejó las galletas sobre la mesa y se arrodilló.

En el suelo había una libreta de aspecto envejecido, abierta por la mitad. Era el cuaderno de Jaja, el que usaba para tomar notas. Volvió a verla inclinada sobre la mesa, por las noches, apuntando sus recetas. El recuerdo la sorprendió, pues se había olvidado por completo de aquel cuaderno.

Quemaduras leves. Aplicar agua fría y una fina capa de miel. Cubrir con una gasa limpia de lino blanco, cambiar el vendaje al menos dos veces al día.

Frunciendo el ceño, recogió el cuaderno y se lo puso en el regazo. Tenía las tapas rojas y un cordón de piel que se enrollaba alrededor de un botón flojo.

Miel y jengibre. Remedio energético. Rallar una raíz fresca de jengibre y depositarla en un pequeño recipiente estéril. Cubrir con miel de acacia y cerrar. Conservar en un lugar fresco y oscuro. Excelente contra el dolor de estómago y la astenia.

Se levantó y fue hasta la mesa. Dejó la libreta con cuidado y, sin dejar de mirarla, se sirvió el té.

Polen: recolectarlo con cuidado durante un periodo máximo de tres días por floración. Después cambiar de colmena. Limpiar bien de impurezas y congelar. Pero cuidado con el contenedor. El polen está vivo y debe respirar.

Se comió una galleta, cerró el cuaderno y observó la tapa.

Margherita Senes. Cuaderno de la miel.

Lo acarició con las yemas de los dedos y volvió a abrirlo. Lo hojeó con atención. Mientras leía rápidamente las palabras manuscritas, se sintió trasladada a un mundo hecho de observaciones graciosas, de ironía y de infinita dulzura.

En ese cuaderno estaba el mundo de Jaja.

Sus dedos corrieron por las páginas que el tiempo había amarilleado. Se le formó un nudo en la garganta, tragó con dificultad y siguió leyendo. ¿Cuántas veces la había visto inclinada sobre ese cuaderno?

El timbre del móvil la sobresaltó. Alargó la mano y aceptó la llamada.

–¿Cómo estás hoy?

–Hola, Sofia. Más o menos. ¿Y tú?

–Como siempre. En realidad, tengo un encargo bastante grande de miel amarga. Pero ya hablaremos de eso. Te lo explicaré todo por correo electrónico. Cuéntame tú.

–Las abejas están en condiciones espléndidas. Y si vieras sus colores, parecen gotas de oro.

–¿En qué sentido? ¿Son rubias?

–Exactamente, con matices extraordinarios. Nunca he visto abejas como estas. O si las he visto, lo había olvidado. Los nidos están llenos de miel. Es como si las abejas prosperasen por su cuenta, sin necesidad de ayuda.

–Es una magnífica noticia. Y ¿qué tal todo lo demás?

Angelica sabía lo que le estaba preguntando en realidad Sofia, pero no le apetecía volver a sacar el tema.

–Le he echado una ojeada a la casa. Hay tantas cosas... Objetos, cuadros, fotos también. Incluso de mi madre cuando era niña.

–No consigo imaginarme a Maria de pequeña.

Angelica miró al jardín. Se había levantado viento, y las adelfas ondeaban ligeras.

–No sabría cómo describirtela –murmuró. Ojos apagados, expresión ausente, a ratos desesperada. Bajita, delgada, con dos finas trenzas y una carita oscura de gitana. Si la desesperación tuviera rostro, sería el suyo, inmortalizado por el fotógrafo hacía muchos años.

–Nunca he entendido bien qué relación unía a Margherita con Maria.

Angelica se pasó los dedos por el rostro.

–Se hicieron parientes cuando Maria se casó con un sobrino de Margherita...

–Sí, eso lo sé. Pero hay algo más, tengo como una sensación... Según tú, ¿es posible que se conocieran de antes?

Sí, sí se conocían de antes. Memma había dicho claramente que si Maria había sobrevivido había sido gracias a Margherita.

–Creo que sí. –Hizo una pausa–. Pero hágame de ti. ¿Has arreglado las cosas con Martin?

–No exactamente. –La voz de Sofia sonó profunda y remota. Había sombras en sus palabras, silencios. Su acento se hizo más marcado, y eso solo sucedía cuando no tenía un dominio total de sí misma.

–Explícate mejor. ¿Qué quieres decir?

Sofia miró el sendero de nogales que llevaba hasta la casa. El sol estaba ya alto y se insinuaba entre las ramas, creando una fina línea brillante que llegaba hasta ella, hasta sus pies descalzos sobre la hierba.

–Creo que al final tendré que marcharme.

–Entonces las cosas están peor de lo que me imaginaba.

Sofia suspiró.

–Necesita la tienda, no me ha renovado el contrato.

–¿Y la que habías visto en Aviñón?

–Demasiado tarde, ya no está disponible. –Sofia recorrió el sendero.

–¿No puedes pedirle una prórroga? Después de todas las reformas que has pagado tú de tu bolsillo...

–Lo intentaré.

Angelica se sentó en la escalinata de piedra delante de la puerta. Desde allí se oía el mar. Cerró los ojos.

–¿Qué piensas hacer?

–En el peor de los casos tendré que marcharme. No me queda otra. Tendré que volver a empezar de cero en otro sitio.

–No te des por vencida. Intenta hablar con ese hombre, igual resuelves el problema.

–Ya veremos, me temo que no es esa la cuestión. Pero no quiero hablar de ello. Cuéntame cosas de esa casa que parece tan mágica.

Angelica se iluminó.

–Jaja tenía un cuaderno, está lleno de recetas y de remedios.

–¿Un diario?

Angelica negó con la cabeza.

–No, más bien una recopilación de apuntes. Está escrito a mano. Hay muchos dibujos.

–¿Por qué te ha impactado tanto?

–Miel, Sofia. En este cuaderno hay decenas de recetas y de remedios hechos con miel. Para cada miel hay un epígrafe preciso que resume el análisis sensorial, al que Margherita ha añadido su propia opinión. Por ejemplo, la de eucalipto es, según ella, la miel de la respiración, y la de romero es la miel de la valentía; la de acacia es la miel de la sonrisa, y hay más.

–Pero, según tú, ¿tiene sentido?

Angelica se encogió de hombros.

–¿Por qué no? El néctar es la parte más misteriosa de la flor y posee su alma. –Estaba hojeando la libreta cuando se abrió un sobre oculto del que salieron cartas y postales.

–Pero ¿y esto qué es...? –exclamó, inclinándose a recogerlas.

–¿Qué pasa? –quiso saber Sofia.

–Postales, cartas. Estaban dentro del cuaderno.

–¿De tu madre?

Angelica las había reunido todas y las observaba con curiosidad.

–No. Vienen de Portugal, de Francia, de Brasil y de España. Son todas de mujeres distintas.

–¿Amigas de tu tía?

Pasó las hojas, escrutándolas con atención.

–No sabría decirte...

–Habrá algo escrito.

–Sí. Pone: Gracias.

–¿Cómo? ¿Gracias?

Angelica asintió.

–Eso es. Gracias. Espera..., aquí hay otra. –La sacó del sobre y la leyó rápidamente–. Es una receta: requesón y miel. –Se apoyó el móvil en el hombro, abrió el cuaderno y buscó entre las hojas–. Otra, y otra más.

–¿Qué dicen?

–Todas lo mismo. Son agradecimientos y recetas a base de miel. Vienen de todo el mundo. Esta es de Lucia Mallus, San Paolo, Brasil.

–Pero ¿qué hacía tu tía exactamente?

Angelica se dejó caer sobre la silla.

–A ver..., creo poder responderte que ayudó a decenas de mujeres a superar situaciones difíciles. Ahora las recuerdo, ¿sabes? Aquí ha habido siempre un continuo ir y venir de personas. Pero hay algo de ella que no sé, o que se me escapa. En su carta hay referencias que no he entendido bien. Pero tengo la impresión de que se trata de algo muy importante.

Sofía asintió.

–¿Sigues soñando con ella?

Angelica abrió mucho los ojos en un gesto de sorpresa.

–¡No! Ahora que me lo recuerdas, no. Dejé de hacerlo cuando llegué aquí a Cerdeña.

–Bien, eso está pero que muy bien.

14.

Miel de zulla (Hedysarum coronarium)

Huele a flores y a hierba recién cortada. Es la miel de la acción e infunde valor. Conserva el carácter de las flores rojas que le dan origen. De color muy delicado, marfileño, cristaliza en un ámbar claro.

Nicola le volvió la espalda a su hermano y abrió la cristalera de par en par. El aire salobre dispersó el humo y lo que quedaba de su discusión, de las palabras airadas surgidas de sus posturas enfrentadas.

Los dos hermanos eran muy parecidos físicamente, tenían la misma robustez, heredada de su padre. Pero si en Claudio los orígenes nórdicos eran indiscutibles, Nicola tenía el cabello oscuro de su madre, Maria Antonia, su mirada profunda, a ratos melancólica, y su fuerza.

Durante demasiados años Claudio había sido la sombra de su padre, Guido, había asimilado sus gestos, su forma de hablar, como arrastrando las palabras, y su manera de mirar a la gente. Era el hijo mayor, y asumiría el lugar de su padre en la empresa de construcción. Si esto a muchos les había parecido un privilegio, a Nicola, en cambio, nunca le había importado. Al contrario, siempre se había contentado con esa elección preestablecida, pues le había concedido libertad, le había permitido tener ideas propias y la posibilidad de elegir las opciones que le habían parecido más oportunas.

—¿Adónde creías que podrías llegar sin mi firma? ¿También pensabas falsificarla? —La voz de Nicola estaba cargada de rabia—. ¿Cómo has podido?

—Ya basta. —El puño de Claudio se abatió sobre la mesa de madera maciza que había sido de su padre—. He hecho lo que tenía que hacer para mantener la empresa a flote mientras tú estabas quién sabe dónde. No había tiempo que perder. Tenía que hacer algo, o lo habríamos perdido todo.

Nicola reprimió una maldición. Su hermano tenía parte de razón. Después

de lo sucedido, había estado ilocalizable durante meses, no había querido saber nada de nadie. No había querido correr el riesgo de que dieran con él. Se pasó la mano por la cara y le volvió la espalda, tratando de calmarse.

–Intenté llamarte. Nunca me contestaste.

Nicola asintió, con la mirada perdida. Claudio siguió hablando, enumerando situaciones y hechos de los que él nada sabía.

–Había decisiones que tomar, y yo las tomé. –Ahora el tono de Claudio era más calmado. Le sonreía con condescendencia–. Nunca fue mi intención engañarte.

–Yo no he dicho eso. Pero has actuado con ligereza. Sin tener en cuenta las consecuencias.

Claudio se encogió de hombros.

–Ah, ¿porque tú lo has hecho alguna vez? Dime una cosa, hermanito, cuando eras responsable de recursos humanos de Tecnovit, ¿así hacías tu trabajo? ¿De verdad te dejabas guiar por el miedo a las consecuencias? –Se echó a reír–. ¡Y yo que pensaba que tus éxitos eran el resultado de tu ligereza y tu genialidad!

Nicola apretó los dientes.

–No sabes de lo que estás hablando.

Él en cambio sí lo sabía, lo sabía bien. Molesto por el giro que había dado la conversación, se alejó del escritorio. ¿Qué quería saber Claudio de él, de las decisiones que había tomado, de las consecuencias a las que había tenido que enfrentarse y que habían hecho pedazos su mundo perfecto? Después ya no había tenido elección. No habría sido capaz de quedarse y seguir interpretando ese papel que le daba náuseas.

No había sido fácil cambiar. No había sido fácil dejar Milán y volver a Cerdeña. Lo había hecho obedeciendo a un impulso instintivo. Pero si bien volver a casa había significado una especie de cambio, un nuevo comienzo, no había conseguido olvidar.

Su pasado seguía estando ahí, y no había día que no recordara quién había sido y lo que había hecho. Durante años había sido un teórico, un maldito teórico de la destrucción.

Tecnovit, una multinacional de intereses desorbitados, lo había contratado cuando era solo un becario. No habían tardado en reparar en el potencial de ese joven ingeniero experto en gestión, recién diplomado, del Instituto Politécnico. Sus informes eran brillantes. Las soluciones que proponía, eficaces y fundamentales. Una después de otra, las empresas en crisis que

ponían en sus manos salían del mal paso. Bajo su supervisión, los balances negativos se volvían estables y, al cabo de un tiempo, pasaban a ser positivos. A menudo sin intervención exterior ni inversión de capital. Nicola Grimaldi era seductor, carismático, un hábil motivador. Sumaba, restaba, daba con las situaciones críticas y las eliminaba.

Y lo hacía con total naturalidad.

Claudio sonrió.

—Responsable de recursos humanos. El ejecutivo más joven de una de las multinacionales más poderosas. —Hizo una pausa—. El más hábil cortador de cabezas. Nuestro padre estaba asquerosamente orgulloso de ti. —Sonrió—. Y tengo que decir que a mí también me impresionaba mucho tu habilidad. —Se levantó y, después de ajustarse el nudo de la corbata, se sirvió una copa—. Cuando te fuiste a estudiar a Milán, no hubiera apostado un céntimo por tu éxito.

—¿Por qué? —La voz era menos que un susurro. Nicola aferró con fuerza el reposabrazos.

Claudio inspiró y movió la cabeza, una sonrisa suavizaba ahora su semblante.

—Eras un condenado idealista. Uno de esos chavales con la cabeza llena de ideas extravagantes. Siempre lo has sido. Tenías más corazón que cerebro. —Alargó un dedo, como para hacerle una advertencia, y luego se echó a reír—. Como aquella vez que robaste los corderitos y los escondiste en el bosque. ¿Cuántos años tenías? ¿Seis? ¿Siete?

La sonrisa desapareció, sustituida por una mueca.

—No levantabas tres palmos del suelo. Cuando Omero vino a decirme que los habías robado tú, no lo creí. —Se sirvió otra copa, y de repente alargó el brazo hacia Nicola—. Toma. Tú la necesitas más que yo.

Por un instante estuvo tentado de aceptar la copa, pero la rechazó con un gesto. Habían terminado los días en que el alcohol era lo único capaz de mantenerlo a flote.

—No, gracias.

Claudio se encogió de hombros.

—Como quieras.

Nicola levantó la cabeza. Su mirada se endureció, al igual que su expresión.

—Todavía no me has contestado. ¿Para qué quieres todo ese dinero?

—Tienes los elementos suficientes para averiguarlo tú solito.

–Quiero escucharlo de ti, detalles incluidos. –La tensión aumentó. Nicola fue hasta su hermano, apoyó ambas manos sobre la suave superficie de enebro del escritorio y se inclinó hasta que los ojos de ambos estuvieron a la misma altura—. Construir no es la solución, y sin mi firma no harás nada.

–No tengo intención de perder la empresa.

–Reduce gastos, elimínalos si es necesario. Reorganízate. Y apunta solo a lo que dé beneficios.

Claudio lo miró largamente. Después entrecerró los párpados. Cuando sonrió, Nicola se puso tenso.

–No despediré a mis obreros. Prefiero jugármelo todo con ellos a protegerme yo. En esto, hermanito, temo no estar a tu altura. No tengo tus capacidades.

Le costó hasta el último gramo de su fuerza seguir de pie, sosteniendo la mirada de Claudio, pero de un modo u otro lo logró.

–Supongo que me lo he ganado. Pero eso no quita que eres un cabrón.

Le dio la espalda y se dirigió a la puerta. Sentía náuseas, y un zumbido agudo parecía querer partirle la cabeza en dos.

Estaba en las escaleras cuando Claudio lo alcanzó.

–No te vayas así. Venga, solo es una discusión. Vuelve aquí.

No, no era solo una discusión. Era la verdad. La condenada verdad. La mano de Claudio le aferró el hombro. Sintió su peso y su calor. Tuvo que hacer un esfuerzo por quedarse inmóvil, por no zafarse.

–Volvamos dentro.

Lo siguió porque era fácil, no tenía más que poner un pie delante de otro.

–No es la típica aldea turística. No tengo la más mínima intención de acabar invadido por hordas de turistas sudados y ruidosos. Será algo especial, algo único. Anda, venga, ven a verlo. Estoy seguro de que te gustará.

Nicola dejó de escuchar las explicaciones de su hermano en el preciso momento en el que él sacó los planos, los extendió sobre el amplio escritorio y empezó a comentárselos.

–Puestos de trabajo, desarrollo.

La voz de Claudio estaba llena de entusiasmo. A él le traía sin cuidado, no podía darle más igual. La isla le gustaba exactamente como era. No era solo su casa. En esos meses, desde que había vuelto, se había dado cuenta de que era sobre todo un refugio, algo de lo que recabar fuerzas. Era su tierra.

–Necesito que hagas una cosa.

Nicola cerró los ojos y respiró hondo.

–¿Qué más quieres de mí?

–Tienes que convencer a tu amiga Angelica de que venda.

–¿Qué? Pero ¿de qué demonios estás hablando? –Nicola estaba estupefacto. Claudio apartó la mirada.

–En nuestras tierras solo edificaremos parte de la aldea, el resto se hará en la propiedad de Margherita Senes. Y, dado que la vieja ha muerto, tenemos que tratar con los herederos. Ya me había puesto previamente de acuerdo con los Fenu, pero parece ser que he cometido un error de cálculo. –Se encogió de hombros–. Son cosas que pasan... Solo no se equivocan los que no arriesgan.

Pero Nicola no estaba de humor para escuchar las máximas de su hermano.

–Ve al grano, por favor.

–Es sencillo. Existe un testamento a favor de Angelica Senes del que nada sabíamos. Giuseppe Fenu y su madre están que trinan, pero ¿qué se puede hacer? Así es la vida. La vieja los ha excluido y se lo ha dejado todo a la sobrina.

–¿Y entonces?

Claudio alzó la barbilla.

–Entonces no nos queda otra que convencer a Angelica Senes de que nos venda su propiedad. Poseemos ya una parte de las tierras, con lo cual el gasto se reduce a la mitad. Naturalmente, tú te ocuparás de negociar con ella. Recuerdo que erais muy amigos en tiempos. –Le enseñó un papel–. Mira, esta es la cantidad que le ofrecí a Giuseppe Fenu. Corresponde al valor de mercado. Tienes que hacerlo, Nicola, soy tu hermano. Ahora es tu deber ayudarme a mí y a nuestra familia.

Nicola entrecerró los párpados y miró la hoja que Claudio le agitaba en la cara.

Le había llevado toda la mañana adecentar el terreno que se extendía delante de la casa. Angelica miró las adelfas, aún un poco alborotadas, y sonrió. Había encendido el sistema de riego, y el agua nebulizada creaba nubes que *Lorenzo* trataba de agarrar a dentelladas. Hizo un gesto, divertida, y siguió pintando la verja. Entonces la vio. La mujer avanzaba hacia la casa tirando de un carrito de la compra. Vestía de negro de los pies a la cabeza, con falda

larga y pañuelo. Subió los dos escalones y fue a su encuentro.

–Buenos días.

La mujer se sobresaltó.

–¡Ah! Buenos días, buenos días. Quería tres tarros de miel, pero de los grandes.

¿Tres tarros de miel? La petición la dejó sin palabras.

–¿Tienes, verdad? Pero de la buena, ¿eh? Milflores, y si no de eucalipto.

Angelica se volvió hacia la casa y miró de nuevo a la mujer. ¿Y ahora qué?

Jaja conservaba la miel en un cuarto del sótano, a oscuras. Lo sabía porque ella misma se la había llevado a menudo a las clientas de Margherita.

–No estoy segura de que quede. Pero, pase, pase, ¿le apetece un café?

La mujer la miró de arriba abajo con recelo.

–¿Tienes galletas?

–Sí, claro. –Menos mal que tenía las de Memma, pensó Angelica, haciéndola entrar–. Pase, mientras iré a ver si hay miel. La nueva estará lista dentro de un par de semanas.

–Más vale, porque tengo que preparar los dulces para el bautizo de mi nieto.

Una vez en casa, Angelica apartó la silla y dejó sobre la mesa el paquete de galletas. Preparó rápidamente la cafetera y después, ante la mirada curiosa de la mujer, bajó los tres escalones y abrió la puerta del sótano. Tanteó en busca del interruptor. La luz era tan tenue que apenas quebraba la oscuridad. En el estante, que abarcaba la pared entera, había aún una hilera de tarros. Angelica no era capaz de apartar la mirada de ese espectáculo. Allí, bien ordenada, estaba la miel que Margherita había seguido recolectando y preparando. El borboteo de la cafetera le hizo salir de su ensimismamiento. Se apresuró a alcanzar dos tarros y volvió a subir.

–*E fiada ora*. ¡Ya era hora! Pensaba que habías ido a las colmenas a por esa miel. A verla –le dijo la señora después de servir el café en las tazas.

–¿Era esta la que quería? –le preguntó Angelica, alargándole un tarro.

La mujer lo miró con atención.

–Sí, esta. –Rebuscó en el bolsillo de la falda y sacó el dinero–. No has subido el precio, ¿verdad?

Angelica le indicó que no con un gesto.

–Bien, eso está bien. Porque hay crisis, y la pensión no nos la han subido –masculló la anciana–. Y que no te engañen, una miel como esta no se hace ya

en ninguna parte.

–¿Que no me engañen?

–*Eja*, que no te engañen. Tú te tienes que quedar aquí. Que Margherita sabía lo que hacía, ¿entendido?

–No, no lo entiendo.

La mujer mojó una galleta en el café y, tras probarla, asintió satisfecha.

–Claro que sí, solo que no lo entenderás hasta que me escuches, y no me estás escuchando. –Calló un momento–. No sabes quién soy, ¿verdad? –le preguntó un momento después.

Angelica negó con la cabeza.

–¡Jiji! ¿Tan vieja me ves? Vale que eras una *picciohedda*^[2] cuando te fuiste...

De repente a Angelica ese rostro surcado de finas arrugas en el que destacaban dos ojos negros y brillantes le pareció más familiar.

–¿Tía Mirella?

La mujer sonrió, complacida.

–¡Menos mal! Pues claro que soy yo.

Se levantó y contó el dinero, antes de dejarlo sobre la mesa. Cuando hubo guardado la miel en el carrito, sonrió a Angelica y le acarició el hombro.

–Me alegro de que hayas vuelto, *Angelichedda*.

¡Vaya!

–Gracias.

–Ojo, para finales de mes, acuérdate. Cinco tarros.

–Claro.

Mirella salió de la casa arrastrando su cargamento, llegó a la verja y se volvió para un último saludo.

–Se me olvidaba, ¿tienes intención de recolectar la miel del árbol antiguo?

Angelica frunció el ceño.

–¿Qué árbol es ese?

–*Eja*, el negro. Margherita la recolectaba una vez al año..., pero ¿es que no te acuerdas? Era esa especial, la ponía en los tarritos pequeños.

No, no se acordaba. ¿La miel de un árbol antiguo? Pero ¿a qué árbol se refería?

–Tengo que mirarlo.

–Bien. Esa miel hace dormir bien. Y soñar. –Se alejó con un último gesto de despedida.

Angelica siguió mirándola hasta que la anciana se cruzó con otras dos señoras. Parándose un momento, les enseñó uno de sus tarros de miel y señaló a Angelica.

Ese día fue un continuo ir y venir de clientes. Primero Gianna y Francesca Delogu, después Barbara Aru, una antigua compañera de colegio suya. Angelica se sorprendió de lo simpática que era ahora. No solo en su forma de hablar, también en sus ademanes y sobre todo en su sonrisa. Luigia Spanu, en cambio, seguía igual que siempre.

–Podría comprar la miel en otra parte, pero como acabas de volver, he pensado que quizá fuera más oportuno echarte una mano.

–Qué detalle por tu parte –replicó Angelica.

Luigia asintió, satisfecha de sí misma, y se marchó, llevándose sus buenos tres tarros.

–Al parecer, tenemos un negocio del que ocuparnos, ¿has visto, *Lorenzo*? – dijo Angelica más tarde, mientras observaba lo que quedaba de las reservas de Margherita. La temporada acababa de empezar. Pronto tendría la miel nueva–. ¿Qué te parece si nos ponemos a pensar en cómo organizarnos?

Le gustó esa idea. La llenó de entusiasmo. Nunca había tenido nada. Y ahora estaba todo allí, ante ella, como una mesa servida. No tenía más que alargar la mano y elegir qué tomar. Acunó esa sensación, la estrechó contra su corazón y sonrió. Antes de subir, abrió un tarro, metió un dedo y se lo chupó.

–¡Vaya! –exclamó, estupefacta.

La miel se le deshizo en la lengua como una historia. Y vio los prados, las colinas floridas, las pendientes donde las abejas habían recolectado el néctar. Y oyó las historias transportadas por el viento que esos lugares habían conservado para ella. La miel siguió hablando hasta la última gota, y también después, cuando llamó a Sofia para contarle los últimos acontecimientos, siguió vibrando en ella, alimentándole el alma.

La madera brillaba, y los nervios resaltaban sobre la superficie lisa. Nicola la acarició. Estaba bastante satisfecho. La escalera le había salido bien. Se incorporó y miró a su alrededor. El comedor era amplio; había pintado las paredes de blanco, el suelo era el único elemento de la habitación que no había conservado. Movié los hombros en círculos para relajar los músculos.

Había trabajado duro todo el día.

Dirigió la mirada a la cristalera. Esa en cambio era nueva, y daba al mar. Le gustaba la idea de sentarse delante y contemplar el atardecer. O el amanecer. Al día siguiente llegarían los obreros a terminar de colocar los cristales. Si se daba prisa, podía terminar la reforma en un mes.

Se lavó las manos en el fregadero, quitándose la cera que le quedaba entre los dedos. Después de sacar una cerveza de la nevera, cruzó la cocina, atento a pisar sobre el plástico que protegía el suelo, y una vez fuera se permitió un hondo suspiro. Las olas chapoteaban contra la escollera, levantando salpicaduras saladas. Siguió el vuelo de un gavián hasta que su trino estridente pareció lacerar el aire. Se llevó la mano al bolsillo. Apretó las llaves del Land Rover y volvió a mirar el mar. Apuró la cerveza y, tras dejar la botella en casa, devolvió a su sitio las llaves del coche.

Tenía ganas de mar.

Recorrió el sendero hasta el embarcadero, encendió los motores del catamarán y puso rumbo a alta mar. Cuando salió de la bahía, el horizonte era una llamarada en el cielo. Siguió avanzando, y después aminoró el motor hasta apagarlo del todo. Se quitó los zapatos y salió a cubierta. Inició las maniobras y, cuando la vela chasqueó bajo el impulso del viento, sonrió. El catamarán avanzó lentamente. Con el viento a favor, le llevó menos de media hora volver al embarcadero de Margherita. No, se corrigió. Ahora era de Angelica: lo utilizaría más a menudo ahora que ella había regresado. Sintió latirle un músculo en la mandíbula. Solo entonces se dio cuenta de que estaba nervioso. Su móvil empezó a sonar. Tras una larga ojeada a la pantalla, aceptó la llamada.

–Dime.

Un suspiro, seguido de una risita.

–¿Sigues enfadado?

–¿Qué quieres, Claudio?

–Nada... solo recordarte nuestro acuerdo.

Nicola aferró con fuerza el teléfono, venciendo la tentación de arrojarlo al mar. Colgó y se lo volvió a guardar en el bolsillo.

Angelica había rebuscado en todos los rincones del sótano donde Jaja

guardaba la miel. Pero no había encontrado nada que pudiera asemejarse siquiera a la miel del árbol que le había pedido la tía Mirella.

–La que hace soñar –masculló en voz baja–. Pero ¿a qué se refería, según tú? –*Lorenzo* levantó las orejas y luego bostezó–. O sea, miel negra..., ¿será de castaño? Pero no hay castaños en Abbadulche. Y, francamente, no me parece que entre sus cualidades esté la de conciliar el sueño... o los sueños.

Subió los escalones y cerró la puerta tras de sí. Nunca había oído hablar de una miel como esa. Sondeó sus recuerdos como había hecho ya varias veces esa tarde, pero no le volvió nada a la mente. Sin embargo tenía la sensación de que esa miel era muy importante.

–La miel especial de Jaja. Pero ¿qué miel puede ser? –volvió a preguntarse, pensativa. Quizá fuera un símbolo, pensó. Sí, debía de ser un símbolo. Miró su portátil abierto sobre la mesa de la cocina, fue hasta él y se puso a teclear. Empezaron a abrirse una serie de ventanas conforme el motor de búsqueda encontraba los resultados. Eligió las que podían ser pertinentes y se puso a leer. Había descartado ya una decena cuando oyó que llamaban a la puerta.

Lorenzo se precipitó al vestíbulo.

Ella tardó más en llegar.

Pasos lentos, pensamientos rápidos. Y la clara sensación de saber perfectamente quién era el visitante. Cuando abrió, le sorprendió sin embargo encontrárselo delante.

–Hola, Nicola.

–Hola.

Se quedaron mirándose un momento. Como si sus ojos aún no se hubieran acostumbrado a ello, como si necesitaran pruebas, o tiempo.

Se hizo a un lado.

–¿Quieres pasar?

Él negó con la cabeza.

–Hemos empezado con mal pie. Volvamos a intentarlo. ¿Te apetece que cenemos juntos? –Tenía las manos hundidas en los bolsillos y una extraña expresión en el rostro.

No debería haber aceptado. De haber sido sabia, se habría mantenido a distancia. Solo le traería problemas, y la verdad es que tenía ya suficientes sin necesidad de añadir ninguno más. Los pensamientos cruzaban su mente a toda velocidad.

Nicola tragó saliva. Angelica percibió su nerviosismo, estaba esperando su

respuesta.

–Sí, sí que me apetece. –Su voz fue apenas un susurro, y pensó que igual no la habría oído.

Cuando Nicola le sonrió, alargándole la mano, sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

No por él, no por el hombre que estaba de pie en el umbral de su casa. No, no por él, sino por esa chispa de pura alegría, por ese entusiasmo que había visto en su rostro. Había otro Nicola en el hombre que tenía enfrente y al que no conocía.

En alguna parte dentro de ese hombre estaba su amigo.

Su amor.

Agarró la chaqueta y cerró la puerta tras de sí con una sensación de aterradora felicidad en el corazón.

[2] En la lengua sarda, *pequeñaja*. (N. de la T.)

15.

Miel de rododendro (Rhododendron spp.)

Huele a flores de montaña, a cursos de aguas límpidas y a valles profundos. Es la miel de la estabilidad y la armonía, y ahuyenta todos los temores. De color marfil y ámbar, cristaliza de manera fina y cremosa.

—**C**uando has dicho que cenaríamos en el mar, pensaba que te referías a que el restaurante estaba junto a la costa.

Nicola le alargó la mano.

—Aquí se está mejor. Deja que te ayude.

El panorama quitaba el hipo. La isla Plana era una línea oscura moteada de miles de lucecitas. Alrededor del catamarán, la noche se reflejaba en las aguas tranquilas.

—¿Te acuerdas? —Nicola estaba a su espalda.

Claro que se acordaba. Allí donde dirigiera la mirada en aquel lugar, ya fuera la aldea de Abbadulche, los prados o el mar, siempre había algo que él había dicho, que habían hecho juntos o que habían soñado o deseado. Angelica asintió. ¿Cómo olvidarlo?

—¿Y tú? —Al instante se arrepintió de esa pregunta y del tono con el que la había hecho, pero era demasiado tarde.

Se preguntó cuán tarde era en realidad. Cuánto la empujaba hacia él el recuerdo de lo que habían sido, de lo que deseaba volver a tener.

Nicola entrecerró los párpados.

—Eras una niña huidiza, y no has cambiado.

Ese comentario la disgustó. Nunca había sido una niña. Al menos no en el sentido que él daba a la palabra.

—¿Y tú? ¿Sigues tirándote al barro por los demás? ¿Has conseguido salvar el mundo?

Nicola la miró fijamente.

–Me pregunto por qué la gente verá salvadores por todas partes... –La voz era dura, acerada, igual que su mirada.

Angelica no se dejó intimidar.

–¿No te parece hermoso imaginar lo mejor?

–Imaginar. Has dado en el clavo. La imaginación es lo que te hace cometer los errores más graves y más estúpidos.

–Y lo que te permite afrontar un día tras otro.

–¡Desde luego! Pero si al final no has alcanzado un objetivo, te quedas en tierra.

Un trino estridente quebró la tensión que flotaba entre ambos. Nicola le dio la espalda.

–¿Vienes? No tengo intención de morirme de hambre. –Entró en el camarote sin esperar su respuesta.

Angelica lo siguió con la mirada, pensativa. Después echó una ojeada a su alrededor. Saltaba a la vista que el catamarán no era nuevo, pero tenía una personalidad innegable. Acarició la superficie de madera, estaba peguntosa de salitre.

En el horizonte, el sol moría ya, sus últimos rayos iluminaron la orilla. Una estela de luz, un sendero en el agua.

Nicola volvió a salir. Tenía una copa entre los dedos. Fue hasta ella y se la ofreció.

–Siento lo de ayer.

–Lo sé. –Y era verdad. Lo sabía, lo había sentido. Y esa conciencia le había dado miedo—. Es extraño, crecemos, cambiamos. Nos convertimos en personas diferentes, pero algunas cosas de nosotros siguen idénticas. Es un contrasentido, ¿no te parece?

Nicola entornó los párpados.

–La cena está casi lista. –Un instante después, desapareció en el camarote.

Soplaba un aire frío que le revolvía el cabello y la ropa. Por fin se decidió a seguirlo. Cuando la envolvió el calor del camarote, sintió un escalofrío.

–¿Dónde guardas los platos?

–Ahí arriba. Cuidado. –Ahora Nicola le sonreía. Era como si la discusión de hacía unos minutos nunca hubiera ocurrido. Estaba muy cómico, con un espagueti entre los labios. Instintivamente, se le dibujó una sonrisa en el rostro.

Él le devolvió la sonrisa. Sin apartar la mirada, sacó otro espagueti de la

olla y se lo alargó.

–Sigues enfadada.

Angelica lo saboreó despacio y dijo que no con la cabeza.

–Le falta un minuto de cocción –contestó–. Y no, no estoy enfadada.

Nicola se sirvió una copa de vino.

–¿Has venido a Abbadulche tú sola? –Ahora le tocaba a él susurrar.

Se le había acercado, Angelica notaba su olor. El calor de su piel. Le tembló la mano.

–¿Qué quieres saber exactamente, Nicola?

–Nada. Solo te he hecho una pregunta. –Ahora la miraba con un gesto frío, la cabeza inclinada hacia un lado y los labios tensos.

Angelica tragó y movió la cabeza.

–Sí, he venido sola. –Hubo un silencio, y los ojos de Nicola la traspasaron hasta el alma.

–¿Sin novio? ¿Sin marido?

El silencio cayó sobre ellos como el plomo. Él seguía mirándola. Angelica sintió una oleada de rabia.

–¡Ya te he dicho que he venido sin nadie! ¿Contento?

–Algunas cosas es mejor tenerlas claras.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a incomodarla de ese modo?

–Deja de hablarme así.

Nicola se hizo a un lado, sin apartar los ojos de ella.

–Así ¿cómo?

–¡Como si tuvieras derecho a hacerlo!

Él hizo una pausa.

–¿De verdad es eso lo que te molesta?

–Llevamos sin vernos y sin hablar ¿cuánto tiempo... doce años? ¿Qué narices esperas de mí?

Tenía razón, por más que le costara reconocerlo.

–¿Te apetece preparar la ensalada? –Le pasó un recipiente y le volvió la espalda. Se estaba comportando como un imbécil. Pero es que no pensaba poder leer en su interior tan fácilmente, como en el pasado. No había imaginado que volvería a sentir esas emociones.

Trajinaron en silencio, cada cual absorto en sus propios pensamientos.

Estaban en un pequeño salón comedor que era también la sala de mandos, y daba a una cocinita perfectamente equipada.

–Parece la cocina de un restaurante.

Nicola escurrió la pasta, la aliñó con salsa de tomate y añadió un par de hojas de albahaca y un poco de pimentón fresco. Tras servirla en los platos, le enseñó las manos. Palmas fuertes y dedos largos.

–Me gusta hacer muchas cosas, entre ellas, cocinar. ¿Te apetece cenar al aire libre, o prefieres que nos quedemos aquí dentro?

En el camarote había un intenso olor a salitre, madera húmeda y salsa de tomate.

–Mejor aquí.

El silencio entre ellos no resultaba incómodo, pero estaba preñado de frases no pronunciadas, de palabras en suspenso. Angelica sentía la mirada de Nicola sobre ella, y se dio cuenta de que se moría de ganas de devolverle esa mirada y de hacerle la multitud de preguntas que se le agolpaban en los labios.

–No me he enterado de a qué te dedicas.

–Normal, porque no te lo he dicho. –Su mirada era franca, y su expresión, relajada.

Se sentía seguro de sí mismo. Estaba en su elemento. Todo parecía salir como él quería. Angelica volvió a experimentar la misma sensación, como si tuviera delante a un extraño. Seguía siendo Nicola Grimaldi, el muchacho más deseado de Abbadulche, el mismo que en otra vida había mostrado interés por ella y le había dado su primer beso.

Pero al mismo tiempo ya no era la misma persona.

–Me cuesta reconocerte.

–Siempre directa al grano. Es algo que siempre he apreciado de ti.

Angelica no se dejó distraer. Él había empezado a recoger los platos. A los espaguetis siguió una guarnición mediterránea de ensalada mixta de brotes, almendras, milamores y manzana. La sirvió en silencio, y luego tomó la botella de vino tinto y llenó su copa.

–¿Brindamos? –Había alzado la copa en su dirección. Esperaba con los párpados semicerrados, mientras la luz resbalaba por su cabello.

–¿Qué quieres de mí, Nicola?

Él se echó a reír, pero ella no le veía la gracia. No se la veía en absoluto.

–Hoy no, ahora no. Algunas cosas hay que celebrarlas. Tu regreso es una de ellas. ¿Has decidido quedarte?

Sí: la respuesta se le vino a los labios espontáneamente. Pero ella la retuvo, como uno de esos secretos que hay que guardar un tiempo antes de

anunciárselos al mundo.

–Lo estoy pensando.

–¿Por qué lo estás pensando?

La pregunta era sencilla y franca. Angelica tragó saliva.

–Una elección implica siempre, pase lo que pase, una renuncia. Para mí quedarme supondría un cambio radical.

Nicola la miró pensativo.

–Así es la vida. Nada es del todo acertado ni del todo equivocado. Entre nosotros y lo que queremos hay toda una serie de incógnitas que se nos imponen, independientemente de todo.

Angelica apartó la mirada. Por un instante le pareció que él se refería a algo muy distinto. En ese momento se preguntó cómo habría sido su vida en todos esos años.

–Es una finca enorme.

Él se puso a jugar con el paquete de cigarrillos.

–¿Tienes familia? ¿Hijos? Podrías criar a un puñado de chiquillos allí. Serían felices. Nosotros lo fuimos, ¿recuerdas?

¿Nosotros? Angelica tuvo que hacer un esfuerzo por contener la respuesta cortante que se le había venido a los labios de manera espontánea.

–No había ningún «nosotros» –replicó.

Entonces vio desfilar una serie de imágenes por su mente. Veloces carreras por los senderos, zambullidas y juegos en el agua. Peces que te acariciaban los dedos, miradas cargadas de promesas, de tensión y de fantasías. No lo había olvidado. Era como si sencillamente hubiera decidido no pensar más en ello. Y ahora que había cambiado de idea, ahora que había decidido tomar en consideración esos recuerdos, redescubrió las emociones y la felicidad ligada a esos instantes.

En realidad sí que había existido un nosotros.

Angelica entonces se sintió extraña, incómoda.

–Bueno, ya he contestado a esa pregunta, me parece. Cuéntame de ti. ¿Mujer? ¿Hijos?

–Si los tuviera, no estaría aquí. En eso, créeme, no he cambiado.

Le hizo daño su respuesta cortante. No tenía derecho. No tenía ningún maldito derecho a tratarla así.

–Por qué, ¿qué estamos haciendo *aquí*? En realidad, toda esta historia –dijo, agitando la mano–, no tiene ningún sentido.

Nicola se la quedó mirando en silencio.

–¿Por qué desapareciste?

No podía haberle hecho esa pregunta. Era una broma de su imaginación. De esa parte de sí misma anclada a un pasado que no quería dejarla libre.

–No puede importarte de verdad. –Negó con la cabeza. Pero, por más que se esforzara en hacer como si nada, en sonreír, Nicola seguía aguardando su respuesta. En silencio, entre las sombras.

–¿Encontraste lo que buscabas?

Por un instante Angelica pensó que había entendido mal. Pero enseguida comprendió y sintió un nudo en la garganta.

–Tú lo sabías, ¿verdad? Tú siempre lo has sabido.

–¿Que querías estar con tu madre, que querías vivir con ella?

–No me apetece hablar de ello. Ahora no.

Nicola asintió.

–¿Quieres un café? –No esperó su respuesta. La dejó sola.

Angelica agradeció esa interrupción. Le temblaban las manos. Estaba turbada y se sentía ridícula.

–¿Y tú?

Levantó la cabeza, con una expresión inquisitiva en el rostro.

Nicola le trajo una tacita. El vapor del café se elevaba, arrastrando consigo el intenso aroma.

–¿A qué te dedicas?

Ella se humedeció los labios.

–Soy apicultora. Organizo las colmenas, resuelvo sus problemas y enseño a la gente cómo trabajar con las abejas.

–Maravilloso –susurró Nicola. Entrecerró los párpados, perdiendo la mirada en la lejanía, antes de volver a posarla sobre ella–. ¿Te enseñó Margherita?

–Entre otras cosas.

Nicola la estaba mirando: la expresión de sus ojos era intensa, penetrante.

–Era una mujer extraña. La gente le tenía miedo.

–Era una mujer buena.

–Yo no he dicho que no lo fuera, me parece.

–¡No me gustan las insinuaciones! –La exclamación de Angelica resonó en el camarote.

–Cálmate. Deberías conocerme lo suficiente para saber que no tengo

reparos en decir alto y claro lo que pienso.

Negó con la cabeza.

–Antes, quizá. –Golpeó la mesa con la cucharita–. No puedes fingir que todo es como hace tiempo.

–No sabes lo que dices –susurró él, sin apartar la mirada de ella.

Angelica se dio cuenta de que se había excedido. Había dado demasiadas cosas por sentadas. Nicola se había limitado a hacerle algunas preguntas, era probable que lo demás solo fueran imaginaciones suyas.

–Perdona. Estoy muy nerviosa.

Él le sonrió.

–¿Un poco más de vino?

Instintivamente, Angelica le alargó la copa. Nicola eligió ese mismo instante para inclinar la botella. El choque del cristal los sorprendió a ambos. Angelica abrió mucho los ojos. Un dolor agudo en la palma de la mano le hizo soltar la copa.

–¡Maldita sea! –exclamó Nicola. La agarró rápidamente, arrastrándola hacia el fregadero y poniéndole la mano bajo el chorro de agua fría–. Relájate, ahora mismo te curo. Es solo una herida superficial. Un cortecito de nada, ¿vale? Tranquila.

–No estoy preocupada –le contestó ella, incómoda, trastornada, algo intrigada por su reacción excesiva. Le dolía la mano, pero no estaba a punto de desmayarse ni nada por el estilo.

–Ahora te lo desinfecto, y luego te daré algo para el dolor. No te muevas, ¿vale? –La tomó en brazos y la llevó hasta la encimera de mármol del pequeño cuarto de baño, rasgó el envoltorio de la gasa con los dientes y se dispuso a aplicarle un vendaje apretado en la mano.

–Eh, ¿se puede saber qué haces? Es solo un corte.

Nicola levantó la cabeza de repente, estaba pálido, no había ni pizca de diversión en su mirada.

–Tú no te das cuenta.

Angelica le sonrió, tratando de disipar la tensión, pero él no pareció reparar en ello.

Nicola parpadeó y de repente la abrazó, estrechándola contra su pecho. Le iba a estallar el corazón. Angelica lo sintió latir con fuerza sobre el suyo. Y eso le impidió rechazarlo, zafarse de sus brazos y mandarlo a paseo. ¿Qué demonios había ocurrido?

Y entonces sencillamente dejó de preguntárselo. Le rodeó el cuello con los brazos, primero despacio, y luego con más seguridad. Cerró los ojos. Absorbió su calor, su perfume. Entonces Nicola llevó los labios a la fina piel de su cuello.

–Perdona, no quería hacerte daño.

–Ha sido un accidente. –Trató de sonreír, de hacer caso omiso de esa sensación de vacío en el estómago. Y cuando no lo logró, le echó la culpa a la debilidad que siempre había tenido por ese muchacho, por ese hombre.

Él la liberó de su abrazo y la ayudó a bajar de la encimera.

–Perdóname otra vez. No debería haberlo hecho.

La sorprendió y la turbó verlo tan abatido. Aunque Nicola se repuso enseguida, recobrando su tono jactancioso, durante el resto de la velada Angelica no logró quitarse de la cabeza la expresión horrorizada que había visto en su mirada cuando se había rasgado la palma de la mano con la esquirra de la copa.

Esa noche le costó conciliar el sueño. Había olvidado lo maravilloso que podía ser que un hombre la abrazara así.

16.

Miel de asfódelo (Asphodelus microcarpus)

Huele a flores de almendro, rosas y corteza de limón. Es la miel de la despreocupación y regala sonrisas. Sabe a azúcar hilado y a leche de almendras. Nacarada, su cristalización es fina.

La despertó *Lorenzo*. Su gruñido profundo se elevó en el dormitorio de la torre. Allí dormía Angelica, en la misma cama que de niña. Abrió los ojos a la oscuridad de la noche. Se incorporó, inmóvil, a la escucha. El corazón le latía sordo contra las costillas, y el miedo le dejaba un sabor amargo en la lengua. Siguió escuchando, hasta que percibió un sonido extraño. Parecía un suspiro, pensó, y salió de la cama.

Se puso una camiseta y un pantalón corto. *Lorenzo* se paró delante de la puerta y, de repente, se precipitó escaleras abajo. En un primer momento, fue el miedo de que pudiera ocurrirle algo a su perro lo que la impulsó a seguirlo. Después fue la rabia lo que le infundió valor.

La madera estaba tibia y lisa bajo sus pies, a su alrededor la oscuridad era densa, con apenas alguna raya de pálida luz que se filtraba entre los postigos. Al llevar una mano a la pared, le pareció que volvía a ser una niña. También entonces bajaba esa misma escalera a oscuras, en perfecto silencio. A menudo, en plena noche, Jaja salía de casa y se adentraba en el bosque. Lo sabía porque alguna vez la había seguido.

Lorenzo gruñó y acto seguido se puso a ladrar. Fue tras él, corriendo hasta perder el resuello. Podían hacerle daño. Podían incluso dispararle. Algo golpeó la puerta con violencia, arrancándole un grito. Se abalanzó sobre el interruptor. Cuando la luz inundó el porche, distinguió con claridad una sombra detrás de los cristales. Petrificada, la vio desaparecer. Se lanzó sobre la cerradura. Cuando cayó en la cuenta de que la puerta estaba cerrada, volvió

a respirar. Le temblaban las manos. Miró a su alrededor. Un teléfono, tenía que pedir socorro. Volvió a subir corriendo la escalera y agarró su móvil. Necesitó un par de intentos, pero al final consiguió contener el temblor de los dedos para marcar el número correcto. No tuvo que esperar demasiado. Contestó al segundo timbrazo.

—¿Puedes venir a mi casa?

A Maria siempre le había gustado la noche. De noche podía descansar, pensar y actuar.

Pero no había sido siempre así. De niña, la noche había sido para ella sinónimo de terror y de dolor. Ahuyentó ese pensamiento. No tenía sentido demorarse en esos recuerdos, no servía de nada. Eran parte de un pasado muerto y enterrado.

Suspiró y miró al techo. Desde que Angelica se había marchado, no había logrado pensar en otra cosa. Y si por un lado la enojaba la incapacidad de razonar de su hija, por otro entendía el dolor que sentía por esa suerte de robo afectivo que precisamente ella, que la quería más que a su vida, le había infligido.

—Me he caído, te he llamado...

La voz de Angelica estaba clavada en su mente y en su corazón. Pero lo que la había desgarrado por dentro era la acusación contenida en esas palabras. Porque era verdad, todo era verdad. La había descuidado, se había deleitado demasiado tiempo en su propio dolor, hasta el punto de sacrificar todo lo demás. Incluida su hija.

Lo sabía todo de aquel terrible accidente que le había ocurrido. Omero, el viejo pastor que cuidaba de los rebaños de los Grimaldi junto a su cobertizo, había encontrado a su pequeña Angelica, que yacía sobre las rocas, y la había llevado a casa de Margherita.

Cuando, a su regreso, Maria se percató de la ausencia de la niña, montó en cólera. Le había prohibido que fuera a pedir limosna a casa de Margherita. Esta no pensaba perdonársela. Ya era mayorcita para apañarse ella sola. Qué demonios, ella a su edad ya trabajaba, se ganaba el pan con el sudor de su frente. Sentía tanta rabia que hasta le escocían las manos. Le daría una lección. En eso pensaba mientras recorría el sendero que llevaba a la casa de la

anciana. Pero cuando llegó, Margherita no contestó a sus acusaciones. Se limitó a mirarla en silencio, con los labios tensos y una expresión paciente, la misma que Maria odiaba, que la sacaba de quicio.

Había sido una semana difícil. La mujer para la que Maria trabajaba le había reducido a la mitad la paga, lo que significaba que tendría que buscarse otro trabajo. Probablemente más lejos. Se había lanzado contra Margherita con toda la rabia que había acumulado esos días.

¡Esa maldita Margherita Senes! Siempre perfecta, siempre capaz, siempre como debía ser. La que siempre tenía una solución para cada problema, la que se enfrentaba a la vida con una sonrisa en los labios, pasara lo que pasara. Se puso a gritarle:

–¡No te acerques a ella, no es tu hija, es mía! ¿Te has enterado? Tienes que dejar en paz a Angelica. ¡Es mía!

La vieja la escuchó en silencio. Hasta que le pareció que ya era suficiente. Margherita era una mujer alta y robusta. Agarró del brazo a Maria, arrastrándola dentro de casa, y la llevó al piso de arriba.

–Anda, ven, ven a ver a Angelica. Venga, andando.

La niña estaba tendida en la cama, con el rostro totalmente cubierto por una fina capa de miel. Bajo el velo dorado, la piel era de un rojo bermellón. En algunos puntos el color se veía más oscuro. Tenía un brazo y una pierna inmovilizados.

Maria se cubrió la boca con la mano. El grito se quedó atrancado en el fondo de su garganta. Se abalanzó sobre su hija, quería abrazarla, tocarla. Margherita la detuvo, negando con la cabeza. Se zafó de ella, quería a su hija, quería explicarle, decirle cuánto sentía no haber estado ahí, no haber impedido que se hiciera daño, no haber velado por ella como debería haber hecho.

Fue al acercarse cuando vio las lágrimas. Resbalaban despacio por su rostro. No había mirado de verdad a su hija, nunca, ni una sola vez. Había estado llorando en silencio todo el tiempo.

Después bajó la escalera despacio, un paso tras otro. Un par de veces Margherita tuvo que sostenerla para impedir que cayera.

–Es pequeña, no puedes dejarla sola. No es más que una niña.

Una niña. Esas dos palabras la habían atormentado, se le habían clavado en la mente hasta hacerle sangre. ¿Qué le había hecho a su hija? Margherita le había asegurado que las heridas, las del cuerpo, sanarían. Y también las quemaduras ocasionadas por todas esas horas de exposición al sol de agosto.

Para esos casos la miel era milagrosa. No había mejor remedio para favorecer el cambio de la piel. Pero lo demás... Maria sabía que las heridas del alma eran las que de verdad importaban. Y Angelica ya tenía demasiadas. Saber que era ella quien se las había infligido, ella que la quería más que a su propia vida, era algo que no podía soportar.

No lloró. Ese tiempo había pasado. Llorar no servía de nada. Pero tomó una decisión. Esa misma noche hizo las maletas. Dos años después se casó y, al año siguiente, regresó para llevarse a su hija.

Maria se levantó de la cama. De todos modos no conseguiría dormir. Se puso la bata y se quedó quieta, llevándose una mano al corazón. El dolor era fuerte, la dejaba sin respiración. Dirigió la mirada a la oscuridad, al otro lado de la ventana. No era dolor..., era más un sentimiento de profunda angustia.

¿Qué día era? Corrió a la cocina, donde tenía el calendario. ¿Cuántos días habían transcurrido desde que su hija se había marchado a Cerdeña? Un escalofrío en el pecho la hizo estremecer. Se llevó una mano a la garganta.

¿Y si le había ocurrido algo?

–Deberías haberme hecho caso, *filla* mía. No deberías haber vuelto a esa maldita aldea.

Angelica se puso de pie, sus ojos fijos en los de Nicola.

–Ha golpeado la puerta, quería que me despertara.

Él se mesó el cabello y se dejó caer sobre la silla de la cocina, delante de una taza de café. El aroma flotaba en el aire, como si lo invitara con su sabor a hogar y a familia.

–No ha dejado ni rastro, seguramente habrá saltado la tapia. No creo que haya ido por la playa. He echado un vistazo, todo parece en orden. Pero no tengo ni idea de si se habrá llevado algo. –Saboreó a sorbitos el café que acababa de servirle Angelica–. Los carabineros están haciendo controles. Tendrás que pasarte a firmar la denuncia. –Hizo una pausa, quería que ella entendiera bien el peligro que había corrido–. Más tarde vendrá el cerrajero. Cambiará las cerraduras. –Se levantó y fue hasta la cristalera. Giró el picaporte y se dispuso a salir.

–¿Quién puede haber hecho algo así? –Angelica lo agarró de la manga. Sus finos dedos, aferrados a la tela, eran más elocuentes que cualquier palabra,

que cualquier mirada.

Nicola se los quedó mirando. Un malnacido. Un malnacido asqueroso.

—Ya ha pasado. —Pero tenía una vaga idea de quién podía tener interés en darle a Angelica un susto de muerte. Se obligó a dejar a un lado sus sospechas. No era algo en lo que quisiera pensar, al menos no en ese momento.

Entonces se concentró en ella.

Y fue un error.

Lo que lo conmovió hasta el alma fue su intento por contener el temblor de sus manos, la pálida sonrisa que ostentaba pese a la mirada de espanto de sus grandes ojos. Estaba luchando.

Siempre había sido valiente.

La valentía, una de las cosas que había admirado de ella cuando era apenas una niña, había adquirido, ahora que ya era una mujer, un poder nuevo, distinto. Aquello que no había sido más que una señal, una promesa, brillaba ahora en su rostro como una certeza.

Alargó una mano y le envolvió el puño con delicadeza. Marfil, cuero. La piel de Angelica sobre la suya pareció aún más clara. Sus ojos se cruzaron. Calor, un leve estremecimiento, y ella se apartó.

Nicola se volvió. No quería mirarla. De haberlo hecho, habría tenido que considerar su gesto como lo que era: un rechazo. Y en ese momento estaba demasiado sorprendido, demasiado decepcionado de sí mismo por muchos motivos.

Se había abandonado a un sentimentalismo fuera de lugar.

Angelica no necesitaba consuelo.

Casi le entraron ganas de reír. Era él quien había tenido necesidad de cercanía. Había conducido en plena noche como un loco después de su llamada, con imágenes terribles en los ojos. Era él quien tenía problemas.

Salió al jardín. Cuando se hubo alejado lo bastante, se permitió respirar hondo. Agarró con fuerza el móvil y marcó un número.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Nicola reprimió su rabia.

—¿Cómo se te ocurre? ¿Es que te has vuelto loco?

—¿Qué? Pero ¿de qué demonios me estás hablando? ¿Sabes qué hora es, joder?

Nicola apretó las mandíbulas. Inspiró despacio y expiró. La voz de Claudio sonaba cargada de sueño, y su sorpresa le pareció sincera.

–¿No has sido tú?

–¿Yo? ¿Qué se supone que he hecho yo?

–Alguien ha intentado entrar en casa de Angelica y le ha dejado un mensaje escrito en la puerta.

Hubo un silencio, seguido de una risita.

–Imagino que no será de bienvenida, precisamente.

–No, no lo es.

–No sé quién habrá sido, pero nos viene bien. Estará muy asustada. Intenta trabajártela un poco. Ofrécele más dinero si es necesario. Ha acudido a ti. Eso quiere decir que se fía de tu consejo.

Sí, había acudido a él. Y eso significaba mucho.

–Ya sabes lo que pienso.

–Y yo ya te he explicado la situación. Esta vez no hay margen de error.

–No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo.

–Te equivocas, Nicola, me trae sin cuidado, que es muy distinto. Esto es el fin. Te necesito. Ya sabes cuál es la alternativa.

Siempre le había gustado su habitación. Desde la pequeña torre se veía el mar, podía mirar al cielo, y en el punto en el que los dos se unían, una inmensa extensión azul llenaba su mundo de colores y belleza. Pero en ese momento no había nada que pudiera disipar la angustia que la atenazaba.

Lorenzo estaba agachado a sus pies, y *Pepita*, sobre la cama. Angelica los acarició un instante con la mirada, antes de dirigirla enseguida hacia el mar y el cielo. Podrían haber matado a su perro, podrían haberle hecho daño. Y eso era algo que no soportaba.

Siguió mirando la nada a través del cristal, después alargó la mano y abrió la ventana. El viento le sopló en la cara el olor del mundo que la rodeaba. Áspero, salobre y húmedo. Lo escuchó, buscó sus palabras, pero el viento no tenía nada que decirle.

Un profundo sentimiento de extravío se añadió a su desaliento, a la extrañeza que sentía. No sabía qué hacer. La sola idea de que podría haberle ocurrido algo a su perro, o a su gatita, la llenaba de espanto. Se estrechó el pecho con los brazos.

«¡Lárgate!»

Lo habían escrito con pintura roja en la puerta principal. Las gotas habían resbalado hacia abajo, formando regueros escarlata en los que Angelica no quería pensar. ¿Quién podía haber sido?

Sus ojos recorrieron el horizonte y bajaron hacia el jardín. Ahí estaba la caravana, aparcada donde la había dejado para poder vaciarla cómodamente. Había tardado menos de una hora en trasladar a la casa sus escasas pertenencias. Le habían cabido todas en dos cajas y un bolsón. ¿Tardaría lo mismo en volver a cargarlas? ¿En cuántas cajas podría meter ahora su vida? ¿En dos, en tres?

Siguió mirando la caravana, mientras la embargaba una sensación de rechazo, seguida de rabia y dolor. La tenía a flor de piel, entre el cabello. Sentía ganas de arrancarse esa sensación con las uñas.

Si se marchaba ahora, desaparecería. Lo sabía. Era lo que ocurría siempre.

Miró a su alrededor y calculó mentalmente el tiempo que tardaría en hacer la maleta. Diez minutos, o menos incluso si se daba prisa.

La gente de Abbadulche no la quería allí.

No era una novedad para ella. Pero nunca nadie la había amenazado antes.

Esa noche, sin embargo, alguien lo había escrito claramente en su puerta: «¡Lárgate!»

Nicola había tenido que volver a pintar para borrarlo.

Si cerraba los ojos, Angelica podía ver los regueros oscuros de la pintura. Parecía sangre, y podría haberlo sido. La de *Lorenzo*, o la de *Pepita*. La sola idea le dio náuseas.

Se levantó de la cama y bajó la escalera. No miró a su alrededor, no quería ver los objetos de Jaja, las fotos, los libros ni los muebles. ¿Por qué demonios le habría dejado todas esas cosas? Ella no sabía qué hacer con todo eso, era una persona acostumbrada a huir, a dejar atrás a las personas, las cosas, todo. Debería haberles dejado su herencia a los Fenu. O a Memma. No a ella, ella no la merecía.

Puso agua a calentar. Le sentaría bien un té, seguro que se tranquilizaría. Era normal tener miedo, pensó. Pero lo que ella sentía era algo distinto. Era el deseo de dejarlo todo atrás, una vez más.

Una oleada de rebelión se agitó en su interior. Y eso la sorprendió, porque las demás veces no había tenido la más mínima duda, ninguna incertidumbre. Solo un sentimiento infinito de liberación.

Su mente volvió al pasado. No era la primera vez que intentaba establecerse

en un sitio. Pero las cosas, en un momento dado, perdían color, forma y hasta olor, y ella sentía que había llegado la hora de cambiar de aires. Eso era lo que la había mantenido con vida. El cambio, las cosas nuevas, gentes, lenguas y cocinas distintas. La novedad y el descubrimiento le permitían distraerse de lo que la atormentaba. Pero el mundo que, por un instante, la había distraído de sí misma pronto se transformaba en espejo. Un espejo en el que ella se reflejaba. Y lo que veía, lo que era ella, no le gustaba. Nunca le había gustado. Por eso volvía a huir de nuevo.

Se pasó las manos por el rostro, inspiró y miró a su alrededor. El jardín, los árboles, el mar. Le hubiera gustado tanto ser alguien capaz de crear algo. Como lo había sido Jaja, como Sofia. En cambio ella era como su madre. Atormentada, inquieta y solitaria.

Sin embargo, fuera como fuere, quería quedarse en esa casa. Había empezado incluso a hacer planes, a imaginarse su vida allí.

Había mirado a Nicola y había deseado estar cerca de él para siempre, acariciarle la nuca nada más despertarse y contemplar juntos los amaneceres de todos los días por venir.

Se sirvió el té. El calor de la infusión la calmó. Fue hasta el vestíbulo.

Ahí estaba Nicola, dándole otra mano de pintura a la puerta. Ahora era azul y blanca.

Si se quedara...

En un momento dado él levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron. El deseo de acercarse a él, de que la abrazara, era tan intenso que para no moverse tuvo que cerrar los puños, apretarlos con fuerza y extender los brazos a ambos lados del cuerpo.

Él le dijo algo, le sonrió y le hizo un gesto de saludo.

No le contestó. Se volvió enseguida. No quería escucharlo.

No quería verlo.

Todo se le antojó insoportable: esa sensación le hizo un nudo en la garganta. Le costaba llenarse los pulmones de aire, era como si se hubiera vuelto demasiado denso y espeso. Se agitó, abrió la boca, tratando de contrarrestar la sensación de ahogo. Se sentía asediada, dondequiera que mirara había cosas que hacer, alguien que exigía que las hiciera. La herencia, Jaja y las mentiras de Maria. Y Pina y Gigliola, solas en la colina. La asaltó una sucesión de pensamientos que concluía con el desconocido que había tratado de entrar en su casa. Y después se centró en Nicola. En sus ojos. En su presencia.

Volvió a la cocina, abrió la puerta y salió al jardín. Recorrió el sendero, obligándose a andar, cuando en realidad habría querido correr.

La colmena estaba delante de ella. Unos metros más y estaría a salvo. Extendió los brazos y entonó el canto antes de llegar a los panales. Las abejas volaban tranquilas. Angelica las contempló dar vueltas, detenerse y volver atrás, como si quisieran llamarla. Era un comportamiento extraño. Calló y, movida por la curiosidad, entró en la colmena, bajo las ramas de la higuera.

Lo primero que vio moverse fue un piececito. Asomaba de debajo de una de las colmenas. Estaba descalzo y sucio. Se le heló la sangre. ¿Qué hacía un niño debajo de la colmena?

Avanzó un paso y luego otro. Tenía el corazón en la boca y un miedo terrible que había alcanzado una dimensión física. ¿Quién era? ¿Qué le había pasado?

Oyó un crujido, y dos ojos asomaron detrás de la tapa de la colmena. Dos ojos de un verde que Angelica no había visto nunca antes, bajo una maraña de cabello llena de ramas y hojas. Junto a la carita, unos dedos ennegrecidos de tierra que se agarraban con fuerza a la tapa. También su camiseta amarilla estaba manchada de tierra. A su alrededor, las abejas seguían volando, posándose de vez en cuando sobre la cabeza de la niña antes de levantar el vuelo de nuevo.

Angelica contuvo el aliento, se tragó la perplejidad, inspiró y sonrió. Una emoción profunda había barrido todo lo demás. Ahora estaban solas la niña y ella. Y las abejas.

—Hola. ¿Cómo te llamas?

La niña no contestó, movió apenas la cabeza y miró a un lado y a otro. Angelica vio que se estaba preparando para echar a correr, como la otra vez que se la había encontrado, y entonces alargó los brazos hacia ella.

—Te voy a enseñar una cosa, ¿quieres?

La niña la miró. En sus ojos inteligentes y llenos de miedo brillaba una chispa de recelo y de incertidumbre.

—No te dan miedo las abejas, ¿verdad?

Se le formó una pequeña arruga en el ceño, revelando sus pensamientos. No, no le daban miedo las abejas, y la idea le parecía hasta ridícula. Sin embargo la niña se adentró más en la colmena, escondiéndose.

El canto se elevó entre el trino de los pájaros y el soplo del viento. Una después de otra, las notas de la melodía invadieron el campo. Angelica dejó que el poder de su canto surgiera de su alma. Movida por la curiosidad, la

niña salió de su escondite y avanzó hacia ella. Cuando las abejas empezaron a posarse sobre Angelica, la pequeña estaba tan solo a unos pasos.

–Inténtalo, estira los brazos, canta tú también, es fácil.

La pequeña la miró maravillada. Abrió la boca, pero la cerró enseguida. Frunció el ceño y bajó la cabeza, con la mirada perdida. Y, de pronto, dio media vuelta y echó a correr.

–Espera, no te vayas.

Angelica dio unos pasos hacia ella, pero entonces reparó en que las abejas se estaban agitando. Se volvió. Nicola estaba en el borde del campo y la miraba con intensidad.

–¿Estás bien?

–Sí. ¿La has visto tú también? Era una niña. Ya la he visto otras veces, estaba aquí cuando llegué la primera noche.

Nicola miró a su alrededor pensativo antes de alargarle la mano.

–Yo también la he visto pero no sé quién es. Ven, volvamos dentro.

Angelica miró su mano tendida. Y, despacio, le entregó la suya.

–No voy a marcharme. –Se lo dijo sin dejar de mirarlo un momento, desafiándolo casi.

Nicola permaneció impasible.

–¿Estás segura?

–Sí. Me quedo aquí.

Permanecieron inmóviles en silencio, con las manos entrelazadas, cada cual absorto en sus propios pensamientos.

17.

Miel de diente de león (Taraxacum officinalis)

Ligeramente ácida y penetrante, huele a heno y a manzanilla deshidratada.

Es la miel de la ligereza y la imaginación. Disipa las tensiones y los temores. Evoca carreras por los prados y cielos límpidos. De color ámbar, su cristalización es fina.

—De modo que al final ha regresado.

El cerrajero terminó su trabajo. Había cambiado las cerraduras de la puerta principal, de la verja y de la puerta trasera. Nicola se quitó los guantes y le estrechó la mano.

—Es un pueblo muy bonito. Imagino que para ella también.

Fabio Ortu miró a su alrededor.

—¡Vaya si tienes razón! Nada más casarnos, nos fuimos a vivir a la ciudad. Carla había encontrado trabajo allí. A mí nunca me faltó. El que sabe arreglar cosas nunca está ocioso. Al cabo de un año regresamos. Aquí ganábamos mucho menos, pero todo es a escala humana. Hubo meses en que lo único que compartía con mi mujer era la cama. Y no me malinterpretes, me desplomaba sobre el colchón como un saco de plomo.

Esa confianza le arrancó una sonrisa. Fabio y él habían sido amigos de niños, y había cosas que el tiempo no podía cambiar, como esa familiaridad que permanecía intacta pese a todo.

—¿Cuánto te debo? —Nicola abrió la cartera. Estaba impaciente por volver dentro a hablar con Angelica.

—Pásate por la oficina, Carla te preparará la factura, tengo que hacer cuentas.

—Como prefieras. ¿Cómo está tu mujer?

Fabio sonrió.

—Considerando que está de siete meses, bastante bien.

Fue la expresión de su amigo lo que llamó la atención de Nicola. Fabio tenía en la mirada una intensa satisfacción, y también orgullo.

—¿Y tú? ¿No piensas casarte?

Nicola negó con un gesto.

—No. No estoy hecho para el matrimonio.

Hubo un largo silencio.

—¿Sabes, Nicola?, el problema de vosotros los ricos es que pensáis demasiado y os perdéis muchas cosas. Cuídate y dale recuerdos a Angelica. Solo Dios sabe por qué habrá vuelto. Yo en su lugar habría mandado al garete a todos los de este pueblo, y la casa se la habría vendido a una granja de papagayos, de esos que arman mucho jaleo de la mañana a la noche.

La imagen era tan absurda que Nicola movió la cabeza de lado a lado.

—Se te ocurre cada cosa...

La sonrisa alegre de Fabio se atenuó.

—He oído por ahí que tu hermano está haciendo las cosas a lo grande.

Nicola se puso tenso.

—La gente habla demasiado.

Si era un reproche, Fabio no se dio por aludido. Se encogió de hombros.

—Cuando se es el único cerrajero del pueblo supongo que es normal. Ocurre que tienes que cambiar una cerradura en casa del alcalde, por ejemplo, y tampoco es que puedas taparte los oídos mientras este se jacta al teléfono de que pronto el pueblo tendrá, y cito palabras textuales: «un campo de golf internacional y el puerto más moderno de toda Cerdeña». Ha dicho que amarraría allí el *Luna Rossa*.

—Es una broma, ¿verdad?

—¿Acaso me estoy riendo?

No, Fabio no se reía en absoluto.

—Recuerdos a Carla —le dijo Nicola, dándole una palmada en el hombro—. Me pasaré más tarde por la oficina.

—Se lo diré. Pero tú vete preparando para contestar a un par de preguntas —le dijo, señalándole la casa.

Nicola hizo una mueca.

—¡Ni lo sueñes!

—Yo te he avisado. —Le sonrió y, con un gesto de saludo, subió a su furgoneta.

Entonces Nicola lo llamó. Fabio bajó la ventanilla. Hablaron unos minutos

más, antes de estrecharse la mano de nuevo. Nicola lo siguió con la mirada mientras su amigo dejaba atrás la finca. Por fin se decidió a volver a la casa. Llamó una vez con los nudillos y abrió la puerta.

Le gustaba ese lugar, era alegre y acogedor, con sus paredes pintadas de amarillo, rosa y turquesa, sin el menor rastro de humedad pese al paso del tiempo, y esos muebles barnizados mil veces. Una figurita de porcelana que representaba a una pastorcilla vestida como una dama, a sus pies un corderito que parecía un caniche. Santos y ángeles. Todos en fila, bien ordenados. Y, al lado, un jarrón de barro.

La casa de sus padres nunca había sido así. Más lujosa, con muebles oscuros, butacas de marca y cuadros de autor. Claudio siempre fuera por trabajo. Su padre encerrado en su despacho o en la ciudad. Su madre, enemiga de toda frivolidad, se pasaba las horas tejiendo con fines benéficos. Una vez al mes le llevaba todo lo que había hecho a Margherita Senes. Quién sabe lo que hacía luego la vieja con todos esos jerseys.

Y después vio a Angelica o, mejor dicho, se cruzó con su mirada. Estaba sentada a la mesa de la cocina y tenía delante unas hojas. No le pareció contenta, más bien pensativa, con el ceño fruncido. Nicola puso un gesto de preocupación.

–Ya está todo terminado. Estas son las llaves nuevas.

Ella alargó la mano y le sonrió.

–Siento haberte arruinado la mañana.

Él le acarició la palma abierta antes de entregarle el manojito de llaves. Entonces cayó en la cuenta de que le temblaba la mano. Se acercó a ella y se sentó a su lado.

–Ha sido una emergencia, ¿no? –le dijo con una sonrisa–. Pero si te lo has inventado todo para que corriera a tu casa en mitad de la noche, aun así no me enfadaré.

Angelica abrió unos ojos como platos.

–Pero ¿qué demonios...? ¿Qué? Cómo puedes pensar siquiera que...

–Ironía, Angelica, solo te estoy tomando un poco el pelo...

Ella sacudió la cabeza, con los labios temblorosos. Cuando sonrió, Nicola contuvo el aliento.

Ella alargó una mano, sin apartar los ojos de los suyos. Nicola sintió sus dedos en la piel de su mejilla. Eran delicados, ligeros, y olían a jabón y a cera de abejas.

Y quemaban.

Buscó algo divertido que decir. Pero tenía un nudo en la garganta, no habría sido capaz de decir nada, ni la frase más tonta, ni siquiera acertaba a respirar.

–Me alegro de que estés aquí.

–Lo sé.

Le sonrió. Y él tomó su mano entre las suyas. Cuando se la llevó a los labios, le sorprendió que ella no se apartara. Entonces se armó de valor y la besó.

–Te agradezco que hayas venido.

Nicola le cerró la mano y la apretó entre las suyas. Era él quien debía darle las gracias a ella.

De repente ya no le apeteció seguir ese pensamiento hasta el final, así que se concentró en algo fácil, como mirarla.

Y la notó lejana.

Estaba ahí, delante de él, pero era un mero azar, una condición física. Probablemente momentánea.

–Relájate. Ya ha pasado todo.

Y no volvería a ocurrir. De eso se encargaría él personalmente.

Entonces se acordó de Claudio.

Era el momento adecuado. Ella estaba cansada y asustada. Si la presionaba un poco, quizá accediera a venderles la casa.

Y esa historia terminaría, y cada cual volvería a su vida.

Se pasó la mano por la cara e hizo una mueca. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Los pensamientos desfilaban por su mente a un ritmo frenético. Si Angelica vendiera sus tierras, si se marchara por donde había venido, todo sería como antes...

No.

Era un rechazo insensato. Absurdo. Pero él no era una persona lógica, ya no.

Siguió mirándola. Los dibujos que trazaba con los dedos, como antiguos conjuros. Sus ademanes bruscos. Su valentía.

Siempre le había fascinado esa faceta suya.

Entonces algo empezó a agitarse en su interior, incrementando el malestar que sentía en el estómago. Se la veía tranquila. Parecía haber superado el mal rato. Pero él la conocía, sabía que se estaba cerrando en sí misma. Y se quedaría en ese mundo donde solo existía ella hasta que llegara hasta el fondo de ese asunto. Lo sabía porque, una vida antes, era a él a quien acudía cuando

estaba mal y ya nada parecía tener sentido.

–A mí me lo puedes contar –le susurró en voz muy baja. Solo para ellos dos. Solo para ella.

Angelica levantó la cabeza de golpe, y luego hizo un gesto negativo. Una mueca le retorció los labios. Se levantó de un salto. La silla cayó al suelo con violencia, quebrando el silencio de la casa. Nicola la alcanzó cuando ya estaba en la puerta. La agarró, obligándola a volverse.

–¡Déjame! ¡Déjame!

Obedeció. Pero no dejó de mirarla ni de seguirla. Y cuando ella apoyó la cabeza en la pared, estallando en sollozos, Nicola se quedó a su lado sin tocarla, hasta que ella se enjugó las lágrimas con las palmas de las manos.

–¿Te encuentras mejor?

Angelica asintió. Ahora respiraba hondo.

–Perdona, no sé qué me ha pasado. Soy patética.

Nicola inclinó la cabeza.

–¿Puedo sentarme a tu lado?

Angelica estaba en el primer peldaño de la escalera que llevaba a su habitación. Se apartó para dejarle sitio. Cuando él se sentó, ella se tapó el rostro con las manos.

–No sé por qué me he puesto así.

–Vamos a ver... Un desconocido llama a tu puerta en plena noche y, antes de irse, te aconseja, por decirlo de manera eufemística, que dejes tu casa. Que es lo único que posees en este mundo y que para ti tiene un enorme significado. No, en efecto, no veo en ello nada que pueda preocuparte. –Le gustó oír la resoplar, había echado en falta ese sonido. Había echado en falta muchas otras cosas–. ¿Puedo preguntarte algo?

Angelica suspiró, cerró los ojos un instante y apoyó la cabeza en la pared.

–Dime.

–¿Por qué nunca volviste?

Angelica se puso tensa. Su instinto le sirvió de guía, le sugirió que alejara a Nicola de sí. Era el momento idóneo si quería liberarse de él de una vez por todas. Como había hecho con todos aquellos que se habían acercado demasiado a ella, que habían empezado a hacerle preguntas y a pretender respuestas. Podría decirle cualquier cosa, inventarse quizá algo mezquino. Él la despreciaría. Y la dejaría en paz. Angelica conocía ese juego. Lo había jugado muchas veces.

Pero él no era como los demás.

Él la entendía.

Él estaba ahí, con ella, y le sonreía.

En ese momento supo que no lo rehuiría. No haría lo necesario para que la odiara. Eso no lo habría soportado.

No se quedaría sola otra vez.

Ya no quería estar sola.

Se humedeció los labios. Buscó las palabras, una a una.

–Mi madre llegó inesperadamente, eso lo sabes. No pude hacer ni la maleta. Ella no quería que me llevara nada.

Nicola apretó las mandíbulas.

–Y después, ¿por qué no contestaste a mis cartas?

Angelica frunció el ceño.

–¿Tus cartas? ¿Qué cartas?

–Te escribí muchísimas.

El silencio se instaló entre ellos.

–Nunca las recibí. Yo no escribí nunca, ni a Jaja siquiera, nunca le conté nada de mí. Mi madre me dijo que estaba muerta.

–¿Qué? ¿Estás de broma?

Al ver que ella no le contestaba, movió la cabeza con un gesto de incredulidad. Permanecieron en silencio, mientras los recuerdos de esos días desfilaban ante ellos.

–Pero te llamé.

–¿Qué? ¿Cuándo?

Angelica suspiró, y entonces una sonrisa suavizó su expresión.

–Una semana después... Respondió al teléfono tu hermano.

Claudio. El muy hijo de...

–Nunca me dijo nada.

–Quizá pensara que no era importante, que era una de tus amigas.

No, claro que sabía que era importante, maldito Claudio.

–La única chica a la que frecuentaba entonces eras tú, Angelica. Deberías haberlo sabido.

Angelica apartó esas palabras: las escucharía más tarde, decidió, cuando hubiera recobrado la calma suficiente para darles el valor que tenían. En ese momento no era dueña de sí misma. Se le agolpaban en la mente cosas absurdas. Acciones de las que podría arrepentirse más tarde.

–Ya. Debería haberlo sabido. –Hizo una pausa–. No soportaba ese mundo. No era capaz de comer ni de dormir. No recuerdo haberme sentido nunca tan desesperada. Me parecía estar en una burbuja. Dentro estaba yo, y fuera, todos los demás.

A Nicola casi le pareció verla con quince años, sola, sin amigos, sin todo aquello que había dado sentido a su vida. Se tomó su tiempo para observarla, y lo que vio no le gustó.

Él tenía casi veinte años cuando abandonó Cerdeña para trasladarse a Milán. Y se marchó con Claudio. Su hermano estudió en el Politécnico, la misma universidad donde se matriculó él también. Le presentó a mucha gente. Pero, aun así, le costó integrarse. Recordaba perfectamente las largas tardes pasadas recorriendo la ciudad llena de gente, sintiéndose más solo de lo que nunca lo había estado.

Le besó la mano y, cuando ella apoyó la cabeza en su hombro, se la apretó con fuerza y entrelazó los dedos con los suyos, como siempre le había gustado hacer.

–Volveré –dijo entonces, levantándose.

Angelica se echó a reír.

–Eso parece una amenaza.

Él también sonrió. Y, por un instante, lo que dura un parpadeo, le pareció que volvía a ser un muchacho y que aquella a la que abrazaba era la chica más guapa que había visto en su vida, una chica especial, que le hacía sentirse un gigante y volvía único cada minuto que pasaban juntos.

Pero la realidad era muy distinta.

Y ellos ahora eran adultos, diferentes, dos personas con sus propias vidas y sus propios problemas. Se separó de ella a regañadientes.

Mientras volvía a su Land Rover, pensó en lo que no le había dicho. En la propuesta que no le había hecho.

Claudio se enfurecería.

Se encogió de hombros. Qué se le iba a hacer, ya se ocuparía de su hermano más tarde. De un modo u otro, encontraría una solución.

Después de todo, ese era su oficio. Encontrar soluciones.

Entonces le volvió a la mente la conversación que había tenido con Claudio hacía unos días. Un condenado idealista, así lo había definido. Y era verdad. Había sido un idealista. Cuando eligió hacerse ingeniero ejecutivo, quería crear, mejorar. Encontrar alternativas. Era lo que siempre había querido hacer.

Y en cierto sentido era lo que había hecho. Pero de sus éxitos solo se habían beneficiado su cuenta corriente y la empresa para la que trabajaba.

Ahora sin embargo las cosas habían cambiado. Ahora era consciente de lo devastadoras que podían ser las consecuencias de una decisión precipitada, tomada sin tener en cuenta todos los detalles.

Giró de repente y aparcó en la plazuela. Por debajo de él, el mar era una infinita extensión azul que se juntaba con el cielo. Sentía náuseas.

Eso era el pasado, pensó. Era lo que había dejado atrás.

Ya no tomaría más decisiones que pudieran destruir la vida de nadie. Claudio se recuperaría de alguna manera. Él se encargaría de ello. Juntos encontrarían una alternativa.

Se tocó la barbilla. Debería afeitarse, pensó. Debería marcharse a casa.

En lugar de eso se quedó frente al mar, demorándose en pensamientos, reflexionando sobre lo que se le escapaba, pensando en la mujer que había vuelto a poner su mundo patas arriba.

Y si en el pasado eso había sido posible, porque ambos eran muy jóvenes, y lo que los había empujado el uno al otro era la atracción y el instinto, ahora las cosas eran distintas. Ahora eran dos adultos y, por si eso fuera poco, dos extraños.

Dejó de pensar en ello cuando comprendió que no había ni una pizca de razonamiento lógico que justificara lo que estaba sintiendo. Decidió pasar la noche en el barco. Necesitaba aclarar las ideas, necesitaba sentir el mar a su alrededor.

No alcanzaba a comprender cómo, habiendo pasado tantos años, podía Angelica tener aún tanto poder sobre él.

Y entonces comprendió que no se trataba de eso. O, mejor dicho, no ponía en duda la atracción que sentía por ella. Habría sido absurdo pretender lo contrario, dado lo hermosa que era. Lo que de verdad lo había turbado había sido poder ver de nuevo las cosas, inesperadamente, de idéntica manera a como las veía cuando era un muchacho.

Cuando todo tenía sentido y él estaba lleno de sueños y proyectos.

18.

Miel de trébol (Trifolium spp.)

Suave, huele a hierba fresca y a flores recién abiertas. Es la miel de la delicadeza y estimula la fantasía. Sabe a plátano y a caramelo de tofe. De color marfil, casi blanco, su cristalización es fina.

Había mucha gente por la calle esa mañana. Angelica sentía que la seguían con la mirada. Contestó a algún que otro saludo y hasta le devolvió la sonrisa a un par de niños. Después, en un momento dado, cuando entraba en una panadería, le pareció que era una mañana normal y corriente en un lugar normal y corriente. Y se sintió más ligera.

–¿Qué le pongo?

–Quisiera pan *carasau*. –Nunca había llegado a olvidar el pan de su infancia. Con la miel de Margherita estaría riquísimo, pensó mientras la dependienta los colocaba de uno en uno en la bandeja.

–¿Angelica Senes? ¿Eres tú de verdad?

Levantó la cabeza y miró a la mujer que acababa de entrar en la tienda.

–¿Te acuerdas de mí? Soy Silvia Parra, fuimos juntas al colegio.

Claro que se acordaba de ella.

–¡Hola!

La mujer fue hasta ella y, después de abrazarla, le estampó un par de besos en las mejillas.

–Me dijeron que habías vuelto, pero verte así, en mi tienda... ¡Qué sorpresa y qué alegría, de verdad! ¿Te apetece un café? ¿Cómo estás? ¿Te has casado, tienes hijos? ¿Es verdad que vives en la casa de Margherita Senes? ¿Piensas quedarte?

En el pasado, en una circunstancia como esa, Angelica habría huido, habría encontrado la manera de eludir las preguntas y habría echado a correr. Pero se

quedó allí, frente a Silvia y su torrente de palabras.

–Sí, me quedo en Abbadulche. –Esa afirmación la llenó de euforia. Por fin tenía su lugar en el mundo. Tenía planes, tenía un futuro.

–La tienda es mía –dijo Silvia, señalándole las paredes de colores–. La abrí hace un par de años y me va bastante bien. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

–A la miel. Trabajo con las abejas.

Silvia hizo un gesto de sorpresa.

–¿Ya has empezado? Porque me lo preguntan muchos clientes, sobre todo en verano. Podría mandártelos, ¿sabes? Con Margherita lo hacíamos así.

–¿Os habíais asociado?

Silvia frunció el ceño.

–No, pero bueno... Funcionaba el boca a oreja. Yo hago pan, Margherita producía miel, Alberta y Cinzia tejen mantelitos en su telar. Y hay otra mujer, Pina. Es un poco especial...

–Sí, sí. Vive con su madre en la casa de la colina.

–Eso es, son ellas. La madre, Gigliola, hace unos tejidos espléndidos, y Pina pinta objetos de cerámica. No te imaginas lo bonitos que son. Es un poco extraña, ¿sabes?... Pobre criatura, pero sus obras son maravillosas.

Angelica asintió.

–Sí, las he visto.

–Pues eso, que nos ayudamos como podemos.

Cuando volvió a casa, Angelica iba cargada de paquetes. En parte eran compras, y en parte regalitos de su amiga.

Había sido agradable charlar con Silvia. «Y ¿te acuerdas...?» Esa había sido la frase que más se había repetido. «¿Te acuerdas...?» Angelica seguía trastornada y algo perpleja por lo que le había pedido su amiga al despedirse.

–¿Puedo ir a visitarte? Siempre he querido ver esa magnífica casa, pero nunca tuve el valor de pedírselo a Margherita.

–¿De verdad?

–Sí.

–Nunca me lo habías dicho.

Silvia sonrió.

–Es que eras tan reservada...

Esa confesión la dejó sin palabras. Estuvo dándole vueltas el resto del día. De niña se había vuelto reservada, no había tenido más remedio. El colegio había sido una pesadilla para ella. No conseguía entender a esos niños que se

burlaban de ella, de su ropa confeccionada a mano y de lo que contaba sobre los corderitos, las abejas y las flores. Y de las conchas que de vez en cuando le llevaba a Adele, la maestra. O del viento que contaba historias, o del olor de las cosas, que ocultaba los secretos. Y ¿qué podía saber de la vida en comunidad alguien que en su casa no tenía teléfono ni televisión?

Angelica se había adaptado. Ella sola. Y así, sin darse cuenta, había sido ella misma quien había dejado fuera de su vida al resto del mundo. Para su sorpresa, durante la conversación con Silvia había descubierto que sus compañeras de colegio no la despreciaban en absoluto, como siempre había creído. Al contrario: la envidiaban. En parte por su amistad con Nicola, que era el chico más guapo y rico de la isla, y en parte porque vivía en ese antiguo caserón, tan extraño y misterioso. La casa de una mujer a la que todos consideraban con respeto y cierto temor.

Había también otra cosa que la había fascinado: la pasión de Silvia por su trabajo, esa libertad de soñar a lo grande. No había percibido ningún temor en lo que le contaba, ni rastro de amargura o de anhelos frustrados. Esa mujer amaba su trabajo. Tenía grandes planes para su tienda, sueños, ambiciones. Quería que el pan volviera a ser el alimento especial que había sido en el pasado.

Angelica recordó entonces el Cuaderno de la miel. Había algo apuntado sobre el pan. Se prometió nuevamente buscarlo y enseñárselo a aquella que, se daba cuenta ahora, era su primera amiga en Abbadulche.

Cuando Nicola la llamó, sintió que se moría de ganas de contárselo todo. Y estaba a punto de hacerlo cuando reparó en su tono de voz y en lo cansada que sonaba su respiración.

—¿Estás seguro de que va todo bien?

—Sí, gracias. ¿Te apetece que nos veamos mañana?

Claro que le apetecía. Si hubiera dependido de ella, se habrían visto de inmediato. Pero él quizá tuviera otros compromisos. Esa idea le ahogó parte de la alegría del día.

—Si quieres... —Se mostró fría a propósito. Y, cuando él colgó, se trató a sí misma de estúpida. ¿Cómo era posible que le hubieran bastado un par de días para convertir a Nicola en dueño de sus pensamientos?

¿Qué ideas se estaba metiendo en la cabeza?

No podía contar con él. Por mucho que se muriese de ganas de invitarlo a volver a su casa, no podía hacerlo. No era el chico del que se había

enamorado hacía tanto tiempo. Ahora era un hombre. Un extraño.

Pasó la mañana siguiente tratando de mantenerse ocupada. Una tras otra, visitó las dependencias de la casa que aún no había visto, hizo inventario de todo cuanto necesitaba para las abejas y para la casa, y después se puso a pensar en la niña que había encontrado en las colmenas. Se lo comentó también a Sofia cuando su amiga la llamó por teléfono. Pero de la intrusión que había sufrido y de las amenazas no le dijo una palabra.

No quería pensar en lo que había ocurrido, no quería que la idea rastrera del intruso se insinuara en su vida. No quería dedicarle ni un minuto siquiera.

Entonces pensó en Nicola. Porque, pese a su intención de mantenerlo a distancia, era su rostro el que veía en los momentos en que bajaba la guardia. Y su sonrisa, y su manera de hablar.

Los cuadros de miel estaban llenos. Angelica los levantó con la palanca, luego metió el índice en el panal y probó la miel. Milflores, con un regusto de asfódelo. Contó los cuadros. Había más de treinta, una buena cosecha. Ya había trasladado los de las demás colmenas al interior del almacén.

En el pasado allí estaba el laboratorio de Margherita.

Jaja desmelaba los panales, y una bomba transportaba la miel por un tubo de goma hasta depositarla en los melificadores de acero. Allí la miel se decantaba, es decir, se separaba. La cera subía, y la miel, más pesada, se acumulaba en el fondo del contenedor. Una vez lista, solo quedaba envasarla.

Pero la que Margherita regalaba, la primera miel de la cosecha, la obtenía cortando los panales espontáneos que las abejas construían en periodos de gran abundancia como el de la enjambrazón.

Entonces cortaba en pedazos la cera llena de miel y la guardaba en grandes tarros de cristal.

—Esta para el doctor Nieddu, esta para don Piludu, porque la miel le hace decir una misa más amable.

—Pero si tú no vas a misa, Jaja.

—Es verdad, pero el cura la necesita. La miel lo hace todo más fácil. Es en parte para la lengua y en parte para el alma, recuérdalo, Angelica. La miel endulza sin matar los sabores, los realza, y si la añades al aceite y a la sal,

pierde algunas de sus características pero adquiere otras. Entonces se vuelve aromática y una valiosa ayuda en la cocina.

Un ruido quebró el hilo de sus recuerdos. Hizo un gesto de sorpresa y sonrió, pero no se volvió. Sabía quién se había reunido con ella en el apiario. ¡Por fin! La idea de que la niña hubiera vuelto con ella y con las abejas la llenaba de alegría. Y, en esos días, después del intento de intrusión, estaba muy necesitada de alegría.

Dejó que la niña se le acercara, que se sintiera cómoda. Empezó a canturrear. Ahora las abejas volaban en armonía a su alrededor. Era una noche muy cálida, y el perfume de las flores de asfódelo flotaba en el aire, dulce y salvaje como el de la niña. Las hojas crujían bajo sus piecitos. La oyó acercarse, intuyó su indecisión. Los pasos de la niña le indicaron también el instante exacto en el que decidió confiar en ella. Pero Angelica siguió trabajando con las abejas.

–Señora reina, queridas abejas, lo habéis hecho muy bien. La miel que habéis producido es muy buena.

Sacó un trocito de panal y, sosteniéndolo con cuidado entre los dedos, se volvió ligeramente. Ahora tenía la mano tendida hacia la niña, que la miraba con recelo y avidez al mismo tiempo.

–Toma, está riquísima. Prueba y verás.

Esperó nerviosa. Pasó un minuto, y después otro. Cuando la niña se decidió a tomar de su mano el panal nacarado y nuevo, sonrió y se volvió, reanudando su tarea. Debía mostrarse paciente. No quería asustarla.

–Deberías ofrecerles un poco a las abejas, ¿sabes? Cuando se comparte lo que se tiene con los demás, los ángeles sonrían, y todo el mundo está contento.

–Esa antigua máxima surgió de su pasado. Jaja solía decírsela.

Siguió canturreando.

–Esto es un cuadro de miel, se pone en la colmena para recoger la miel. Y eso de ahí –prosiguió, señalando la colmena– es la parte inferior, y se llama nido. Hay que tener mucho cuidado con el nido. Es el corazón de la colmena. Ahí vive la reina, con sus nodrizas y la nidada.

La niña se había acercado un poco más. Paso a paso, había llegado a su lado. Angelica se aventuró a mirarla y se le aceleró el corazón. Ahora que la veía bien se dio cuenta de que debía de tener unos siete años. Vestía una vez más la misma camiseta amarilla manchada de tierra por delante. Pero el

cabello, sobre todo... ¡Ah, el cabello era un auténtico desastre!

–Apuesto a que te has revolcado en la playa de las algas –le dijo con complicidad–. Lo más divertido es cuando aterrizas junto al agua.

La niña hizo un gesto de sorpresa, y una sonrisa reveló una ventanita entre los dientes. Angelica contuvo el aliento. Sintió moverse algo dentro de su pecho, como una leve caricia. ¿Se podía uno enamorar tan fácilmente de alguien? ¿Era lo mismo que le había pasado a Jaja con ella?

–Yo me llamo Angelica, ¿y tú?

La niña seguía sin hablar, y ahora ya tampoco sonreía. Desvió la mirada de Angelica a las colmenas, y alargó la manita. Estaba pegajosa.

–Puedes quedártelo, es tuyo –le dijo.

La niña estaba indecisa. La miel le chorreaba entre los deditos. La mirada de Angelica se iluminó.

–¿Quieres ver una cosa? –No esperó su respuesta. Tomó a su vez un pedacito de panal, se lo puso en la mano y la alzó. Empezó a cantar, y las abejas no tardaron en posarse sobre el panal, chupando toda la miel.

–Eso es, así, muy bien –le dijo a la niña, que había copiado su gesto. No tenía miedo, al contrario, levantaba la manita aún más alto, para que las abejas pudieran llegar cómodamente hasta ella. Con un pellizco de emoción, Angelica terminó su canto. Le latía con fuerza el corazón, el pasado le indicaba el camino. El recuerdo se elevó primero de su alma, lo sintió extenderse, conmoviéndola, y llegar hasta su corazón.

Se acercó a la niña y se arrodilló delante de ella, para que sus miradas estuvieran a la misma altura. Era fácil, sabía qué debía hacer y cómo. Y en ese momento comprendió que sabía todo cuanto necesitaba enseñarle a la niña. Jaja no había podido darle toda su sabiduría, María se la había llevado a Roma demasiado pronto. Había muchas cosas que no sabía, demasiadas. Durante muchos años había creído estar incompleta, como si le faltara algo, pero quizá estuviera equivocada. Quizá lo que Jaja no le había dicho se lo hubiera enseñado de todos modos. Y ella lo custodiaba en su interior en forma de recuerdos, relatos e imágenes. Porque eso también, lo que había visto de niña, lo había conservado sin saberlo, y poco a poco se había depositado dentro de ella, formando una experiencia, pasiva, desde luego, pero experiencia al fin y al cabo.

La casa estaba sumida en el silencio. *Pepita* estaba hecha un ovillo sobre los cojines junto a la chimenea de piedra, a un lado de la cocina. Se había acostumbrado a la casa. Era como si hubiera nacido allí. Angelica le hizo una caricia y calentó agua. Eligió la infusión y la puso en el agua caliente. Después fue a la habitación de Jaja. Abrió el armario y miró dentro. En las baldas había cinco cajas de cartón. Sacó una que contenía decenas de hojas cubiertas con una caligrafía diminuta. Mientras las rozaba con los dedos, el perfume de la mujer la envolvió, y le pareció sentir su presencia. Sonrió y pensó una vez más en la tarde y la velada que había pasado con Nicola.

—Nunca lo creerías, Jaja. Nicola Grimaldi y yo de nuevo juntos... imagínate. Su padre se estará revolviendo en su tumba.

Recordaba con precisión las dos únicas veces que había coincidido con Guido Grimaldi. Había sido ahí mismo, en el jardín de la casa de Margherita. Había venido a acompañar a su esposa. Maria Antonia era una mujer delgada, delicada. Nicola había heredado de ella la expresión de los ojos, pero todo lo demás le venía de su padre: el porte altivo, la fuerte complexión y su capacidad de perforar con la mirada.

La señora le había sonreído y le había regalado un jersey, el mejor que había encontrado de entre el montón que había preparado para Jaja; su marido, en cambio, había entregado la carga y, tras llevarse la mano al sombrero en un gesto de saludo, se había vuelto al coche a esperar allí a su mujer. No se dignó mirar a Angelica ni un momento.

En esa ocasión comprendió el verdadero significado de la palabra desprecio. *Desprecio* es cuando alguien no pierde ni un segundo de su tiempo en mirarte, porque no vales ni ese esfuerzo siquiera.

La hoja tembló un momento entre sus manos, y después Angelica dejó que se deshilara el hilo del recuerdo y retomó su lectura. Con los años había entendido que la gente podía despreciarte solo si tú se lo permitías. Había perdido esa costumbre anclada en su alma de niña. Había adquirido otras, sin embargo. Eran las reglas de Jaja. Cada persona es única, no existen dos iguales en el mundo, pero todas merecen el mismo respeto. Esa era la noción de diversidad e igualdad absoluta que Margherita Senes le había enseñado. Jaja también le había enseñado otra cosa: nadie podía obligarte a estar en la vida de nadie, si no querías, nada te impedía marcharte. No debía pensar jamás en cambiar a los demás. Era una tontería: la gente no cambia.

Angelica siguió leyendo. La hoja contenía historias y leyendas sobre las Janas, pequeñas hadas sardas que tejían el oro y dispensaban justicia según sus propias normas. Angelica estaba serena. Alzó la mirada hacia la cama de Jaja, hacia las paredes altas y las flores en los cuadros, y luego volvió a mirar el armario y su valioso tesoro.

Ahora ella también poseía una casa preciosa y varios apiarios. Ahora el señor Guido sí posaría sus aristocráticos ojos sobre ella. Solo que eso a ella le daba completamente igual. Esa idea le hizo sonreír. La vida le había enseñado a depender solo de sí misma, de sus propias capacidades. Y sobre todo a darles a las cosas su justo valor. No le interesaban las apariencias. Lo que le importaba era la esencia de las cosas. Una manta hecha de retales calentaba lo mismo que una de seda. Al final, lo que contaba cuando se tenía una manta en las manos era el calor, no la belleza, ni la urdimbre, ni el tejido. Esa era la única verdad que de verdad contaba para ella. Y eso también se lo había enseñado Jaja.

Las Janas no tardaron en volver a ocupar sus pensamientos. En la isla de Cerdeña había un bosque que se abría sobre las orillas del Tirso y proseguía hasta el castillo de Sanluri. En el corazón de ese lugar, mujercitas de brillantes vestidos, resplandecientes como los rayos del sol, cantaban y bailaban ligeras. Vivían en casas excavadas en la roca porque venían de la tierra y eran sus sacerdotisas.

Qué bonita historia, pensó Angelica. Alcanzó la caja de las fábulas, la llevó hasta la cama de Jaja y prosiguió la lectura recostada sobre la almohada. Siguió leyendo hasta que las palabras se desvanecieron, las pequeñas hadas salieron de las páginas y se la llevaron consigo entre prados floridos, alfóncigos perfumados y nudosas ramas de níspero. Y el viento, el viento incesante que olía a mar y a miel, la embelesó.

19.

Miel de alfalfa (Medicago sativa)

Tiene un aroma intensamente vegetal, a hierba y heno. Es la miel del buen humor y la jovialidad. Ayuda a no perder el ánimo. Sabe a mosto y a vino nuevo, a baladas y danzas campestres. De color claro, forma finos cristales.

—¿*Lorenzo*? ¿Por qué lloras, cachorrillo? Estate tranquilo. No dejaré que te vuelvan a poner la cadena, te lo he prometido, ¿recuerdas?

Masculló estas palabras y, al ver que el perro seguía gimiendo, Angelica alargó la mano y buscó a tientas al animal. Eso no era el pelo de *Lorenzo*, sino la fría colcha. Abrió un ojo, seguido del otro, y se sentó en la cama de Jaja.

—¿Qué pasa? —murmuró, mirando en derredor.

Lorenzo ladraba y gruñía, *Pepita* se había refugiado en lo alto de la cómoda, con el pelo y el rabo erizados. Angelica se bajó de la cama de un salto, tropezó con sus propios zapatos y, entre maldiciones, corrió hacia la puerta. Había alguien fuera. Esa idea le cruzó la mente como un rayo.

—Maldita sea, esta vez llamo enseguida a la Policía —masculló, manejando torpemente el móvil y con el corazón a punto de estallarle dentro del pecho. Si no le temblaran tanto las manos...

El perro seguía gruñendo. Angelica vio moverse hacia abajo el picaporte. No podría entrar, se dijo, retrocediendo. Nicola había cambiado todas las cerraduras y comprobado los marcos de las puertas. Eran sólidos, se lo había asegurado. Quienquiera que estuviera ahí fuera no podría hacerle daño, se repetía una y otra vez. Luego calló. Su respiración se hizo más rápida todavía, las piernas le pesaban como el plomo. Por un instante, mientras miraba la puerta, mientras sabía que alguien ahí fuera quería entrar a hacer quién sabía qué, los objetos se pusieron a temblar en la oscuridad, y sus contornos se desdibujaron, volviéndose líquidos.

Fue el ladrido de *Lorenzo* lo que la sacó del trance. Respiró hondo. No la

asustaría, quienquiera que fuese no conseguiría echarla de allí. El picaporte dejó de moverse. Angelica siguió mirando la puerta. El tiempo pareció detenerse. No podía quedarse ahí parada, no podía dejarse aterrorizar así. Avanzó un paso, el suelo estaba frío bajo sus pies. Apretó el móvil con fuerza y trató de calmarse. No llamaría enseguida, trataría de ver al intruso. Tragó saliva, estaba preparada. Apartó las cortinas despacio, con mucho cuidado. Le bastaría con una rendija, solo tenía que sincronizar el movimiento.

Inspiró, contó hasta tres y entonces pulsó el interruptor de los focos exteriores y abrió de par en par las cortinas. Quería verle la cara a quien trataba de echarla de la casa de Jaja.

De su casa.

Y lo vio, pero ya estaba lejos: una silueta hosca, alta y grande. Desapareció en la parte más oscura del sendero, junto a las adelfas.

–¡Malnacido! ¡Maldito malnacido! –gritó. Agarró el picaporte y lo giró. Entonces se detuvo, con un solo pensamiento en la cabeza: *Lorenzo* se lanzaría tras él. ¿Y si el intruso tenía un arma?

Soltó la puerta como si el metal quemara. El perro seguía gruñendo, golpeando el suelo con las patas y ladrando furioso. Angelica retrocedió, un paso después de otro. Cuando sintió los escalones a su espalda, se dejó caer sentada. Su respiración seguía agitada, la náusea le atenazaba el estómago. Lo había visto, estaba ahí, un hombre, un malnacido que por segunda vez se había colado en su propiedad. Sabía que ella se encontraba en casa, la caravana estaba aparcada fuera, pero eso no lo había detenido. ¿Habría pintado en su puerta otro mensaje? ¿Otro «lárgate»?

El miedo le dejaba un sabor amargo en la boca, del que se zafó con rabia.

–¡Piensa, piensa, maldita sea! –se dijo.

No se dejaría pisotear, no permitiría que la asustara. Debía utilizar ese miedo que se le había anidado dentro para reaccionar, debía dirigirlo contra ese hombre.

Y lo hizo, lo sacó de los rincones más remotos de su alma, donde se había escondido, y lo transformó en rabia.

Su primer pensamiento fue para Nicola. Sus dedos corrieron al móvil. Estaba marcando el número cuando se detuvo. Sacudió la cabeza y se pasó la mano por la cara.

No podía hacerlo. Por más que quisiera, no podía.

La Policía, entonces... Marcó el número y se quedó mirándolo. El peligro

había pasado, iría a poner la denuncia al día siguiente.

Esa noche debía apañárselas sola. En el fondo, era lo que siempre había hecho, ¿no?

Se acurrucó en los escalones, con la mirada fija en el suelo. Tenía que respirar, tenía que calmarse.

—No pienso irme, ¿te enteras? ¡No pienso irme! —gritó de repente. Y siguió haciéndolo hasta que le dolió la garganta.

—Angelica, abre, soy yo. ¡Maldita sea! Angelica, abre.

La voz de Nicola la sobresaltó, los golpes resonaban sobre la madera. Se lanzó hacia la puerta y la abrió de par en par.

—¡Nicola! —murmuró, arrojándose a sus brazos.

Él la abrazó.

—Gracias, Dios mío —susurró—. ¿Estás bien? No has abierto, ¿verdad? —La sujetaba por los hombros, mirándola a los ojos, palpándole la piel y el cabello.

Su expresión era gélida, terrible.

Angelica se dejó acunar. Era tan fácil abandonarse, era tan sencillo perderse en ese abrazo. Y entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Separarse de él y retroceder le costó un mundo.

—¿Cómo lo has sabido, cómo es posible...?

Él la miró.

—Ha saltado la alarma.

—¿Qué? —susurró ella, estupefacta—. ¿Qué alarma?

Nicola no le contestó. Se limitó a pasarse una mano por la cara, mientras con la otra seguía agarrándola con fuerza de la camiseta.

—¿Has mandado instalar una alarma en mi casa? —le preguntó Angelica.

—Era la única manera.

—La única manera ¿de qué?

Nicola no le contestó, siguió mirándola y tocándola. ¿Qué habría podido decirle? ¿Que las cosas habían llegado ya demasiado lejos para poder dar marcha atrás? Lo había intentado. Había hablado con Claudio, pero en ese maldito proyecto de la aldea turística había involucradas demasiadas personas, demasiados intereses, gente dispuesta a todo para echarla de allí. Y

eso sin contar con que la alternativa, lo que se verían obligados a hacer si las cosas no salían según sus planes, sería un desastre de todos modos: significaría la quiebra de la empresa, mucha gente perdería su puesto de trabajo.

—¿Y no se te ha pasado ni remotamente por la cabeza que, como mínimo, deberías haberme informado?

—Pensaba decírtelo.

—¿Cuándo, cuándo pensabas hacerlo?

—¿Por qué me preguntas cosas obvias?

—¿Qué respuesta era esa?

—Quiero saber cómo te las has apañado para llegar tan pronto. —Él calló—. ¿Has hecho que suene la alarma en tu casa? Pero aun así deberías haber tardado media hora por lo menos. No es posible.

—Estaba en el barco.

En ese momento Angelica reparó en que Nicola tenía el torso desnudo. Solo vestía un pantalón vaquero y unos zapatos, como si algo lo hubiera hecho saltar de la cama.

Y eso lo explicaba todo. Lo miró a los ojos y por fin comprendió.

—¿Desde cuándo duermes en el barco?

Él no le contestó enseguida.

—¿Qué importa eso?

—No has vuelto a tu casa. Te has mudado a tu catamarán para vigilarme.

—Yo vivo en mi barco.

Angelica negó con la cabeza.

—¿Qué?

—He dicho que esa es mi casa. Yo vivo en el *Maestrале*.

No lo creía, no lo creía en absoluto.

—No necesito un guardián, sé cuidar de mí misma.

—Nunca he pensado lo contrario.

—Mentiroso.

Nicola estaba perdiendo la paciencia. La descarga de adrenalina que mantenía a Angelica en pie pronto dejaría de hacer efecto. Decidió adelantarse.

—¿Piensas dejarme aquí en la puerta, o vas a invitarme a entrar?

Angelica retrocedió y le volvió la espalda.

—Haz lo que quieras. Yo me voy a la cama.

Echó a andar; le pesaba el corazón y tenía un nudo en la garganta. Cuando llegó a la escalera, sus piernas eran de plomo, y le ardía la garganta. Se le pararon los pies, volvió apenas la cabeza. Nicola estaba inmóvil al pie de la escalera, mirándola.

—¡Ni siquiera sé quién es! ¿Por qué demonios quiere que me vaya?

Él no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que se acercó y le acarició el rostro. Angelica intentó rechazarlo, pero Nicola fue más rápido. La tomó entre sus brazos. Su cuerpo era cálido. Y ella se moría de frío. La besó, un beso largo y suave.

—Subamos. De todo lo demás hablaremos mañana.

20.

Miel de tilo (Tilia spp.)

Fresca y aromática, recuerda a la flor de la que proviene. Es la miel de la decisión, fortalece la voluntad. Sabe a menta y al agua de ríos profundos.

De un intenso color dorado, forma cristales espesos de grano grueso.

El cartero le entregó la carta certificada. Angelica lo observó alejarse después de firmar el acuse de recibo. Despacho de abogados Ruina de Sant'Antioco... No lo entendía. Volvió a la cocina y, tras abrir la carta, frunció el ceño.

Su primera reacción fue reír, pero al cabo de un momento se le borró la sonrisa de la cara. Con la carta en la mano, salió al jardín. Había colocado la mesa de hierro forjado bajo la glicinia, cuyos racimos de flores colgaban perfumando el aire. Los parterres los tenía como Jaja en tiempos, un poco alborotados. El sendero sí lo había desbrozado.

Esa casa era magnífica, pensó. Preciosa.

Y ahora era suya. El corazón le latía con fuerza y la náusea le atenazaba la garganta. De repente nada parecía tener sentido. Volvió a mirar la carta, las pocas palabras escritas. El viento que soplaba desde el mar eligió ese momento para levantarse.

—¿Por qué no quieren dejarme en paz? —susurró.

Buscó el móvil, se lo sacó del bolsillo y marcó el número que el abogado Ruina le indicaba en su carta.

—Soy Angelica Senes —dijo cuando el abogado contestó—. Tengo en las manos su... ¿cómo quiere llamarla?

—Cuánto me alegra oírla, señorita. Se trata de una propuesta, nada más. Mis clientes solo quieren un encuentro. Cuidaron de la señora Senes en su enfermedad, y ahora se han visto excluidos de la herencia, de manera inesperada, sin explicaciones. En el fondo, su decepción es comprensible.

Angelica respiró hondo.

–Mi primo podría haberme dicho lo que tenía que decirme cuando nos vimos. A estas alturas ya lo habríamos arreglado todo.

–Me alegra oír que sus parientes son importantes para usted. Estoy seguro de que esta situación se resolverá de la mejor manera para todos.

No le contestó enseguida. Con los ojos fijos en la carretera, observaba el ir y venir de los coches y las personas.

–¿De verdad?

–Desde luego. Y, además, señorita Senes, usted podría sumarse al acuerdo que los señores Fenu habían aceptado previamente y que será de gran provecho para todos.

No le gustó el tono amistoso de ese hombre. Era amable en exceso, Angelica ya se había topado con esa actitud en el pasado, cuando el dueño de alguna finca enorme que necesitaba su ayuda había tratado de convencerla de que trabajar para él era un privilegio.

Le temblaban los dedos.

–¿Dónde y cuándo?

–¿Qué le parece mañana, a eso de las once? En cuanto al lugar, lo mejor sería en su casa, para poder concretar los detalles sin más demora.

–Está bien. Nos vemos mañana entonces.

Después de colgar, Angelica se quedó mirando el móvil un instante. ¿Y ahora? ¿Qué iba a hacer?

Marcó el número de Sofia y esperó.

–Hola. ¿Cómo estás?

–Iba a llamarte. ¿Tú qué me cuentas?

Angelica suspiró.

–Mis primos quieren que nos veamos, estará presente su abogado, y temo que la situación pueda degenerar.

Sofia hizo una mueca.

–La verdad es que afrontar eso tú sola... ¿No tienes una amiga, alguien que pueda estar contigo en ese momento?

Sí que tenía un amigo. Bueno, desde hacía unos días era algo más que un amigo. La cuestión era que no sabía cómo afrontar la situación. Y, ya puestos, tampoco a Nicola. Se acercaba a verla todos los días, a menudo más de una vez. Charlaban de cosas sin importancia, se miraban y se reían. Pero ni uno ni otro habían mencionado siquiera la noche que habían pasado juntos la semana

anterior.

A Angelica esa noche la había dejado profundamente turbada.

Nunca le había pasado antes. Nunca había tenido con ningún hombre ese sentimiento de pertenencia total, ese deseo de abandonarse sin temor que había experimentado en brazos de Nicola. No había sido simplemente hermoso. La emoción que la había embargado era tan intensa que aún en ese momento, cuando pensaba en ello, la sentía agitarse en su corazón.

Lo deseaba. Quería revivir esa sensación.

Quería tocarlo, quería abrazarlo, sentir de nuevo sus suaves labios sobre los suyos.

¿Y él?

¿Qué quería él?

Memma recorrió el sendero. Andaba con paso ágil, y en su falda negra se enganchaban las agujas de diente de león, ligeras como plumas. Se paró un momento para colocarse la cesta sobre la cabeza, y echó a andar de nuevo. Sus pensamientos eran fugaces, dirigidos siempre al pasado, dado que a una anciana de su edad ya no le quedaba mucho por delante. Pero esa consideración no la afligía. Se habían marchado todos, Margherita había elegido el mes de abril para dejar este mundo. Y ella había sido la última de tantos. Volvió con la memoria a su amiga más querida. Se la había llevado consigo la primavera. No podría haber sido de otra manera, puesto que ella representaba esa estación. Flores, abejas, renacer y bondad. Memma había conocido a muchas personas en su vida, pero ninguna como Margherita, ni siquiera la vieja Elodia había sido como ella.

–Un gran corazón –susurró–. Pero ni un pelo de tonta, no, señor.

Memma había empezado a hablar sola cuando ya no tenía a nadie con quien comentar sus días, y además hablar con uno mismo no estaba tan mal, al menos no había malentendidos.

Se detuvo para recuperar el resuello. Era increíble, había tenido que pararse ya un par de veces.

–Mala cosa la vejez –refunfuñó.

Un esfuerzo más y llegaría a la cima. Se arrastró con dificultad por el último tramo de camino y, cuando hubo llegado a lo alto, con la espuerta sobre

la cabeza, se sentó sobre una piedra. Delante de ella la casa se recortaba como una certeza. Era grande, de una sola planta, y la torre en el medio la hacía única. Era un pequeño tramo de unión entre las dos alas, y debajo había un arco de piedra. La casa de Elodia Senes, la madre de Margherita, siempre había sido hermosa. La más grande y la más bonita de toda Abbadulche. Nadie tenía una casa como esa. Ni siquiera los Grimaldi. Sus orígenes se perdían en un pasado misterioso. Al parecer la había mandado construir una *istrangia*, una forastera, que iba a allí solo en verano. Siempre venía acompañada de mujeres, nunca de hombres: era una especie de escuela. Había un lugar para cada tarea. Se tejía, se elaboraban panes y dulces, se bordaba, había incluso un cuarto con un torno de alfarería. Memma solo lo había visto una vez que Margherita la llevó. Entonces eran pequeñas las dos. Elodia no se había casado nunca, y esa hija la había tenido fuera del matrimonio. Pero ella era rica, y según qué cosas, si las hacían los ricos, eran menos pecaminosas.

Margherita, sin embargo, no se parecía a su madre. Nunca había sido guapa. Había que mirarla bien para darse cuenta, porque sus ojos eran tan grandes y tan bondadosos que uno se sentía feliz solo de mirarlos, y lo mismo podía decirse de su sonrisa. Margherita era fuerte y hábil. Y eran muchos los hombres que habían querido casarse con ella. Pero ella nunca se había separado de Elodia. No había aceptado a ninguno de sus pretendientes. Esa era la única cosa de Margherita que Memma nunca había entendido. Renunciar a un hombre, a fundar una familia... No era normal.

Ella en cambio enseguida le había dicho que sí a Guglielmo. Y había sido dichosa a su lado, aunque no hubieran tenido hijos. Los únicos niños a los que había abrazado habían sido los de su hermana. Ese era el único gran dolor de su vida, porque ella, al contrario que Margherita, no valía para querer a los demás. Pero a un hijo sí lo habría querido, de eso estaba segura.

Miró hacia el cielo con expresión pensativa.

–Algunas cosas no tienen remedio –dijo entre dientes.

El amor no estaba al alcance de todo el mundo, ni todo el mundo valía para el amor. Y era algo que tampoco se podía aprender. Pero las Senes eran otra cosa, eran otra gente.

Angelica le gustaba, pensó Memma. *Teneva pistoccu in bertula*, como solía decir su madre, que era de Nuoro. Allí las palabras sonaban distinto. Una persona que tenía pan en la alforja... Qué extraña expresión. Pero se entendía lo que quería decir. Era alguien que no se dejaba intimidar aunque se muriera

de miedo, que conocía la diferencia entre las cosas. Y tenía el mismo don que Margherita: cantaba a las abejas y era discreta. No había querido decirle nada más que lo necesario. Y eso estaba bien, nunca le había gustado la gente que se iba de la lengua. *Abbaida, isculta e caglia*. Mira, escucha y calla. Eso también se lo había enseñado su madre. Y era un consejo excelente. Se vivía bien siguiendo esa máxima, las cosas tenían que quedarse entre las paredes de las casas. Y eso quizá fuera lo único que la había separado de Margherita. Porque ella abría su corazón y su casa a todo el mundo. Le gustaba compartir, le había explicado un día. Memma en cambio desconfiaba de la gente, en la vida más valía ser prudente que arriesgarse. Pero Margherita, en cambio, erre que erre. Pensaba que debía ser solo guardiana de los dones que había recibido, para poder transmitírselos a otra persona. Ese era el sentido de su vida. Margherita le había dicho también otra cosa, y quizá tuviera razón: si todos empezaran a arreglar su propio mundo dando pequeños pasos, haciendo pequeños gestos, conseguirían cambiarlo.

Demasiado fácil, tanto que era una locura... Siguió contemplando un rato el horizonte sin mirarlo de verdad, absorta como estaba en sus cavilaciones. Después echó mano de su bolso y sacó una botella de agua. Bebió un sorbo, vertió un poco en el pañuelo y se refrescó la cara.

Ahora ya volvía a respirar con normalidad. Se levantó y echó a andar hacia la casa. No pensaba quitarle ojo a Angelica Senes.

Había sido incapaz de olvidarse de la llamada del abogado. Se preguntó por enésima vez qué querrían de ella los Fenu. Y pensar que todo ese tiempo se había sentido casi incómoda porque Jaja la hubiera elegido a ella como heredera... Es más, para ser sincera, tenía en mente, una vez instalada, donar una parte de las tierras a Giuseppe. Pero al parecer él y su familia habían decidido exigirle esa contribución, casi como si les fuera debida.

Suspiró, quizá fuera mejor así. De ese modo, todos quedarían contentos.

Había empezado a transportar los cuadros de miel en una carretilla y, uno a uno, cuando las abejas se alejaron, los había trasladado a uno de los cuartos de la casa. Justo entonces apareció de nuevo la niña. En un primer momento se limitó a correr entre las colmenas; después, movida por la curiosidad, se puso a seguirla. Pero no muy de cerca, continuaba recelosa. Las pocas veces que

Angelica había tratado de acercarse a ella, la niña había echado a correr. Tenía miedo, Angelica no sabía de qué. Pero conocía esa sensación de temor. Era atávica, sin motivo, por puro instinto de supervivencia, algo que salía de ti cuando el mundo te había traicionado. Conocía bien esa sensación. A ella la había mantenido lejos de todo y de todos. Excepto de las abejas, de Margherita, de su madre y de Nicola.

A él también se había acercado más por instinto que por otra cosa.

Instinto, placer. Le gustaba hasta mirarlo. Le había gustado siempre.

Desde niña lo había seguido con la mirada, lo había deseado como se desea algo que nos gusta y que estamos seguros de que nos haría felices.

A Nicola Grimaldi no se lo veía con frecuencia por el pueblo. Estudiaba en la ciudad, en Cagliari. Pero cuando regresaba a Abbadulche, todos se animaban en su presencia. Había quien lo odiaba y quien lo adoraba, pero cualquiera hubiera hecho locuras por ser visto en su compañía: Nicola Grimaldi representaba para Abbadulche exactamente lo contrario que Angelica Senes.

Y puede que fuera eso precisamente lo que los había hecho inseparables. Eran opuestos, distintos, y se entendían íntimamente.

Hizo un gesto con la cabeza y reanudó su tarea.

No era cansado transportar los cuadros, siempre y cuando los llevara de uno en uno.

Recorría el sendero, con los brazos tensos por el esfuerzo y el corazón alegre, sobre todo ahora que la niña corría y saltaba cerca de ella.

—¿Has visto alguna vez un melificador? —le preguntó sin esperar respuesta—. Es un cilindro de acero en el que una centrifugadora llena de panales gira a toda velocidad. Así se saca la miel sin dañarlos. Una vez vacíos, se devuelven a las abejas para que los llenen de nuevo. La cera es muy valiosa, nunca se debe desperdiciar.

La niña la miraba con los ojos como platos. Angelica le sonrió.

—Las abejas deben consumir grandes cantidades de miel para tener la energía necesaria para producir cera.

Le dieron ganas de reír cuando vio la expresión comprensiva de la niña.

—Tarde o temprano tendrás que contestarme.

—Lo dudo —dijo una voz conocida.

Angelica levantó la cabeza.

—Buenos días, Memma, ¿cómo está?

La vieja hizo una mueca y la adelantó con la cesta en las manos.

–He estado mejor, pero también peor. Así que no me quejo.

Angelica sonrió. Entonces su atención se centró de nuevo en la niña, que había vuelto a esconderse. Ahora estaba de rodillas debajo de la carretilla.

–No entiendo por qué tiene tanto miedo.

Memma siguió la dirección de la mirada de Angelica.

–No tiene miedo. No le gusta el mundo, y ya está. Por eso se rodea de cosas que entiende. Las quiere cerca, le dan fuerza.

–¿La conoce?

Memma frunció el ceño.

–Claro que la conozco. Es Anna, la niña de Giuseppe Fenu. Lo que la convierte en tu sobrina, ¿no?

Angelica se quedó sin habla.

El agua resbalaba por la piel oscurecida por el sol, borboteaba y se recogía en la copa formada por las palmas ásperas, cubiertas de callos. Giuseppe se las miraba sin verlas. Eran otras las imágenes que desfilaban ante sus ojos. Otras las personas que veía. Y estaba ese dolor, esa tristeza. Cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos. Separó los dedos, dejando que el agua llenara el lavabo, y metió dentro la cabeza. Cuando la sacó, su hija lo estaba mirando.

–Anna, maldita sea, ¿dónde has estado?

La niña siguió mirándolo, muda. No le respondería, lo sabía. Giuseppe sintió la oleada de rabia que ya le era familiar. Por un instante estuvo tentado de zarandearla. Pero no conseguiría más que empujarla más al fondo de ese lugar donde se había refugiado tras la muerte de su madre. Sin embargo, como entonces, le pareció que sus ojos, los mismos de Mara, su mujer, estaban llenos de reproches.

–¿No te gusta estar aquí? –le preguntó con dulzura, acercándose a ella.

Anna siguió mirándolo. Giuseppe alargó la mano, pero la niña se retrajo de pronto y, tras otra larga mirada a su padre, se dirigió a la puerta. Él la siguió. Las gotas resbalaban por su rostro como lágrimas. Pero lo que el hombre tenía en el corazón no era tristeza sino rabia, una rabia tan intensa, tan contenida que quemaba como el hielo. Una rabia desolada e infinita.

La niña estaba sentada en el suelo de baldosas. Sucia, descalza, encerrada

en su pequeño mundo de fronteras amplias y gruesas, imposibles de franquear. El mundo del que él ya no formaba parte.

–Anda, estás aquí, pero ¿dónde te habías metido? –le preguntó Mirta con el ceño fruncido.

La niña ni siquiera levantó la cabeza. Lanzaba piedras y las atrapaba al vuelo con la manita, rápida y silenciosa.

La vieja se quedó mirándola un momento, luego se inclinó y, con un movimiento ágil, le arrebató todas las piedras.

–Si las quieres, ven conmigo.

–No deberías tratarla así –le dijo Giuseppe a su madre–. Mara no lo aprobaría.

–Mara está muerta.

Él se retrajo, como si lo hubiera golpeado.

–Que la dejes he dicho, ya me ocupo yo de ella. –Agarró a la niña de brazos de la abuela, haciendo caso omiso de sus protestas–. Quizá haya sido un error volver aquí –le susurró a su hija, quitándole un churrete de barro de la nariz.

Anna no dijo nada. Siguió con los ojos fijos en la mano de la anciana que le había quitado sus piedrecitas.

21.

Miel de tomillo (Thymus capitatus)

Aromática, fresca y de sabor persistente, recuerda a la nuez. Posee un tenue aroma alcanforado. Intensa, de marcada personalidad, es la miel del ímpetu y el entusiasmo. Disipa los temores y ayuda al corazón a dejarse llevar por las emociones.

Esa mañana Angelica se levantó muy temprano y, después de desayunar, decidió buscar los documentos relativos al negocio de apicultura de Margherita. Con un suspiro de alivio descubrió que todo estaba en orden, hasta el laboratorio tenía su autorización correspondiente. Sonrió y empezó a pensar en una etiqueta para pegar en los tarros. Ese proyecto la puso de buen humor.

Aún no había decidido cómo organizar la cría de las abejas, pero sabía que para afincarse en Abbadulche necesitaba unos ingresos fijos, algo que hasta el momento se había asegurado mediante su trabajo como apicultora itinerante.

Si quería tener la posibilidad de quedarse en la isla, tenía que organizarse. Vendería su miel en casa, pensó. Y en los mercados cercanos. Y si conseguía producirla en mayor cantidad, se la podría mandar a su amiga Sofia.

Al final los problemas con la tienda de Aviñón parecían haberse resuelto. Martin le había concedido una prórroga. Pensativa, se dio golpecitos en el labio inferior con el dedo índice. No tenía ni idea de lo que pasaba entre esos dos, pero tenía la impresión de que Sofia había omitido contarle ciertas cosas sobre la relación que la unía a su casero.

Suspiró y devolvió a su lugar la documentación sobre el laboratorio. Regresó a la cocina y, tras poner en un cestito un paquete de galletas, un tarro de miel y otro de polen, salió, cerrando la puerta tras de sí, y enfiló el sendero que llevaba a la colina.

El aroma del trébol era intenso y se levantaba a oleadas al pisar la hierba.

Las abejas volaban de flor en flor, comunicándole con su zumbido una sensación de serenidad. Al llegar a una bifurcación se paró y miró hacia el bosque, en dirección a la montaña. Nicola le había dicho que había visto enjambres espontáneos en los árboles. Tendría que vigilarlos. Quién sabe, quizá sus abejas hubieran partido de ahí. Tendría sentido, pensó. Probablemente hubiera en algún sitio una colonia protegida por las barreras naturales de la isla. Entonces se acordó de la carta de Jaja. *El árbol antiguo..., ese es el término de tu camino.*

Mientras reflexionaba sobre ello, recordó otros detalles. La miel que Margherita recogía en los tarritos pequeños y que después regalaba a quien necesitaba ánimo, suerte y esperanza. La miel negra que inspiraba bonitos sueños y que según Pina y Gigliola daba la felicidad.

¿Y si todas esas cosas estuvieran relacionadas?

Volvió a mirar hacia el bosque. Iría al día siguiente. Y le pediría a Nicola que la acompañara. Sí, decidió. Se armaría de valor y se lo pediría.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se habían visto? Un par de días como mucho, pensó. Pero a ella le parecían semanas enteras. Lo echaba de menos, lo echaba muchísimo de menos. Sentía la necesidad de hablar con él, habría querido contárselo todo. Para ser sincera, le habría gustado hacer mucho más que eso...

Siempre había pensado que su vida de antes, cuando recorría Europa con su caravana, era azarosa. Pero nada comparable con lo que había vivido en las últimas semanas. Al parecer, ese pequeño pueblecito que no llegaba ni a las mil almas, situado en la parte más meridional de la isla de Cerdeña, podía ofrecer más emociones de las que Angelica hubiera deseado.

Cuando llegó a la casita, las vio sentadas en el jardín junto a la mesa de madera. Los gatos fueron los primeros en correr hacia ella.

–Hola, ¿qué quieres? –Pina parecía de buen humor, pero no le gustaban las sorpresas. Angelica reprimió una sonrisa. Había ido varias veces a visitar a las dos mujeres, pero Pina seguía recelosa. No parecía tener nada contra ella, la suya era más una desconfianza dirigida al mundo y a las personas en general. Y Angelica no podía por menos que pensar que tenía razón. A saber qué le habría ocurrido exactamente para que se mostrara tan prudente.

–Hola, Pina. He traído un poco de polen para tu madre. ¿Sabes cómo se toma?

Ella negó con un gesto.

–No.

Angelica saludó a Gigliola, que le sonreía, y se le acercó.

–Buenos días, Gigliola, ¿cómo te encuentras?

–Mucho mejor. Gracias por las medicinas.

Angelica le sonrió.

–Pon una cucharadita de polen en un vaso todas las mañanas. Añádele zumo de frutas o té, lo importante es que esté frío. También puedes ponerle leche. Cuando se haya fundido, está listo para beber. Y sobre todo consérvalo en el congelador. Verás qué poco tardas en recuperar fuerzas. El polen de las flores es un reconstituyente extraordinario.

–Gracias, *filla* mía. Eres como Margherita.

Ese comentario la emocionó y la llenó de alegría. Mientras Pina volvía a concentrarse en sus cacharros de cerámica, Angelica se entretuvo un rato más con Gigliola. Descubrió que, con frecuencia, durante la cosecha habían ayudado a Margherita a sacar los cuadros de miel.

–En cuanto me encuentre mejor, iremos a ayudarte.

–Sería estupendo. –Si pudiera contar con una colaboración continua, podría incrementar el número de colmenas. La idea de montar un negocio apícola en toda regla se le antojaba cada vez más factible. Mientras se despedía de las dos mujeres, decidió hablar de ello con Nicola. Él se había mostrado disponible desde el principio. Había escuchado con atención sus ideas y la había animado. Ahora que lo pensaba, había sacado él el tema. No sabía mucho de abejas, le hacía alguna pregunta que otra y luego se perdía en sus explicaciones con una expresión de asombro y maravilla. Una tarde que parecía más pensativo que de costumbre le preguntó cuántas colmenas eran necesarias para asegurarse un salario, qué tasas imponía el Estado y qué tipo de mano de obra se requería. Le había divertido contestarle, aunque él se había quedado callado, como rumiando sus respuestas.

La mañana era fresca. Así era siempre en junio en Abbadulche; el aire estaba límpido y lleno de aromas intensos ya desde el amanecer. Después el sol incendiaría el ambiente, transformándolo todo.

Angelica se disponía a volver a casa, cuando decidió dar un paseo. De nada servía macerarse en la espera de la cita que tenía con el abogado Ruina y con los Fenu.

Caminó hasta la playa. El azul del mar se le apareció en toda su plácida quietud. Pero era solo apariencia, y ella lo sabía. El mar era un gigante

dormido que respiraba dulcemente y que en un instante podía levantarse y mostrar su aterradora ira. Lo había visto innumerables veces. De pronto sintió el impulso de echar a correr descalza por el embarcadero, y se zambulló en el mar tal cual estaba, en camiseta y pantalones cortos.

Cuando tocó el fondo arenoso, volvió a la superficie. Fue entonces, mientras recuperaba el resuello entre una brazada y otra, cuando se dio cuenta de que estaba preocupada. No era preocupación exactamente. Tenía miedo, sí, eso era.

Se alejó de la orilla nadando despacio, en busca de aquel consuelo que a menudo solo el mar había podido darle. Y, al cabo de un rato, cuando le pareció que estaba lo bastante lejos, se detuvo.

—No quiero marcharme. —Susurró esas palabras y se aferró a ellas con todas sus fuerzas—. No quiero marcharme.

Durante años, después de separarse de Jaja, se había sentido perdida. Para ella no había existido jamás un lugar al que hubiese podido llamar hogar. Y ahora que lo había encontrado, ahora que Margherita se lo había devuelto, no permitiría que nadie lo pusiera en peligro. Le daba igual que en Abbadulche hubiera alguien que no la soportaba. Tampoco a ella le caía bien todo el mundo.

Volvió a pensar en los Fenu.

Lo que le había dicho Giuseppe hacía unas semanas sobre la oferta de compra por parte de una empresa estaba fuera de toda discusión. No pensaba vender la tierra de Margherita. Su respuesta había sido muy clara.

Entonces ¿qué querían de ella? No lo sabía, y ello en cierto modo la preocupaba. Después se trató de estúpida. Dinero. Seguro que querían dinero. Todo giraba siempre en torno al dinero.

¿Cuánto tenía ahorrado? Solo tenía una vaga idea de a cuánto ascendían sus ahorros... En realidad había pensado emplearlos en montar un negocio apícola en toda regla. La idea de que sus sueños, los que se había permitido tener después de tantos años, pudieran hacerse añicos de repente de aquel modo la llenó de tristeza. Se las apañaría de todas maneras, decidió. Si no le llegaba el dinero, en lugar de comprar las colmenas, compraría la madera y las construiría ella misma. Y también los cuadros. No renunciaría a sus planes.

Y entonces cayó en la cuenta de que, en realidad, esos eran sus primeros sueños de adulta.

De niña habían sido demasiadas las decepciones y había aprendido a no

esperar nada de la vida.

¿Y si ellos tuvieran algún as en la manga? ¿Y si el testamento no fuera válido?

La recorrió un escalofrío, y el corazón empezó a latirle con fuerza. No, no podía ser. El notario le había dicho que estaba todo en regla.

Nadie le arrebataría la casa de Jaja.

Era suya ahora, era su corazón, el lugar desde el cual brotaría su vida.

Sin embargo no fue capaz de librarse de sus preocupaciones.

Entonces volvió a sumergirse, dejando que el agua salada se llevara esas estúpidas lágrimas sin sentido, y, despacio, a amplias brazadas, regresó hacia el embarcadero.

Nicola inició las maniobras de atraque. Echó el ancla y comprobó el cuadro de mandos. Su rostro era inexpresivo. Había tomado decisiones esos días: no acercarse a Angelica era una de ellas. Al menos hasta que supiera qué hacer. De una cosa estaba seguro: Angelica era lo más importante.

Agarrado a un cabo, escudriñaba la casa de la colina. Había llegado el momento, decidió tras unos minutos. Había tratado de convencer a su hermano de dar marcha atrás, pero Claudio no había querido saber nada.

–Es demasiado tarde. –Se lo había dicho con rabia después de la enésima pelea. Como los puños en alto, como las palabras que se habían rugido el uno al otro.

Así era siempre, todo tenía un final. Como el descanso que se había tomado de su vida, como los instantes que había pasado con Angelica. Sabía que el equilibrio entre ellos estaba a punto de cambiar. Pero había cosas que debía hacer. No importaba si le gustaba hacerlas o no. Esa no era la cuestión.

Inspiró un instante más el aire salobre antes de bajar a tierra. Apenas había dado unos pasos cuando se detuvo.

Angelica estaba ahí. Más que verla, la percibió. De nuevo se preguntó por ese extraño y absurdo vínculo que los unía, porque no tenía sentido, no tenía raíces, no era racional. Se limitaba a existir, impalpable como el viento, y tenaz pese a todo.

Se volvió, Angelica subía ya los peldaños de la escalerilla.

–Pero, bueno... ¡te has tirado al mar vestida!

Ella se pasó la mano por la cara. Le latía con fuerza el corazón. Se alegraba tanto de verlo... Corrió hacia él y se arrojó en sus brazos.

–¡Eh, vaya recibimiento! –Nicola le acarició los hombros y le levantó la barbilla con la punta de los dedos. Un destello de emoción pasó por los ojos de ambos. Enseguida se dio cuenta de que algo la trastornaba—. Pero ¿qué te pasa? Debería haber vuelto antes...

Sentía la calidez de la respiración de Angelica en sus labios. Le tomó el rostro entre las manos. No debería haberlo hecho. No debería. Siguió pensándolo mientras se inclinaba hacia ella, mientras le buscaba la boca, mientras hacía lo que se había prometido que no volvería a hacer.

Era dulce, era lo que había deseado. Era aquello que había añorado durante todos esos años.

Lo sorprendió su abandono, esa manera de aferrarse a él con fuerza, con decisión. Volvió a besarla. Besó esos labios que sabían a sal y a paz.

Era la felicidad.

Sin sentido, sin pensamientos. De nuevo lo asombró lo bien que se sentía a su lado.

Era una sensación hecha de instinto y de emoción.

Angelica siguió abrazada a él, el corazón le latía con fuerza en el pecho. ¿Cómo era posible sentirse tan bien en un momento como ese? ¿Cómo era posible que Nicola siguiera causándole ese efecto? Ya no era una niña. Ahora eran adultos, eran distintos. Y se dio cuenta de que no era capaz de dejarlo. De que no quería hacerlo. Cerrar los ojos, eso sí. Cerrar los ojos y dejarse envolver por sus brazos. Ya no quería estar sola. No quería... La aterró esa idea. La asustó profundamente, porque la gente iba y venía. La gente cambiaba de idea, la gente te abandonaba.

–Perdona, te he mojado la camisa. Parece que no hago más que arruinar la ropa. –Se dio cuenta de que balbuceaba, estaba temblando. Tenía que calmarse antes de que la tensión y la angustia le jugaran una mala pasada. No tenía la más mínima intención de echarse a llorar.

Nicola siguió abrazándola, acariciándole el rostro.

–Todo va a salir bien, ya lo verás.

Angelica frunció el ceño. Luego lo miró mejor. La camisa blanca de seda, los pantalones largos y los zapatos brillantes.

–Estás muy elegante... –No terminó la frase, un largo escalofrío le recorrió la espalda. Entonces se separó de él, zafándose de su abrazo.

–¿Qué has dicho? –susurró–. ¿Cómo sabes...? –Una horrible sospecha la hizo tambalearse.

Él avanzó un paso. Alargó el brazo, pero Angelica se apartó.

–No hagas eso. No debes tenerme miedo, tú no. Nunca.

Esas palabras. ¿Qué estaba diciendo?

–¿Qué haces aquí, Nicola? –Lo miró recelosa, como buscando en su rostro las respuestas a sus preguntas. La respiración ahora le quemaba en la garganta. No quería tener en cuenta las dudas que se reían de sus esperanzas. Ahora no, no con Nicola.

Él se tomó su tiempo. Miró a lo lejos, hacia la casa de Margherita.

–El encuentro es hoy... –No terminó la frase, no había motivo.

Angelica lo miró largo rato, luego se volvió y echó a correr.

No pensó, no habría sido capaz. Necesitaba todas las fuerzas de que disponía para llegar hasta la casa, y quizá no fueran suficientes.

Nicola estaba ahí por la reunión. Solo que había un pequeño detalle: ella no le había dicho nada, nada de nada. ¿Cómo podía él estar al corriente entonces? Solo había una explicación posible: estaba implicado en toda esa historia.

No se lo podía creer. De alguna manera, Nicola tenía algo que ver en el asunto de la herencia.

Qué estúpida había sido. Cerró la puerta de la casa dando un portazo. Subió a la planta de arriba y se encerró en la ducha tal cual estaba. Abrió el grifo. Apoyó la espalda en la pared de azulejos y no se dio cuenta de que se dejaba caer hasta el suelo ni de que se sentaba abrazándose las rodillas contra el pecho. El chorro tibio siguió golpeándole la piel, resbalando por los cristales. Se puso a mirar los regueros que caían por las paredes de la ducha, tratando de dar un sentido a todo aquello.

Y por fin lo logró.

No lo había entendido hasta entonces, o quizá no había querido entenderlo.

Se levantó y expuso el rostro al chorro cálido. Cuando le pareció que había recuperado el control, salió de la ducha y empezó a prepararse. Había afrontado situaciones mucho peores y había salido airoso de todas.

Antes de bajar se concedió una ojeada al espejo. Su expresión era dura, resuelta. No importaba que temblara por dentro, eso ellos no lo sabrían.

En el dormitorio de Jaja había un cajón donde ella guardaba los documentos de la casa. Los sacó y los examinó, y luego sacó también la copia del testamento. Estaba todo en orden, era claro, inatacable. Después buscó la carta

y la sostuvo un momento en la mano. Movida por un impulso, la dobló y se la guardó en el bolsillo. Quería tenerla consigo, le daría valor para afrontar lo que fuera.

Una hora después abrió la puerta principal. Giuseppe estaba ahí, acompañado de un hombre de unos cuarenta años que vestía un traje elegante y llevaba un maletín en la mano. En cuanto la vieron, fueron a su encuentro. Con ellos estaba también una señora de cierta edad, Mirta Fenu, la madre de Giuseppe. No le gustó la mirada que le lanzó, ni su aire de superioridad.

–Buenos días, señorita Senes, soy Sergio Ruina, abogado; gracias por recibirnos con tanta celeridad. El señor de mi derecha es su primo, Giuseppe Fenu –imagino que ya se conocen–, y la señora, su madre, Mirta. Y estos son los señores Grimaldi.

Angelica asintió, limitándose a lanzar una mirada silenciosa. Sergio Ruina le alargó la mano, y ella se la estrechó y se apartó para dejarlos pasar.

Nicola estaba ahí, en un rincón del jardín, acariciando a *Lorenzo*. Angelica hubiera querido echarlo de allí, pero en lugar de eso tragó saliva y, tras sostener su mirada, abrió de par en par la gran puerta.

–Pasen. –Entonces vio a Claudio Grimaldi.

–Hola, Angelica, qué alegría verte.

–¿De verdad?

El semblante de Claudio se ensombreció un poco.

–Siempre fuiste una niña difícil.

–Ya basta –replicó Nicola, dirigiéndose a su hermano. Fue hasta Angelica y se puso a su lado.

–No necesito tu ayuda –le dijo ella en voz baja sin mirarlo siquiera.

–Eso está por ver.

Ella se tragó la respuesta que le quemaba en los labios. Lo dejó ahí plantado y se fue al salón. Unos minutos después entraron el abogado y Claudio; la última en acomodarse en el sofá fue la madre de Giuseppe.

–Precioso este salón –dijo Mirta complacida, mirando el alto techo con sus vigas de madera.

El hijo la instó a callarse con la mirada, pero ella hizo caso omiso y siguió recorriendo con los ojos las paredes, adornadas con cuadros y tapices, deteniéndose en todos los objetos. La avidez de la anciana se reflejaba en su rostro de manera tan evidente, que por un instante Angelica tuvo la tentación de taparlo todo. Le requirió un esfuerzo notable olvidarse de Mirta y

concentrarse en la voz del abogado.

–Le ruego que se tranquilice, señorita Senes, estamos aquí para encontrar una solución a una situación embarazosa en la que se ha visto usted envuelta sin saberlo. Conocemos bien la excentricidad de la señorita Margherita Senes.

No le gustaba ese hombre, no le gustaba esa situación, como tampoco le gustaba Claudio Grimaldi.

–Abogado, le ruego que vaya al grano. –La réplica de Angelica sonó seca y atrajo todas las miradas–. Respecto a mi estado de ánimo, no debe preocuparse. Estoy muy tranquila, se lo aseguro. Usted no me ha visto nerviosa. –Rechazó la invitación del abogado y se sentó en un rincón de la habitación.

–No quería insinuar nada, solo tranquilizarla.

–Le agradezco que sea tan solícito, pero tengo muchas cosas de las que ocuparme, por lo que me veo obligada a pedirle que sea breve y conciso.

Ninguno de los presentes había imaginado tanta arrogancia por parte de Angelica. Exceptuando a Nicola, que lucía una especie de sonrisa, los demás estaban todos atónitos.

Sergio Ruina se aclaró la voz.

–Mire... Usted no puede saberlo puesto que hace muchos años que no vive en Abbadulche... –El abogado recalcó a propósito las palabras. Lo hizo con una sonrisa que a Angelica le habría gustado borrarle de los labios–. Antes de morir, Margherita Senes estuvo muy enferma. Mis clientes cuidaron de ella y de sus bienes –concluyó.

En el salón flotó un silencio.

–Continúe.

–Las últimas disposiciones de Margherita no han tenido en cuenta los gastos en que incurrieron mis clientes para sus cuidados, ni su dedicación a dicha tarea.

Angelica se humedeció los labios.

–¿Qué proponen entonces?

El hombre sonrió. Dejó sobre la mesa el maletín y sacó un documento. Después repartió copias a todos los presentes.

–Esta es una oferta de adquisición de la propiedad entera por parte de los señores Grimaldi. Es la misma que en su día se le hizo a la señora Margherita Senes y que después aceptaron sus sobrinos, los señores Fenu, que ya han recibido un anticipo. Si usted, señorita Senes, aceptara tener en cuenta el

acuerdo que los señores Fenu estipularon cuando creían ser los herederos, ellos podrían conservar la cantidad que han recibido, y usted percibiría el resto. Como ve, el acuerdo es muy sencillo.

Angelica empezó a leer y, al cabo de un par de páginas, levantó la cabeza, con los ojos como platos.

—¿Quieren demoler la casa?

—Le ruego que se concentre en la parte del acuerdo que la concierne. Lo que mis clientes decidan hacer con la propiedad es un detalle secundario.

—Eso lo dice usted.

Angelica apretó las hojas con fuerza. Parpadeó y se obligó a seguir leyendo el documento, porque no podía permitirse dejarse arrollar por el dolor que le atenazaba la garganta. En ese momento se dio cuenta de una cosa: estaba sola. Estaba sola como nunca lo había estado antes.

Miró a la cara a todos los presentes, uno a uno.

Menos a Nicola. A él no quería verlo.

Estaban todos satisfechos, todos sonrientes. Se los veía convencidos de que aceptaría, Angelica lo leía en la expresión de sus rostros, llenos de esperanza.

No sabían nada de ella, no sabían nada de Margherita.

Volvió a concentrarse en el documento. Además de los gráficos, había imágenes virtuales de una aldea turística constituida por pequeños bungalós. La colina se transformaría en un enorme campo de golf. Estaba todo estudiado hasta el más mínimo detalle. Lo derribarían todo, incluida la casa de Pina y Gigliola. Lanzó una mirada asesina a Mirta. ¿Había amenazado ella a las dos mujeres? De ser así, le esperaba una sorpresa desagradable.

La ardiente rabia que había sentido hasta entonces creció en su interior hasta convertirse en una marea arrolladora. No querían la casa, no querían nada de las cosas de Jaja, lo que querían era el dinero. Movidos por el mísero dinero, destruirían todo lo que Jaja había hecho.

—Ha mencionado que Margherita estaba al corriente de su oferta. ¿Qué opinión tenía de ella?

—No veo qué importancia puede tener eso...

—En la documentación, la fecha que consta se remonta al año pasado. Y usted ha dicho que Margherita había visto el proyecto. Quiero saber cuál era su opinión. ¿Cuál fue su respuesta?

—Ya estaba enferma —exclamó Mirta—. Estaba ingresada incluso. No le quedaba mucho tiempo. La propuesta que le hicimos era más que digna. Podía

mantenerse muy bien con ese dinero..., hasta me la habría llevado a vivir a mi propia casa.

Angelica tembló. Su Jaja había estado enferma, y ella no lo había sabido, no se había enterado de nada. Exhaló unos largos suspiros, soplos de viento para calmar sus ganas de llorar, de gritar su dolor.

El abogado se puso a jugar con las hojas.

–Le rogaría que fuera consciente de lo ventajosa que es nuestra oferta...

Angelica se apretó las manos porque no quería temblar, no podía.

–No me interesa. He dicho que quiero saber cuál era la opinión de Margherita. –Pronunció despacio las palabras, una a una, con los párpados entrecerrados y los puños apretados.

Giuseppe se puso en pie.

–Lo que opinara ya no tiene importancia. Ahora está muerta.

Angelica lo sopesó con la mirada. Era el padre de Anna. ¿Era posible que no hubiera en ese hombre nada de lo que había vislumbrado en la niña?

–¿Y las abejas?

Giuseppe señaló el documento con el dedo.

–Las trasladarán, ya te lo he dicho.

–Pero si destruyes los campos, ¿de qué se alimentarán?

–La colina está llena de flores.

–Hasta que venga alguien que no comparta tu idea y decida cubrirlo todo con cemento, o emplee hectolitros de herbicidas, y entonces ¿dónde se refugiarán?

–No quieres entenderlo. –La voz del hombre sonaba irritada.

–¡No! ¡Eres tú el que no lo entiende! –le gritó Angelica.

¡Fuera! Los quería a todos fuera de su casa.

Nicola estaba apoyado en la pared y la miraba. Angelica le enseñó el documento.

–Tú lo sabías.

No era una pregunta, por lo que no hizo falta respuesta.

–Qué estúpida soy, claro que lo sabías. Todos estáis en el mismo barco... ¿qué es, una sociedad?

–Hay cosas que no sabes, Angelica. –Su voz era firme, como su mirada.

¿Por qué seguía escuchándolo? ¿Cómo había podido dejarse engañar así?

Y entonces se dio cuenta de que conocía la respuesta. El pasado la había condicionado. Había permitido que los sentimientos de hacía muchos años le

nublaran el juicio. Había imaginado, había deseado que las cosas volvieran a ser como antes. Una insensatez, una idiotez. Al final era siempre lo mismo.

Claudio se aclaró la voz.

–Estas infraestructuras resolverán los problemas de desempleo del pueblo. Significa puestos de trabajo, salarios justos durante muchos años, y, por lo tanto, formación y bienestar. No sé si se ha dado cuenta, señorita, pero por aquí las cosas no van muy bien. La gente que ha visto por la calle no tiene perspectivas ni futuro. La tierra ya no produce nada.

Angelica estaba trastornada, tan irritada que temió no ser capaz de articular palabra.

–Siervos, en eso se convertirán los habitantes de Abbadulche según este proyecto. –Sentía oleadas de rabia. Sabía a lo que se enfrentaban. Una vez destruido un territorio, un ecosistema, llevaría muchos años recuperarlo. ¿Cuántas veces había visto fracasar intentos semejantes? ¿Cuántas veces había tenido que contener los daños?–. Tendrán un salario, claro, pero solo les alcanzará para sobrevivir. –Su voz sonaba cortante ahora–. Pero la tierra, la que los ha alimentado, la que les ha permitido prosperar, esa será violada, se perderá. No entregarán nada a las generaciones futuras, nada más que un enésimo ejemplo de destrucción, abuso y despilfarro. No vengáis a hablarme de bienestar, porque el tesoro de Abbadulche está en su tierra incomparable, en sus bosques, en las flores y en un mar limpio. Se puede favorecer el turismo respetando el territorio, exigiendo que todo permanezca intacto. Solo así habrá un cambio. Tú más que nadie deberías saberlo.

Nicola palideció. Algo se agitó dentro de él. Tuvo que obligarse a guardar silencio. No era ese el momento ni el lugar de explicar nada ni de justificarse.

Se oyó un aplauso en un rincón del salón.

–Bravo, excelente discurso. Qué lástima que sean todo utopías. Y, dime, si esto es un paraíso capaz de alimentar a la gente con sus frutos, ¿cómo es que tu madre y tú emigrasteis? ¿Y sabes cuántos habitantes ha perdido Abbadulche en los últimos diez años? Quedamos la mitad, niña. Así que no vengas a hablarme de flores y de abejas, porque ni unas ni otras te dan de comer.

–Te equivocas –exclamó ella–. Pero estáis demasiado ciegos para entenderlo, para ver más allá de vuestras míseras certezas.

Un silencio cargado de tensión se abatió sobre la habitación, solo se oía la respiración de los presentes.

–Yo entiendo su exigencia de salvaguardar las tierras, señorita, es

encomiable. Pero puedo garantizarle que se hará todo con el máximo respeto a las leyes.

Y todo lo que Jaja había hecho, su legado, desaparecería, como ella misma y su recuerdo. Angelica miró a Giuseppe primero, y luego a su madre.

Su voz pasó a ser un susurro.

–Al principio me sentí culpable por heredar todo esto. Pensé que no era justo, que también vosotros debíais tener una parte de los bienes de Margherita. Estaba decidida a compartíroslos con vosotros. Pero ahora entiendo por qué Margherita os excluyó, por qué me lo dejó todo a mí.

Se levantó y fue hasta un cajón. Sacó la copia del testamento y se la entregó al abogado.

–Como puede ver, se trata de un testamento ológrafo. Pero aquello sobre lo que querría atraer su atención es la fecha: 8 de mayo de 2013. Hace un año. Y fue en mayo cuando le presentaron el proyecto. –Angelica hizo una pausa–. Os mandó a paseo, ¿verdad?

Se la quedaron mirando y, de repente, se pusieron a hablar todos a la vez.

La madre de Giuseppe se puso en pie de un salto.

–Eres una estafadora. Margherita no tenía ningún derecho a dejarte sus bienes, no eres nadie, no eres una Senes, no eres más que una bastarda.

Angelica acusó el golpe y clavó en la mujer una mirada gélida.

–Puede ser, tía Mirta –dijo, recalcando las últimas dos palabras–. Pero así están las cosas: Margherita había entendido lo que queríais hacer con su casa y con sus tierras, y eligió dejármelo todo a mí, porque yo no os permitiré jamás derribar estas paredes ni destruir todo lo que ella levantó.

–Se muestra usted muy hostil, señorita, y parece no haber entendido...

Angelica levantó la mano.

–No, abogado, es usted quien no ha entendido la situación. Ni usted ni sus clientes. El testamento es válido. Esta casa, las tierras, las abejas y todo lo demás no se tocan.

Consiguió decirlo sin temblar, mirándolos a los ojos uno a uno, con el corazón alborotado y muchas ganas de llorar. Nunca como entonces había tenido tantas ganas de llorar.

–La casa de Margherita Senes no se toca –repitió.

22.

Miel de borraja (Borago officinalis)

De delicado aroma vegetal, es la miel de la esperanza, suave y amable como las estrellitas azules que le dan origen. Ahuyenta los pensamientos negativos. Medianamente clara, sus cristales son finos.

Hacía años que Angelica vivía según el ciclo de las estaciones. Las abejas eran su profesión, pero, a decir verdad, eran mucho más que eso. Seguir sus ritmos se había convertido en una costumbre para ella. Cada año, al concluir enero, también ella empezaba a sentir en el aire la dulzura que anunciaba la primavera. Un soplo de viento cálido, el sol que se demoraba cada día un instante más en el mismo punto, nuevas flores, más luminosas, más perfumadas. Lo que no había anticipado, sin embargo, era que las abejas con las que trabajaría ese verano serían las de Jaja. Que eran ahora las suyas. Como lo era todo lo demás. Y ahora sabía por qué. La respuesta que había buscado desde su llegada a Cerdeña, el motivo que había empujado a Margherita a elegirla como heredera, había dejado de ser un misterio.

Esa mañana había empezado a trabajar temprano. No tenía sentido remolonear en la cama, dado que no había pegado ojo en toda la noche. Las horas transcurridas en la oscuridad, contemplando la luna y las estrellas y buscando el consuelo del mar, le habían servido para recordar. No había tenido más remedio que hacerlo.

¿Cómo podía haberse vuelto Nicola tan calculador? ¿Qué lo había transformado en un especulador? ¿Qué había sido de sus sueños? Siempre había sido un muchacho apasionado, tenía ideas precisas sobre cómo salvar el mundo y estrategias para lograr su objetivo. Y nunca se había rendido. Todo esto Angelica lo sabía porque era a ella a quien le había confiado cada uno de sus pensamientos, cada uno de sus deseos.

Las abejas volaban veloces, y por todas partes flotaba el aroma de la miel. Angelica tragó saliva, pero el nudo que le cerraba la garganta no quería deshacerse, no quería dejarla en paz. Levantó otro témpano y se puso a sacar los cuadros. Las abejas se paseaban por sus dedos y su rostro. Sentía su consuelo, estaba en su delicada forma de rozar su piel, en la vibración de sus alas, que le transmitía una felicidad sencilla. Su mirada se perdió detrás de ellas, y por un instante le pareció ver lo que ellas veían. Hojas verdes y brillantes, yemas hinchadas moteadas aún de rocío, las flores ondeando, preñadas de néctar. Y sintió el perfume: era embriagador, era un canto, un lenguaje. Con su perfume, las flores llamaban a las abejas.

Tenía que contárselo a Anna, a la niña le gustaría. No sabía de dónde le venía esa certeza, lo sabía sin más. Quizá porque a ella le encantaban los relatos de Jaja, y pensaba que a la niña le pasaría igual. Cuando oyó el murmullo de los arbustos levantó la cabeza y sonrió. Había vuelto, estaba de nuevo allí con ella.

–Hola, Anna.

La niña avanzó unos pasos. Aunque siempre se mostraba muy prudente, su rostro estaba sereno, y sus ojos, brillantes. Angelica le sonrió y se arrodilló delante de ella, con el corazón latándole con fuerza en el pecho. No debería hacerlo. No debía forzar las cosas, lo sabía. Pero estaba destrozada y se sentía terriblemente sola.

La niña se acercó a ella. Cuando le puso la manita en el cabello, Angelica cerró los ojos. Entonces los bracitos de Anna se cerraron alrededor de su cuello. Permanecieron así un momento.

–Me alegro mucho de verte, ¿sabes?

Anna se limitó a mirarla y luego le enseñó la mano. Tenía una piedrecita blanca y brillante, parecía una perla grande.

–Es preciosa.

Anna se lo ofreció.

–¿Es para mí?

Cuando la niña asintió, Angelica sonrió.

–Gracias, cariño.

Entonces se incorporó y se sintió más ligera. Era cierto que la alegría podía dar fuerzas. Porque se sentía mucho mejor.

–¿Quieres ver a las abejas, te apetece?

La pequeña asintió, y Angelica le dio la mano. Después de mirarla un buen

rato, por fin Anna le aferró los dedos, y volvieron juntas a la colmena abierta.

Las abejas eran numerosas, muchas habían mudado la piel.

–Mira, ¿ves lo peludas que son? Son las abejas recién nacidas. Y esas brillantes, de colores oscuros, son las de más edad. Son muchas pero viven, se mueven y actúan juntas. Esa es su gran fuerza, la unión. Por eso se las llama insectos sociales. Solos no podrían vivir, juntos forman un único organismo. Cuando son pequeños, se llaman núcleos, cuando crecen se convierten en una familia.

Anna miraba con atención a las abejas que le recorrían la manita, su mirada mostraba una concentración intensa. Angelica se preguntó qué estaría pensando.

–Ahora les echaremos un vistazo e igualaremos a las que estén más rezagadas. Eso significa ayudar a quien tiene problemas y hacer que todas puedan afrontar la floración con las mismas posibilidades. Para eso trasladaremos cuadros de miel y de nido de las colmenas donde hay de sobra a aquellas donde no hay suficientes. ¿Qué me dices? ¿Te gusta la idea? –Esperó a que la niña entendiese el concepto y luego le acarició la cabeza—. A muchas personas les parece equivocado este procedimiento; para mí, en cambio, es fundamental, es justo ayudarse unos a otros. ¿Tú qué opinas?

Anna arrugó el entrecejo, pareció reflexionar y luego sonrió.

–Muy bien, pequeña, sabía que estarías de acuerdo conmigo.

Siguieron hablando en su cómica manera, hecha de pocas palabras, algún que otro canto y muchos silencios. Las abejas a su alrededor volaban en círculos alegremente. También ellas sentían en el aire que se acercaba el verano. De los asfódelos, que al inicio de la primavera habían blanqueado con sus pétalos las colinas de Abbadulche, solo quedaban los largos tallos, ya secos. La naturaleza era así, un círculo, una vuelta, un principio y un final, y de nuevo un renacer.

Angelica recorrió los senderos trazados por los pasos de Margherita, seguida de la pequeña Anna, rozando las flores con los dedos, que se le iban llenando de polen. Detrás de ella, la niña la imitaba en todo, tanto es así que con frecuencia las abejas se les posaban encima para recoger el preciado polvillo. Pasearon durante horas, oliendo el aire y el viento. Cuando Anna sintió el tañido de las campanas de la iglesia, miró al cielo y echó a correr.

Angelica la siguió con la mirada. Se le dibujó una sonrisita en los labios. Porque esa vez, antes de irse, Anna le había sonreído y se había despedido de

ella.

Se pasó el resto del día ordenando y limpiando la casa, pero cuando se percató de que se estaba pareciendo demasiado a Maria, corrió al laboratorio, y solo allí, entre cuadros y láminas de cera, entre el perfume de la miel y de la cera, recuperó la calma.

Estaba decidida a no pensar, a mantener lejos a Nicola. Y cuando entendió que no lo conseguiría, dejó el material en su sitio y salió.

Un viento cálido se elevaba del mar y subía por la colina. Angelica se detuvo ante cada arbusto, cada flor. Habría hecho cualquier cosa con tal de rellenar cada segundo, cada instante. Con tal de no pensar en él, en lo que había sido capaz de hacerle. En cómo la había engañado. La decepción y la tristeza seguían doliéndole. Sentía un peso que le oprimía el pecho en cada respiración. Y si la convicción de tener razón la sostenía en contra de los Fenu y de lo que habían planeado hacer con la casa de Jaja, cuando pensaba en Nicola ya nada tenía sentido. Entonces su pensamiento se fragmentaba, se dispersaba, y ella ya no era capaz de entender nada.

Solo se sentía estúpida y vacía.

Le cayó una gota. Alargó el brazo con la palma extendida. El cielo, que hasta hacía poco había estado límpido y de color turquesa, se había llenado de nubes compactas, blancas como el algodón. Miró hacia el mar. El deseo de sentarse en la orilla y de escucharlo era ya una necesidad. Siguió andando. Si se desataba una tormenta, siempre podría guarecerse en algún sitio. El sendero se abrió ante la playa. Angelica escrutó el embarcadero y, al verlo desierto, soltó un suspiro de alivio.

Siguió avanzando, consciente de las olas, cada vez más altas e impetuosas. La tempestad se estaba acercando. Calculó que disponía de media hora más o menos.

Sus pensamientos seguían corriendo libres. Al día siguiente comprobaría con el contable qué pasos debía dar para regularizar su actividad como apicultora. El laboratorio ya funcionaba conforme a la norma, estaba segura de no tener problemas.

Se establecería como apicultora, decidió. Se quedaría en Abbadulche y seguiría los pasos de Margherita.

Sofía le sería de gran ayuda. Más tarde la llamaría para pedirle consejo. Tenía contactos en todo el mundo apícola, relaciones estrechas, no le resultaría difícil organizar el comercio de la miel fuera de Cerdeña.

Su pensamiento volvió a arrastrarla a la misteriosa miel de Jaja, la miel negra del árbol. Si la encontrara, y si fuera característica de esa isla, la mandaría analizar y la enviaría a los concursos nacionales e internacionales.

¿Que las flores y la miel no dan de comer? ¡Qué tontería! Claudio Grimaldi tendría que tragarse sus palabras.

No mencionó a Nicola ni en sus pensamientos. De él no quería pronunciar ni el nombre.

Un trueno inesperado la paralizó. ¿Y ahora? No podía quedarse a descubierto, desde luego no en la playa. Miró hacia la casa. Estaba a punto de echar a correr cuando un relámpago blanco iluminó el cielo. El corazón se le aceleró en el pecho. Miró a su alrededor, perdida: la lluvia había empezado a caer, el cielo estaba morado y negro. Ahuyentó el pánico que sentía crecer en su interior. No era más que un recuerdo, se dijo, ya no la concernía. Hacía tiempo que había aprendido a afrontar el miedo a los temporales.

Fue el olor lo que se impuso sobre sus intenciones. Fue el estruendo de la marea que rompía contra el embarcadero, el rayo entre las nubes moradas. Fue como abrir una caja que contuviera sus emociones. Y estas la invadieron, arrollándola. Se arrastró lejos del embarcadero, mientras otra llamarada blanca desgarraba el cielo.

Y entonces la vio. No era más que una pequeña grieta, un abrigo bajo la roca. Había jugado allí de niña muchas veces. Había sido también el lugar donde a menudo se encontraba con Nicola. Llegó hasta él calada hasta los huesos, con el cabello mojado pegado al rostro y el agua resbalando por sus ojos. Mientras se rodeaba el pecho con los brazos, tratando de reprimir el temblor que la sacudía, le pareció que no podría calmarse.

—Hola, Angelica.

Se volvió de pronto, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

Nicola estaba sentado con la espalda apoyada en la pared de roca. Alargó el dedo, indicando la entrada de la cueva. El agua era ahora un muro de plomo.

—Lo mismo que tú, supongo.

No le contestó y fue hacia la entrada, decidida a marcharse. Pero un estallido terrible le puso la carne de gallina. Retrocedió de un salto, mientras el estruendo del trueno resonaba en la cueva. Se esforzó por mantener los brazos a ambos lados del cuerpo, cuando en lugar de eso habría querido

taparse los oídos y correr al rincón más alejado de la pequeña cueva.

–Si te juro que no me moveré de donde estoy, ¿dejarás de buscar la manera de poner tu vida en peligro? –La voz de Nicola era suave y amable.

Le volvió la espalda, buscando con los ojos una escapatoria. Tenía que elegir entre la tempestad o él. Se quedó donde estaba.

–Es inútil que finjas no verme. Estoy aquí, te guste o no.

¿Por qué no la dejaba en paz?

–Pero yo no te veo, no te oigo. No existes para mí.

Nicola soltó una risita.

–Nunca has sabido mentir.

Su paciencia se hizo añicos, llevándose el poco dominio de sí misma que le quedaba. Fue hasta donde estaba y se plantó delante de él.

–¡Pues tú en cambio eres el rey de las mentiras!

Nicola ya había tenido bastante. Se levantó, mirándola a los ojos. La agarró de los hombros, zarandeándola.

–¿Y cuándo se supone que te he mentado?

Angelica se zafó de él.

–Me has mentado en todo. En lo de la casa, por ejemplo...

La interrumpió con un gesto de la mano.

–¿Alguna vez te he dicho yo algo sobre la casa? ¿Te he presionado acaso para que la vendieras? ¿Te he desanimado de alguna manera ante la idea de quedarte aquí?

No, no había hecho ninguna de esas cosas. Angelica estaba furiosa.

–La alarma...

Nicola negó con la cabeza.

–Eso ya lo hemos aclarado, invéntate otra cosa.

–Los Fenu, Margherita: sabías que ella ya había rechazado vuestra oferta.

–Te equivocas. No sabía nada. No tenía ni idea de nada hasta el día en que nos volvimos a ver por primera vez.

–No te creo.

Un destello de dolor cruzó los ojos de Nicola. Le dedicó una larga mirada y luego volvió a sentarse.

–No quieres creerme, que es muy distinto. Pero sabes perfectamente que es la verdad.

Angelica retrocedió. No quería mirarlo, no quería esa tristeza que sentía en el pecho. Volvió a adentrarse en la cueva, mordiéndose el labio, con la mirada

perdida en la oscuridad gris.

—No he querido tener nada que ver con esa historia. He participado en la reunión solo para asegurarme de que todo se desarrollaba según las reglas. Yo estoy de tu parte.

Era menos que un susurro, pero aun así ella lo oyó. Sus ojos se cruzaron con los suyos en el rincón en el que se había refugiado. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, los párpados cerrados y los labios sobre las rodillas. Parecía exhausto.

—¿Qué quieres decir?

Nicola abrió los ojos.

—Ya me has oído. —Lo dijo como un hecho, tranquilamente.

Angelica volvió a mirar hacia la entrada de la cueva, la lluvia había amainado, y los truenos sonaban cada vez más lejos. Antes de salir se volvió. Se miraron largo rato, entre ellos flotaban palabras que no sabían o no querían pronunciar. No se despidió de él, simplemente salió a la lluvia.

Nicola miró el punto por el que había desaparecido y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, las olas lamían la entrada de la cueva. Estaba subiendo la marea, pronto el agua llegaría hasta donde se encontraba. Suspiró y abrió el puño. La cajita de lata que había escondido con Angelica en el fondo de la cueva, cuando eran niños, se había oxidado con el tiempo. De la superficie esmaltada apenas quedaban unos fragmentos. Y un recuerdo. Fue fácil volver al pasado, a cuando era apenas un muchacho y ella le aceleraba el corazón solo con mirarlo.

—Bueno, ¿lo has hecho?

—No, ¿qué te crees, que es fácil?

Angelica le había sonreído, asintiendo.

—Claro que sí.

—Déjame ver —le había pedido Nicola, alargando la mano hacia ella—. ¿Qué has escrito? ¿Cuál es tu deseo?

—No. Ni se te ocurra.

Se escapó y se puso a saltar bordeando el canal por el que en los días de mar gruesa subía la marea.

—Es un secreto. Es magia. Si lo dices en voz alta, no se cumple. ¿No sabes

que los deseos no hay que revelarlos?

No, no lo sabía. Nunca se lo había dicho nadie. No era la clase de cosas que su padre le diría nunca, ni Claudio. Había tratado de agarrarla, pero ella había seguido corriendo, saltando aquí y allá. Rápida y sonriente. La habría mirado durante horas, la habría escuchado siempre.

–Si tú me dices tu deseo, yo te digo el mío.

Se había detenido, su sonrisa había desaparecido.

–No. –Le había enseñado la hoja—. Esto es en lo que me convertiré, aquí está escrito quién seré. No puedo arriesgarme a que tu curiosidad lo estropee todo.

Nicola se había enfadado.

–Entonces no te enseñaré mi carta. Nunca sabrás lo que haré yo. Nunca sabrás cuál es mi deseo.

La risa de Angelica había resonado en la cueva, resbalando por las paredes, rozándolo, haciendo que se estremeciera.

–Pero yo ya lo sé. Tú salvarás el mundo.

Le bastó presionar la tapa para accionar el mecanismo. Ahí seguía el papel. Lo había doblado en dos. Una hoja sencilla, pocas palabras escritas con letra decidida. También estaba la suya. ¿Cuántos años llevaban encerrados juntos sus deseos? Bajó la tapa despacio y dejó la caja con cuidado donde la había encontrado al llegar a la cueva. Buscó la piedra que la había sellado en un hueco de la pared y la devolvió a su lugar.

Cuando salió todavía se oía algún trueno. Unas olitas se le enredaron entre las piernas, trabándole el paso. Siguió andando hasta el embarcadero. Alzó el rostro. La lluvia era fría. Caía con dureza.

Recorrió el embarcadero hasta el final. Se arrojó al mar con la esperanza de que la corriente lo arrastrara, a él y a sus pensamientos.

23.

Miel de hiedra (Hedera hélix)

Muy dulce, sabe a azúcar cande, a hierba fresca y a hojas tiernas. Es la miel del perdón y de la indulgencia. Ayuda a superar dolores y tristezas.

Medianamente clara, forma cristales de consistencia fina.

—¿Qué, hoy es el gran día? —La voz de Sofia sonaba alegre al teléfono. Demasiado. Angelica decidió sonsacarla. Con ella no serviría de nada mostrarse demasiado directa. Sofia era una mujer de mucha personalidad. Orgullosa y decidida. Ocuparse de sus propios problemas era para ella una cuestión de honor.

—Sí, está todo preparado. Llegarán dentro de poco.

—Me alegro de que hayas hecho amistades.

Con el móvil en una mano y la bandeja de las galletas en la otra, Angelica miró a su alrededor, sin saber muy bien qué hacer. Después decidió dejar la bandeja en el centro de la mesa. Miel y nueces, una receta de Memma. Las había preparado con Gigliola. Pina había diseñado los servilleteros.

—Ha sido más fácil de lo que me imaginaba. En realidad ha sido algo natural. Y eso me ha sorprendido.

—¿Por qué lo dices?

Angelica se encogió de hombros, y luego comprobó que el hervidor estaba lleno de agua.

—Nunca me había pasado antes. —Marcó una pausa—. ¿Sabes?, creo que esta casa me ha cambiado.

—Yo creo que volver allí donde creciste ha restituido una parte de ti misma, la que habías olvidado.

Las palabras de Sofia le causaron una gran impresión. Porque, si bien aún no se sentía del todo completa, desde luego sí se encontraba mucho mejor. Y

por fin tenía un objetivo, un sueño.

–Cuéntame. ¿Qué vas a hacer ahora con tu tienda?

Sofía respiró hondo.

–Digamos que las cosas parecen haberse arreglado...

–¿Y?

–¿Cómo que «y»?

Angelica se encogió de hombros.

–No sé, tengo la impresión de que me escondes algo.

Sofía rio bajito.

–He aceptado salir con Martin. Él es... no sé bien cómo es. Digamos que le estoy tomando el pulso.

–¿Qué?... ¿Con Martin? Bromeas, ¿verdad?

–No. ¿Sabes?, ese hombre me ha sorprendido.

Angelica estuvo a punto de replicar, pero cambió de idea. Sofía sabía lo que se hacía. Acarició con los dedos una de las rosas de Jaja. Su perfume era dulce y relajante. Le recordaba a los tiempos en que habían sido muchas las mujeres reunidas en torno a esa mesa.

–Oye, Sofía, ¿te apetece venirte unos días conmigo?

–¿Me lo dices en serio? Pero ¿para qué?

–Ven a tomar un poco el sol, a pasar unas bonitas vacaciones aquí. Y así de paso me ayudas a organizar mi negocio.

–Pues no sé qué decirte... Bueno, un par de días sí que podría tomarme. Le pediré a Martin que me sustituya.

Le pareció ver a su amiga reflexionar sobre su propuesta, enroscándose el largo cabello negro en los dedos, con expresión pensativa.

–Anda, Sofía, ven a Cerdeña. Ya verás como no te arrepentirás.

–Dame unos días. Tengo que hacer unas gestiones, y luego seré libre.

–Mándame un correo con los datos del vuelo, e iré a recogerte.

–Vale, un beso. Cuídate.

Angelica colgó, pensativa. Seguía teniendo la sensación de que Sofía le había dicho menos de lo que hubiera debido. Pero pronto estarían juntas, y entonces todo iría mejor. Dos cabezas pensaban más que una, solía decirle Margherita. Y había hecho mucho más: con sus reuniones de mujeres le había enseñado cómo la unión podía cambiar las cosas. Ella había participado poco en esas reuniones, más que nada había estado de observadora. Y le había gustado.

Ya casi había olvidado a las mujeres de Jaja. Al leer el Cuaderno de la miel habían vuelto los recuerdos a su memoria. Mujeres solas, mujeres en situaciones difíciles o simplemente mujeres que querían encontrar su destino.

Eso le dio una idea. Bueno, en realidad, para ser sincera, lo que tenía en mente era obra de Silvia, de Margherita y de sus apuntes, de lo que había conservado. Al final había sido ese el terreno en el que había germinado la idea.

También había sido mérito de Pina y Gigliola. Había tomado la costumbre de subir a su casa casi todos los días desde que las había conocido. Al principio se limitaba a llevarles algunas provisiones, pero cuando empezaron a insistir en que se quedara más tiempo con ellas, Angelica había aceptado. Y había disfrutado escuchando las cosas en apariencia sin sentido que contaba Pina y los largos silencios de Gigliola. Le gustaba contemplar su casa, los maravillosos colores que Pina extraía de la maceración de plantas silvestres. En el centro de la habitación había un telar. No era muy distinto al de Margherita. En él Gigliola tejía manteles que después Francesca Murru vendía en su tienda de artículos de regalo. Las dos mujeres subsistían con esos ingresos junto con una pequeña pensión. Los tejidos de Gigliola eran extraordinarios, de colores cálidos y vivos. Los matices, tan singulares, estaban en perfecta armonía con el paisaje. Nunca hasta entonces había visto Angelica el turquesa del cielo sobre una pared, el mismo brillo, la misma intensidad. Como el verde, que se confundía con el del bosque. También la ropa de las dos mujeres era de los mismos colores fascinantes con los que habían decorado el resto de sus pertenencias.

Y había amor en lo que hacían.

Amor por el mundo, por las cosas y por ellas mismas.

Había respeto y una forma de consideración. La misma que ella quería para su proyecto.

Cuando oyó el timbre corrió a la puerta. Con un gesto de saludo, abrió la verja. Silvia recorrió el sendero. Con ella venían otras dos mujeres: a Alessandra la recordaba, era pariente de Margherita; a la otra en cambio no la había visto nunca.

—Hola, ¿llegamos tarde?

—No, qué va. Adelante. —Angelica se apartó para dejarlas pasar y las condujo hasta la cocina—. He preparado unas galletas, sentaos. —Mientras las chicas miraban a su alrededor, se dio cuenta de que estaba muy nerviosa.

–Ella es Sara. Quiere aprender a trabajar con las abejas.

–Si tú estás de acuerdo –se apresuró a añadir la recién llegada.

Angelica le estrechó la mano. Le gustaba su mirada, era firme y muy amable a la vez.

–¿Has trabajado alguna vez con abejas?

–Sí, he hecho los trámites necesarios y los análisis de sangre para excluir posibles alergias. Y he leído cuanto ha caído entre mis manos sobre apicultura.

–Yo también hice lo mismo, pero lo que más me sirvió fue trabajar con Margherita.

La voz de Alessandra era exactamente como la recordaba, igual que todo lo demás. Era bajita, delicada, como si la naturaleza se hubiera tomado su tiempo para cincelar sus rasgos. Tenía los ojos negros, como el cabello, que resaltaba sobre una piel muy blanca. Pero lo que siempre le había llamado la atención de la muchacha era la dulzura de su mirada y su discreción. En eso las dos siempre se habían parecido mucho. Pero Alessandra había tenido una gran familia que se ocupaba de ella, eso al final era lo que las había separado, el hecho de que ella estuviera estrechamente emparentada con los Fenu.

Angelica la observó pensativa.

–¿Eras colaboradora suya?

–Sí, Margherita me había hecho un contrato temporal. Para la extracción de la miel venía otro chico, un estudiante. Y también nos echaban una mano Pina y Gigliola.

–¿Cómo os habíais organizado?

Alessandra empezó a hablar.

–Yo me ocupaba un poco de todo, desde controlar las colmenas hasta insertar las celdas de las reinas en los núcleos. He participado en la extracción de la miel, conozco los tiempos y las modalidades. Y también me he ocupado del envasado.

Angelica reflexionó un momento.

–¿Te gustaría ayudarme?

Una sonrisa iluminó el semblante de Alessandra.

–Sí, me gustaría muchísimo. –Bajó un instante los ojos hacia el mantel–. Cuando empecé a trabajar con Margherita me daban miedo las abejas. Ella se reía, decía que estar al aire libre y trabajar en el campo me sentaría bien. Tenía razón, mi vida ya no volvió a ser la misma.

–¿Por qué?

Alessandra suspiró satisfecha.

–Durante años trabajé de contable. –Hizo una pausa–. Me pagaban bien. Siempre iba muy arreglada. En verano estaba en un lugar fresco, y en invierno no pasaba frío. Y detesté cada segundo de esa vida concentrada en los números, encerrada en una oficina.

Sara asintió, alargó la mano y la acarició.

–Querías hacer algo especial, ¿verdad?

–Quería hacer algo que me hiciera feliz, que me diera satisfacción.

–Luca, mi marido –dijo Sara–, siempre ha vivido en el campo. Sin embargo, no le ha costado acostumbrarse a la vida en la ciudad. –Tomó un dulce y se lo llevó a la boca–. Era yo quien quería algo especial. Y lo sigo queriendo. Mira a Silvia: ella ha montado su propio negocio. Yo también quiero un futuro que tenga sentido. Tenemos mucha tierra y un sueño: montar una granja escuela. Nos gustaría que los niños pudieran ver cómo se vive en el campo. Queremos que nuestra tierra siga oliendo a helicriso, a menta y a romero. Queremos oír a las abejas pecorear por las mañanas, y comer lo que hayamos sembrado nosotros mismos. Creo que es una clase de satisfacción que solo se puede alcanzar de esta manera.

A Angelica le sorprendió encontrar en Abbadulche personas que compartían su modo de ver la vida y se sintió estúpida: siempre había pensado que allí la gente no tomaba las riendas de su propia vida, que vivía en un mundo lento y como en suspenso. Margherita no había sido así, por eso habían guardado las distancias con ella, aunque la respetaban. Pero si en tiempos había sido la única excepción, ahora las cosas habían cambiado.

–He decidido retomar el negocio de Margherita y ampliarlo. Creo que sería conveniente vender también por Internet. Desde luego, si lográramos reunirnos y comercializar los productos de todas bajo un marco único, sería lo mejor. – La voz de Angelica era prudente, sosegada. Observó los rostros de las mujeres sentadas a su mesa y constató aliviada que estaban muy interesadas.

–Acabo de comprar una máquina empaquetadora. Podría adaptarla para dulces también.

–Yo no estoy segura. –Alessandra se mostró dubitativa. Se encogió de hombros y suspiró–. Pero conozco una empresa que crea páginas webs internacionales. He trabajado con ellos.

–¿Crees que podrías conseguir que te hicieran un presupuesto?

–Sí. Lo que pasa es que alguien tendrá que administrar la página.

Angelica le sonrió.

–Eso ya lo pensaremos más adelante. Una parte de la casa podría ser la sede del negocio.

–Esta casa es maravillosa. Si hiciéramos fotos para la página web, a la gente le encantarían.

Sara empezó a explicar su proyecto, la idea de reintroducir y cultivar plantas autóctonas. Y luego le tocó a Silvia, con su intención de comercializar el pan ritual, el que se elaboraba en Cerdeña para las fiestas, con su diseño de florecitas, hojas y avefrías—. Y no emplearé maquinaria ninguna, se elaborará como se hacía antiguamente.

Angelica entonces hizo un gesto de sorpresa.

–He encontrado algo entre los papeles de Margherita.

Se levantó y corrió a la habitación de Jaja. Volvió con el Cuaderno de la miel y buscó la hoja.

–Aquí está, es una carta que una amiga de Margherita le mandó hace tiempo.

–En su mirada brilló una chispa de emoción.

Empezó a leer.

Querida Margherita:

Los dulces no se los han llevado, pero el pan sí lo quieren. Dicen que es una obra de arte. Empiezo a prepararlo a medianoche y termino cuando suena la primera campanada, como en la fábula de las Janas. ¿Sabes?, aquí también hay muchas iglesias. Y mientras trabajo la masa y oigo las campanadas, cuento las horas. Me parece estar en casa. Y recuerdo que él también está. Y entonces me siento feliz de vivir lejos. Si me hubiera quedado en el pueblo, no habría durado mucho. En eso tenías razón. Mandarme lejos ha sido un regalo. Porque yo sola no habría tenido el valor. Me pregunto por qué algunas personas no tienen corazón, y otras, estúpidas como yo, se dejan moler a palos, creyendo que no valen nada. Pero lo he pensado y he comprendido que no soy yo quien lo cree, sino que él me convenció de ello. Despacio, poco a poco, con una palabra aquí y otra allá. Yo ahora sé que es un miserable, y que mi vida está en mis manos. Pero antes, Margherita querida, no tenía ni idea de lo que eran capaces de hacer mis dedos. Cuando llevo las coronas de flores a la tienda, se quedan mirándolas, estupefactos. Dicen ahhh, ohhh, y casi no se atreven ni a

tocarlas. Y ese pan que me enseñaste a hacer, Margherita, ese pan con el que me gano la vida, porque me dan mucho dinero a cambio... Pero hay algo que nunca te he dicho: me siento feliz cuando lo preparo, me siento capaz, hábil, siento que valgo para esto.

Cuando terminó, un silencio preñado de pensamientos se extendió entre ellas.

–Es espléndido. Pero ¿qué es eso?

Sara se acercó para verlo mejor. Entonces Angelica se lo enseñó.

–Es un cuaderno, hay apuntes y cartas.

–Es precioso. –Silvia se acercó a Sara—. Está la leyenda del pan ritual. El agua de una fuente muy pura; la harina que representa el grano y, por lo tanto, la tierra; el fuego que hace el pan, el aire que permite que la levadura actúe. ¿Os dais cuenta? Y esas palabras... Me pregunto quién será esa mujer.

La emoción dulcificó sus miradas y sus expresiones. Porque todas, de alguna manera, se identificaron con la mujer de la carta, con sus sueños, sus temores y su valentía. Y siguieron hablando, entusiasmadas. Trazaron planes y estrategias. Cada una de ellas decidió pedir ayuda a alguien, porque ese proyecto tenía que salir adelante. A toda costa.

Angelica había preparado unos tarritos de miel para cada una.

–La semana que viene me decís qué os parecen, ¿de acuerdo? ¿Qué tal si nos vemos el próximo lunes?

Le hubiera gustado que se quedaran un poco más. Y ello la asombró mucho, pues nunca se había encontrado a gusto en las reuniones.

–Yo encantada –exclamó Silvia. La intensa satisfacción que le procuraba ese encuentro quedaba de manifiesto en la sonrisa que le iluminaba el rostro.

Se mostraron todas de acuerdo. Angelica decidió enseñarles la casa. Les fascinaba el lugar: los altos techos, la decoración, el aroma a antiguo y vivido, mezclado con el de las plantas y la cera de abejas. Los cojines llenos de hierbas aromáticas, los cuadros. Recorrieron la casa de una habitación a otra, oliéndolo todo, con expresión soñadora.

–También está el cuarto del torno y el del pan.

–¿En serio? Pero ¿sabes en qué época se construyó esta casa? ¿Y quién la hizo?

–Fue una mujer, una extranjera. Creo que fue a principios del siglo XVIII. Era muy rica, y venía aquí de vacaciones, acompañada de muchas personas.

Después decidió quedarse, y tomó a su cargo a una niña que, a su muerte, lo heredó todo.

–*Fill'e anima*. En Cerdeña era una práctica común. Sobre todo entre la gente de posibles que no tenía herederos. Elegían a un niño y lo criaban como a un hijo.

Casi habían llegado a la verja cuando Alessandra le acarició el hombro a Angelica.

–No te dejes intimidar por los Fenu. No debería decirlo, pues son mis parientes, pero yo comparto tu opinión. Esa aldea turística no nos traerá nada bueno.

Angelica abrió unos ojos como platos.

–Pero ¿cómo...?

–Es la comidilla del pueblo. –Silvia hizo una mueca de disgusto–. Dicen que te llevarán a los tribunales. Que te echarán de aquí.

Angelica se llevó la mano a la cara.

–Lo sé. Pero no se saldrán con la suya. Se agarran a un clavo ardiendo, porque el testamento es muy claro, y yo no dejaré que nadie derribe la casa.

Sara frunció el ceño.

–Sería un crimen. La pérdida de un mundo maravilloso.

–No lo harán, te lo garantizo.

Ella asintió, paseó la mirada por la casa, y su expresión se suavizó.

–Esta ha sido siempre la casa de la miel, me lo contaba mi abuela, ¿sabes? La miel de las Senes, decía, es única. Te hace soñar.

Angelica tuvo un gesto de sorpresa.

–¿Sabes a qué miel se refería exactamente?

–No sabría decirte. Solo sé que una vez al año, a finales de junio, se reunían e iban al bosque a recolectarla.

–¿De verdad? ¿Sabrías indicarme dónde?

Sara negó con la cabeza.

–No, nunca me llevaron. Era una de esas cosas un poco mágicas que había que hacer un día determinado, como las oraciones que se recitan mientras se amasa la harina o se preparan los dulces.

Permanecieron calladas unos segundos, y entonces en el rostro de Alessandra se dibujó una sonrisa.

–Oye, Angelica, ¿has pensado en crear una marca para la miel? ¿Una etiqueta? Piensa en lo que ocurriría si se reconociera su valor en el ámbito

nacional e internacional. En ese momento habría varias organizaciones dispuestas a protegerla. La región de Cerdeña, por ejemplo, tiene fondos a su disposición. Vamos, que sería una buena manera de respaldar tu proyecto.

–¿Tú crees?

–Pues sí, en mi opinión sería determinante.

Angelica lo pensó un momento.

–Y también están los concursos. El de Grandes mieles de Italia, por ejemplo, el Tres gotas de oro. Y Biolmiel...

–Manda la miel de Margherita a un concurso. Llámala miel de Abbadulche.

24.

Miel de cerezo (Prunus avium)

De aroma delicado y ligero, recuerda al del hueso de la fruta y al de las almendras tostadas. Es la miel de la sinceridad y la imparcialidad. Fortalece el espíritu y ayuda a ver las cosas desde una perspectiva distinta. De color ámbar, cristaliza de manera fina y delicada.

Angelica sabía que había llegado el momento. Tenía que encontrar esa miel especial de la que todo el mundo hablaba pero cuya procedencia nadie conocía.

Y tenía que encontrar el árbol, el que le había encomendado Margherita. Tenía que ir al bosque.

Del bosque provenían también los enjambres de las abejas de oro, la riqueza de la isla, su corazón latiente. Angelica se preguntó si los habitantes de Abbadulche eran conscientes de lo afortunados que eran por vivir en un lugar tan extraordinario, aún prístino, que, gracias a la labor de polinización de esas abejas, podía presumir de una vegetación exuberante, flores y frutas grandes, hermosas y perfumadas.

Y cosechas satisfactorias.

Movió la cabeza en un gesto de desaprobación.

La gente lo daba todo por sentado. A menudo, para darse cuenta del valor de lo que se poseía, era necesario perderlo.

Entonces se puso a pensar en su madre. Y en Nicola.

Ahora que se le había pasado la rabia hacia ambos, sentía solo una profunda tristeza. Y mucha impotencia.

Aparcó esas consideraciones y empezó a organizarse. Antes de nada, volvería a mirar entre las cosas de Margherita. ¿Era posible que no hubiera dejado alguna pista más clara sobre ese bendito árbol? ¿Era una alegoría? ¿Una especie de metáfora? Y había otra cosa que no lograba entender: ¿por

qué Jaja no le había explicado claramente lo que tenía que hacer?

Hizo un gesto con la cabeza. En realidad era un comportamiento típico de Margherita.

«No te afanes, *ninnia*, encontrarás las respuestas a tus preguntas cuando estés preparada para escucharlas. Ni un minuto antes. No te serviría de nada, porque no las entenderías.»

Así eran las cosas, según esa filosofía que le había enseñado todo cuanto sabía.

«Mira, Angelica, abre tu corazón y tu mente. Y solo entonces verás de verdad.»

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Tenía que pensar, tenía que reflexionar.

Se dejó caer sobre la cama, mirando al techo. Dedicó toda su atención a las vigas. Eran seis, ocho si se tenía en cuenta las secundarias. Contarlas la relajaba, lo había hecho siempre. Así ponía orden en sus ideas.

Se levantó y fue hasta la ventana. Buscó el mar con la mirada. El nublado se había intensificado, y ahora las nubes reflejaban los rayos del sol, tornándose de un color morado amenazador. Lo miró un instante, distraída. Después empezó a pasar revista a sus recuerdos. Los sacó del fondo de su memoria uno a uno, examinándolos con atención, pero no encontró nada que pudiera ayudarla.

No recordaba que Jaja la hubiera llevado nunca junto a un árbol.

Sin embargo había algo que la empujaba hacia el bosque, una especie de intensa curiosidad, de leve malestar, como algo importante que acabara de venirle a la mente.

Sí, eso era.

Estaba alarmada como si de pronto se hubiera acordado de una cosa importante.

Un ruido seco la hizo sobresaltarse.

—¿Qué demonios pasa ahora?

Pepita había saltado sobre su bolso, esparciendo todo su contenido. Angelica frunció el ceño, hizo un gesto de contrariedad y se agarró a la cortina como hacía de niña cuando tenía un problema. Entonces arrugó el entrecejo. Miró de nuevo el suelo. La cortina osciló y volvió a su lugar. Angelica corrió hacia el montón de objetos desperdigados, los apartó y tomó el paquete de cartas.

Lo desató con cuidado y lo abrió. La caligrafía era libre, fluida, con esas florituras antiguas de quien tenía tiempo y amor por los detalles.

Querida Margherita:

Qué difícil es entender a esta gente. Dice palabras que crees conocer, pero el significado es distinto. Ellos me miran y esperan. No sé qué contestar, así que me quedo callada. Me creen tonta, lo sé. Creo que eso a fin de cuentas es una suerte, porque si la gente te cree tonta no te presta atención. Y yo necesito más silencio, esconderme un poco más todavía. Necesito más tiempo para comprender, para decidir y para escoger. Me siento como una página en blanco. Ahora puedo escribir todo desde cero y puedo hacerlo eligiendo yo las palabras. Me siento feliz cuando lo pienso, me siento ligera. Soy una persona nueva. Pero ahora, basta, no quiero hablar más de esto... ¿Sabes?, hoy una señora ha comprado mi miel. No alcanzo a expresar con palabras la emoción que he sentido. Era felicidad, de esa que se siente de niño, sin que haya grandes motivos. Un tarrito nada más, pero es un principio. Mientras la mujer sostenía en la mano el tarrito de miel, me he sentido útil, hábil, capaz. La señora no era mayor que yo, pero sus ojos eran limpidos, como su sonrisa. Me pregunto si dentro de algunos años yo también podré ver las cosas con esa luz en la mirada...

Tuya, Cecilia

Angelica terminó de leer la carta y volvió a meterla entre las páginas del Cuaderno de la miel. Hojeó despacio algunas. Entre los pliegos de la carta había un ramillete de tomillo y otro de lavanda, una violeta y una pequeña rosa seca. Y más cartas.

He preparado las cáscaras de naranja y las he puesto a confitar con la miel. Se han reblandecido, y cuando he añadido las almendras tostadas, han caído dentro como en un nido. Sí, Margherita, tienes que probarlas, un nido de miel y almendras. Me ha recordado al campo en primavera, al perfume de las flores de almendro. Ese aroma delicado, con un punto de amargor que realza el sabor de los dulces. Gracias, Margherita. Te mando un abrazo. Recuerdos desde Marsella.

Agata

Angelica siguió leyendo, buscando lo que necesitaba entre aquellas palabras de mujeres desconocidas. Pero no había nada sobre ningún árbol ni sobre una miel capaz de hacer soñar. Cerró el cuaderno y lo dejó en la cama.

Pero, mientras bajaba la escalera, se le ocurrió una idea.

«Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio.» Eso se lo había dicho Maria. Así le había enseñado a tener la casa ordenada. En realidad, era una metáfora. Se podía aplicar a cualquier cosa. Orden, tenía que poner orden en sus ideas. Y tenía que entender.

Lo que buscaba estaba ahí, al final del pasillo, en la habitación de Margherita. Entró y fue hasta las ventanas, las abrió, así como los postigos. La luz lechosa de la mañana había dejado paso a una azul brillante, y el sol inundó el suelo, deslizándose por las alfombras color turquesa. El viento movió las cortinas de lino.

El olor del mar era penetrante, pero ese era el dormitorio de Margherita Senes y lo que flotaba en el aire era su perfume. De cera de abejas, miel, lino basto, limón y lavanda.

La cama era un simple somier, pero la colcha era una auténtica obra de arte. Angelica se acercó a examinarla; conocía el valor de un tejido hecho a mano, y en esa colcha blanca cada cuadrado contaba una historia. Había avefrías, agua y plantas, había incluso abejas y niños agarrados de la mano. Había una madre que bailaba con su hija y un corro de mujeres.

Siguió la historia del tejido con la punta del dedo y luego miró a su alrededor. Un baúl, una cómoda y un armario negro de aquellos altos, de madera maciza. El taraceado era espléndido, evocaba tiempos pasados, cuando las cosas construidas estaban hechas para durar, para pasar de generación en generación. Era sobrio, sólido. Le costó un poco abrirlo, pero por fin lo logró. Baldas, cajones, todo estaba en perfecto orden, y también ahí olía a tejidos que el tiempo había amarilleado, a hierbas secas, a polvo de lavanda y a hojas de limón. Pero no era eso lo que llamó su atención, sino las cinco cajas. Eran viejas, forradas de papel de colores. Rosa, violeta, a rayas y con ramilletes de lilas. Angelica las conocía, o las reconocía, mejor dicho. Las había visto desperdigadas por la casa. Jaja tenía debilidad por las cajas, de distintos tamaños y formas. Le gustaba forrarlas, y dentro guardaba de todo.

A Angelica también le gustaban.

Las miró y eligió una al azar. La abrió y enarcó las cejas, admirando las

hojas escritas con buena letra. Rúbricas y florituras, lo propio de quien hace las cosas con el corazón. Cada palabra parecía una obra de arte.

El pan es indispensable. El pan es corazón, es alma. Tienes que tocarlo, tienes que reconocerlo. El pan se huele, se toca, se escucha y se come con respeto. El pan da alegría y felicidad. Por eso el pan es fundamental para todo lo que hagan los hombres. Porque el pan habla, narra los lugares donde se ha cosechado y cultivado el grano. Pero la harina necesita del agua, necesita compartir, necesita colaboración, por lo que se convierte en motivo de reunión antes incluso de encender el horno, de mezclar la harina, de que el aire y el agua lo hagan fermentar. Antes de que las manos lo partan...

Angelica estaba conmovida. Un alimento sencillo como el pan descrito como si fuera uno de los secretos de la felicidad. Pasó a otra hoja y la leyó en diagonal rápidamente. Trataba también del pan y de sus distintos usos, según el periodo del año y la ocasión. Y había dibujos. Pan de los novios, pan de Pascua, pan del matrimonio y pan para honrar también a los muertos. Le enseñaría esas páginas a Silvia, estaba segura de que le serían de ayuda.

Cerró bien la caja y agarró otra. Tenía un niño dibujado. Bueno, no: era un duende. Los niños no tienen las orejas puntiagudas. Se sentó sobre la alfombra, delante del armario, y se puso a leer.

En lo más oscuro de la noche, cuando la respiración se hace añicos, los sueños traen mala suerte. El culpable de todo es S'ammutadori, un duende travieso que roba la serenidad y la respiración, sustituyéndolas por miedo y angustia.

Angelica recordaba vagamente haber escuchado algo parecido de pequeña. Siguió leyendo. Jaja había transcrito también las fórmulas que había que recitar para expulsar a esa extraña criatura. Eran *brebus*, eso lo sabía. Palabras mágicas.

Sacó de la caja otra hoja, esta trataba sobre las Janas.

«Hace cinco siglos que desaparecieron...»

—Fíjate —murmuró, embelesada en el relato—. ¿Crees que existieron de verdad? —le preguntó a *Lorenzo*, que seguía cada uno de sus gestos con

atención.

Dejó la hoja sobre las demás y cerró la caja, pero no se levantó. Los pensamientos se convirtieron en palabras y tomaron forma despacio, buscándose unas a otras. Ahora eran frases, y le hablaban. Le recordaban lo que había olvidado. Volvió a mirar las cajas.

—¿Qué has hecho, Jaja?

Y entonces comprendió. Margherita lo había transcrito y conservado todo. No la historia, no la literatura, sino lo que el pueblo contaba, sus esperanzas, sus sueños y sus alimentos preferidos. Era todo el saber de un pueblo, su legado verbal, lo que ella había decidido conservar.

—¿Tienes más sorpresas para mí, Jaja?

Cerró con cuidado las cajas y el armario, pero dejó abierta la ventana. Esa habitación merecía que la luz la iluminara, no caer en el olvido. Mientras volvía a la cocina, se preguntó qué más había decidido conservar Margherita.

Sonrió mientras lo pensaba. Salió al jardín y miró al cielo.

Qué pocas cosas sabía de su Jaja. Le asombraba que las personas pudieran vivir juntas sin llegar a conocerse de verdad.

Su mente corrió a Nicola, pero rechazó el pensamiento con decisión. No quería pensar en él, al menos no en ese momento. Tarde o temprano se reconciliaría con lo que seguía sintiendo por ese hombre. Tarde o temprano. Y se dio cuenta de que, por más que lo expulsara de sus pensamientos, él volvía una y otra vez. ¿Por qué?, se preguntó.

Estaba convencida de no sentirse atraída por el Nicola del presente. Lo que no la dejaba dormir por las noches era un recuerdo, la idea que había seguido conservando como oro en paño de su apasionado primer amor. Siguió repitiéndoselo. Siguió haciéndolo incluso cuando la voz de su madre, que le recordaba que nada era nunca blanco o negro, se insinuó en sus pensamientos.

Por acertado que fuera su razonamiento, era entre los brazos del hombre, y no del muchacho, donde había temblado. Había sido su fuerza la que la había envuelto, suya la mirada que hubiera querido sentir siempre sobre ella.

No debía pensar en él. Tomó el sendero que llevaba al bosque. Tenía que encontrar ese árbol, esa era ahora su prioridad.

La reforma estaba terminada.

Nicola observó su casa con ojo crítico. Había quedado mejor de lo que esperaba. Una chispa de orgullo brilló en sus pupilas. Se miró las manos. Apenas podía creer que hubiera superado ese reto que se había impuesto a sí mismo. Pequeñas metas que alcanzar, paso a paso; ese era el camino del cambio.

Cuando oyó el rugido del motor se volvió. Su mirada se endureció. Fue despacio al encuentro de su hermano. No tenía ganas de hablar con Claudio. No después de lo que había pasado con Angelica.

–¿Qué haces aquí?

Claudio miró a un lado y a otro.

–Tengo que reconocer que has hecho un excelente trabajo. Está bonita la casa, quizá más que nunca. ¿Cómo narices lo has conseguido?

–Corta el rollo. No puede importarte menos cómo haya quedado. Tú ni siquiera la quisiste para ti.

Claudio se encogió de hombros.

–No la necesitaba, mi piso en el pueblo es mil veces más cómodo.

–Entonces ¿a qué has venido?

Claudio se pasó el dorso de la mano por la frente, buscó la mirada de Nicola y le sonrió.

–Quería decirte que he encontrado otro terreno para la aldea turística. Puedes decirle a tu amiga que ya no me interesan sus tierras.

Nicola sintió una oleada de alivio.

–Esta isla es especial. Me alegro de que te hayas dado cuenta. No conseguirás desarrollo construyendo en ella.

Claudio frunció el ceño.

–No exageres. He dicho que no necesito las tierras de Angelica Senes, no que haya renunciado al proyecto.

–Entonces no has entendido nada.

–No, Nicola, el que no ha entendido nada eres tú. Te has convertido en un teórico, no tienes ni idea de lo que es la vida de verdad, la que te pide un precio cada día.

Nicola hizo una mueca.

–Chorradas, no dices más que chorradas, Claudio. Quizá puedas engañar a los demás, y probablemente a ti mismo, pero hay algo que se llama visión de conjunto, y tú lo estás pasando por alto a propósito. No te creas que por poner un parche vas a vivir bien toda tu vida. Los problemas, al contrario, se

resuelven a largo plazo. Tú estás añadiendo dificultades a un pueblo que ya tiene suficientes problemas. Angelica tiene razón.

Claudio exhaló un largo suspiro, seguido de una risita.

–Nunca se debe subestimar el poder de una mujer. Te ha lavado el cerebro, por lo que veo. ¿Tan buena es en la cama para haberte nublado así el juicio?

–¡Eres un cabronazo!

Por un instante Claudio pensó que Nicola la emprendería a puñetazos con él. Antes de que su hermano convirtiera en gestos lo que leía en su rostro, se alejó un paso.

–No he venido a pelearme contigo. Basta. –Se pasó la mano por la cara en un gesto de exasperación–. ¿Cómo es posible que no te des cuenta de que lo que hago lo hago por nosotros? Tarde o temprano tendrás que decidirte a ocupar tu puesto en la empresa. Eres un Grimaldi. Es tu deber.

Claudio nunca había entendido a Nicola. Su decisión de dejar la empresa y regresar a Cerdeña le había parecido una locura desde el principio.

La noche que le había llamado, totalmente fuera de sí, para decirle que volvía a casa, había tratado de disuadirlo por todos los medios:

–Tómame unas vacaciones. Lo único que te pasa es que estás muy cansado. Trabajas catorce horas al día, es lógico que no puedas más.

–¿Me has oído, Claudio? ¿Has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho? Por mi culpa esa mujer ha intentado suicidarse. ¡Se ha cortado las venas delante de mí, en mi puto despacho!

–Deja de gritar y cálmate. No es culpa tuya si la empresa la ha despedido.

–Yo la he despedido, he sido yo. ¿Lo entiendes?

–Es lo mismo. Tú has desempeñado tu tarea. Y, mira, si de verdad hubiera querido morir, habría elegido otra manera y otro sitio. Ya verás, con el tiempo se descubrirá que estaba en tratamiento por depresión. O que está loca.

Nicola estuvo unos minutos callado, sin contestarle. Cuando Claudio había empezado a creer que había conseguido hacerlo entrar en razón, oyó un sonido extraño. Levísimo, apenas un soplo. Se le heló la sangre en las venas. Nicola estaba llorando.

–Toda esa sangre..., toda esa sangre. Todavía siento que la tengo encima. Le he apretado la muñeca con las manos, he tratado de detener la hemorragia, he tratado...

En ese momento Claudio lo dejó hablar. Dejó que se desahogara. Después se enteró de dónde estaba y tomó el primer vuelo disponible a Milán. Pero

cuando llegó, Nicola ya había desaparecido. Había dejado la empresa y estaba ilocalizable.

Tardó meses en encontrarlo. Los tres meses más largos de toda su vida.

No se había movido de ahí.

De Abbadulche.

Durante todo el tiempo en que lo había buscado desesperadamente, Nicola había estado en su maldito barco.

Claudio lo agarró del hombro.

—Eras muy joven, no supiste gestionar el éxito. Nada más. Ahora todo es distinto. Juntos podemos hacer grandes cosas, devolver la empresa al lugar que ocupaba hace tiempo. Mejorarla. Podemos superar lo que consiguió nuestro padre.

Nicola se alejó, negando con la cabeza.

—Ese es tu sueño, Claudio. No el mío.

—No me hables así. —La réplica sonó seca, casi un grito—. No me hables así. ¿Entendido? Yo estoy tratando de ceder, de ir a tu encuentro por todos los medios. Me pediste que dejara en paz a tu amiga, y lo he hecho. He perdido muchísimo dinero, ¿o qué te crees? Y apoyos. He tenido que vender inmuebles para recuperar las pérdidas. —Le volvió la espalda y se metió las manos en los bolsillos, enfadado. Por un instante pensó en preguntarle a su hermano cuál era su sueño. Si es que tenía alguno. Pero prefirió callar. Su relación pendía ahora de un hilo muy fino. Y eso lo llenaba de amargura y lo contrariaba. Nicola era su único hermano, la única persona a la que había querido de verdad. Volvió a su coche en silencio. Sentado al volante, bajó la ventanilla—. El ayuntamiento me ha concedido un terreno municipal. He llegado a un acuerdo con el alcalde.

—¿Eso qué significa? ¿De qué terreno hablas?

—Construiré el complejo turístico en la ladera de la montaña.

Nicola abrió los ojos de par en par por la sorpresa.

—No puedes hacerlo. Ahí está el bosque.

Claudio se encogió de hombros.

—Los árboles volverán a crecer. Siempre lo hacen.

El enjambre estaba en las ramas, a media altura. Poniéndose la mano a modo de visera, Angelica miró a las pecoreadoras, que volvían al nido. Le latía con

fuerza el corazón, estaba emocionada. ¿Cuánto hacía que no veía una colmena rústica? Era ya casi imposible encontrarlas en la naturaleza. Las condiciones del medio ambiente se habían vuelto prohibitivas para las abejas.

Se alejó para seguir mejor con la mirada los contornos del panal. Las abejas habían construido la cera alrededor de las ramas, englobándolas en la construcción. Era una obra de ingeniería prodigiosa. Y también hermosísima. Siguió recorriendo el sotobosque, olisqueando el aire, con la mirada entre los árboles y el sol, que a ratos la cegaba. Había llegado al extremo de un pequeño claro cuando descubrió el segundo enjambre. También este se encontraba en las ramas superiores del árbol. Un rayo de sol apuntó a las abejas, iluminándolas. Y en ese momento Angelica las vio brillar.

Ahí estaban sus abejas de oro.

Sonrió y siguió buscándolas. Llevaba recorrida toda la parte externa del sotobosque cuando cayó en la cuenta de que los enjambres se habían establecido en los árboles, cubriendo a la redonda toda la zona. Se volvió hacia el valle. Abbadulche se extendía ante ella. Calculó a vista de pájaro, que desde allí hasta el mar podía haber un par de kilómetros. Ese era el radio de acción de los enjambres. Era como si se hubieran dividido para abarcar toda la isla.

Una idea empezó a germinar en su mente.

Se volvió despacio hacia la montaña, a su espalda. En esa dirección el bosque se volvía más denso, hasta convertirse casi en espesura. Había sin embargo un claro, lo recordaba porque Jaja la había llevado alguna vez de pequeña. Y por allí estaba también el manantial que daba nombre al pueblo. De eso también se acordaba.

Siguió mirando delante y detrás, con expresión pensativa. Y entonces hizo un gesto de perplejidad.

Echó a andar hacia la montaña, movida por un impulso, y en ese momento vio el pasillo de vuelo de las abejas. Se detuvo, con los ojos fijos en ese frenético ir y venir.

—¿Desde dónde llegáis, bonitas mías? —susurró, mientras la sospecha se hacía duda, y entonces sonrió. Estaba a punto de adentrarse entre la espesura cuando oyó pasos a su espalda. Hierba seca que crujía bajo los pies, y un sonido extraño. Se volvió de pronto, alerta.

Flotaba un olor en el aire..., un olor que no le gustaba. A cloro, a lejía y a algo más que no lograba identificar.

Entonces la vio. Anna asomó de detrás de un arbusto. Corría hacia ella con la cabeza gacha.

–Eh, pequeña, ¿estás bien?

La niña se paró, levantó la mirada y se pasó las manitas por los ojos, dejando en ellos rastros oscuros.

–¿Qué te ha pasado? –susurró Angelica. Dejó caer al suelo la bolsa que llevaba y, lentamente, sin apartar los ojos de la niña, dio un paso hacia ella.

Anna retrocedió, obligándola a detenerse.

–Cariño, soy yo.

La niña llevaba un vestido de encaje blanco almidonado con una gran mancha delante. Tenía una expresión de espanto; su cabello, partido en dos por una raya, estaba tan tirante que se le veía la blanca piel de la cabecita. De pronto abrió la boca, y Angelica contuvo el aliento.

Era la primera vez que Anna hacía algo así.

Pero no habló.

Movió la cabeza y se arrojó a los brazos de Angelica, que se había agachado para recibirla.

–No pasa nada, pequeñita, estate tranquila.

Había habido otras tres ocasiones en las que Anna había llorado. Pero nunca así, con la boquita abierta de par en par sin que de ella saliera lamento alguno. Angelica sintió oleadas de pánico. Por un momento temió que fuera a echarse a llorar ella también. Anna se agitaba, movía la cabeza y, de repente, rechazó a Angelica de un empujón. Antes de que ella pudiera hacer o decir nada, echó a correr hacia el pueblo.

–¿Qué te han hecho, niña? –susurró.

Corrió detrás de ella, pero cuando la alcanzó, en lugar de abrazarla, retrocedió.

Anna estaba apoyada en el tronco de uno de los árboles que albergaban los enjambres de las abejas de oro, como si quisiera trepar a sus ramas. De pronto se deslizó hasta el suelo, se acurrucó y se puso a balancearse de atrás hacia delante. Petrificada, Angelica hizo ademán de acercarse, pero la niña se incorporó, levantó los brazos y abrió la boca.

No se oyó ningún canto, solo el zumbido de las abejas.

–¿Cómo puedo ayudarte? Por favor, cariño, mírame. –Habría hecho cualquier cosa por entender, por escuchar a Anna. En ese momento reparó en la correa.

Con una sensación creciente de angustia, se acercó a la pequeña. Era el extremo de una correa para animales, y le colgaba de la muñeca.

Palideció, y por un instante no vio más que eso.

Las palabras se confundieron en su mente. Le tomó la mano, levantándola con delicadeza.

—¿Quién ha sido, quién te ha hecho esto?

La niña abrió mucho los ojos y retrocedió bruscamente. Las piernas de Angelica se tornaron de plomo, y se puso a temblar.

Anna se zafó de ella y echó a correr hacia el pueblo.

—¡Espera, Anna, Anna! —Sus gritos se perdieron en la oscuridad del crepúsculo. Corrió tras ella, pero no logró alcanzarla.

Jadeando, con los brazos apoyados en las rodillas, trató de recuperar el resuello.

—¿Dónde estás, pequeña? —Miró a su alrededor, mientras el miedo crecía en su interior.

Instintivamente se dirigió a su casa.

Cuando llegó, sin aliento, se dio cuenta de que todo estaba desierto. Llegó a la verja, pero estaba cerrada, entonces volvió atrás, jadeando, con los ojos preñados de miedo, muy pálida. La idea de que alguien hubiera golpeado a Anna, que hubieran podido hacerle daño, le retorció el estómago. Sintió una arcada, y se llevó la mano a la boca. La carretera era una línea de contornos desdibujados.

Tuvo que enjugarse los ojos un par de veces.

¿Y ahora? ¿Qué podía hacer por la niña? No tenía precisamente una buena relación con su padre ni con su abuela. Sintió en su interior el peso de una profunda impotencia, como un gélido grumo de hielo. Franqueó la verja deprisa.

Sabía dónde vivía Mirta Fenu.

Tenía que bajar casi hasta el mar, al otro extremo del pueblo. Cruzó la carretera y empezó a correr. Hizo caso omiso de las miradas atónitas que suscitaba a su paso, de la gente que se asomaba a la calle, perpleja. Siguió corriendo, la respiración le quemaba en la garganta. Pero no podía detenerse, quería hablar con Giuseppe.

La casa era como la recordaba; al final de la carretera el mar espejeaba, incendiado por la puesta de sol. Mientras llamaba a la puerta de la familia Fenu, el viento soplabá sobre los postigos.

–Ábreme, Giuseppe. ¡Ábreme o juro que te arrepentirás!

La casa era lo que quedaba de un viejo edificio opulento. Cornisas esculpidas adornaban puertas y ventanas, pero la humedad había ennegrecido las paredes. Hinchado y deteriorado, el enlucido se caía a trozos.

–¡Abre, maldita sea!

Siguió llamando hasta que una mujer se asomó a la ventana de la casa de al lado.

–No está. Vuelve más tarde.

Angelica se dio la vuelta.

–¿Ha visto a la niña?

–¿A quién?

–A Anna, su hija. Tiene unos ocho años, es así de alta, con el cabello claro y los ojos verdes.

–Oye, que yo ya sé cómo es Anna. –La mujer la miraba con una mueca–. Solo que no te había entendido el nombre.

–¿Entonces? ¿Ha visto a la niña?

La mujer se encogió de hombros.

–Estará jugando en la playa. Su madre murió y la abuela hace lo que puede. El padre está trabajando.

Angelica se volvió hacia el mar. Tardó menos de un minuto en llegar hasta allí. Sus esperanzas se hicieron pedazos cuando vio que, exceptuando a un hombre que paseaba con un perro, la playa estaba desierta. Volvió atrás. Se disponía a llamar a la puerta de nuevo cuando un coche se detuvo detrás de ella.

–¿Qué quieres?

Angelica se volvió bruscamente.

–¿Dónde está Anna? ¿Qué le has hecho?

Giuseppe palideció. Bajó del coche sin apagar el motor siquiera y dejó la puerta abierta. Cuando la agarró de los hombros, la expresión de su rostro era de puro pánico.

–¿Qué le ha ocurrido a mi hija?

Angelica le golpeó en una mano para zafarse de él.

–Dímelo tú. La habían atado, cuando la vi tenía una correa en la muñeca. Lloraba, estaba desesperada. ¿Cómo has podido?

Giuseppe dilató las fosas nasales y, después de zarandearla, la dejó libre. Un instante después, golpeó con el puño la pared de la casa. De repente, le

propinó un empujón a Angelica.

–Vete. Lárgate de aquí. Vuelve a tu mundo. ¡Que te largues! –le gritó a la cara.

Angelica se lo quedó mirando.

–¿Fuiste tú el que vino a mi casa? ¿Fuiste tú el que me dejó ese mensaje con pintura?

Giuseppe se quedó inmóvil un momento y luego volvió al coche. Tras aparcar, subió corriendo los escalones que lo separaban de la puerta, la abrió y solo entonces miró a Angelica.

–No sé de qué me hablas.

–Claro que lo sabes. Fuiste tú.

–¿Cómo piensas demostrarlo?

Angelica no se dejó intimidar.

–¿No entiendes que la casa tiene que seguir como está también por ella, por Anna? Todo lo que ha dejado Margherita es también para tu hija. ¿Por qué le has pegado? ¿Por qué demonios la has atado?

–¿Qué estás diciendo? Yo nunca... –Se le murieron las palabras en los labios. Antes de que Angelica pudiera hacer nada, su primo la empujó violentamente hacia atrás y le cerró la puerta de su casa en las narices.

Angelica amortiguó la caída con las palmas de las manos, que ahora le quemaban. Tendida en la calle, sintió que una mano la agarraba del brazo.

–Será bruto. Ven, hija mía, levántate. Siéntate ahí, ahora te traigo un vaso de agua. –La mujer a la que había pedido información unos minutos antes se apresuró a volver a su casa. Salió poco después con una botella en las manos.

–Ten, *filla* mía, bebe.

Angelica temblaba. Estaba trastornada. Notó el frescor del cristal sobre los labios. Consiguió beber un par de sorbos y se sintió mejor. De repente la puerta se abrió. Angelica se puso de pie. Giuseppe estaba en el umbral, con la niña en brazos.

–Cariño, ¿estás bien?

Anna no contestó, limitándose a mirarla. Se abrazaba al cuello de su padre, con la cabecita apoyada sobre su hombro.

–Claro que está bien. No has dicho más que tonterías. Nadie le ha pegado nunca. Ni se te ocurra volver a decir algo así. No te atrevas a hablar de lo que no sabes.

La amenaza de Giuseppe transformó el temor de Angelica en una ira fría,

gélida.

–Entonces explícame qué es eso. ¿Una nueva manera de tener a los niños en casa?

Giuseppe aferró el brazo de su hija y, cuando vio la correa, soltó una maldición.

–No lo sabías. –La voz de Angelica era un susurro–. Tú no lo sabías –le dijo.

Giuseppe le acarició la cabeza a su hija. En su gesto había una ternura infinita.

–Tú no sabes nada de mí ni de nosotros.

Angelica miró a su alrededor y volvió a cruzarse con la mirada de Giuseppe.

–¿Es por el trabajo? ¿Por eso no puedes cuidar de ella?

Giuseppe hizo ademán de volver a casa, pero Angelica lo agarró del brazo.

–Te la cuidaré yo. Siempre que quieras. Anna puede quedarse conmigo, yo me ocuparé de ella. –Su voz se tornó suplicante.

En ese momento llegó Mirta.

–Aquí estás, niña mala. Y tú ¿qué quieres? –dijo, dirigiéndose a Angelica. Miró a su hijo, perpleja–. ¿Qué pasa?

Giuseppe levantó el brazo de su hija. Mirta abrió unos ojos como platos por un instante, y luego la expresión de su rostro volvió a ser imperturbable. Se ajustó el pañuelo que le cubría la cabeza.

–No hace más que escaparse. La lavo, la cambio de ropa, me doy la vuelta un segundo, y ya ha desaparecido. Estoy cansada de angustiarme por ella. Así al menos sé dónde está.

–¿Cómo has podido hacerlo? ¿Te has vuelto loca?

Mirta fulminó a Angelica con la mirada.

–Es todo culpa tuya. Si no te hubieras entrometido, Anna ya habría ido a ver a un buen médico. Y a estas alturas estaría curada.

–¿Qué?

–Lo que oyes. El dinero de las tierras de Margherita era para la niña.

Angelica los miró, primero a uno y luego a la otra. Giuseppe seguía abrazando a su hija. Mirta la observaba con desprecio.

Tomó aire y se pasó la mano por la cara.

–Ven mañana a casa de Margherita.

Giuseppe no le contestó ni la miró siquiera.

–He dicho que vengas. Y tráete a Anna, quiero enseñarte una cosa. –Le hizo una leve caricia a la niña y volvió a casa.

Sus pasos eran lentos y pesados.

Estaba cansada, terriblemente cansada. Cuando llegó, el caserón de Jaja pareció envolverla en un cálido abrazo. Cerró la puerta y subió la escalera. Se tumbó en la cama, con el móvil en la mano. No lo pensó, no quería correr el riesgo de cambiar de idea. Marcó el número y, cuando oyó su voz, las lágrimas que había reprimido resbalaron por sus mejillas.

–Mamá.

–Hola, *filla* mía.

–Lo siento mucho, mamá.

–Lo sé, lo sé...

–Ven aquí conmigo, mamá, te necesito.

25.

Miel de naranjo (Citrus spp.)

Intensamente floral, recuerda al azahar. Es la miel del amor y de la alegría.

Guía los gestos del corazón hacia la felicidad. Sabe a fruta madura y a flores blancas y perfumadas. De color claro, cristaliza de manera fina.

La despertaron las abejas.

La noche anterior se había dejado la ventana abierta, y estas entraron, revoloteando de una superficie a otra, posándose sobre los objetos, los muebles y hasta los cuadros. Las observó con atención: el amarillo de sus cuerpos, las alas vibrantes. Se movían con armonía, como bailarinas. Siempre le había gustado su manera de moverse, tan delicada y a la vez compleja.

¿Cuándo había empezado a amar a las abejas?

No lo sabía, ni siquiera se había parado a pensarlo nunca. Para ella eran una prolongación de su alma, algo que comprendía de manera instintiva. Levantó una mano, dejó que se le posaran encima y se las llevó al rostro. Una tras otra levantaron el vuelo. Solo quedó una.

Angelica enarcó las cejas. Casi no daba crédito a lo que veía: la que le recorría la palma de la mano era una joven princesa dorada. La línea del abdomen era aún tenue, pronto haría su vuelo nupcial y, una vez de regreso en la colmena, se convertiría en el centro de todas las miradas, atendida por las demás abejas, mimada, servida y venerada. Por fin fecunda, pondría sus huevos y daría nueva vida a la colmena. Su abdomen crecería, ya no podría volar. La colmena no podría vivir sin ella, pero ella moriría en menos de una hora sin los cuidados de las demás. La princesa levantó el vuelo, otro instante de profunda emoción para Angelica, y desapareció más allá de los postigos.

Ella siguió mirando la luz unos instantes más, y después bajó la escalera.

Acababa de terminar de desayunar cuando oyó que llamaban a la puerta. Se levantó y, por un momento, pensó en hacer como si nada. Sabía quién era. Solo

una persona entraría en su propiedad atravesando el mar.

Abrió la puerta principal, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

–¿Qué quieres, Nicola?

Él se había alejado de la puerta, con las manos en los bolsillos.

–Hola, Angelica. Tengo que hablarte de una cosa.

Llevaba ropa deportiva y calzado de senderismo. Su expresión era tranquila pero fría.

–¿De qué?

–Ven conmigo y lo sabrás.

Angelica se quedó un momento callada, pensando en lo que acababa de decirle.

–¿Por qué debería seguirte?

–¿Por qué no?

Por un millón de razones, pensó Angelica.

–No estoy segura de que sea una buena idea.

–Pues yo en cambio creo que te conviene seguirme. Lo que quiero de ti... – Marcó una pausa y se aclaró la voz–. Quiero enseñarte una cosa.

La verde colina se extendía ante sus ojos, el mar en el horizonte era plata líquida, y el cielo, tan límpido que parecía transparente. Se había puesto ropa cómoda, como él. Mientras seguía a Nicola, de vez en cuando se estremecía de frío. La noche anterior había refrescado. Soplaría el viento de costumbre durante tres días. Era el tiempo del mistral. Angelica no apartaba los ojos de la espuma que levantaban las pequeñas crestas de las olas. Nicola le ofreció la mano. Ella se agarró con fuerza. No sabía por qué se había dejado convencer para seguirlo. De pronto había visto algo en su mirada, en su expresión distante. Algo que le había hecho temblar.

–¿Tienes frío?

Negó con la cabeza. Habían subido la colina y se dirigían a la montaña. Aunque estaba acostumbrada a andar, sentía el cansancio de la subida.

–¿Falta mucho?

–No, en realidad ya estamos encima.

–¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Él se detuvo y, por primera vez desde que había ido a buscarla a su casa esa

mañana, se permitió mirarla.

–Prefiero que lo veas tú misma.

Sintió ganas de decirle que no, de dar media vuelta y salir corriendo. Seguía enfadada.

Con él y consigo misma.

Estaba muerta de miedo. A pesar de todo lo que había sucedido entre ellos, aún deseaba verlo. Oír su voz.

–Está bien, pero espero que sea de verdad importante.

Una sonrisita asomó a los labios de Nicola, pero no se volvió y continuó andando. Sabía que Angelica lo estaba siguiendo. Sabía que no pasaría por alto un desafío. Sabía muchas cosas de ella. Más de las que ella imaginaba. Al final no había cambiado tanto. Su alma era la misma. Y eso le confería una gran ventaja.

–Ven. Por aquí.

La colina bajaba en ligera pendiente y, en el confín de un bosquecillo de enebros, un saliente de rocas delimitaba la zona. Estaban cerca del bosque, detrás se erguía la montaña, el corazón de la isla.

–Parece que la hubieran arrojado desde el cielo –dijo Angelica, fascinada por la aspereza de la roca.

Nicola asintió.

–También parece una señal. Obsérvala mejor.

Perpleja, Angelica se dio cuenta de que tenía razón.

–Pero no veo qué es lo que indica.

–Ven, te lo enseñaré.

Fueron hacia allí y, entonces, a pocos metros de distancia, Angelica vio claramente que la roca estaba partida en dos. Cuando Nicola se metió por la grieta, estuvo tentada de retenerlo, pero luego se apresuró a seguirlo.

–Pisa donde yo pise.

El olor húmedo y vegetal le picaba en la garganta, a su alrededor había una oscuridad como de algodón que absorbía todos los ruidos. Angelica tenía miedo y al mismo tiempo se sentía intrigada. Avanzó, siguiendo con los dedos la pared de roca. Llevaban un rato andando cuando, de pronto, se abrió un enorme espacio delante de ellos. El suelo bajaba a plomo desde una enorme grieta, iluminando una poza de agua turquesa en el centro de la cámara formada por las altas paredes de roca. La delimitaba a un lado una franja de arena blanca y, al otro, un semicírculo de toba con decenas de pequeñas

aperturas cuadradas.

–Dios mío... –Angelica estaba estupefacta–. Nunca había visto nada igual.

Él le dejó el tiempo de asimilar cada detalle, cada rincón, los sonidos y los olores. Después le indicó un punto en concreto.

–Y aún hay más –le dijo.

Le abrió camino, atento a que no tropezara, aflojando el paso para darle tiempo a mirar a su alrededor. De vez en cuando, Angelica levantaba los ojos al cielo, que parecía encerrado en el círculo de roca y se reflejaba en el pequeño lago. Había otros círculos, parecían antiguas hogueras, y por momentos se veía lo que quedaba de una piedra de molino, un odre, un abrevadero.

–Parece un pueblecito.

–Demasiado pequeño. Ven, quiero enseñarte algo.

Angelica lo siguió. Nicola se detuvo ante una de las cavidades excavadas en la piedra, pasó la mano por el dintel, acariciando con delicadeza una doble espiral decorada con profundas incisiones.

–Son maravillosas –susurró Angelica.

Había representaciones arcaicas del sol y del agua. La diosa Madre en todo su esplendor.

–Mira, tenían también abejas. Eso son colmenas.

Nicola se acercó con cautela.

–¿Estás segura? A mí me parece maleza.

–No, son los restos de un antiguo tipo de colmenas que en Cerdeña se utilizaron durante mucho tiempo. La propia Jaja tenía algunas. Mira, las ramas sostenían una estructura ligera de finos juncos trenzados en forma de cilindro. Dentro se alojaba el enjambre. Era una especie de colmena rústica. Ahí estaba el fondo, y eso era la tapa. Después los contenedores se colocaban sobre un trozo de madera con correas y se cargaban a la espalda. De esta manera, resultaba fácil transportar los enjambres.

–No tenía ni idea de que la apicultura funcionara así.

Angelica sonrió.

–Durante milenios, la miel era el único edulcorante que existía. Cada familia tenía al menos una colmena. Era indispensable, una fuente de riqueza y de prestigio. Con la cera se hacían velas, la miel endulzaba y conservaba la salud, y el propóleo era un remedio excelente contra las enfermedades. Lo que no se consumía, se intercambiaba o se vendía. Era tradición que con los

beneficios se compraran los ajuares de las mujeres y las joyas que adornarían sus vestidos.

Nicola se tomó su tiempo para mirar a Angelica. Le gustaba escucharla, le gustaba lo que contaba y su manera clara y precisa de exponer los argumentos, con dulzura y pasión.

—¿Crees que pueda ser un templo, un lugar de culto?

La pregunta de Angelica lo desconcertó.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No sabría decirte, más que nada es una sensación que tengo. Mira las construcciones, están todas alrededor del lago, como si velaran por él. Como si quisieran protegerlo.

—No lo sé. Desde luego es un refugio. Un lugar oculto, secreto para la mayoría de la gente. Probablemente alguien habrá seguido viniendo aquí, utilizándolo en momentos de necesidad. Y luego simplemente la gente se habrá olvidado de su existencia.

—Pero ¿por qué querría alguien estar bajo tierra?

—Por muchos motivos. Por seguridad, por ejemplo. Los piratas hicieron continuas incursiones en las islas hasta principios del siglo pasado. Raptaban a las mujeres y a los niños, no se limitaban a arramblar con sus pocas pertenencias. La gente se adapta a lo que sea con tal de sobrevivir.

Le impresionó la inflexión de su voz. Era fría. Lo miró, miró cómo seguía con los dedos las incisiones en la piedra, su concentración total en ese gesto tan banal, que sin embargo decía mucho de él, de cómo lo afrontaba todo.

—Ven, volvamos atrás.

Angelica apartó la mirada, pero era demasiado tarde: la había sorprendido mirándolo, y, por un instante, un largo y silencioso instante, sus ojos se encontraron.

Llegó hasta la poza sin volverse, consciente de que él la seguía, de las palabras que no habían pronunciado, de esa tensión que lo hacía todo tan difícil. Ahora brillaba el sol, daba de lleno en el agua, que reflejaba la luz, iluminando el lugar por completo.

—Es agua dulce, hay muchísima. Y está buena, he probado un poco. Baja de ahí.

Angelica siguió la dirección que él le indicaba. De una de las altas paredes de roca se filtraba un reguero de agua. Le pareció imposible que pudiera dar origen a ese pequeño lago. Pero el agua seguía manando, constante e

incansable.

–Un refugio perfecto.

Nicola recogió leña de alrededor y la metió dentro de un gran hoyo excavado en la piedra. Encendió fuego y se volvió hacia ella.

–Ven a calentarte.

Angelica se sentó a su lado.

–¿Cómo lo has descubierto?

Él sonrió. Levantó la cabeza. Le brillaban los ojos.

–Por casualidad. Estaba en el bosque, y reparé en que había un sendero de piedras cubierto de musgo. Cuando bajé, no me lo podía creer. Era tan hermoso... Pensé en ti, quería que lo vieras. No me preguntes por qué, no lo sé. Solo sabía que tú lo entenderías, que a ti te lo podía contar.

«A ti te lo podía contar.»

Angelica se volvió. Esas palabras la turbaban. En ese momento se dio cuenta de que estaba cansada. Y de que de la rabia que había sentido por Nicola apenas quedaba ya nada.

–Quiero enseñarte otra cosa, ¿te apetece andar un poco?

–Sí.

Subieron una pendiente de viejos peldaños, apenas esbozados a un lado de las construcciones, que estaban desgastados en el centro. Quién sabe cuántos miles de pasos habían sido necesarios para moldear así la piedra. Nicola se detenía de vez en cuando para ayudarla.

–Ya casi hemos llegado –le dijo cuando desembocaron en los límites de una llanura. Angelica miró a un lado y a otro: ese lugar le resultaba familiar. La vegetación era baja, y los árboles se erguían altos hacia el cielo.

–Estamos en el corazón del bosque.

–Sí.

–Creo que ya he estado aquí con Margherita. El manantial se encuentra cerca, ¿verdad?

Nicola asintió.

–Por ahí.

Claro que estaba ahí. Ahora oía el sonido del agua que corría sobre los gujarros, llamándola.

–Hace días que quería venir aquí. ¿Sabes?, creo que la colonia de abejas silvestres está por aquí.

–Hay un gran árbol un poco más adelante. Un olivo gigantesco. Igual se han

instalado allí las abejas. El tronco es enorme.

Un gran árbol. Angelica sintió una oleada de euforia. ¿Y si fuera ese el árbol del que le había hablado Jaja? Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Un árbol antiguo, capaz de contener una colonia de abejas silvestres, lo bastante grande para protegerlas durante el invierno y lo bastante amplio para albergar los panales en verano.

Echó a correr, empujada por una intuición y una alegría que le daba alas. Lo primero que vio fue el manantial.

El agua brotaba de una grieta en la roca y caía espumeando en una poza transparente cuyo lecho se estrechaba hasta formar un riachuelo. Conocía ese arroyo, bajaba por el valle hasta Abbadulche. Boquiabierta, contempló el enorme olivo, cuyas ramas dominaban la llanura entera.

–Es gigantesco. –El susurro se perdió en el fragor del agua. Nicola estaba a su lado y en un momento dado alzó la mano.

–Mira eso.

Había un resplandor entre las ramas, allí donde el sol conseguía abrirse paso. Angelica supo de qué se trataba antes incluso de verlas. ¡Ahí estaban! Las abejas de oro. Esa era la colonia silvestre de donde partían los enjambres que cuidaban de la isla.

Y ese era el árbol de Jaja. Aquel del que ella debía ser guardiana. El que a su vez la protegería. Se acercó despacio, de la mano de Nicola, sin apartar la mirada de las hojas plateadas, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

–De modo que aquí está.

Él la observó de una manera extraña.

–¿Sabías que existía?

Ella asintió.

–Junto con el testamento, recibí una carta de Margherita. Me hablaba de un árbol, aquel que había dado origen a todo. Es posible que se estuviera refiriendo a la colonia de abejas. ¿Las has visto? Son doradas. Son únicas. Nunca he visto abejas como estas.

–Pareces sorprendida.

Y lo estaba. Entonces comprendió que siempre había tenido dudas sobre lo

que le había escrito Margherita. Sobre sí misma y sobre sus deseos.

Pero sus dudas habían quedado atrás.

Ahora no tenía ojos más que para las abejas, para el agua que cantaba, para el hombre que le daba la mano y le hacía latir el corazón.

Se acercaron juntos a la orilla del arroyo, absortos en la contemplación de ese espectáculo. Los ojos de ambos seguían las líneas del poderoso tronco, el temblor de las hojas que la brisa acunaba, el plácido ondear de la hierba.

–Ahí hay algo.

Angelica miró donde le indicaba Nicola y se quedó boquiabierta. De una rama del gran olivo que dominaba el manantial caían regueros oscuros que al sol parecían chorros de oro. Una lluvia de miles de hilos dorados que caía dulcemente al agua.

–Eso es miel.

Nicola sonrió.

–Abbadulche. Agua dulce. He aquí el porqué. Lo que endulza el agua es la miel que cae sobre el manantial. ¿Te das cuenta? ¡Es extraordinario!

–Sí, es extraordinario.

Fue él quien la atrajo hacia sí. Despacio, con dulzura. Y Angelica no se resistió.

Se abrazaron, dejando que hablaran sus gestos.

–Es tan hermoso que te deja sin respiración.

Nicola le tomó el rostro entre las manos.

–Sí, te deja sin respiración.

Cuando la besó, Angelica no lo rechazó. Ya no sentía rabia ni tristeza, solo alegría y gozo. ¿Podía ser que también eso fuera parte de la magia de ese lugar?

Porque ella nunca se había sentido tan en paz y tan feliz.

Se quedaron un rato más sentados a la orilla del arroyo, mirando a las abejas, que revoloteaban a su alrededor como centellas, hasta que por fin decidieron bajar hacia el valle.

Mientras caminaban de la mano, Angelica se dio cuenta de que necesitaba más explicaciones. Lo que había sentido por Nicola hacía unos instantes era demasiado intenso. Y para ella significaba mucho.

–¿De verdad no sabías nada de los planes de Claudio?

–Ya conoces la respuesta.

Angelica asintió.

–¿Por qué?

–¿Por qué no lo sabía? –Nicola miró al cielo y respiró hondo—. Nunca he formado verdaderamente parte de la empresa. O, mejor dicho, soy un socio, pero nunca me he ocupado activamente de ella. Claudio ha sido siempre el que lo hacía todo. Yo trabajaba en Milán, era ingeniero.

–¿Ya no lo eres?

Nicola se puso tenso.

–No, ya no lo soy. Ahora restauro casas antiguas, busco lugares especiales, llevo a los turistas en barco.

–No te falta iniciativa.

–No, en ese sentido siempre estoy activo. –Le sonrió aunque estuviera pálido y turbado. Angelica se miró las manos. Sabía tan poco de él...

–¿Lo hacías ya desde antes de lo de la herencia? –le preguntó de repente.

–Sí.

–No es un estilo de vida que encaje con el de un especulador. Entonces, ¿por qué respaldaste a tu hermano en esa absurda idea de demoler la casa de Jaja?

–Puntos de vista, Angelica. El tuyo, el mío y el de Claudio. ¿Quién te dice que no acudí a la reunión por ti? Lo que a ti te parece absurdo puede ser lo ideal para otra persona.

–¿Cómo puedes hablar así? ¿Qué demonios hacemos aquí entonces?

Él negó con la cabeza.

–¿Por qué te obstinas en ver un solo camino para alcanzar un objetivo, maldita sea? –Se pasó las manos por el rostro y el cabello, en un gesto de exasperación—. ¿Es posible que no lo entiendas? ¿Que de verdad no seas capaz de entenderlo? Y sin embargo lo acabas de decir tú misma. Es mi hermano. Él es importante para mí.

Angelica se alejó de él.

–¿Qué quieres de mí, Nicola?

–Alternativas, Angelica. A ti, a Claudio. Eso es lo que estoy tratando de hacer: buscar alternativas a vosotros dos, para vosotros dos. Pero si no lo entiendes, si no te interesa mirar más allá de tus propios intereses, siento haberte molestado. –Levantó las manos, estaba al límite de su paciencia. La

tensión entre ellos era tanta que impregnaba el aire. La dejó plantada. Angelica lo alcanzó al cabo de un momento. Caminó a su lado, en silencio. La rabia se había esfumado, y ya no tenía ganas de discutir con él.

–¿Crees que lo que hemos visto en la roca eran *domus de Janas*?

Nicola tomó aire y se pasó la mano por la cara.

–Podría ser, así a ojo yo diría que sí. Pero hay indicios de distintas culturas, y yo no poseo los conocimientos necesarios. Si tuviera que avanzar una hipótesis, diría que el árbol, el manantial y las edificaciones forman parte de un único complejo.

–Agua, tierra, aire y fuego. Sí, están todos los elementos que han fascinado a la humanidad desde siempre. Y están la miel y las abejas.

–¿Sabes?, creo que deberíamos decírselo a alguien. –Desde luego debía decírselo a Claudio. Ni hablar de que su hermano construyera ahí. Tendría que buscar otro sitio para su aldea.

Y no le gustaría, no le gustaría en absoluto tener que desplazar de nuevo su inversión.

–Yo en cambio pienso que las cosas deben seguir como están.

–Piénsalo un poco, Angelica. Este es un lugar especial. La gente tiene derecho a conocerlo, es un bien de todos.

–No, tiene que seguir como está. Aislado, a salvo.

Se detuvieron, haciéndose frente, cada cual firme en su propia postura. Se quedaron así un instante. Uno al lado del otro. Hasta que Nicola le tendió la mano.

Ella puso encima la suya.

No se movieron, no hablaron. No querían romper el encanto de ese instante.

Angelica sentía elevarse el calor de su cuerpo. Su olor. Nicola la había tomado de la mano como había hecho tantas otras veces, pero había algo distinto ahora. Era la voluntad.

Ambos sabían que estaban en frentes opuestos, que tenían opiniones distintas respecto a muchas cosas. Estaban divididos.

Pero esos dedos entrelazados, esa mano a la que se aferraban ambos era un vínculo.

Era algo de lo que no podían, no eran capaces de prescindir. Temblaron, embargados por la emoción, pero se sostuvieron la mirada.

Regresaron a casa en silencio. Cada cual absorto en sus pensamientos.

Esa noche, antes de conciliar el sueño, Angelica comprendió con

despiadada lucidez que lo que seguía dándole tanto miedo no era la atracción que sentía por él.

Lo que la había turbado no habían sido las miradas de Nicola, ni sus manos, que por momentos la habían acariciado. Ni tampoco ese beso tan dulce, ni sus caricias.

No, lo que de verdad la había asustado había sido el sentimiento de pertenencia que había experimentado. Era como si estuvieran hechos de la misma materia. Como si escucharan la misma melodía. Porque Angelica había sentido vibrar en su alma cada palabra, cada gesto, cada respiración de Nicola.

26.

Miel de almaro (Teucrium marum)

De característico aroma, intenso y ligeramente ácido, es la miel de la armonía y el orden. Miel de Cerdeña por excelencia, extrae la fuerza de su tierra y ayuda a encontrar el camino cuando parece perdido. De color ámbar, cristaliza de manera variable.

Uno después de otro, Angelica levantaba los cuadros: introducía la palanca en un extremo y, con un golpe seco, los extraía junto con todo su contenido. Aunque habían pasado años desde la primera vez que lo había hecho, ese era un momento único y especial. Seguía teniendo el mismo sentimiento de expectación y un poco de ese embeleso que precedía a la cosecha, cuando todo estaba ya establecido pero conservaba aún una incógnita llena de esperanza y de sueños.

El viejo Miguel, quien le había regalado la palanca, entonces no se prodigó en muchos discursos: se limitó a ponérsela en la mano y le enseñó a utilizarla. Angelica recordaba con precisión su peso en la palma de la mano, su consistencia. Pero más que nada recordaba la emoción. Porque Miguel la había forjado a la medida de su mano.

Siguió trabajando hasta que cada colmena tuvo su nuevo cuadro de miel. Se enjugó la frente con el antebrazo; una ojeada al cielo la animó a apresurarse. Estaba brillante como el mar y de color cobalto. El calor se abatiría de repente, y las abejas volverían a las colmenas para resguardarse. Entonces sería imposible trabajar.

Eucalipto, una cosecha maravillosa. Primero había sido la del asfódelo, seguido del cardo. Habían producido también un poco de maquia mediterránea y, para la primavera siguiente, Angelica tenía el proyecto de trasladar las colmenas cerca del romero.

La miel le goteaba entre los dedos, los panales estaban tan llenos que hasta

la palanca quedaba totalmente cubierta. La dejó sobre una de las cajas y llamó a las abejas. Cuando se posaron encima, sonrió.

Las cosas habían cambiado desde la última vez que cantó para ellas. Su relación con Nicola ya no era tan tensa. Desde que habían encontrado juntos el árbol de Jaja y la colonia de abejas, se sentía aún más unida a él que antes. Sin embargo, había algo que seguía atormentándola: no había vuelto a tener noticias de Anna. Se preguntó qué estaría haciendo la niña en ese momento. Giuseppe no había aceptado su ofrecimiento. No pasaba un solo día en que no se preguntara si la niña estaba bien, si lo que le había dicho Mirta era verdad, si el dinero de la herencia iban a emplearlo en curarla.

Ella no creía que Anna estuviera enferma. Antes del accidente que había sufrido con su madre, la pequeña hablaba, se lo había dicho Memma. Por lo tanto era capaz de hacerlo, solo que ya no quería. Salvo por el silencio en el que se obstinaba en encerrarse, la niña era del todo normal. Era inteligente, muy hábil y aprendía deprisa. Angelica suspiró. Decidió que le daría unos días más a Giuseppe antes de insistirle de nuevo. Seguía esperándolo, sabía que estaba en el pueblo. Se lo había dicho Alessandra.

Desde la primera reunión, las otras chicas y ella se habían visto todas las semanas, y, para su sorpresa, también Pina y Gigliola habían decidido participar. Las dos ya trabajaban con ella de manera estable. Se ocupaban de envasar la miel. Una serie de macetas de colores, con amarilis de todos los tonos posibles, se multiplicaba bajo el porche de Angelica, porque Pina, además de ser una artista extraordinaria, era muy generosa. Sus aportaciones habían sido múltiples. No solo habían embellecido su casa, sino que también habían animado a Angelica a cuidar de las plantas, lo cual la hacía sentirse feliz. Había olvidado lo gratificante que era cuidar de una plantita, verla germinar y observar las flores que brotaban. Tenía la sensación de que era la manera que tenía la planta de comunicarse con ella.

El proyecto de constituir un consorcio, esa especie de cooperativa femenina de la que habían hablado, seguía adelante. La habían llamado «Hilo de oro», en honor al biso. Ese hilado antiguo, valioso y raro, era la representación ideal del vínculo de solidaridad y ayuda mutua que unía a las mujeres.

La velada que habían pasado juntas, escuchando las palabras sabias y llenas de magia de Chiara Vigo, la última maestra del biso que vivía en Sant'Antioco, les había dado la idea del nombre. Un hilo de oro que nadie podía comprar porque no estaba en venta. Un hilo de oro que era un don del

mar, producido por los moluscos *Pinna nobilis*, que lo segregaban para sujetarse al fondo marino. Una mujer lo extraía, lo cardaba y lo trabajaba. Era la última depositaria de un arte que hundía sus raíces en un pasado místico, en esa primera ofrenda de las princesas fenicias a sus criadas sardas.

Las palabras de Chiara habían acompañado esos gestos antiguos, a sus labios se habían asomado fórmulas mágicas; mientras trabajaba con la mirada concentrada y los dedos hábiles, el cabello negro le acariciaba los hombros, inclinados sobre la tarea.

Para Angelica, conocerla le había permitido afinar su propio pensamiento y enriquecerlo con múltiples significados.

Volvió a casa y miró el teléfono. Quién sabe si Nicola la llamaría. Lo echaba de menos. Quizá hubiera debido tragarse el orgullo y llamarlo ella. Sentía una especie de vacío, un dolor sutil, oculto. Era turbación, algo capaz de empañar las cosas hermosas. El timbre de la verja la sacó de su ensimismamiento.

–Será Alessandra –le dijo a *Lorenzo*, que se había puesto a dar saltos. Abrió la verja y la puerta principal. Cuando el perro se lanzó afuera, lo siguió con la mirada y sonrió. *Lorenzo* adoraba a esa chica. Un instante después, sin embargo, las palabras se le murieron en la boca.

–Estoy segura de que ha crecido. Pero ¿qué le das de comer a este perro?

–¿Mamá?

Maria ordenó a *Lorenzo* que se sentara y luego miró a los ojos a Angelica.

–Hola, *filla* mía. ¿Puedo entrar?

No le contestó, pero cuando su madre abrió los brazos, se precipitó hacia ella y se dejó abrazar.

–Te he echado de menos.

–Yo también, tesoro. ¿Estás bien?

Angelica hizo un esfuerzo por sonreír.

–No sabría decirte.

Maria abarcó con la mirada todo cuanto la rodeaba: los arcos de piedra y ladrillo que sostenían el altísimo techo de madera, las paredes cubiertas de cuadros y tapices, los muebles y el suelo blanqueado. Cuando volvió a dirigir los ojos hacia su hija, le temblaban los labios.

El silencio entre ellas se volvió de plomo. Como sobre un *ring*, estaban en

la orilla de esa conversación que aún no habían mantenido y que ambas temían con la misma intensidad.

–¿Te apetece un café? –Maria fue la primera en quebrar la inmovilidad que las aprisionaba a ambas.

Angelica asintió. La mesa seguía desordenada. Maria no dijo nada, se quitó la chaqueta y empezó a colocar las tazas en una bandeja. Miel, leche y galletas. Se movía con rapidez y eficacia, sabía dónde se guardaba cada cosa. Con la barbilla apoyada en las manos, Angelica seguía todos sus movimientos. Cuando se propagó el aroma del café, Maria le sirvió una taza. Lo bebieron en silencio. De vez en cuando Maria alzaba la mirada. Angelica sentía sobre ella esos ojos negros e inquisitivos. Habría querido hablarle, preguntarle tantas cosas, pero no encontraba las palabras. Cuando terminaron el café, Maria recogió las tazas. Abrió el grifo y las enjuagó. Luego volvió a sentarse frente a Angelica.

–La primera vez que vi a Margherita, yo tenía trece años. Ella me abrió la puerta de su casa como acabas de hacer tú antes. –Hizo una pausa, tomó aire y sonrió–. Se hizo cargo de mí. Yo estaba sola en el mundo. Años después me dijo que lo había hecho porque yo era el vivo retrato del hambre. Un insulto a todo aquello en lo que ella creía.

–No sabía que os conocierais desde hacía tanto tiempo.

Maria juntó las manos y entrelazó los dedos.

–Al cabo de un año, me escapé. Así estuvimos un tiempo. Ella siempre volvía a acogerme, estaba ahí cada vez, con su sonrisa... –Le faltó la voz. Apartó un momento la mirada. Carraspeó y retomó su relato–. Su sonrisa –repitió–. Es importante, la sonrisa. Mucha gente sonríe y miente, pero ella no. Decía lo que pensaba, y también se le leía en el rostro. Así era ella.

Angelica se secó los ojos.

–Haces bien en llorarla, *filla* mía, esa mujer se merece tus lágrimas.

–Tú no la soportabas –dijo Angelica en un susurro, pero su voz sonaba ahora tranquila. Había perdido el tono acusador de siempre.

Maria la miró con sus ojos grandes y brillantes.

–Yo la odiaba.

El mar estaba cristalino y en calma. Mientras soltaba los cabos, Nicola sentía

la vibración de los motores subirle por las piernas. Se apuntaló y corrió a izar la vela. Se quitó los zapatos y la camiseta. El viento lo embistió de lleno con su carga de olores. Mar, salitre, pescado y tierra quemada. Entrecerró los párpados y, una vez concluidas las maniobras, se concedió un último vistazo a tierra. Allí, detrás del promontorio, estaba la casa de Margherita. Allí estaba Angelica. Volvió la cabeza. Mientras se alejaba, le pareció que el peso que sentía en el pecho se hacía aún más grande.

—¡Maldita sea! —El viento se llevó sus palabras. Nicola corrió hacia el mástil y amainó la vela. Ejecutó la maniobra y volvió a la popa. Una hora después, la isla surgió de repente. Transportada por el viento, la humedad se levantó. En un momento dado, el sol asomó por detrás de las nubes. Rozó las gotas con su luz, y estas se pusieron a brillar. El efecto era asombroso.

Absorto en ese espectáculo, Nicola se olvidó de todo lo demás. Fue entonces, lo que dura un instante, cuando se dio cuenta de una cosa: ya había vivido ese momento, cuando era apenas un muchacho. Y con él, delante de la isla Plana, estaba Angelica.

Ese recuerdo lo irritó y lo llenó de rabia contra sí mismo. ¿Por qué demonios no era capaz de quitarse de la cabeza a esa mujer?

Le habría sido útil ser como esos hombres que sabían mentirse a sí mismos. En ese momento le habría resultado cómodo saber negar la evidencia. De ese modo podría dejarla atrás. Desde luego, mujeres tenía cuantas quería, le habría bastado con encender el móvil y marcar cualquier número.

Una sensación gélida lo atravesó, arrastrando consigo los recuerdos. Podía hacerlo, desde luego. Podía hacer todo lo que quisiera. Era otra la cuestión: ¿se sentiría mejor después? Se pasó las manos por el rostro. Conocía la respuesta a esa pregunta.

Se aferró a la borda con ambas manos. Y en ese momento supo con certeza que no lo haría. No volvería al pasado. Por insoportable que pudiera parecerle el futuro sin Angelica. Antes o después se acabaría reconciliando con sus sentimientos, se dijo. Solo tenía que tomar la decisión de hacerlo, y encontrar la manera.

Entonces lo comprendió. Inclino la cabeza y se rio. Lo que sentía por ella estaba tan arraigado dentro de él que constituía la única certeza de su vida.

Y a esa se unió enseguida otra. Había hablado con su hermano.

—No te pases, Nicola. No volveré a trasladar la aldea por un mísero árbol y cuatro piedras puestas en cruz. Me trae sin cuidado que sean nurágicas,

prehistóricas o alienígenas. No tires demasiado de la cuerda. Mi paciencia tiene un límite.

No hubo manera de convencerlo. No tenía la más mínima intención de volver a cambiar sus planes. Si Claudio llegaba a construir junto al manantial, si dañaba o talaba el árbol de las abejas, Angelica no podría soportarlo.

«Yo la odiaba...» ¿Cómo había podido odiar a quien tanto bien le había hecho? Las palabras de su madre resonaban en su cabeza. Le hacían daño y la desconcertaban.

–¿Por qué? –Angelica quería saber, quería entender.

Maria miró a su alrededor, pero no había nada entre esas paredes que pudiera ayudarla, al menos ya no. Sabía lo que tenía que hacer, era una cuestión de justicia. Se lo debía a su hija, pero se lo debía más aún a Margherita. Lo había pensado mucho durante el viaje de regreso a Cerdeña, hasta había ensayado lo que iba a decir. Pese a todo necesitó tiempo para reunir el valor. Miró a Angelica, alargó una mano y la juntó con la otra, agarrándosela, apretándosela.

–Yo era como tú, una abeja solitaria.

Angelica abrió mucho los ojos y apoyó ambas manos sobre la mesa.

–¿Qué quieres decir?

–Déjame terminar. No me interrumpas. –Su voz se había vuelto imperiosa, como la mirada que ahora clavaba sobre su hija–. La soledad es hija del dolor. Nos arrojamos sobre ella sin esperanza porque es lo único que conocemos. Introspección, lucidez, ninguna expectativa. Y así no hay decepción posible.

Hizo una pausa y escrutó la expresión de Angelica. Cuando la vio ensombrecerse, le acarició la mano. Un gesto fugaz, y volvió a mostrarse distante.

–Margherita no compartía mi elección. Tardó algo de tiempo, pero cada vez se llevaba un pedazo de mi voluntad, de mi necesidad de soledad. En su lugar dejaba ideas, convicciones y esperanza. Estaba segura de que había belleza en todas las cosas y que, para encontrarla, para conseguir verla, bastaba esforzarse un poco cada día. Decía que llega un momento en que es ella quien nos encuentra a nosotros. –Suspiró, y una leve sonrisa suavizó su expresión–. Me hacía escribir en una hoja todas las cosas bonitas que me ocurrían cada

día. Se mostraba inflexible con eso. Y ¿sabes qué, Angelica? –Le brillaron los ojos–. Tenía razón –susurró–. Un buen día todo me pareció más colorido, más vivo, más intenso. En esa época conocí a tu padre.

–¿Eras muy joven?

–Tesoro, mírame. Yo siempre he sido como me ves ahora: una vieja.

Angelica se obligó a quedarse como estaba, a observar el rostro de su madre, surcado de arrugas. Le pareció que cada una de ellas albergaba un secreto que Maria ahora había decidido confiarle.

–¿Por qué dices eso?

–Porque la vejez no es una cuestión de edad. Te haces viejo cada vez que se te parte el corazón, cada vez que alguien te mancilla, cada vez que pierdes la esperanza. Fue el hambre lo que me llevó a casa de Margherita. Decían por ahí que había una mujer que ayudaba a las chicas. A mí no me quedaba otra.

–¿No tenías familia?

La mirada de Maria se endureció, y le temblaron los labios.

–No, no tenía a nadie.

–Pero, por lo que dices, se entiende que eras feliz con Jaja.

Angelica se estremeció ante la mirada que le lanzó su madre. Sus ojos eran dos cuencas vacías, llenas de una desesperación tal que se quedó sin habla.

–El rasero que mide la felicidad es el dolor, no lo olvides. Cuando tú naciste, creí morir de felicidad. Tu padre... Él me demostró lo sencillo y maravilloso que es el mundo. Teníamos poco, y al mismo tiempo no nos faltaba de nada. Margherita me había enseñado a ocuparme de las abejas, a tejer y a teñir los tejidos. Conocía todos los secretos, sabía darles todos los tonos a las telas y a los bordados. Él era pescador, el mar se mostraba generoso. No podíamos imaginar que luego saldaría cuentas llevándose lo consigo. Ni siquiera encontraron nunca su barca. –Su voz se debilitó, pareció querer ir en pos del recuerdo–. Margherita se ocupó de mí, de nosotras. Fue muy generosa. Corrió con todos nuestros gastos, nos dio la casa en la colina. Se peleó con tu abuelo. Nunca había oído antes las palabras que les dijo a todos ellos cuando nos echaron de casa. Eran terribles, oscuras.

–Entonces ¿por qué la trataste así? No lo entiendo.

–Claro que no. Nunca podrías entenderlo. Y espero que la vida sea benévola contigo, *filla* mía, espero que no sepas jamás ciertas cosas.

Angelica estaba perpleja. Por un momento creía entender lo que su madre contaba, y un instante después cada palabra parecía adquirir nuevos

significados que se dispersaban por su mente como decenas de regueros distintos.

Maria reanudó su relato.

Cuando su marido murió, se juró que ella sola sacaría adelante a su hija. Sabía tejer, sabía bordar, era depositaria de antiguos secretos. Pero su alma era como la arena que el viento barre, árida y seca. El telar no le trajo prosperidad, por lo que lo vendió. Y, una noche, presa de la desesperación, volvió a hacer lo que de muchacha había jurado no hacer nunca más. Se vendió.

Nadie la obligó, tan solo la necesidad de darle a su hija un techo y una seguridad. Solo duró unos pocos meses, al cabo de los cuales decidió encontrar una alternativa. Aceptó de todo: los trabajos más humildes, propios de una esclava. Trabajos que le permitirían dar de comer a su hija, pero que la obligaban a ausentarse largos periodos durante los cuales Angelica se quedaba sola. En aquel tiempo le había impuesto a su hija que se mantuviera lejos de Margherita. Y entonces Angelica se cayó de la escollera.

–No te faltan motivos para odiarme.

–No, mamá. Yo nunca te he odiado.

Maria apartó la mirada y la dejó vagar alrededor. Su voz volvió a elevarse, monótona y distante.

–Si tu padre fue la pasión, el ímpetu de la juventud, las carreras por la playa y las risas, Gennaro fue la calma, la seguridad y la ternura. Todo el mundo cree que me casé con él por ti, y así es. Pero no saben que, cuando acepté su propuesta de matrimonio, yo lo amaba de verdad. Y también por eso tengo que estarle agradecida a Margherita.

–¿En qué sentido?

–Ella me mandó a casa de Gennaro.

Maria miró a Angelica y luego siguió los contornos de la antigua artesa sobre la que estaban apoyadas las fotografías.

–Las has conservado –dijo–. Está todo como entonces. No has cambiado nada.

Angelica no le contestó. No habría podido pronunciar ni una sola palabra. Las lágrimas empezaron a resbalar de una en una por sus mejillas, grandes lagrimones que parecían excavar un surco en su piel.

–No llores, *filla* mía, no he venido para verte triste ni para hacerte daño.

–Entonces, ¿para qué has venido, mamá?

Maria la miró y alargó las manos, buscando las de Angelica. Se las apretó con fuerza, y se levantó.

–He venido a que me perdone, porque sin tu perdón ya no puedo ni respirar.

Memma llamó a la puerta y, al ver que nadie acudía a abrir, lo hizo ella misma.

–*Angelichedda*, he vuelto –dijo, entrando en la cocina con sus pesados andares–. *Ite dimoniu?* ¿Maria? ¿Y tú cuándo has llegado?

–Hola, Memma, ¿cómo estás?

Las mujeres se miraron fijamente, en sus rostros se veía la opinión que cada una tenía de la otra.

–Por favor... –dijo Angelica, enjugándose las lágrimas.

Memma fue hasta ella y le dio una palmada en el hombro.

–Toma, sécate la cara, que tenemos muchas cosas que hacer. Las lágrimas déjalas para cuando te sobre el tiempo. Ahora tenemos que prepararnos.

–¿Para qué?

–La semana que viene son las fiestas patronales. Ya he hablado con Silvia, Alessandra y *cussa istrangia belliscedda*, esa extranjera guapa, Sara. He hablado hasta con el alcalde. El ayuntamiento nos ha asignado un espacio. Vamos a celebrar la fiesta de la cosecha.

Miel de algarrobo (Ceratonia siliqua)

Su aroma es persistente e intenso. Sabe a leche, a cuero y a caramelo, con notas tostadas. Es la miel de la racionalidad y de la lógica. Une el corazón con la mente, ayuda a descubrir las alternativas. De color ámbar oscuro, sus cristales son compactos.

Era allí. Nicola se quitó la mochila y preparó la cámara de fotos. Lanzó una ojeada al confín del bosque y probó diversos encuadres. Al final el punto preciso se lo indicó la luz de la puesta de sol. El rosa se mezclaba con el cobalto y el morado detrás de las ramas de los árboles, que lo retenían como en una tela de araña. Esperó un poco más, con la cámara en las manos. Pronto anochecería. Era el momento que estaba esperando. Su mirada se perdió, arrastrada por los recuerdos. Se apoyó en el tronco de un árbol y siguió esperando. El aire era tibio y estaba preñado de olores.

Había olvidado lo hermoso y lo mágico que era ese lugar. En realidad, cuando había estado allí la primera vez no había reparado mucho en el panorama. Lo que había intentado hacer desesperadamente era esconder a los corderitos. Sacarlos del aprisco de su padre, con Omero por ahí cerca, había sido un infierno. Los había sacado de uno en uno, hasta ponerlos todos a salvo. Nadie los encontraría, nadie. Su plan no iba más allá. No contemplaba las consecuencias. Pero las cosas no salieron como él había previsto. Omero devolvió los corderitos al aprisco, y él aprendió una lección que nunca olvidaría.

La primera luz apareció en la oscuridad, flotando sobre el prado. Después se encendió la segunda y la tercera. Conteniendo el aliento, Nicola se tumbó en el suelo. Las lucecitas se pusieron a bailar y a revolotear, apareciendo y desapareciendo detrás de las ramas y las hojas. Era su madre, Maria Antonia, quien lo llevaba a la montaña al anochecer, para enseñarle cómo cambiaba el

mundo según la perspectiva desde la que uno lo miraba. De esta manera borró el terrible recuerdo ligado a ese lugar –los pobres corderitos encerrados en el aprisco de su padre y el intento fallido de ponerlos a salvo– dándole otro a cambio. Uno hermoso y agradable.

–*¿Son las almas de las Janas, las hadas del bosque, mamá?*

–*Sí, es lo que queda de ellas, Nicola. Antes volaban alrededor del gran árbol, allí están sus casas.*

Le gustaba escuchar las historias de su madre, hablaban de antiguos pueblos venidos del mar, de guerreros y de torres de piedra.

Su muerte inesperada los destruyó a los tres. Cada uno de los Grimaldi afrontó el dolor a su manera. Con frecuencia Nicola se preguntaba cómo habrían sido sus vidas si Maria Antonia no hubiera muerto.

Tomó varias fotografías, y cada instante que pasaba las luciérnagas parecían aún más brillantes. Se habían reagrupado e iluminaban el sotobosque como pequeñas estrellas. A su satisfacción se añadió un sentimiento de paz.

Nicola se sorprendió de su propia lucidez. En ese silencio como de algodón, en esa tarde que se iba tornando noche, Nicola comprendió que en esos últimos días su vida había cambiado radicalmente. Y no solo por Angelica. Tenía la honradez de reconocerlo. Ella solo le había recordado cómo era en el pasado. Antes de tomar esa decisión que habría de cambiar su futuro.

Se levantó y sacó unas cuantas fotos más, y luego se sentó junto a un árbol, con la espalda apoyada en el tronco. Con esas fotografías y otras que había hecho de la aldea y del árbol de las abejas había reunido material suficiente. Se preguntó si bastaría para parar a Claudio.

Un crujido lo puso alerta. Y entonces la vio: avanzaba por la hierba en silencio, la luz de la luna tornaba plateado su vestido. La reconoció enseguida. Si había otra persona que conocía ese lugar era ella, Angelica. Por un instante pensó en quedarse inmóvil, mirándola como había hecho con las luciérnagas. Probablemente ella lo habría preferido. Esa idea lo irritó. Se levantó y esperó a que ella lo encontrase en la oscuridad.

–Soy yo.

La oyó estremecerse y resoplar.

–*¡Qué susto me has dado! ¿Cómo se te ocurre?*

Su protesta le hizo sonreír.

–*¿Cómo es que nos encontramos en los sitios más inimaginables?*

Angelica se quedó un momento entre el bosque y él. Nicola comprendió que estaba sopesando una decisión. Pero no fue eso lo que lo puso nervioso. Lo que lo irritaba era saber exactamente qué deseaba. Quería que se quedara.

Ella fue hasta él y se sentó a su lado. Lo hizo como si entre ellos todo fuera perfecto. ¿De verdad era tan sencillo? ¿Bastaba desear intensamente algo para verlo cumplirse? Sonrió con amargura. No, no bastaba.

—Supongo que, aparte de nosotros dos, pocas personas conocen la danza de las luciérnagas. A fin de cuentas, son los escenarios de nuestra infancia. Es lógico que nos encontremos, ¿no crees? —Angelica le sonrió y contempló los insectos que se perseguían y revoloteaban en el aire.

¿Por qué se mostraba ahora tan amable con él?

No le contestó enseguida. Cerró un instante los ojos y saboreó el momento.

—Yo la había olvidado.

Ella inspiró hondo y asintió.

—Yo también he olvidado muchas cosas.

—No las importantes.

Se rio bajito.

—Según se mire. Al final la importancia, como todo lo demás, es una cuestión de puntos de vista. Me lo dijiste tú mismo. —Hizo una pausa—. ¿Tú qué has olvidado, Nicola?

Todo. Todas las cosas. Y de pronto fue como en el pasado. Quería decírselo, quería que ella lo supiera.

—Cuando te fuiste, no pude hacer nada más que verte marchar.

—Éramos apenas unos niños. ¿Qué otra cosa hubieras querido hacer?

—Déjame terminar. —Respiró hondo—. Me sentía impotente. No tenía control sobre nada. Nada era como yo quería que fuera. Sentía que todo estaba fuera de mi alcance.

Eso Angelica lo entendía muy bien, porque era exactamente lo que había sentido ella al abandonar Cerdeña.

—Decidí cambiar. Así que empecé a observar a Claudio y a mi padre. Ellos tenían el control, dirigían las cosas, fijaban las reglas. Yo también quería ese poder, quería esa capacidad. Por eso lo dejé todo y me marché a Milán. Quería ir a la misma universidad que Claudio.

—¿Y no te salió bien?

—Al contrario, fui el primero de mi promoción. Me ofrecieron un contrato de trabajo cuando aún estaba solo de becario.

Angelica no alcanzaba a entender por qué su voz sonaba tan amarga. En realidad, desde que lo había descubierto en la penumbra, su expresión, el rictus de sus labios y su mirada triste la habían impresionado profundamente. Era como si la oscuridad de la noche hubiera hecho emerger la tristeza de Nicola. Era algo que ella había tardado un poco en percibir. Algo que se le había escapado. ¿Cómo había podido no darse cuenta? Y eso que, también entonces, el dolor se elevaba de él a oleadas. Por un instante tuvo la tentación de tocarlo. Sabía que los gestos llegaban allí donde las palabras nunca podrían. Por eso no le gustaba tocar a nadie, ni que nadie la tocara a ella. Pero la necesidad de hacerlo con él le quemaba en las yemas de los dedos. Alargó la mano despacio, para decirle lo que no era capaz de expresar con palabras. Sus miradas se cruzaron un instante, y luego él apartó la suya.

–Ser el mejor te daría mucha satisfacción. De eso se trata, ese es el objetivo, ¿no crees?

Se volvió hacia ella bruscamente, los ojos le echaban chispas.

–No sabes lo que dices, Angelica. –Su voz era un susurro ahogado. Tomó la cámara de fotos entre las manos, con la mirada perdida–. ¿Sabes en qué me había vuelto imbatible? ¿Sabes cómo me ganaba la vida? –No esperó a que le respondiera. Quería decírselo, quería que lo supiera, que conociera cada rincón de su alma–. Destruía a las personas, sus sueños y sus esperanzas.

–¿Qué estás diciendo?

Él se rio, con los ojos puestos en las luciérnagas que seguían bailando. En ese momento, sin embargo, no sentía la más mínima emoción al observarlas, solo una gran indiferencia–. La compañía para la que trabajaba compraba pequeñas empresas, negocios y comercios. Yo estudiaba los balances, encontraba los puntos críticos, los agujeros, los sectores que tenían pérdidas. Y después intervenía.

–No me parece tan terrible.

–Despedía a la gente. –Lo dijo bajito, en un susurro.

Angelica sintió un escalofrío. Los dos habían sentido siempre las mismas cosas. Antes incluso de que la consciencia de ese sentimiento que habría de cambiar su manera de mirarse y de tocarse los arrancara a la adolescencia, lo que los unió fue ver el mundo con los mismos ojos, oír los mismos sonidos y sentir las mismas emociones.

Por eso ella percibió la desesperación de Nicola. Y la percibió en lo más hondo de sí misma. Y entonces supo de él más de lo que había sabido nunca

antes.

–¿Y qué pasó después?

Nicola se recuperó. La pregunta lo sorprendió.

–Una mujer me pidió que volviera a considerar mi decisión, me lo suplicó. Su marido la había abandonado, y aparte de su salario no disponía de más ingresos que una exigua pensión de manutención. Tenía dos hijos pequeños. Ya no era útil para nosotros..., para la empresa. No necesitábamos sus competencias, era uno de esos lastres que habían llevado a acumular pérdidas. –La tensión se le agolpó en el rostro, que ahora parecía esculpido en piedra–. Primero la declaré en paro técnico y, después, una vez transcurrido el plazo establecido, la despedí. –Hizo una pausa, se frotó los ojos y reanudó su relato–. Pero le encontré otro puesto. Sin embargo, cuando intenté decírselo, ni siquiera me escuchó. Intentó suicidarse delante de mí.

Angelica contuvo el aliento. Tuvo que hacer un esfuerzo para no tocarlo. Sabía que él no lo habría tolerado. Nicola no quería consuelo. Él exigía su desprecio.

–¿Qué quiere decir que le habías encontrado otro puesto?

–Era lo menos que podía hacer. Estaba sola y tenía dos hijos a los que mantener.

La sensación que la acarició fue leve, como el sentimiento que se agitaba dentro de ella. Cuando Nicola la miró, reclamando casi su condena, enarcó una ceja.

–¿Pensabas que echaría a correr escandalizada? ¿Que no volvería a dirigirte la palabra? –Negó con la cabeza y suspiró–. Debería ofenderme.

–¿Me has entendido, Angelica? Por mi culpa esa mujer intentó suicidarse.

–¿Por eso lo dejaste todo y regresaste a Cerdeña?

Él no contestó enseguida. Primero miró el cielo, negro ya, como si estuviera buscando allí las palabras.

–No. Lo que me decidió a dejarlo todo fue descubrir que me había convertido exactamente en lo que deseaba. –Se rio. Después, cuando ese sonido estridente y carente de alegría dejó de oírse, se frotó los ojos con las palmas de las manos–. Tenía poder, prestigio; tomaba decisiones, controlaba los destinos. Justo como había visto hacer a mi padre y a Claudio.

–¿Y entonces?

–Entonces descubrí la gran verdad: eso no me gustaba. La gente me tenía miedo, ¿entiendes?

El silencio se instaló entre ellos, pero, cuando dejaron de hablar, los sonidos del bosque se volvieron casi ensordecedores.

–Empecé a odiar cada mirada, cada felicitación, cada palabra. Y me convertí en objeto de mi propio desprecio. Mis acciones tuvieron consecuencias terribles.

Los animales nocturnos habían empezado a salir de sus madrigueras. Una liebre pasó corriendo no muy lejos de donde se encontraban.

–Jaja decía que el que mira habla, y el que actúa se equivoca. ¿Tú a cuál de estas dos categorías perteneces?

Tardó un poco, pero al final Nicola se decidió a responder.

–Margherita era una mujer muy sabia. –Se levantó y se dirigió al bosque.

Había acabado. Angelica se dio cuenta de que ese momento que acababan de compartir, cuando todo había sido como en el pasado, había terminado. Lo siguió. Bajaron juntos la colina, en silencio. Cuando llegaron al embarcadero, Angelica vio que el *Maestrале* estaba fondeado a poca distancia.

–¿Sigues durmiendo en el barco?

–Estoy restaurando la fábrica de mis padres.

–¿Has decidido entonces lo que vas a hacer?

Nicola movió el cuello para relajar los músculos.

–Sí, me quedaré en Abbadulche.

La irritó oírlo hablar así. Apretó los labios.

–¿Tu hermano sigue adelante con el proyecto de la aldea turística?

–Él tiene sus propias ideas.

De repente, la distancia entre ellos volvía a ser un muro.

–Está cometiendo un error.

No le contestó, se limitó a mirarla. Se acercó a ella despacio y, cuando la tuvo enfrente, se detuvo.

–No todos son capaces de ver las cosas como las ves tú. Siempre has sido especial. –Alargó la mano y le acarició el rostro con la punta de los dedos, siguiendo su contorno. Después dejó caer la mano.

–Tengo que irme –le dijo ella, alejándose.

–Claro.

La miró subir por el sendero, envuelta en la niebla y en su orgullo. Después se puso la mochila a la espalda y recorrió el embarcadero antes de subir a bordo del *Maestrале*.

28.

Miel de espino (Rubus spp.)

Fuerte, enérgica, de intenso aroma a flores y fruta. Sabe a madreSelva y a rosas recién abiertas. Es la miel de la reflexión, induce a la meditación y abre la puerta a la lucidez emocional. Oscura como el ámbar máspreciado, cristaliza de manera rápida y compacta.

Ya estaba todo preparado. Unos días antes, Maria había limpiado de arriba abajo el cuarto del pan. Silvia había preparado la masa madre y traído todo lo necesario. Gigliola y Pina habían hecho unas pequeñas macetas para regalar a las mujeres de Abbadulche que restablecieran la tradición del pan.

Durante las fiestas patronales, abrirían los patios delanteros de las casas para mostrar a los turistas las antiguas tradiciones de la isla, por lo que habían limpiado, sacado brillo y adornado todas las habitaciones de la casa. Habían lavado y ventilado todos los manteles, las cortinas y las alfombras buenas, las que había llevado años tejer, y habían sacado brillo a todos los muebles.

Los días precedentes había aumentado el ir y venir de clientes. Todos querían comprar su miel, la nueva. Angelica estaba muy satisfecha. Si las ventas continuaban a ese ritmo, no le quedarían reservas que enviarle a Sofia.

Su amiga se habría disgustado mucho. Sus clientes estaban locos por la miel de asfódelo y la de cardo. Sofia las había vendido poniendo en la etiqueta del tarro los consejos de Margherita. Así, la gente entraba en su tienda pidiendo la miel de la infancia y la de la pureza, o la de la respiración y la fuerza.

De las reservas de Margherita habían quedado pocos tarros. Una parte la había enviado a Alemania, a un concurso, y los dos últimos quería regalárselos a Nicola. Pensar en él le encogió el corazón. Hacía días que no lo veía, desde que se habían despedido después de pasar un rato juntos en la montaña. Angelica había bajado a la playa todos los días. Pero él ya no estaba allí. Se había marchado en su barco.

–Bueno, ¿qué, estás lista?

La voz de su madre volvía a ser como en el pasado, brusca y rápida, pero tenía también una nota de dulzura que era nueva para Angelica. Maria había cambiado mucho. Probablemente, lo que le daba tanta energía fueran las largas discusiones con Memma. Seguían rivalizando en todo y discutían con mucha frecuencia, pero eran inseparables. Angelica no alcanzaba a entenderlas. Cada vez que intervenía en un intento por poner paz en sus peleas, las dos asumían la culpa. De modo que había poco que ella pudiera decir o hacer.

–Sí.

–Entonces date prisa, que Memma ya ha encendido el fuego y, rápida como es, lo mismo enhorna todo el pan sin nosotras.

Angelica la miró desaparecer detrás de la puerta e hizo un gesto de exasperación. Una sonrisa le suavizó la expresión. Había un constante ir y venir de gente en la casa. Después de hablar largamente con las mujeres del comité, que se había constituido de manera espontánea en torno a Angelica, Sara, Alessandra y Silvia, decidieron de común acuerdo que la fiesta se celebraría en casa de Margherita.

Llevaban varios días de intenso ajeteo. Unas se habían ocupado del pan, otras de los dulces, y Pina, del jardín: lo había embellecido con sus flores, que ahora decoraban el porche. La glicinia seguía florida y parecía acariciar las tejas del tejado, suavizando las líneas con sus ramas frondosas y sus racimos de flores colgantes.

Angelica se detuvo en la puerta, con la mano en el quicio. Con el pañuelo que le sujetaba rigurosamente el cabello, el delantal blanco y los tapetes de lino en la mesa, Maria trabajaba la masa con los puños, la agarraba y le daba la vuelta. De vez en cuando se mojaba las manos y volvía a amasar. Su concentración era absoluta. Su trabajo era como un discurso. Cada gesto era una palabra; cada caricia, una frase de amor. El aroma ácido de la masa se mezclaba con ese otro, resinoso, de la madera de enebro que ardía en el interior del horno. Los recuerdos florecieron en la memoria de Angelica uno tras otro.

Ahí estaba Jaja, sonriéndole, cantando, alargándole un puñado de harina para que ella también amasara. Y en el cuarto había otras mujeres, inclinadas todas sobre una *scivedda*, un recipiente de barro en el que se mezclaban la harina y el agua con una pizca de sal y la masa madre.

–Vamos, inténtalo –la animaban. Había mucha luz, y flotaba un olor a fuego

y a leña. Y uno más sutil y ligeramente ácido: Angelica sabía que era el aroma de la masa madre. Fue ese olor el que le trajo los recuerdos y las emociones vinculadas a ellos.

Jaja hacía el pan en casa todas las semanas, y con frecuencia las mujeres acudían a ayudarla, o simplemente a aprender cómo se hacía. A Abbadulche llegaba el pan fresco todos los días, pero no era lo mismo. No tenía ese aroma ni ese sabor, no había escuchado los secretos de las mujeres ni conocía sus sueños. El pan de Jaja era especial y regalaba siempre una sonrisa. Cuando las mujeres volvían a casa eran más felices. A su espalda quedaban las palabras tristes. En su lugar habían recibido consejos, habían aprendido de la experiencia común. Sabían un poco más: eso hacía posibles sus sueños.

–Sé hacerlo –le dijo a Maria–. Sé hacerlo.

Su madre le sonrió.

–A ver.

Angelica fue hasta ella, metió las manos en el agua y se puso a amasar.

De los recuerdos adormecidos surgieron pensamientos. Memma ocupó el puesto de Maria a su lado, vigilando la masa con la mirada. Pronto la sustituiría, así se hacía el pan allí. Una mujer, otra mujer, una al lado de la otra. Silvia controló el horno y colocó los cestos que recibirían el pan. Eran enormes, hechos de finos juncos trenzados, forrados en el centro con terciopelo rojo. Extendió encima los manteles de lino que Margherita había tejido. Cada gesto transmitía afán y mimo. Y todo parecía especial.

Cuando le tocó a Silvia, Alessandra entró en el cuarto del pan.

–Qué rico huele.

–*E du creo!* ¡Ya lo creo!

La exclamación de Memma las hizo reír. Y no porque hubiera un motivo especial, sino porque estaban satisfechas, y cuando se es feliz es fácil encontrar motivos para reír.

–Angelica, hay alguien que pregunta por ti.

–Enseguida voy. –Mientras iba a la pila para lavarse las manos, se preguntó quién podría ser. Se quitó el delantal y volvió al salón.

La pequeña Anna corrió a su encuentro.

–¡Tesoro mío! –Angelica abrió los brazos para acoger a la niña–. ¿Cómo estás? Qué guapa, qué bonito vestido llevas.

Anna sonrió y se lo levantó un poco para enseñarle sus sandalias rojas.

–Nos hemos acercado a saludaros. –Giuseppe estaba en el umbral. La

expresión de su rostro era menos tensa que de costumbre, y su mirada, transparente.

–¿Os marcháis? –Angelica se incorporó, sin soltar la manita de la niña.

–He encontrado un médico.

–Oh. –Angelica asintió—. Lo que te dije de la casa y de todo lo demás, no lo dije por decir. –No sabía de dónde le venía esa certeza, pero sentía que era lo que tenía que hacer—. Tengo algo para ti –susurró.

La habitación de Margherita estaba al final del pasillo. En el primer cajón de la cómoda, dentro de la caja donde había encontrado las pocas joyas de Jaja, Angelica guardaba el dinero de la miel y su talonario de cheques. Ahora ya sabía a cuánto ascendían sus ahorros. El cheque bancario estaba listo desde hacía unos días, desde que se lo había pedido al banco para Giuseppe. Lo sacó, comprobó que todo estuviera en orden y volvió al salón.

–Toma –le dijo, ofreciéndoselo.

Giuseppe enarcó una ceja. En el instante en que Angelica vio ese gesto, le pareció ver a Margherita. Ella hacía lo mismo cuando no entendía algo. Le sonrió.

–Tómalo.

Giuseppe alargó la mano. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Un instante después le devolvió el cheque.

–Gracias, pero no.

–¿Por qué? Acéptalo, por favor.

–Resolveré mis problemas yo solo. –Estaba incómodo. Se inclinó para levantar en brazos a Anna y le acarició el cabello—. Volveré. Y, entonces, quién sabe, quizá tenga una propuesta que hacerte. Me gustaría trabajar con las abejas. Además, ya tengo una socia, ¿verdad, *ninnia*?

Cuando oyó esa palabra, a Angelica se le aceleró el corazón.

–Margherita también me llamaba siempre así.

Giuseppe la miró y volvió a sonreírle.

–Ahora tengo que irme. El camino es largo, y nuestro avión sale esta noche.

–Os acompaño.

Al llegar a la verja, Giuseppe se detuvo. Anna ya estaba en el asiento trasero del coche. Él miró hacia el mar y luego llevó los ojos hacia Angelica.

–No te fíes de los Grimaldi.

Una sensación desagradable le encogió el estómago.

–¿Por qué? ¿Sabes algo?

–Tú hazme caso. No te fies de ellos. Construirán como sea la aldea turística. Hay nuevos inversores, gente importante. –Subió al coche y cerró la portezuela. Antes de alejarse, volvió a buscarla con la mirada—. Me hubiera gustado conocerte en otras circunstancias. Te he hecho cosas de las que me avergüenzo, lo siento mucho.

A Angelica no le dio tiempo a contestar. Giuseppe arrancó el motor, y ella se quedó inmóvil mirándolo alejarse, con el corazón martilleándole en el pecho.

–¿Qué demonios pasará ahora? –masculló. Volvió a casa y se sentó en los peldaños de la escalera.

Allí la encontró Maria. A la mujer le bastó una ojeada para comprender que a su hija le había pasado algo.

–Bueno, ¿qué te ocurre? –Se sentó a su lado.

–Giuseppe Fenu... Me ha puesto en guardia respecto a los Grimaldi.

–No te han molestado más, y se han retirado. La sucesión se ha registrado ante notario. Ya no hay nada que puedan hacer. No te crees problemas que no existen.

Angelica se levantó.

–Tengo la impresión de que se trata de otra cosa, algo que no me gustará descubrir.

–*Filla* mía, hay tantos problemas en la vida... Olvídate de los que no existen. Concéntrate en el momento presente, que pasa enseguida, y si en vez de vivirlo dedicas el tiempo a pensar en otra cosa, no creas que volverá porque tú te hayas distraído.

La frase de su madre sonaba tan sentenciosa que Angelica estalló en una carcajada liberadora. Volvió al cuarto del pan, las mujeres estaban todas alrededor de la mesa. Al aire caliente, cargado con los aromas y los vapores de las masas y de los canastos cubiertos con paños, se añadía el perfume crujiente del pan recién horneado. Seguiría el consejo de su madre: viviría plenamente el momento, a pesar de todo, porque valía la pena. Y no tenía intención de perderselo.

Reanudó su tarea pensando en Anna, en su sonrisa, en la expresión que le había visto en el rostro y en la mano confiada que le había ofrecido a Giuseppe. La niña había cambiado, y también su primo.

Y ella, y Nicola, y Maria... Abbadulche los había cambiado a todos.

29.

Miel de cilantro (Apiaceae)

De intenso aroma a flores y a fruta exótica, recuerda al coco, a la frescura de los cítricos y a la viveza de la especia. Es la miel de la generosidad, favorece la alegría de compartir. Medianamente clara, cristaliza de manera delicada.

Angelica nunca había visto tan llena de vida la casa de Margherita, con tanta gente curiosa que iba y venía de una habitación a otra. Se tomó algo de tiempo para estudiar los rostros sorprendidos de quien de repente alcanzaba a imaginar con precisión cómo se vivía en Cerdeña en un pasado no muy lejano.

Con ocasión de la fiesta, los vecinos de Angelica habían traído un burro, unos cuantos caballos y unas cabritas que ahora ocupaban los establos que antes habían albergado a los animales de Margherita.

Los turistas se maravillaban de aquella extraordinaria sencillez, de las flores que asomaban entre las gavillas de heno. Pina tenía un sentido artístico de verdad peculiar, y sus ideas habían transformado el jardín en un lugar acogedor y perfumado.

Angelica estaba nerviosa. Después de pensárselo mucho, Sofia había decidido pasar unos días con ella. Llegaría de un momento a otro. Estaba impaciente por contarle cosas sobre el árbol y las abejas de oro. Por el momento no había hablado de ello con nadie más. Salvo Nicola, nadie sabía de la existencia de la aldea rupestre ni del gran olivo milenario que custodiaba la valiosa miel. No había tenido ocasión de volver allí para recoger un poco. Lo haría con Sofia, decidió. Su amiga era una experta. La ayudaría a identificar el néctar de las flores que componían esa miel especial.

La miel de los sueños y la felicidad. Sonrió y dejó la casa atrás, recorriendo el sendero que llevaba al apiario. Ayudada por las chicas, había señalado el recorrido con escarapelas de colores, para que los visitantes no se

perdieran.

Allí habían preparado la presentación. La idea se la había dado Nicola hacía tiempo. Un túnel de tela de mosquitero desde el que quien así lo deseara pudiera verla trabajar con las abejas.

Estaba comprobando que todo estuviera en orden cuando oyó la voz de Maria.

–Angelica, ven. Han traído esto.

–¿Qué es?

Su madre le alargó una hoja.

–No llevo las gafas, pero me parece que es algo del ayuntamiento. Se lo han repartido a todo el mundo.

Angelica se puso a leer.

El alcalde de Abbadulche advierte a la población de que el 20 de junio se celebrará un pleno municipal...

Se detuvo. No, no podía ser. Volvió a leerlo todo desde el principio y luego arrugó el papel. Estaba pálida y le temblaban las manos. La rabia que sentía era arrolladora.

–¿Te importa si me alejo un rato?

Maria se puso en jarras.

–Mira que no estás sola en esto, *filla* mía. Ya deberías saberlo. Ahora te vienes conmigo, volvemos dentro y te sientas antes de caerte redonda, que estás pálida como un muerto. Deja que este momento lo vivamos juntas. ¿Es que aún no has aprendido nada?

Angelica perdió la paciencia.

–Mamá, esto es un maldito embrollo. Grimaldi no se ha rendido. ¡Ahora quiere construir su aldea en el bosque! Ese hombre destruirá todo lo que ha hecho Margherita, todo lo que representa. Las abejas, el medio ambiente, nuestra historia, todo.

Maria se encogió de hombros.

–Pero ven dentro. ¿Te crees que la familia y las amigas están solo para compartir las cosas bonitas?

–¿Y después? Cuando me deshaga en lágrimas, ¿qué cambiará? Cuando todas se enteren de que lo que les he enseñado, lo que he compartido con ellas desaparecerá, ¿me sentiré mejor?

Maria apretó los labios.

–Habrás aparcado tu caravana, *filla* mía, pero tu alma sigue ahí dentro,

siempre lista para echar a correr. –Hizo un gesto desaprobatorio y se dirigió a la casa. En un momento dado se paró–. Una alegría compartida pasa a ser de todos. Lo mismo ocurre con el dolor. Madura, Angelica, madura porque sigues siendo una niña. Conoces a las abejas, y muchas veces he pensado que tienes una en el alma, *filla* mía. Pero aún no has entendido que la colmena tiene su propia filosofía. Se vive compartiendo. Así se prospera.

Esas palabras le quemaron dentro: las sintió como un gran peso. Cuando entró en casa, Memma estaba junto a Maria. Angelica fue hasta ellas.

–¿Está todo preparado?

–Sí. ¿Qué es esa historia del ayuntamiento?

Angelica lanzó una mirada asesina a su madre. Memma siguió su mirada, y le tiró de la blusa.

–¿Y bien?

–No lo sé.

–¿Eh? ¿Lo sabes o no lo sabes? –Memma estaba irritada. Su falda ondeó, rozando el suelo.

Angelica suspiró y cerró los ojos un instante.

–Grimaldi lo está intentando otra vez. Ahora ha pedido al ayuntamiento los terrenos municipales para construir su aldea turística. Y el alcalde está de su parte. –Se tapó el rostro con la mano–. No sé qué puedo hacer para impedirselo.

–Tú no..., pero un abogado igual encuentra la manera.

–Supongo que sí.

Memma asintió.

–Deja de ponerte en lo peor. Ya verás como se arregla todo.

–Sí, claro, seguro.

La vieja hizo caso omiso del tono insolente de Angelica y, tras llevarse la mano al amplio bolsillo de la falda, le enseñó una carta.

–Esta la trajo ayer el cartero. La dejó en mi casa porque tú no estabas. –Se puso las gafas y, tras mirar quién era el remitente, se la dio a Maria–. Toma, ábrela tú, que eres su madre.

–Claro, qué buena manera de respetar la privacidad –rezongó Angelica.

–Precisamente. –La voz de Memma era seria. Su madre y ella se miraron complacidas. Un instante después, Maria rasgó el sobre con la punta de un cuchillo.

–¡Has ganado!

–¿Qué?

Sara, que había seguido la escena, se puso en pie de un salto y se reunió con ellas.

–¿Puedo? –No esperó la respuesta de Maria, le arrebató la hoja de la mano y un instante después lanzó un grito—. ¡Has ganado, has ganado las Tres gotas de oro!

–¿El concurso?

–Sí, sí. Mira. Aquí lo pone. Ante notario... premiada la miel de Abbadulche. Tres gotas de oro. Milflores, asfódelo. Dos. ¡Son dos premios! ¡Viva, viva, la miel de Angelica ha sido premiada!

–Déjame ver, déjame ver.

Cada una de las mujeres del comité exigió ver la carta. De repente, fue como si la tristeza no fuera más que un recuerdo. Se pusieron a hablar todas a la vez, y el entusiasmo se unió a la valentía recuperada, a las ideas compartidas y a las risas.

Y Angelica por fin comprendió lo que Maria había querido decirle. Porque ahora sentía menos el peso del miedo que la había atenazado al enterarse del tema del pleno municipal.

–Ya estoy aquí.

Se volvieron todas a la vez. Una mujer sonriente, de largo cabello negro, acababa de asomarse a la puerta.

–Hola, forastera.

Angelica corrió a su encuentro y la abrazó.

–¡Por fin!

–Bueno, querida, ¿cómo estás?

No le contestó, no podía. En ese momento estaba aún tan emocionada que se habría echado a llorar. Tragó saliva, se esforzó por sonreír y se volvió hacia las mujeres reunidas en la habitación.

–Os presento a mi amiga Sofia.

Sofia las saludó a todas y fue al encuentro de Maria, que le alargaba la mano.

–Ven aquí, Sofia. Siéntate a mi lado. ¿Sabéis que esta señora conoce todos los secretos de la miel?

–¿Secretos? ¿Es que la miel tiene secretos?

–Más que secretos, yo diría que tiene poderes.

La mirada de Sara se iluminó.

–¿Qué clase de poderes?

–Encuentra el alma de las personas y la llena de alegría. Pero ese es solo uno. La miel es un concentrado de deseo y de emoción.

Mientras Sofia captaba la atención de todas con sus palabras, Angelica se levantó y abandonó la habitación. Bajó hacia el mar, absorta en sus pensamientos, con *Lorenzo* a su lado. Cuando llegó a la playa vio que el embarcadero estaba desierto. Nicola no había vuelto tampoco esa tarde. Inclino la cabeza y se preguntó si acudiría él también al pleno convocado por el alcalde.

Sus pensamientos de pronto parecieron romperse en mil esquirlas de luz. Eran sus esperanzas. Sus sueños. Sintió un nudo en la garganta, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

El árbol de las abejas de oro estaba en el corazón del bosque, como el manantial y como la aldea rupestre abandonada. Y esos eran terrenos municipales, de Abbadulche. Sintió un escalofrío recorrerle toda la espina dorsal.

Ella era la guardiana. No permitiría que le ocurriera nada al árbol. Ni tampoco a las abejas.

30.

Miel de manzano (Malus domestica)

Dulce, floral, sabe a sotobosque y a fruta madura cocida. Es la miel de la sabiduría y la sensatez. Favorece el conocimiento de uno mismo. De color dorado, su cristalización es muy delicada.

Fue un acaudalado vecino de Abbadulche quien donó el terreno para construir la sede del ayuntamiento. Y así, al cabo de unos diez años –los fondos disponibles eran escasos–, se completó y se inauguró el edificio. Era moderno, como los sueños de sus ciudadanos, y al mismo tiempo conservaba las características de la arquitectura local. Sobre ese punto el alcalde se había mostrado inflexible: arcos, ladrillos, columnas y un gran pórtico para que los ancianos descansaran, así como una fuente delante para refrescarse los días en que el viento caliente te secaba hasta los ojos.

Desde entonces, la plaza frente al ayuntamiento, por donde todos los vecinos pasaban al menos una vez al día, se había convertido en un lugar de intercambio de opiniones, discusiones y comadreos. También esa tarde, en cuanto Angelica franqueó la entrada del gran edificio, los señores sentados en los bancos se pusieron a hablar. No en voz alta, pues habría sido una grosería. Se limitaron a seguirla con la mirada y a mascullar entre ellos.

Ella no les hizo caso, pero Maria en cambio se paró delante de más de uno, desafiándolos con sus penetrantes ojos negros. Le gustó que muchos de ellos la reconocieran. Disfrutó de cada sobresalto de esos hombros que en tiempos habían sido fuertes. De cada suspiro, de cada temblor.

Le gustaba la vejez, era la mejor manera que tenía Dios de poner a todo el mundo al mismo nivel. No se salvaba nadie, y eso la satisfacía profundamente.

–Ven, mamá, entremos.

La sala en la que se iba a celebrar el pleno estaba en la segunda planta.

Subieron la escalera. De tanto en tanto respondían al saludo de aquellos con quienes se cruzaban.

–Es aquí. –Maria le indicó una puerta abierta. Angelica inspiró hondo y sonrió.

–Vamos. –Habían llegado con antelación, pero aun así en la sala ya había varias personas.

En el umbral sintió mermar su optimismo. Al lado del alcalde, Claudio Grimaldi dominaba a todo el mundo desde su metro noventa de estatura. Hablaba con el alcalde con el tono tranquilo y sereno de quien no tiene nada que demostrar. En eso era muy distinto a Nicola.

Aunque los dos se parecían mucho, a Claudio le faltaba la profundidad de la mirada de su hermano y su capacidad de comunicarse con una sonrisa. También estaba el abogado Ruina, sentado a una mesa. Delante tenía una maqueta que representaba las estructuras que edificarían en algún lugar de la isla.

Angelica tuvo que contenerse para no hacerse con ella y tirarla por la ventana. Les pasó revista a todos, uno por uno, y el desprecio le retorció las vísceras.

Maria le apretó la mano y la empujó suavemente hacia delante.

–Vamos a sentarnos, *filla* mía.

–Bienvenidas –exclamó alegremente el alcalde al verlas avanzar–. ¿Ustedes son...? –preguntó, acercándose para estrecharles la mano.

–Me llamo Angelica Senes, y esta es mi madre, Maria Florinas.

Al alcalde se le congeló la sonrisa.

–Ah... claro. Las herederas de Margherita Senes.

Maria se llenó de aire los carrillos.

–¿Tiene algo que decir al respecto?

El hombre se apresuró a indicar que no con la cabeza.

–No, no. ¿Cómo se le ocurre? Era solo una pregunta.

–Bueno, ahora que nos hemos presentado, puede volver con sus amigos. Nosotras nos sentamos aquí. –Tras despedirse del alcalde, Maria miró a su alrededor–. Ahí están Sara y Alessandra. Y no vienen solas.

Angelica alzó la mirada. Detrás de ellas iban tomando asiento mujeres de todas las edades. Muchas la saludaron, otras se limitaron a observarla con curiosidad. Todas la conocían, unas personalmente, otras de oídas. Las mujeres de Abbadulche habían apreciado mucho sus ideas y su decisión de

crear la asociación El Hilo de oro. Era como si Angelica hubiera catalizado las energías de todas esas personas, encauzándolas en una misma dirección.

–Ah, aquí estáis. *E ite dimoniù*, qué demonios, ¿no podían celebrar el pleno en la primera planta? –La voz de Memma llamó la atención de todos los presentes–. Bueno, ¿qué? ¿Qué es esto de que el ayuntamiento le conceda terrenos a los Grimaldi? ¿Qué crees que van a querer hacer en ellos? ¿Plantar tomates? –dijo, dirigiéndose al alcalde.

El hombre se aflojó el nudo de la corbata.

–No, no. Es por el bien del pueblo, *tía* Memma, no piense que es con mala intención.

–¿Y cómo piensan hacerle este bien al pueblo? –Se acercó hasta que sus ojos negros quedaron a la misma altura que los del hombre–. ¿No estarán pensando en talar todo el bosque, verdad? Porque si es eso, ya se pueden ir olvidando. Y tampoco en el mar pueden construir. Así es que, como puedes ver, no hay un solo sitio en esta isla donde se pueda levantar eso.

–¿Y usted es...? –El abogado se había puesto de pie. Pero si con eso había pensado intimidar a alguien, tuvo que cambiar de idea.

Una mujer muy atractiva de unos cuarenta años se había acercado a Memma. No tenía sus arrugas, y su cabello era más claro, pero la mirada directa y la expresión decidida eran las mismas.

–La sobrina de la señora, me llamo Giulia Angioi. Soy la abogada de la asociación El Hilo de Oro de Abbadulche. ¿No ha recibido mi fax, señor alcalde?

Angelica seguía mirando a Claudio, estaba furiosa. Y se sentía impotente. A su espalda, el murmullo se intensificó conforme los vecinos de Abbadulche se fueron acomodando. Ahí estaba Silvia, que había venido con su madre y dos hermanas y se sentaron a su lado. Cuando Angelica vio entrar a Gigliola y a Pina, se quedó boquiabierta. Las dos mujeres iban de la mano, con una expresión perdida y aturdida. Sofia estaba con ellas. Angelica fue a su encuentro enseguida. Tenía un nudo en la garganta de la emoción. Estaban todas ahí para defender el legado de Margherita.

El alcalde se aclaró la voz.

–Vamos a comenzar, siéntense, por favor. –No esperaba tanta afluencia y estaba preocupado. La expresión de esas mujeres no era en absoluto tranquilizadora. Se desabrochó el cuello de la camisa.

Giulia Angioi sacó una carpeta y se puso a ordenar unos papeles. Cuando

todos los asientos se ocuparon, un ordenanza trajo otras sillas para las personas que seguían llegando. Cerca de diez minutos después, el alcalde se dirigió a los presentes con los saludos convencionales.

–Como quizá hayan oído comentar algunos de ustedes, la sociedad Grimaldi Costruzioni ha presentado un proyecto para la realización de un complejo turístico. Este traerá a nuestro pueblo un enorme beneficio en términos de puestos de trabajo y desarrollo...

–*E certu.*

El hombre cerró los ojos y suspiró.

–Señoras, por favor. Si no me permiten ni exponerles el motivo de esta reunión, ¿qué hacemos aquí?

–Eso mismo me pregunto yo. ¿Qué hacemos aquí? Grimaldi ha sido demasiado ambicioso esta vez. Que se vaya a otra parte con sus negocios. Que igual a él se le ha olvidado, pero su padre no construyó nada aquí. El pueblo tiene que seguir como está. –Memma concluyó su discurso blandiendo el índice.

Estalló un aplauso como respaldo a la anciana, que, tras sacar pecho, volvió a sentarse.

–La evaluación ambiental arroja resultados positivos. Todo se llevará a cabo conforme a las leyes vigentes. Y ustedes saben lo severas que son.

–¿Se llevará a cabo? ¿Y cuándo lo han decidido?

–Señorita Senes, déjese ya de esa absurda oposición. Le he dicho que su hostilidad no la llevará a nada.

–¿Hostilidad? –Memma se levantó de nuevo–. ¿Quieres ver de verdad lo que es una mujer hostil? –La amenaza en la voz de la vieja era evidente.

Del fondo de la sala surgieron un par de exclamaciones ahogadas y algunas risas.

–¿Quiere decirle a su tía que no se acalore? –intervino el abogado Ruina.

Giulia Angioi sonrió a su colega.

–La señora solo ha hecho una pregunta. Relájese, abogado.

–Como íbamos diciendo, el complejo turístico generará cerca de trescientos puestos de trabajo. Esto significa más dinero, más bienestar, todo lo que ahora nos falta. Es un proyecto con una capacidad de crecimiento exponencial. El broche de oro será el campo de golf. Abbadulche tiene una estructura ideal para albergar varios. Bastará acondicionar un poco las colinas, reducir los matorrales y hacer sitio a las praderas de césped. Hemos seleccionado unos

cultivos que pueden sobrevivir con muy poca agua. No requerirán cantidades superiores a las establecidas para la vegetación autóctona –prosiguió el alcalde.

–Esa vegetación tiene un nombre: maquia mediterránea, y, a diferencia de su césped, proporciona alimento a las abejas, genera una ventilación constante y enriquece la tierra y el paisaje. Ustedes en cambio se verán obligados a emplear herbicidas y a tratar continuamente los cultivos, y todas esas sustancias a las que recurrirán acabarán en los acuíferos –dijo Angelica serenamente.

–Le ruego que se siente, señora. Sus comentarios no vienen al caso.

–No. Solo estoy diciendo la verdad. ¿Será posible que no alcancen a entenderlo? ¿Qué tendrán que hacer los vecinos de Abbadulche? ¿Qué empleos ofrecen ustedes?

El alcalde se levantó.

–Todas las categorías profesionales, desde la limpieza de las habitaciones hasta los servicios de cocina. Jardineros, electricistas y albañiles.

–¿Y quién los dirigirá?

–Para eso hacen falta categorías específicas.

–*Ma bairindi*. –La voz cortante de Memma se elevó entre el rumor-. ¡Venga ya!

–Señoras, por favor. El alcalde no se ha expresado bien. Los vecinos de Abbadulche tendrán prioridad –trató de intervenir Ruina.

Angelica estaba lívida. La rabia se alternaba con una profunda estupefacción. ¿De verdad no había nada que ella pudiera hacer? Sentía que era todo una farsa. Todo estaba decidido ya, pero ¿conseguiría hacerles desistir del proyecto? Necesitaba tiempo y no lo tenía. Se le escapaba entre los dedos. Había pasado semanas sentando las bases del consorcio de mujeres y organizando el negocio apícola. Había cometido el grave error de subestimar a Claudio Grimaldi.

–La superficie necesaria para construir la aldea turística es muy amplia. –La voz se elevó desde el fondo de la sala. Angelica la reconoció inmediatamente. Nicola estaba ahí, entre el público. No se había sentado al lado de su hermano. No estaba con él.

–Hay decenas de hectáreas en las laderas de la montaña. Allí se construirá la aldea, entre los árboles del bosque. El estudio ambiental pone de manifiesto que el impacto será mínimo –replicó el alcalde.

–¡Están locos! ¡No pueden hacer eso! –Angelica les hizo frente con la cabeza alta y los ojos que echaban chispas de rabia. En el bosque estaba el árbol de las abejas. Morirían, y con ellas desaparecería todo. La isla perdería su recurso más valioso.

–¿No ha oído que habrá trabajo para todos?

Hizo caso omiso de la réplica del alcalde y miró a Claudio. Su expresión era de seguridad, como si ya estuviera todo decidido.

Giuseppe había hecho bien en ponerla en guardia. Claudio Grimaldi era un hombre sin escrúpulos. No se detendría ante nada.

Angelica se volvió furiosa y abandonó la sala. En el momento preciso en que franqueó la puerta, se desencadenó un alboroto. Pero no se quedó allí, ya no aguantaba más.

¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía tan impotente? Aceleró el paso y luego echó a correr. Sofia fue tras ella.

Nicola la llamó, pero ya estaba lejos. «¡Maldita sea!», dijo entre dientes, antes de regresar a la sala. La buscaría más tarde. Ahora era su momento.

Con la carpeta en las manos llegó hasta el banco donde estaban sentados el alcalde y sus concejales.

–No pueden construir en el bosque ni junto al manantial. Existe una prohibición expresa de la dirección regional. Toda la zona ha sido declarada área de interés arqueológico.

–¿Qué demonios estás diciendo? –Claudio se puso en pie de un salto.

Nicola no le hizo caso.

–Aquí están las fotografías, y este es el informe del arqueólogo de la dirección. Toda la zona será objeto de estudio. Todo el territorio de Abbadulche –dijo con énfasis– queda englobado en esta prohibición.

Los vecinos congregados en la sala se pusieron a hablar todos a la vez.

–¡Silencio!

Cuando los presentes callaron por fin, Claudio tomó la palabra.

–Les aconsejo que borren de la cara esas sonrisas satisfechas. Cuando tengan que acompañar a sus hijos a los barcos o a los aviones, cuando los vean marchar a ganarse la vida en la otra punta del mundo, lejos de ustedes, porque esta isla ya no podrá ofrecerles ninguna oportunidad, entonces se acordarán de mi propuesta. Piénsenlo, ¡y háganlo ya! Si se muestran todos de acuerdo con mi proyecto, encontraré la manera de burlar esta farsa. Un impedimento arqueológico no implica una imposibilidad absoluta de construir.

Nicola tomó la palabra.

–Abbadulche es nuestra riqueza. Su mar, su montaña y su manantial. Si consiguiéramos mantenerlo todo exactamente como está ahora y organizáramos mejor los transportes, la logística, la restauración y la información, tendríamos turismo todo el año, y ello se traduciría en puestos de trabajo y bienestar para todos.

Nicola tomó aire y, mirando a aquellas personas a las que conocía desde siempre, sus paisanos, sintió la descarga de adrenalina que en el pasado lo había ayudado a encontrar soluciones y lo había conducido al éxito.

–Es sencillo. En la isla existe ya una red de servicios. Tú, Anselmo, tienes una pequeña agencia de viajes, y tú, Rosa, diriges un restaurante. Angelica tiene abejas, miel y productos apícolas; tú, Silvia, tienes una panadería, Franco y Laura alquilan habitaciones...

Siguió hablando, ilustrando los puntos de su proyecto, según el cual todas las familias de Abbadulche podrían fundar una cooperativa capaz de gestionar la isla entera y transformarla en un negocio. Solo hacía falta capital y una persona capaz de coordinarlo todo. Cuando concluyó su discurso, todo el mundo pendía de sus labios. De repente se hizo el silencio en la sala abarrotada.

Lo que había expuesto Nicola era teoría, pero podía transformarse en realidad.

Claudio se apartó de la pared. Había asistido al discurso de su hermano con un sentimiento creciente de rabia que pronto se había transformado en asombro y, por fin, en orgullo. Se dirigió a la salida rápidamente, seguido por el abogado, que cargaba con la maqueta de la aldea turística.

31.

Miel de ajedrea (Satureja montana)

Huele a lluvia, a setas y a largos paseos por los prados acariciados por el primer sol de primavera. Es la miel de la bondad y la apacibilidad. Otorga la capacidad de perdonar las injusticias. De un intenso amarillo dorado, cristaliza de manera regular.

La noche era cálida. Angelica había corrido a casa y se había sentado en el suelo, con la cabeza entre las rodillas.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

Sofía estaba en el umbral y la miraba con una sonrisita en los labios. El primer impulso de Angelica fue levantarse y marcharse, quería estar sola. El peso del fracaso la oprimía y la llenaba de vergüenza. Margherita se lo había dado todo, y tan solo una cosa le había pedido a cambio: que protegiera a las abejas de oro y al árbol que las albergaba. Y ella había fracasado. ¿Cómo podía explicárselo a Sofía?

—Haz lo que quieras.

—Antes de nada, no es culpa tuya.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Ya no puedo más, Sofía. Estoy empezando a entender lo que empuja a la gente a cometer locuras.

—¿Y qué es?

Se pasó la mano por el cabello. Había vuelto a dejárselo suelto. Se lo levantó, entrelazándolo en la coronilla.

—La impotencia. Precisamente eso. No ves ninguna salida, ninguna alternativa. Y entonces haces lo que tienes que hacer. Claudio Grimaldi no se detiene ante nada. Tiene dinero y el respaldo de mucha gente. Destruirá aquello en lo que creo. ¿Has visto esta isla? Es maravillosa, todo aquí lo es.

¿Has visto el cielo? ¿Has respirado el aire de aquí? No puedo permitírselo. Tengo que detenerlo como sea.

–Sí, ese hombre es un auténtico malnacido, pero tú te comportas como si fuera culpa tuya. ¿Por qué?

–Lo he subestimado. A lo largo de mi vida he conocido a otras personas como él, debería haber sido más astuta, más prudente. Pero estaba demasiado ocupada en perseguir a su hermano para darme cuenta de lo que tramaba.

–¿Su hermano? ¿Cómo, cómo? Esto no me lo habías contado. –Sofía se incorporó, con los ojos muy abiertos por la sorpresa–. No me has dicho nada. ¿Qué ha habido entre vosotros?

–Nada. –Angelica se pasó la mano por el rostro. Estaba cansada, terriblemente cansada.

Sofía esperó a que Angelica se decidiera a hablar, y le acarició la mano.

–Nunca te he oído hablar así de un hombre. Tú nunca has perseguido a nadie. –Hizo una pausa–. ¿Te has enamorado?

Si no hubiese estado tan desanimada, Angelica se habría reído de esa pregunta.

–Enamorada, ¿qué palabra es esa?

–Enamorada, Angelica. Ya sabes, cuando estás feliz sin razón, cuando todo lo que te rodea te parece más bonito, más colorido, más intenso... Cuando se te acelera el corazón y te sientes viva.

–Ya basta, Sofía, sé perfectamente qué es estar enamorada.

–¿De verdad?

Angelica resopló y la imitó, haciéndole burla.

–De verdad.

–¿Y cuándo te ha pasado? Porque nos conocemos desde hace siglos, y nunca te has enamorado de nadie. Me habría enterado.

–Eso no cambia nada, ¿no te parece?

En realidad, según Sofía eso lo cambiaba todo, pero probablemente su amiga aún no estaba preparada para entenderlo.

Angelica se levantó.

–Pero no me apetece hablar de él.

–Siéntate, querida. Se supone que esta es una conversación productiva. Ahora que sabemos cuál es el problema, podemos encontrarle una solución.

–¿Qué?

Sofía asintió.

–La cuestión no es qué has hecho mal hasta ahora, por qué o por culpa de quién. La pregunta a la que debes dar respuesta es qué estás dispuesta a hacer ahora para salvar tu isla.

Claudio apagó el motor y se quedó unos minutos contemplando la casa que había sido de sus padres. Había odiado ese lugar. Lo había odiado con toda su alma. Al morir su padre, había hecho lo necesario para que lo heredara Nicola. Él no lo quería.

La colina detrás de la casa terminaba en una abrupta pendiente sobre el mar. La última luz del atardecer era una colada de lava entre las nubes, que descendía despacio hasta las aguas tranquilas de la bahía. Era una clase de belleza a la que nunca había sido sensible. O si lo había sido ya no lo recordaba. Bajó del coche y encendió un cigarrillo. Fumar enseguida le proporcionó una sensación de satisfacción, pero apenas duró un instante.

Y en su lugar volvió la nada. Miró la pequeña colilla encendida y la tiró al suelo, aplastándola con el talón del zapato.

Esperaba que Nicola estuviera en casa. Esa mañana casi habían llegado a las manos, después del maldito pleno en el ayuntamiento. Nicola lo había mandado al cuerno, y él lo había amenazado. Nunca había discutido con él de esa manera. Nunca se habían separado con tanto odio en la mirada.

Podía soportarlo todo menos eso. Por lo que había decidido enterarse bien de toda esa historia. No pensaba que Nicola fuera tonto. Sabía de lo que era capaz su hermanito. Ver cómo había decidido cambiar lo había llenado de orgullo.

Lo encontró en el despacho. Estaba sentado en un rincón oscuro, con una copa en la mano.

–¿Estás borracho?

Nicola levantó la cabeza y soltó una risita.

–No hay alcohol suficiente en esta casa para poder emborracharme.

Claudio se sentó enfrente de él.

–Siempre has sido una lata. Te lo juro, desde que naciste, siempre has sido peor que un grano en el trasero.

–¿Qué haces aquí, Claudio? Me parece que lo que nos hemos dicho es más que suficiente para... déjame que piense, ¿qué tal una vida entera?

–Eres mi hermano, Nicola. –La voz le salió estrangulada.
–¿Se supone que es una respuesta?

Durante horas, Angelica no había hecho otra cosa que pensar en lo que le había dicho Sofia. No había hablado con nadie más, y al final había entendido qué era lo fundamental. ¿Qué estaba dispuesta a hacer con tal de salvar su isla? Las respuestas convergían en una única dirección: necesitaba ayuda.

No de cualquiera. No, ella necesitaba a alguien que pudiera comprender de verdad el alcance del desastre, las consecuencias que tendría talar el bosque, aniquilar la colonia de abejas, borrarla de la faz de la isla. Un sueño, una mitología, un saber que se transmitía desde hacía siglos se perdería para siempre.

No era capaz ni de imaginarlo. La sola idea la sumía en la desesperación. Habría sido como fallarle a Jaja una segunda vez. Y eso Angelica no lo soportaría.

Nicola era la única solución. Y por muy aventurada que le pareciera, él era la última posibilidad que tenía de lograr que Claudio cambiara de idea.

Bajó a la playa, pero Nicola no estaba allí. Tampoco su barco. Cuando no lo localizó ni llamándolo al móvil, se armó de valor. Porque sabía que si reflexionaba, si se pensaba mejor lo que tenía intención de hacer, no habría ningún encuentro posible entre ellos. No conseguiría dominar su orgullo mucho más tiempo.

Si hubiera podido, lo habría evitado, no le habría dirigido la palabra siquiera. Era así como reaccionaba cuando deseaba algo que no podía tener. Lo alejaba de sí, hacía lo necesario para dejarlo fuera de su vida. Con Nicola, sin embargo, no estaba funcionando muy bien.

Esperó poder tener la fuerza de llegar hasta el fondo de las cosas. Tendría que explicárselo todo, contarle todo. Un poco como había hecho él, ¿no?

Esa idea la turbó. De repente volvió a pensar en la conversación que habían mantenido en la colina. En sus palabras, esa pasión y ese dolor.

Entonces se sintió confiada. Él lo entendería. Lo sabía, lo sentía.

Cruzó toda la colina casi a la carrera. Llegó a la finca de los Grimaldi cuando ya se ponía el sol. Estaba a punto de bajar la pendiente, cuando Claudio llegó con su coche y aparcó delante de la casa. Por un instante,

Angelica pensó en dar media vuelta y volverse por donde había venido. Pero comprendió que no debía considerar su llegada como algo negativo. Se había armado de valor. Hablaría con ambos. Resolvería la cuestión de una vez por todas.

La puerta principal estaba entreabierta. La empujó. El pasillo terminaba en un espacio oscuro, iluminado por un rayo de luz. Las voces de Claudio y de Nicola llegaban ahogadas hasta ella. Se infundió ánimos y echó a andar. Estaba tan tensa que le parecía oír el latido de la sangre en los oídos.

De repente se detuvo. ¿Qué estaba haciendo? Era allanamiento de morada. Estaba a punto de volver atrás y llamar a la puerta, cuando oyó su nombre.

Reaccionó con un gesto de sorpresa. ¿Ya se habían dado cuenta de que estaba allí? Inspiró hondo y llegó hasta la puerta. La empujó con la punta de los dedos.

Claudio y Nicola estaban uno delante del otro, pero no se miraban. Pese a lo cerca que estaban, ambos miraban a otro lado.

–¿Te acuerdas cuando robé los corderos de papá?

Claudio enarcó una ceja. Su expresión se suavizó y sonrió.

–Sí. No me lo podía creer. Tú le tenías miedo a papá. Te aterrorizaba literalmente. Sabías que se pondría como una fiera, y pese a todo no dudaste en esconderlos del carnicero.

Nicola respiró hondo.

–No me refiero a eso, Claudio.

–Ilumíname. Ha pasado mucho tiempo.

Nicola alzó la copa.

–Cargaste tú con las culpas. Les dijiste a todos que habías sido tú.

Claudio se encogió de hombros.

–Tenías... ¿cuántos, siete u ocho años? Sabes que a nuestro padre se le iba un poco la mano con el cinturón.

–Y por eso los correazos te los llevaste tú en mi lugar.

–Era lo bastante fuerte para soportarlos.

Un silencio elocuente cayó sobre ellos.

–¿De verdad lo hiciste por eso? ¿Para ti tratar de salvar a esos corderos no significó nada?

Claudio frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–¿No has pensado nunca en cómo eras entonces? ¿En lo que sentías, en lo

que querías hacer? ¿No has sentido nunca la añoranza de esa autenticidad, de la profundidad de esas emociones, ni has vuelto a experimentar ese sentimiento de alegría ante el futuro? –Calló un momento–. ¿Has creído alguna vez desde entonces en algo que hubiera que hacer porque era lo mejor? ¿No para ti, sino porque así debía ser? ¿Porque era lo adecuado?

Claudio sintió que una especie de náusea le taponaba la garganta.

–Chorradas filosóficas. ¿Eso es lo que te está pasando, Nicola? ¿Por culpa de Angelica? De niños siempre estabais juntos... –Se interrumpió y abrió mucho los ojos en un gesto de sorpresa–. ¿No me estarás diciendo que sigues enamorado de ella?

Nicola se limitó a mirarlo fijamente y a continuación apuró su copa.

–Tú estás loco –prosiguió Claudio. Estás loco de remate, hermano. Entonces no eras más que un niño, y después has tenido a todas las mujeres que has querido...

–No me has contestado. –La voz de Nicola era profunda, como su mirada. Implacable.

Claudio suspiró.

–Yo dejé de ser un niño mucho antes de llevarme esa tunda por la historia de los corderos, Nicola. Y hazme caso cuando te digo que no me apetece hablar de ello.

Permanecieron en silencio lo que a Angelica le pareció una eternidad.

–No construyas esa aldea. Deja de atormentar a Angelica. Déjala en paz. Si tú no eres capaz de perseguir un sueño, de llevarlo a cabo, deja que sea ella quien lo haga. Hay otras maneras de salvar la empresa de nuestro padre.

Claudio hizo girar el líquido dentro del vaso y luego se lo llevó a la frente.

–¿Qué se siente al estar tan enamorado?

–Podrías descubrirlo tú mismo.

La risa de Claudio se apagó enseguida.

–¿Greta? Ni por asomo. Ella es pura codicia, nunca tiene bastante. –Sonrió–. No es como tu chica, no tiene su vulnerabilidad. Esa mirada limpia. En el fondo, te comprendo. Angelica Senes tiene algo especial.

–Integridad.

–¿Qué?

–Se llama integridad. Su alma es pura. Como sus flores y sus abejas. Lo que quiere hacer es algo magnífico. No acepta compromisos, no está en venta. No ha sido fácil para ella quedarse aquí. Tiene valentía para dar y tomar, y lucha

por lo que considera justo. Todo eso se percibe cuando estás a su lado, ¿sabes? Te contagia. Te hace sentir bien. Y entonces todo es nuevo, tú eres nuevo. –Su voz se hizo más tenue, hasta convertirse en un susurro–. Ella es mejor que nosotros. No me obligues a elegir entre tú y Angelica, porque ten por seguro que lo haría, y eso nos destruiría.

–¿Por qué tienes que parecerte tanto a ella?

Ambos sabían a quién se refería Claudio. Porque aunque era cierto que Maria Antonia había muerto de enfermedad, los dos sabían cuánto había sufrido por culpa del carácter de su marido y de sus repetidas crisis, a las que los niños habían asistido impotentes.

Ahora le tocó a Nicola reírse.

–No sabes cuánto te equivocas, Claudio. Yo soy como nuestro padre, un malnacido despreciable. Con la diferencia de que soy consciente de lo que hago. Es como si dentro de mí estuvieran los dos. Pero eso no significa nada. – Se levantó y llegó hasta la mesa–. Aquí hay un folleto. Llámalo turismo de nueva generación. Valora todo lo que se encuentra en el territorio, consigue que todo se mantenga exactamente igual, pero mejorándolo. Aloja a los turistas en las casas de quien quiera formar parte de este proyecto, y son ellos, los propios turistas, quienes se encargan de la restauración. ¿Quieres ocuparte del turismo? Bien, aquí tienes una idea nueva. Financia el proyecto de convertir Abbadulche en una isla única, prístina. Implica a los vecinos, a las familias de tus obreros, aquellas a las que quieres ayudar y defender. Hace falta un coordinador, alguien capaz de ponerlo todo en marcha.

–Dime solo una cosa, ¿estáis juntos Angelica y tú?

Nicola le señaló los papeles.

–Olvídate de Angelica, olvídate de su casa, de sus tierras y del bosque.

Claudio resopló y fue hasta su hermano.

–Déjame ver este maldito proyecto...

Angelica cerró los ojos. Tuvo que apoyarse en las paredes, buscaba a tientas donde poner los dedos. Y así, a tientas, encontró la salida. Corrió por el sendero y solo se detuvo cuando vio la playa a lo lejos.

Estaba rodeada de oscuridad. Ni una sola estrella iluminaba su camino. Cerró los ojos y se dejó caer al suelo. La hierba seca la acogió en un nido de pinchos, pero no le importaba. Las palabras de Nicola rodaban por su mente, la acariciaban, la calaban hasta el corazón.

El árbol de Jaja estaba a salvo, como sus queridas abejas de oro. Tenía la

casa, tenía las tierras.

Pero a él no. Aunque Nicola la había salvado, las incomprensiones los habían alejado para siempre. Lo sentía dentro de sí.

32.

Miel de melada de roble (Quercus spp.)

De aroma y sabor persistentes, que recuerdan al arropo y a la mermelada de fruta dulce, conserva una nota aromática de regaliz. Es la miel de la amistad y la simpatía. Favorece los buenos sentimientos. De intenso color oscuro, cristaliza rápidamente.

Era increíble la capacidad de recuperación de una mujer. Angelica observaba a sus amigas, las nuevas y las antiguas. A ellas les debía el ser capaz de mantener a raya el vacío que a veces le impedía hasta respirar.

Estaban Memma y su madre. De tanto en tanto Maria la buscaba con la mirada. Parecía decirle: «Estoy aquí, tranquila». Pero esa certeza no hacía sino aumentar su profundo sentimiento de pérdida.

Almorzaron todas juntas. Y juntas prepararon la cena. Así había decidido celebrar Abbadulche el último día de la cosecha. Habían trabajado duro, los últimos cuadros de miel estaban a buen recaudo en el almacén. Los dejaría allí unos días, y luego empezaría a desmelarlos. Alessandra ya se había encargado de comprar tarros y cajas de cartón. Sara se estaba ocupando de la tienda *online*. Sofia, por su parte, había decidido que hacía falta un bonito espacio para destinarlo a la venta al público. Lo acondicionaría antes de regresar a Francia. Martin estaba impaciente por volver a verla. Las cosas entre ellos parecían ir viento en popa. Cada una era responsable de una tarea. Habían dispensado a Angelica de cocinar. De ello se ocuparía su madre, con Memma, naturalmente.

Salió al jardín. Habían sacado al porche la larga mesa de la cocina y habían dispuesto los cubiertos. Algunas personas habían llegado ya, y los niños correteaban, llenando el jardín de gritos jubilosos.

–Te habría gustado, Jaja. Te habría encantado tener de nuevo en casa a toda esta gente.

Se abrazó el pecho y se volvió hacia el mar. Claudio Grimaldi se había acercado a verla hacía un par de horas. Sabía qué quería decirle, y sin embargo había temblado de miedo todo el rato pese a la calma que aparentaba.

–He cambiado mis planes.

Se tragó las palabras que se le habían venido a los labios, limitándose a asentir.

–Me alegro.

Él la sopesó con la mirada, antes de dedicarle una gran sonrisa.

–Cuídate, niña.

Angelica no le contestó. Se quedó inmóvil, con su dolor en el pecho.

El aroma de la salsa de tomate flotaba ahora en el aire. En la mesa, junto a los entremeses, aparecieron también quesos, verduras a la brasa y pan *carasau* recién hecho y aún fragante. El perfume de los alimentos era dulce, espectacular. Pero Angelica tenía un nudo en el estómago.

Se dirigió al sendero que llevaba hasta el mar. Y entonces lo vio. Estaba entre las sombras, mirándola. Caminó despacio hacia él, con el corazón martilleándole en el pecho.

–Ha venido a verme Claudio. –Él no contestó, limitándose a mirarla–. Gracias. –Angelica lo susurró bajito. Y él levantó la cabeza, mirando al cielo.

–Soy yo quien debe darte las gracias.

–¿Por qué? –La voz era apenas audible, como una plegaria–. ¿Por qué me das las gracias, Nicola?

Él le ofreció una mano.

–Ven, caminemos un poco, ¿quieres?

Por supuesto que quería, quería también mucho más, pero no sabía qué hacer, no sabía cómo decirle lo que sentía. Quería... ¿el qué? Quería abrazarlo, tomar sus manos entre las suyas, quería hablar con él, saberlo todo de él. Quería su respiración, su piel. Quería a ese hombre. Lo quería desesperadamente. Se humedeció los labios. La valentía que necesitaba estaba hecha de luz, cuanto más trataba de aferrarla, más se le escapaba. Pero lo consiguió, encontró las palabras y las reunió todas.

–Yo...

–He venido a despedirme.

–¿Qué?

Nicola le acarició la palma de la mano con la punta de los dedos.

–Me voy.

–¿Por qué?

Él la miró a los ojos.

–¿Por qué no?

–Me vas a volver loca con esa manía tuya de contestar a una pregunta con otra pregunta.

Él le sonrió.

–No es una pregunta difícil. ¿Por qué debería quedarme?

–Maldita sea, Nicola. Deberías saber el motivo, ¿no crees?

Habían dejado atrás la playa y ahora estaban en la entrada de la pequeña cueva. Él miró hacia el fondo inmerso en las sombras.

–Por más que uno pueda desear algo intensamente, hacen falta otras cosas para que pueda realizarse. –Le acarició el rostro despacio. Luego se inclinó. Fue un beso fugaz, un beso robado.

–Adiós, Angelica.

Con un nudo en la garganta, lo miró alejarse por el embarcadero. Cuando Nicola se volvió hacia ella, contuvo el aliento.

–¿Has cumplido tu deseo? –le preguntó.

Esa pregunta la desconcertó. ¿Deseo? ¿A qué se refería? Siguió la dirección de su mirada y vio la pequeña cueva. Entonces recordó cuando los dos jugaban allí juntos durante horas. Deseo... El recuerdo surgió como una chispa y tomó forma. De niños habían escrito sus esperanzas en un trocito de papel. Estaba ahí, conservado en una pequeña caja, en la pared de la roca.

–Sí. Lo he hecho.

Nicola asintió.

–Me alegro por ti. –Iba a volverse, cuando ella lo llamó.

–¿Y tú?

Nicola la miró largo rato. Levantó la mano y la mantuvo así, antes de llevársela al corazón. Se estaba despidiendo, le estaba diciendo adiós.

–Te deseo lo mejor. Adiós, Angelica.

–No, no. No te vayas. –Pero las palabras se le quedaron ahí, enredadas en los labios. Lo siguió, incapaz de hablar, incapaz de hacer nada.

Pronto llegaría a su barco. El *Maestrale* estaba fondeado en su lugar de costumbre. Se volvió, no quería mirarlo, no quería conservar la imagen de Nicola abandonándola. Porque ya nunca volvería. Lo sabía, lo había leído en su rostro.

Angelica echó a correr hacia la cueva. La luz de la luna teñía de plata el

interior. Encontró la pared, excavó con los dedos en la pequeña grieta. Ahí estaba la cajita. Seguía allí.

La abrió despacio y, al ver los dos papelitos, la emoción le aceleró el corazón. Rápidamente agarró el primero y lo desdobló.

Viviré en una gran casa y tendré muchos animales y muchísimas abejas. Y seré feliz.

Solo se dio cuenta de que estaba llorando cuando las lágrimas resbalaron sobre sus labios, entonces se las enjugó. Después desdobló el papelito de Nicola.

Te quiero, Angelica. Quiero pasar mi vida entera contigo. Aunque me hagas enfadar, aunque a veces quiera estrangularte porque eres la persona más cabezota del mundo. Yo te quiero.

La caja cayó a sus pies. Angelica salió corriendo de la cueva. Vio que el *Maestrale* había soltado amarras. Nicola se preparaba para zarpar.

–Vuelve aquí, ¿me oyes? ¡Vuelve aquí inmediatamente! –gritó con todo el aire de sus pulmones.

Nicola no alcanzaba a oírla.

–¡Deja de saltar así, que vas a acabar en el agua, maldita sea! –masculló, mirándola alarmado.

Cuando Angelica perdió el equilibrio, Nicola se precipitó hacia la borda.

–¿Quieres estarte quieta? ¡Terminarás por caerte al mar!

–Que vuelvas aquí he dicho.

Sus ojos se encontraron.

–¿Por qué? –gritó él.

Angelica no se lo podía creer, ¿otra vez esa dichosa pregunta?

–Porque te quiero, ¿te enteras?

Nicola contuvo un gesto de emoción. El corazón amenazaba con estallarle en el pecho.

No sería fácil. Eran los dos adultos, estaban llenos de cicatrices y eran muy distintos.

Entonces pensó en la alternativa. Ya la había echado a perder una vez, y había sido un desastre.

No le contestó, pero un instante después bajó al camarote. Angelica oyó ponerse en marcha los motores. Sus esperanzas se hicieron pedazos, mientras las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas. Se quedó así, inmóvil, con los ojos fijos en el catamarán que ya se alejaba.

–No te vayas, no te vayas. Quédate conmigo.

Las palabras se perdieron en el viento, que había empezado a soplar, que le levantaba la falda y parecía burlarse de ella. Entonces el barco viró, las luces se encendieron, y ella se dio cuenta de que el *Maestrале* regresaba hacia el embarcadero.

Siguió mirándolo incluso cuando oyó la cadena del ancla. Y también después, cuando Nicola bajó la escalerilla y fue a su encuentro. Y entonces él la abrazó y la besó como había querido hacer desde el instante en que había entendido quién era ella.

La otra mitad de su alma.

Epílogo

Un año después

Siempre había habido algo antiguo en ese lugar, y también algo nuevo. Cada guardiana había dejado un rastro de su paso. Las que habían llegado después habían recuperado esa tradición, enriqueciéndola con su propia experiencia. Todo, al final, había pasado a formar parte de la memoria.

Angelica era la última de muchas. Y, como habían hecho quienes la habían precedido, esa tarde de mayo se sentó al pie del inmenso olivo que albergaba a las abejas de oro y aguardó paciente. Junto a ella, la pequeña Anna lo observaba todo con la concentración absoluta de los niños. El tratamiento había sido un éxito, había recuperado el habla, y ahora parecía querer recuperar el tiempo perdido. De vez en cuando le murmuraba algo al oído a *Lorenzo*, sentado a su lado. Con mirada preocupada el animal seguía el ir y venir de las abejas.

—¿Es el momento?

—Sí, apenas unos minutos más. —Angelica le acarició la cabeza, y volvió a mirar el árbol. Mientras contemplaba vibrar las hojas plateadas, mecidas por la brisa, las oyó—. Ahí están, ya vienen. —Se levantó—. Mira, Anna, están enjambrando.

Las abejas salieron de las grietas de las ramas como largas cintas doradas. Echaron a volar, elevándose en el cielo. Eran las cortes de todas las jóvenes princesas de la primavera. Cada una de ellas se iría a un lugar seguro de la isla para fundar allí su propia colmena.

En unos minutos, una nube se elevó, y el cielo turquesa se iluminó con miles

de destellos dorados. Anna avanzó unos pasos, cerró los ojos y empezó a cantar. Enseguida, a la voz delicada de la niña se unió aquella, más fuerte y decidida, de Angelica. Estaban en el centro del bosque, con los brazos en alto, y a su alrededor las abejas volaban formando un remolino, envolviéndolas a ambas.

A la orilla del claro, Nicola observaba a su mujer, emocionado.

Unos minutos después, cuando hasta la última abeja desapareció en el cielo, Angelica tomó el recipiente que había a sus pies. Pina lo había pintado de amarillo, el color de la alegría y la esperanza. Se acercó a la rama más alta, seguida de Anna. Cuando el primer reguero de miel empezó a caer, lo recogió.

Ahí estaba la miel de Margherita, la que hacía soñar, la miel que daba la felicidad. Por fin conocía sus ingredientes: hipérico, conocido también como hierba de san Juan, pie de lobo y una serie de flores autóctonas de la isla. Néctares singulares, desaparecidos en otros lugares, pero que allí seguían prosperando. En ese momento la miel se desbordó, llenándole las manos. Sin dejar de reír, Angelica cerró el recipiente y se chupó los dedos.

Y la miel del árbol le regaló su magia.

Cuanto más se expandía el sabor en su boca, más adquiría todo un nuevo significado. Los colores se hacían más vívidos, el perfume de las flores, más intenso, y más profundo el canto de las abejas y el murmullo del arroyo. Le pareció entonces que ese sentimiento de felicidad que había sustituido al vacío de los años en los que había estado lejos de Abbadulche se extendía dentro de ella, llegando a cada célula de su cuerpo, tornando magnífico cuanto contemplaban sus ojos.

Cuando se volvió hacia la niña, sus miradas se cruzaron. Intercambiaron un mensaje silencioso. Anna no había tenido que buscar el árbol como había hecho ella. Angelica ya le había enseñado todo lo que sabía. Y seguiría a su lado, siempre.

—Ven, cariño, es hora de volver a casa.

La niña se alejó corriendo, con *Lorenzo* saltando a su lado. Angelica los miró correr juntos y sonrió.

Cuando levantó la mirada, lo vio. Ahí estaba Nicola, junto al grupo de turistas que habían asistido al acontecimiento, maravillados y estupefactos ante el espectáculo de la naturaleza. Una vez de regreso en sus vidas, recordarían ese momento. Y nada volvería a ser igual.

Le hizo un gesto de saludo con la mano, y él se lo devolvió.

La asombró esa emoción en el corazón, esa necesidad de sonreír, de tocarlo. Siempre había sido así con él. Le lanzó una última mirada y recorrió el sendero de vuelta a casa.

Las puertas estaban abiertas, seguramente habría llegado su madre o Memma, o ambas. Sonrió y se dirigió a la cocina.

–Hola, ¿qué estáis haciendo aquí las dos? –Fue hasta el fregadero y se enjuagó las manos, aún peguntosas de miel. Después dejó el tarro de barro sobre el aparador.

El silencio de las mujeres la alarmó.

Memma y Maria estaban sentadas a la mesa de la cocina, entre ellas había un montón de papeles, fotografías y otros documentos. Su madre estaba pálida. Memma no hacía más que suspirar. Tras un largo momento de silencio, Maria le indicó una silla.

–Hoy hemos empezado a limpiar las habitaciones cercanas al sótano. En un armario he encontrado esto.

–¿Otra caja? ¡Qué obsesión tenía Jaja con las cajas!

Memma asintió y le entregó los papeles.

–Toma.

Angelica se acercó despacio. Alcanzó una fotografía.

–¡Soy yo! Mamá, esta me la sacaste cuando aprobé el examen de bachillerato, y estas son de cuando me licencié. –Con el ceño fruncido, abrió una de las cartas. Tras leer unas líneas, miró a Maria–. Le contabas de mí. De lo que hacía...

–Ese era el trato. Margherita se quedaría fuera de tu vida mientras yo le diera noticias tuyas.

Angelica contuvo el aliento.

–¿Por qué, mamá, por qué?

Maria miró a su alrededor con expresión perdida. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Despacio, dirigió la mirada a Angelica.

–Un día, si Dios quiere, tú también tendrás un hijo, Angelica, y solo entonces podrás entender lo que ocurre en la mente de una madre y en su corazón. –Se levantó. Sus gestos eran lentos y pesados. Llegó hasta la puerta y salió.

Memma esperó un poco antes de recoger las cartas y meterlas en la caja.

–Toma, *Angelichedda*. Maria hizo mal. Pero tú léete todo antes de juzgarla, ¿quieres?

Angelica apenas la oyó, las palabras se superponían a las imágenes. No le contestó. Agarró la caja y salió. Cuando llegó al mar se dio cuenta de que estaba furiosa.

Se quitó los zapatos de una patada y recorrió el embarcadero hasta el final. Se sentó en el borde; la línea del horizonte era líquida como el agua que le lamía los pies. Se secó los ojos con rabia, todo su ser era un hervidero de pensamientos que le dejaban un sabor amargo. Permaneció así un rato muy largo.

—¿Te apetece que hablemos de ello? —Nicola se sentó a su lado.

Angelica se sobresaltó. No lo había oído llegar.

—Escribía a Margherita y le mandaba fotos. Y ella a cambio fingía estar muerta. —No le hizo falta decirle a qué se refería. Aunque en el último año la relación entre Angelica y su madre había mejorado mucho, esa herida todavía dolía.

La voz se le quebró en un sollozo. Nicola le tomó la caja de las manos.

—¿Esta es tu vida desde que te fuiste? ¿Es todo lo que me he perdido?

Angelica se volvió hacia él despacio.

—Sí.

Nicola la miró a los ojos un momento, y luego se puso a hojear las cartas, deteniéndose en algunos párrafos.

—¿De qué te ríes? —le preguntó ella al cabo de un momento.

—¿Quién era el imbécil arrogante y maleducado que no contestaba a tus llamadas?

Angelica abrió los ojos de par en par y le arrancó la hoja de las manos.

—¡No puede haberle contado eso también!

Nicola le acarició el rostro.

—Pues me parece que sí. —Siguió rebuscando en la caja, comentando las viejas instantáneas de una Angelica adolescente y después mujer—. ¿No sabes que hay que sonreír cuando te sacan una foto?

—Dámela.

—De eso nada.

Y mientras Nicola comentaba cada retrato y leía párrafos de las cartas que Maria había mandado a Margherita durante todos esos años, Angelica empezó por sonreír y acabó riendo, hasta que el sonido de sus carcajadas se unió a ese otro, arrullador, de la resaca, y después a las palabras de su marido.

—Una cosa está muy clara, cariño, tu madre siempre se ha desvivido por ti.

Esto es orgullo, es amor, es cariño. Quizá no fuera capaz de transmitírtelo de la mejor manera, pero desde luego Maria siempre te ha querido mucho, y sigue haciéndolo. Al fin y al cabo, podría haber tirado estas cartas, y tú nunca te habrías enterado de nada. En vez de eso se ha arriesgado, te lo ha entregado todo. Eso tienes que agradecerse.

Angelica se quedó en silencio, con la mirada en el horizonte.

Nicola siguió sacando cartas, hasta que sus dedos se detuvieron en un pequeño paquete atado con una cinta. Lo levantó y, tras mirarlo un instante, se lo dio a Angelica.

–Estas cartas son para ti. Con trece años de retraso. –Ahora ya no sonreía, y sus ojos estaban preñados de emoción.

Ella abrió las cartas con manos temblorosas. Las leyó una después de otra. Todas empezaban de la misma manera: «Amor mío».

–Si las hubiera recibido entonces, creo que me habría escapado de casa para volver a tu lado.

Nicola suspiró.

–Creo que Margherita y tu madre te conocían muy bien. Por eso no te las dieron nunca.

Volvieron a casa de la mano, Nicola con la caja bajo el brazo.

–Es extraño.

–¿El qué? –Angelica le apretó la mano y se la llevó a la cara.

–En la vida suceden muchas cosas. Hechos terribles que al cabo del tiempo ya no lo son tanto. Las consecuencias no son siempre negativas. A menudo se transforman en oportunidades, en nuevas ocasiones. La clave está en saber reconocerlas.

–Las ves solo cuando estás preparado, ¿sabes? Jaja me lo decía siempre. Ni un minuto antes, ni un minuto después. Es un instante de lucidez perfecta que te permite comprender el sentido de las cosas.

De repente se detuvo frente a su marido.

–¿Te habrías marchado de verdad la noche de la fiesta de la cosecha?

Nicola sonrió y le tomó el rostro entre las manos.

–¿Tú qué crees?

–Habías prometido dejar de contestar a mis preguntas con otra pregunta.

–¿De verdad?

Le aferró la barbilla y le estampó un beso.

–Contéstame, ¿te habrías marchado?

Nicola exhaló un suspiro, seguido de una risita.

–Angelica, hace mucho tiempo que decidí no dejar que la vida se me escurriera entre los dedos. Desde entonces he aprendido que los deseos solo se cumplen si, además de creer en ellos con toda el alma, te esfuerzas, trabajas y te aplicas incansablemente y con la máxima determinación. –Hizo una pausa y sonrió–. No, no me habría marchado nunca. Pero tú eso no podías saberlo, ¿no?

Angelica se rio y por fin comprendió que había encontrado el camino.

Cuaderno de la miel

Tipos de miel y sus propiedades

Acacia (*Robinia*). Huele a flores blancas, a vainilla y a hierba fresca. Si cierras los ojos, te parece ver un prado florido. Es la miel de la sonrisa y da vitalidad. Su sabor es fino y delicado, y delgados sus cristales.

Tiene propiedades cicatrizantes: aplicar unas gotas sobre la herida antes de cubrir con un apósito.

Siempre útil en la cocina, sirve para endulzar o glasear con una miel fluida y ligera.

Ailanto (*Ailanthus altissima*). De intenso aroma a uva moscatel, es la miel de la resistencia y la tenacidad. Ayuda a no perder el ánimo. Moderadamente dulce, es de color amarillo dorado. Su cristalización es regular.

Ajedrea (*Satureja montana*). Huele a lluvia, a setas y a largos paseos por prados floridos acariciados por el primer sol de primavera. Es la miel de la bondad y la apacibilidad. Da la capacidad de perdonar las injusticias. De un intenso amarillo dorado, cristaliza de manera regular.

Alfalfa (*Medicago sativa*). Tiene un aroma intensamente vegetal, a hierba y heno. Es la miel del buen humor y la jovialidad. Ayuda a no perder el ánimo. Sabe a mosto y a vino nuevo, a baladas y danzas campestres. De color claro, forma finos cristales. Particularmente rica en polen, es un óptimo reconstituyente.

Algarrobo (*Ceratonia siliqua*). Su aroma es persistente e intenso. Sabe a leche, a cuero y a caramelo, con notas tostadas. Es la miel de la racionalidad y

de la lógica. Une el corazón con la mente, ayuda a descubrir las alternativas. De color ámbar oscuro, sus cristales son compactos.

Almaro (*Teucrium marum*). De característico aroma, intenso y ligeramente ácido, es la miel de la armonía y el orden. Miel de Cerdeña por excelencia, extrae la fuerza de su tierra y ayuda a encontrar el camino cuando parece perdido. De color ámbar, cristaliza de manera variable.

Almendro (*Prunus dulcis*). Recuerda a las flores blancas y la hierba fresca. De intenso aroma, es la miel de la alegría, anima la mente y el espíritu. Muy clara, forma finos cristales. Se saborea pura.

Asfódelo (*Asphodelus microcarpus*). Huele a flores de almendro, rosas y corteza de limón. Es la miel de la despreocupación y regala sonrisas. Sabe a azúcar hilado y a leche de almendras. Nacarada, su cristalización es fina.

Usos culinarios: en la vinagreta para aliñar la ensalada; en la salsa agridulce.

Borraja (*Borago officinalis*). De delicado aroma vegetal, es la miel de la esperanza, suave y amable como las estrellitas azules que le dan origen. Ahuyenta los pensamientos negativos. Medianamente clara, sus cristales son finos.

Brezo (*Erica arborea*). Sabe a flores, a manzana y a pera. Es la miel de la belleza y ayuda a recuperar la serenidad. Fresca y embriagadora, su color es de un ámbar rico y oscuro, y cristaliza rápidamente.

Cardo (*Galactites tomentosa*). Especiada pero floral a la vez, es la miel de la purificación y, como tal, regenera y fortalece. Su aroma recuerda a la canela, el curry y los crisantemos. De color ámbar claro, no tarda más de un año en cristalizar.

Usos culinarios: para acompañar el queso de oveja; añadida al pan rallado en las recetas de pasta con sardinas.

Castaño (*Castanea sativa*). De sabor poderoso, ligeramente agrio, es la

miel de la constancia e infunde valor en las situaciones de cambio. Intensamente vegetal, sabe a madera fresca y a camomila. Casi negra, su cristalización es compacta.

Cera de abejas (uso doméstico).

Vela de miel y cera: fundir al baño maría la cera de abejas (tiene que ser pura), eliminar las posibles impurezas con un colador, añadir una cucharadita de miel y verter la mezcla tibia en un vaso o una taza, sin olvidar introducir una mecha.

Crema para la cara: fundir al baño maría una cucharada de cera pura de abejas, añadir una cucharada de miel y unas gotas de aceite vegetal o hidrolato.

Crema para las manos: fundir al baño maría una cucharada de cera de abejas pura, añadir unas gotas de miel, una cucharada de aceite de oliva virgen extra y, si se desea, dos gotas del aceite esencial favorito (asegurarse antes de no ser alérgico a sus componentes).

Cerezo (*Prunus avium*). De aroma delicado y ligero, recuerda al del hueso de la fruta y al de las almendras tostadas. Es la miel de la sinceridad y la imparcialidad. Fortalece el espíritu y ayuda a ver las cosas desde una perspectiva distinta. De color ámbar, cristaliza de manera fina y delicada.

Cilantro (*Apiacea*). De intenso aroma a flores y a fruta exótica, recuerda al coco, a la frescura de los cítricos y a la viveza de la especia. Es la miel de la generosidad y favorece la alegría de compartir. Medianamente clara, cristaliza de manera delicada.

Diente de león (*Taraxacum officinalis*). Ligeramente ácida, penetrante, huele a heno y a camomila deshidratada. Es la miel de la ligereza y la imaginación. Disipa las tensiones y los temores. Evoca carreras por los prados y cielos lípidos. De color ámbar, su cristalización es fina. Tiene propiedades depurativas.

Espino (*Rubus spp.*). Fuerte, enérgica, de intenso aroma a flores y fruta. Sabe a madreSelva y a rosas recién abiertas. Es la miel de la reflexión, induce a la meditación y abre la puerta del conocimiento emocional. Oscura como el

ámbar máspreciado, cristaliza de manera rápida y compacta.

Eucalipto (*Eucalyptus spp.*). Balsámica e intensa, es la miel de la respiración y aclara la mente. Huele a bosque, a setas y a azúcar quemado. Ligeramente salada, es de color ámbar y forma gruesos cristales.

Para el dolor de garganta: calentar al baño maría el zumo de un limón, añadir dos cucharadas de miel de eucalipto y tomar tibio.

Para la tos: una cucharadita de miel de eucalipto en una infusión de menta.

Como mascarilla para el cabello: mezclar dos cucharadas de miel de eucalipto, dos de aceite de oliva y una de zumo de limón. Aplicar durante veinte minutos antes de lavar el cabello con un champú neutro.

Girasol (*Helianthus annuus*). Huele a heno y a fruta dulce y exótica. Es la miel de la pasión y la sensualidad. Embriaga los sentidos y abre el corazón. Es dorada como el color con el que el sol tiñe los pétalos de la flor de la que procede. Su cristalización es fina. Es una miel particularmente dulce.

Hiedra (*Hedera hélix*). Muy dulce, sabe a azúcar cande, a hierba fresca y a hojas tiernas. Es la miel del perdón y de la indulgencia. Ayuda a superar dolores y tristezas. Medianamente clara, forma cristales de consistencia fina.

Jara (*Cistus spp.*). Sabe a fruta madura, a frutos rojos y a mermelada de tomate. Es la miel del amor y de las emociones. Muy sabrosa, ligeramente salada. De tonalidades ambarinas, oscuras y misteriosas, cristaliza rápidamente.

Usos culinarios: para acompañar los quesos frescos.

Lavanda (*Lavanda spp.*). Suave y balsámica, es la miel de la calma, ayuda a recuperar el equilibrio. Huele a flores y a hierbas aromáticas. Una tenue nota de incienso persiste en el regusto amargo que la caracteriza. De un purísimo color marfil, su cristalización es delicada.

Madroño (*Arbutus unedo*). Amarga ypreciada, es la miel de la fuerza, la que se necesita en las decisiones difíciles. Sabe a almendras amargas y a madera noble, pero su corazón es dulce, con notas de café tostado y cacao. De color avellana, su cristalización es finísima. Es antibacteriana y rica en

antioxidantes.

Manzano (*Malus domestica*). Dulce, floral, sabe a sotobosque y a fruta madura cocida. Es la miel de la sabiduría y la sensatez. Favorece el conocimiento de uno mismo. De color dorado, su cristalización es muy delicada.

Melada de roble (*Quercus spp.*). De aroma y sabor persistentes, que recuerdan al vino caliente y a la mermelada de fruta dulce, conserva una nota aromática de regaliz. Es la miel de la amistad y la simpatía. Favorece los buenos sentimientos. De intenso color oscuro, cristaliza rápidamente. Tiene un alto contenido en sales minerales.

Milflores. Única, especial e irrepetible, es la miel de la comunión y la unidad. Ayuda a abrir la mente y estimula las ganas de viajar. Es el retrato más auténtico e insólito de un lugar, la armonía de una orquesta de flores. Su color varía según los néctares que la componen, al igual que su cristalización.

Naranja (*Citrus spp.*). Intensamente floral, recuerda al azahar. Es la miel del amor y de la alegría. Guía los gestos del corazón hacia la felicidad. Sabe a fruta madura y a flores blancas y perfumadas. De color claro, cristaliza de manera fina.

Propiedades energizantes: tomar por la mañana una cucharada de miel de naranja bien mezclada con dos cucharadas de zumo de limón.

Propiedades calmantes: disolver una cucharada de miel de naranja en una infusión de melisa o manzanilla.

Níspero (*Mespilus germánica*). Huele a flores, a hojas y a leche de almendras. Es la miel de la amabilidad, suave como su delicado color perla. Tranquiliza y tonifica. Muy clara, cristaliza de manera fina, tanto que resulta cremosa. Miel escasa, llamada «miel de Navidad» por su periodo de producción.

Rhododendro (*Rhododendron spp.*). Huele a flores de montaña, a cursos de aguas límpidas y a valles profundos. Es la miel de la estabilidad y la armonía, y ahuyenta todos los temores. De color marfil y ámbar, cristaliza de manera

fina y cremosa.

Romero (*Rosmarinus officinalis*). Fina, aromática y delicada, es la miel del despertar y de la claridad. Propicia el cambio. Recuerda al perfume de las flores azules de las que proceden. Casi blanca, su cristalización es cremosa.

Para calmar la sed: diluirla en agua tibia y zumo de limón.

Tilo (*Tilia spp.*). Fresca y aromática, recuerda a la flor de la que proviene. Es la miel de la decisión, fortalece la voluntad. Sabe a menta y al agua de ríos profundos. De un intenso color dorado, forma cristales espesos de grano grueso.

Tomillo (*Thymus capitatus*). Aromática, fresca y de sabor persistente, recuerda a la nuez. Posee un leve aroma alcanforado. Intensa, de marcada personalidad, es la miel del ímpetu y del entusiasmo, disipa el miedo a las emociones.

Contra el dolor de estómago: disolver una cucharada de miel de tomillo o de asfódelo en una infusión de hinojo.

Trébol (*Trifolium spp.*). Suave, huele a hierba fresca y a flores recién abiertas. Es la miel de la delicadeza y estimula la fantasía. Sabe a plátano y a caramelo de tofe. De color marfil, casi blanco, su cristalización es fina.

Zulla (*Hedysarum coronarium*). Huele a flores y a hierba recién cortada. Es la miel de la acción e infunde valor. Conserva el carácter de las flores rojas de las que procede. De color muy delicado, marfileño, cristaliza en un ámbar claro.

Usos culinarios: es excelente en la elaboración de galletas. Junto con la de milflores, es la miel menos calórica.

Recetas con miel

Fregola con salsa de gambas, nueces y miel

Ingredientes para 6 personas:

500 g de fregola[3] (o pasta)

1 cebolla o 1 puerro

250 g de colas de gambas peladas

250 g aprox. de nueces molidas

400 ml de nata para cocinar

1 cucharada de miel por cada 200 ml de nata (se recomienda miel multifloral con sabor predominante de cardo o miel de cardo pura)

Preparación:

Pica finamente la cebolla o el puerro, sofríela en una sartén con un chorrito de aceite de oliva virgen extra y añade las gambas. Una vez que empiecen a tomar color, añade la nata, casi al final de la cocción, y luego las nueces molidas.

Unos minutos después de haber apagado el fuego, pero con la salsa todavía tibia/caliente, inmediatamente antes de que aliñes la pasta, añade las dos cucharadas de miel.

Una vez que hayas escurrido la fregola (o la pasta), agrégala a la salsa, revuélvela y sírvela.

Sugerencia: también es exquisita la variante de la salsa con almendras tostadas y cebollino (mucho más delicada) en lugar de las nueces y de la cebolla/puerro.

Vino recomendado: Monica, uno de los tintos típicos de Cerdeña.

Malloreddus (ñoquis sardos) con salsa de miel de asfódelo y azafrán

Ingredientes para 6 personas:

350 g de malloreddus

*100 g de miel de asfódelo
3 l de caldo de pollo
10 g de azafrán
80 g de mantequilla
1 cucharadita de vinagre
una pizca de canela
1 vaso de vino blanco seco*

Preparación:

En una olla, derrite la mantequilla a temperatura moderada. Añade la miel y el vino blanco; deja evaporar el vino e incorpora el vinagre, la canela y el azafrán, que habrás disuelto previamente en un poco de agua caliente.

Al mismo tiempo, hierva el caldo de pollo en el que cocerás los mallorredus; escúrrelos cuando estén al dente y añade el condimento.

Sírvelos espolvoreados con abundante queso de oveja semicurado fresco rallado.

Pennette con pez espada y miel

Ingredientes para 6 personas:

*500 g de penne rigate
200 g de pez espada cortado en dos lonchas gruesas
2 berenjenas
10 tomates cherry
2 cucharadas de miel de asfódelo (unos 30-40 g) de Cerdeña
hojas de menta
sal, pimienta, ajo y aceite*

Preparación:

Corta en cubitos las berenjenas después de haberlas lavado. Colócalas en un trapo para que se absorba el agua sobrante y déjalas secar un poco.

En una sartén, sofríe un diente de ajo en aceite de oliva, añade las berenjenas y déjalas freír.

Limpia las lonchas de pez espada y córtalas en trozos gruesos, luego sofríe el ajo en aceite en una sartén grande y echa los trozos de pescado.

Una vez que haya alcanzado la mitad de la cocción, añade la sal y la pimienta, deja dorar y mézclalo todo; quita la sartén del fuego, agrega la miel una vez que esté frío y vuelve a mezclar.

Pon a hervir el agua para cocer la pasta.

Limpia y corta en cuatro partes los tomates, limpia las hojas de menta.

Añade las berenjenas en la sartén con el pez espada, además de los tomates y la

menta que habrás cortado a mano (¡si utilizaras el cuchillo se perdería la esencia de las hojas!).

Una vez que las penne rigate estén al dente, escúrrelas e incorpóralas a la sartén en la que está el resto de los ingredientes.

Mézclalas y cuécelas a temperatura baja durante un par de minutos; quítalas del fuego y sírvelas.

Pasta con sardinas y miel

Ingredientes para 6 personas:

*500 g de espaguetis gruesos
400 g de sardas frescas sin espinas, ni cabezas y colas
2 puerros o cebolletas frescas
50 g de uvas pasas
50 g de piñones
4 sardas saladas
2 hinojos de unos 300 g
aceite de oliva virgen extra (½ vaso aprox.)
100 g de pan rallado tostado
1 sobrecito de azafrán
sal y pimienta
50-60 g de miel de cardo*

Preparación:

Limpia los hinojos, hiérvelos, escúrrelos, tritúralos y deja de lado ya sea el triturado de hinojo ya sea el agua en la que los has hervido.

Echa el aceite en una cacerola y sofríe las cebollas picadas, las sardinas saladas que habrás desecho separadamente en un pequeño cazo con unas gotas de aceite, con las uvas pasas y los piñones previamente reblandecidos en agua tibia y luego secados.

Incorpora los hinojos triturados y las sardinas sin espinas. Mezcla todo con una cuchara de madera de modo que se deshagan las sardinas.

Una vez terminada la cocción del pescado, termina la salsa añadiendo un sobrecito de azafrán disuelto en agua tibia, añade la miel de cardo, una pizca de pimienta y de sal y apártala.

Cuece la pasta al dente en el agua en la que has hervido los hinojos en la que habrás disuelto el otro sobrecito de azafrán (si lo necesitas, añade más agua). Escurre la pasta, mézclala con la salsa y sírvela espolvoreándola con el pan rallado tostado. Merece la pena probar el pan rallado tostado al que habrás incorporado dos cucharaditas de miel de cardo, ya que el resultado será excelente.

La pasta con las sardinas y la miel se tiene que comer tibia, pero está muy bien incluso fría.

De esta pasta hay también una versión para hacer al horno. La preparación es la misma, hasta el momento en el que está a punto de servirse.

Entonces tienes que untar una fuente para horno con el aceite y esparcirla con el pan rallado tostado, de manera que cubra enteramente el fondo y los bordes de la fuente en la que echarás la pasta condimentada con la salsa. Al final tendrás que cubrirla con más pan rallado tostado.

Mete la fuente en el horno precalentado a 180 grados durante unos 10 minutos. Esta pasta se puede degustar también servida fría.

Risotto con miel

Ingredientes:

400 g de arroz para risotto

100 g de mantequilla

½ cebolla picada

1 l de caldo de verduras (o de agua con una pastilla de caldo)

50 g de parmesano

100 g de miel de milflores

Preparación:

Una vez que hayas reblandecido la cebolla en la mantequilla, agrega el arroz y déjalo tostar ligeramente. Luego echa el caldo poco a poco hasta el final de la cocción; por último añade el parmesano y la miel.

Pan pistoccu, ricotta y miel de eucalipto

Ingredientes:

500 g de pan pistoccu^[4]

500 g de ricotta de oveja

200 g de miel de eucalipto (como alternativa se puede emplear miel de brezo)

50 g de cebollino picado fino (o 10 o 12 g de ajo triturado fino/ o 30 g puerro/ o comino/ o nuez moscada)

Preparación:

Mezcla la ricotta, la miel y el cebollino hasta que obtengas una pasta homogénea. Rompe el pan pistoccu (sin mojarlo), y coloca encima la mezcla que has hecho. Consérvalo en el frigorífico hasta 15 minutos antes de servirlo.

Se puede acompañar con uno de los vinos blancos típicos de Cerdeña, el Vermentino.

Pan carasau y queso de oveja

Ingredientes:

*500 g de pan carasau[5]
500 g de queso de oveja de Cerdeña curado
200 cc de aguardiente
200 g de miel de cardo (o de madroño)*

Preparación:

Funde el queso en una cacerola bastante grande (sería mejor hacerlo delante de la chimenea con fuego vivo) a una temperatura media, quita la grasa que se forma en la superficie y añade el aguardiente mezclando todo bien.

Prepara el pan cortándolo como prefieras y luego úntalo con la miel, echa encima el queso fundido y sírvelo todavía caliente en una bandeja.

Compota de queso ricotta y nueces

Ingredientes:

*300 g de queso ricotta
100 g aprox. de nueces molidas
2 cucharadas de miel*

Preparación:

Mezcla, a la vez que aplastas con un tenedor, la ricotta con las nueces molidas, y amalgama bien con la miel.

Para la elección de la miel podrías optar por mieles distintas dependiendo del tipo de ricotta.

Para las ricotta de cabra, más delicadas, añade mieles de sabor dulce y con aroma ligero como el de zulla o de trébol. Como alternativa, si quieres una compota más perfumada, opta por una buena miel de cítricos.

En el caso de que la ricotta sea de vaca o mixta, se podría optar por una miel más sabrosa, pero cuyo gusto no sea fuerte, como la miel de cítricos (la mejor combinación entre las mieles producidas en Cerdeña), miel de romero, una miel de Teocrium marum o una miel de milflores.

En el caso de ricotta de oveja, se pueden elegir mieles típicas mucho más sabrosas, con una particular predilección por la miel de cardo o de eucalipto.

La compota es deliciosa para untar en el pan.

Sugerencia: puedes sustituir las nueces molidas por almendras tostadas o avellanas molidas.

Vino recomendado: si se trata de un aperitivo, se aconseja un Vermentino, y si fuera para un entrante, se aconseja un vino blanco Semidano (uno de los blancos típicos de Cerdeña).

Tomates con miel

Ingredientes:

*400 g de tomates muy maduros
200 g de miel de milflores
una pizca de vainillina*

Preparación:

Después de que hayas quitado las semillas y cortado los tomates, mételos en una cacerola y échales sal. Luego pásalos por el colador para quitarles la piel. Vierte la salsa que has obtenido en el fuego y, cuando empiece a calentarse, añade la miel y la vainillina. Sirvelo frío con pan.

Patatas al horno con romero y miel

Ingredientes para 6 personas:

*350 g de patatas
1 manojo de romero fresco
sal, aceite de oliva
80 g de miel de cítricos de Cerdeña*

Preparación:

En una fuente para horno untada con aceite, coloca las patatas recién cortadas en trozos y ligeramente humedecidas en salmuera. Mételas en el horno a una temperatura de 180 grados y muévelas de vez en cuando.

A mitad de la cocción, incorpora el romero partido en trozos. Una vez terminada, con las patatas todavía calientes, añade un par de cucharadas de miel de cítricos de Cerdeña y remueve para uniformar la distribución.

Sirve enseguida, cuando las patatas todavía estén calientes.

Ensalada de verduras

Ingredientes:

*2 pepinos
1 hinojo
1 tallo de apio
2 zanahorias
el zumo de un limón
30 g de asfódelo
aceite de oliva virgen extra*

Preparación:

Quítales la piel a los pepinos, córtalos en rodajas y, en una fuente para ensaladas, añádelos al hinojo lavado y cortado finamente, a las zanahorias peladas y cortadas en juliana y al apio lavado y troceado.

Haz un aliño con la miel, el aceite, el zumo de limón y la sal.

Mezcla todos los ingredientes y sirve la ensalada fresca.

Brochetas de fruta con yogur de miel

Ingredientes para 12 brochetas:

*½ piña mediana
2 naranjas grandes
250 g de fresas
2 plátanos
30 g de mantequilla
55 g de azúcar moreno
1 cucharada de zumo de limón
280 g de yogur de miel*

Preparación:

Pela la piña y quítale el centro. Pártela en rodajas de unos 2,5 cm de largo y córtalas en piezas de unos 3 cm de largo. Pela las naranjas y separa los gajos. Limpia las fresas y pártelas por la mitad de forma vertical. Quita la piel a los plátanos y córtalos en rodajas de unos 3 cm.

Coloca las piezas de fruta, alternando los diversos tipos, en los 12 palitos de madera de unos 20 cm de largo y disponlos en una bandeja.

Derrite la mantequilla en un pequeño cazo con el azúcar moreno y el zumo de limón y mezcla los ingredientes.

Vierte la mantequilla fundida encima de la fruta y, durante 5 minutos o hasta que la

fruta esté ligeramente dorada, pasa las brochetas por la sartén, ligeramente untada con aceite. Sirvelas con yogur de miel.

Galletas de miel

Ingredientes para 4 personas:

*350 de harina de repostería
100 g de mantequilla
100 g de miel de acacia
100 g de azúcar moreno
la piel rallada de 1 limón
1 huevo
3 cucharadas de leche*

Preparación:

Tamiza la harina en un cuenco grande, añade la mantequilla y el resto de los ingredientes. Amásalos hasta que obtengas una masa lisa y homogénea. Extiéndela en una hoja de ½ cm de grueso y córtala con las formas de galletas.

Colócalas en una fuente para horno forrada con papel vegetal y hornéalas a 200 grados durante 15 minutos.

Tarta de miel

Ingredientes para 4 personas:

*6 cucharadas de miel
150 g de harina
2 huevos
100 g de azúcar
½ sobre de levadura para dulces
2 cucharadas de aceite de oliva
la piel rallada de ½ limón
el zumo de medio limón
1 dl de brandy
50 g de uvas pasas
50 g de nueces enteras
1 pizca de clavo en polvo
1 pizca de canela en polvo
1 cucharada de azúcar glas*

Preparación:

Escalda las nueces enteras durante 1 minuto, pélalas, tuéstalas y pásalas por la picadora. Pon en remojo las uvas pasas durante 15 minutos, luego escúrrelas.

Bate bien los huevos hasta que alcancen un estado espumoso, añade el azúcar, la miel y el aceite y mezcla todo durante unos minutos.

Echa poco a poco la harina con la levadura y sigue mezclando hasta que obtengas una masa lisa; añade la piel y el zumo de un limón, el brandy, las pasas las nueces molidas, el clavo y la canela en polvo.

Recubre con mantequilla y harina un molde, echa la masa, nivélala y métela en el horno a 180 grados durante 45 minutos. Deja enfriar la tarta, quítala del molde y espolvorea por encima el azúcar glas.

Crispelle (buñuelos) de arroz y miel

Ingredientes:

1 kg de arroz

½ litro de leche

300 g de azúcar

Canela

piel de 1 limón

harina, aceite de girasol y miel

Preparación:

Hierve el arroz (sin añadir sal) y, una vez finalizada la cocción, escúrrelo y vuelve a meterlo en la olla con la leche, un poco de canela, el azúcar y la piel rallada de limón. Quítalo del fuego cuando haya absorbido toda la leche.

Déjalo enfriar y prepara los buñuelos de manera que el arroz coja la forma de un palito.

Rebózalos en la harina y fríelos en abundante aceite de girasol caliente (trata de evitar que queden demasiado crujientes).

Una vez que esté terminada la cocción, pásalos por la miel y espolvoréalos con canela molida. Como alternativa a la miel, los buñuelos se pueden pasar por el azúcar.

[3] Fregola: tipo de pasta corta típica de Cerdeña; se trata de pequeñas bolitas hechas con trigo duro y agua, trabajadas a mano y tostadas al horno.

[4] Pan *pistoccu*: típico de Cerdeña, es un pan fino seco que se conserva sabroso y

perfumado durante mucho tiempo.

[5] Pan *carasau*: pan muy fino y crujiente, que puede recordar el pan ácimo, muy típico en algunas zonas de Cerdeña.

Nota de la autora

Mi mundo está hecho de flores y de perfumes, pero también de miel y de tradiciones, y está marcado por un pasado siempre presente, que es a la vez advertencia y consuelo. He dado vida así a las historias familiares narradas junto al fuego, y los cantos a las abejas de mis antepasados han vuelto a vibrar en el aire. Así como sus fábulas, sus recetas y sus remedios. También el Cuaderno de la miel. He recogido en este libro la memoria de todos los que me precedieron. Al convertirme a mi vez en apicultora, he puesto en práctica sus enseñanzas de vida, la filosofía de la colmena y el amor infinito por las abejas.

Cerdeña es una señora difícil de describir. Para contar la historia de Angelica y de las abejas de oro, he mostrado la tierra única y singular, áspera y dura, y sin embargo infinitamente generosa y dulce, que llevo en el corazón.

Abbadulche es un lugar imaginario, pero no irreal.

La isla azotada por el mistral, donde las abejas viven aún en estado salvaje y cuidan de cada flor, podría volver a ser algo corriente. Esa es mi esperanza.

No os acerquéis nunca a las abejas de manera imprudente. Merecen respeto y consideración, igual que vosotros. Por eso, antes de aproximaros a una colmena, aseguraos de que no sois alérgicos a su veneno. Imagino que la sensatez guiará vuestros pasos, aconsejándoos cautela. Pero si no sois Angelica Senes, y no poseéis su don, poneos un traje protector.

El concurso Grandes mieles de Italia se celebra en Castel San Pietro Terme en septiembre; en esa ocasión, se conceden las Tres gotas de oro, y no en junio como se lee en la novela. Espero que mis lectores me perdonen esta licencia.

Y, para concluir, deseo recordar que, pese a haber recurrido a mi experiencia como apicultora, *El lenguaje de las abejas* es una obra de ficción y se vale de las licencias propias de la narrativa.

A todos aquellos que queráis saber más sobre las abejas y la miel, así como sobre mi actividad como escritora y apicultora, os animo a que visitéis mi página de Facebook: Cristina Caboni-autrice.

Escribidme, os contestaré.

Agradecimientos

«¿Te acuerdas de cuando eras niño y mirabas la vida con asombro? La vida era mágica y emocionante, y hasta las pequeñas cosas te entusiasmaban... ¡Tu corazón estaba lleno de alegría, tu imaginación no tenía límites y creías que la vida era mágica!»

The Magic, Rhonda Byrne

Mi primer agradecimiento va dirigido a mi familia, que ha compartido conmigo un año de delirantes y extraordinarias emociones, y sigue queriéndome, escuchándome y soportándome. Gracias a mi marido, que sostiene mis pasos. Gracias también a mis hijos. Gracias a mi madre, que ha escrito incluso una canción para las abejas, y a mi hermano Francesco, que me ha explicado el arte del análisis sensorial de la miel de manera técnica y profesional. Solo yo soy responsable de las posibles imprecisiones del Cuaderno de la miel y de las divagaciones fantasiosas. Gracias a Massimo Licini por compartir conmigo su recetario de la miel. Gracias a Lory, Eleonora, Andreina, Anna y Antonella, que hacen mi vida dichosa y mejor. Ser vuestra amiga me llena de alegría.

Gracias a Stefano Mauri, que creyó en mí y en las historias que quería contar y me acogió en Garzanti, mostrándome que una editorial es mucho más que un lugar donde se eligen y publican libros. Gracias de corazón.

Gracias de corazón a Elisabetta Migliavada, mi paciente y fantástica correctora, y a Ilaria, por su valiosa ayuda.

Toda mi gratitud para el equipo que se ha encargado de la realización de *El lenguaje de las abejas* en todos sus aspectos. Gracias, pues, a Alba, Cecilia, Giulia y a todos los demás. Gracias a Chiara, Francesca y Franco del servicio de prensa de Garzanti: os mando un abrazo.

Y gracias a mi fantástica agente, Laura Ceccacci, que me ha demostrado que los sueños pueden hacerse realidad y la importancia de creer en uno mismo y

de confiar en la vida. Eres grande, Laura, no cambies nunca.

Gracias a Angelica Senes y a Omero Balestrucci, que me han prestado amablemente sus nombres para que esta historia fuera aún más verdadera y especial.

Doy las gracias también a mis lectores. Vuestros correos electrónicos y vuestras historias tan llenas de sentimiento y emoción han dado sentido a cada palabra que he escrito.

Gracias a mis editores extranjeros, y a los *scouts*, misteriosas y mágicas figuras del mundo literario, que fueron los primeros en leer mi novela y decidieron recomendarla. Gracias de corazón.

Y, por fin, una mención especial a los librereros: os estoy de verdad agradecida, vuestro apoyo ha sido valioso y determinante.

A todos vosotros os dedico la palabra mágica *gracias*.



MAEVA

Título original: *La custode del miele e delle api*

© CRISTINA CABONI, 2015

Publicado bajo acuerdo con Laura Ceccacci Agency

© de la traducción: Isabel González-Gallarza, 2017

© MAEVA EDICIONES, 2017

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

Diseño e imagen de cubierta: Sandra Dios sobre imagen de Trevillion

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-16690-54-1

Conversión ebook: MT COLOR & DISEÑO, S. L.

www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita **nuestra web**

Maeva Ediciones en las redes sociales

